



O C E A N U S

Mientras tanto
fue creciendo la ciudad
Martín de Ugalde

LEGIONIS,
BISCAIÆ ET
GUIPISCOÆ
TYPUS

MIENTRAS TANTO FUE CRECIENDO LA CIUDAD

Martín de Ugalde

Edita:
J. A. ASCUNCE
Donostia – San Sebastián
1992

LA CULTURA DEL EXILIO VASCO - Nº 8

Director de la colección

JOSE ANGEL ASCUNCE

CATALOGACION EN PUBLICACION:

UGALDE, Martín de.

Mientras tanto fue creciendo la ciudad / Martín de Ugalde. - [1ª ed.]. -Donostia- San Sebastián: J. A. Ascunce, 1992.

316 p.; 21 cm.

(La cultura del exilio vasco / director de la colección José Angel Ascunce; n. 8).

Edición subvencionada por el Departamento de Cultura del Gobierno Vasco a través del programa "Amerika eta Euskaldunak".

ISBN 84-8046-002-4

Tirada / Ale kopurua: 1.000

1.ª Edición: Marzo 1992

1. Argitalpena: 1992.ko Martxoa

© Martín de Ugalde, 1992

© Administración de la Comunidad Autónoma del País Vasco

Departamento de Cultura

Euskal Herriko Autonomi Elkarteko Administrazioa

Kultur Saila

Edita / Argitaratzailea: J. A. Ascunce, Ed.

Fotocomposición / Fotokonposaketa:

Imprime / Inprimaketa:

MICHELENA artes gráficas

Secundino Esnaola, 15 - San Sebastián

ISBN: 84-8046-002-4

D.L. / L.G.: SS-194-92

Este volumen que precede a los dos en que se incluyen, con importante estudio crítico del profesor Iñaki Beti, los cuentos publicados o escritos por Martín de Ugalde en Venezuela, contiene:

En busca de una Patria en libertad, autobiografía a manera de Prólogo del autor.

I. **Bajo estos techos**, libro de este título que contiene la relación histórica de las casas que habitó Bolívar desde su nacimiento hasta su muerte, incluidas las que le sirvieron de refugio durante la larga y azarosa lucha por la Independencia.

II. **Cuando los peces mueren de sed**, reportajes escritos a lo largo y ancho de Venezuela publicados en el diario *El Nacional* de Caracas, y recogidos en una edición del Rectorado de la Universidad de Los Andes, de Mérida, Venezuela.

En busca de una patria en libertad

Ahora que ha quedado atrás el asombro de aquel reverbero de las playas de sal, de la selva espesa de silencios y los páramos desnudos que yo sentí en la veintena, cuando aquel entonces ya está más acá tres veces del tiempo de aquella edad de la experiencia de la tierra nueva y la sorpresa de la primera libertad; cuando la rebeldía del hijo de mi padre descubre las carreteras de tierra, los pueblos de polvo, el Cristo solo, y el lago cuadrulado de torres como roques chupando aceite a la gracia de Dios; los ríos crecidos y tensos; el esqueleto del campo minero atrapado en su cepo de alquitrán.

Ahora que ha quedado lejos aquel primer asombro inocente de las primicias.

Y uno ya no está solo, sino que estamos juntos los cuatro de la familia rota muchas veces por las tropelías de un General carajito y panzón, y descubre que el sortilegio de América llena de indianos con reloj de cadena era sólo un destello de purpurina.

Porque se me revela la naturaleza colosal habitada por personas con nombre y con hijos, muchos barrigoncitos de hambre dejados a la Voluntad de Dios, es un decir que yo he oído a Teodora mientras reunía con sus dedos reseco por la quemazón de la costra de sal con fango en pequeños montones que alguien viene luego a comprar en mayorista de a poco; porque aquí todo es menudo menos la tierra, el mar y la candela del sol, y no puede ser verdad que estas personas que viven de la esperanza puesta en el Gobierno tengan quienes cuiden de ellos para poder darles de comer completo, o al menos de mamar la lechecita tibia del pecho de su mamá al despertar de su interminable sopor del sueño que da el hambre.

¡Uno descubre en esta orilla de la isla Margarita, en la sabana, en el páramo, en el Lago de oro, tanta soledad!

Que es el hombre solo.

Abandonado en este resistidero de sol.

La primera noticia de Venezuela me llegó de muy niño en una colección de estampas pegadas a unas delgadas pastillas de chocolate, de cuyo nombre no me acuerdo con certeza, pero me suena a algo así como "Nelia" en el buen recuerdo de la marca del dulce interesando al niño en la historia del Correo, que es la del sufrido cartero de todos los pueblos del mundo, entre ellos un venezolano a caballo con bigote, ruana y sombrero que bien pudo ser el papá de mi amigo de más tarde Domingo, baqueano en los caminos de subir al pico Bolívar antes de que construyeran el teleférico.

Me quedó de las estampitas, entre otras, esta imagen delgada del cartero unido al nombre de "Venezuela".

Volví a toparme muy pronto con él en un mapa de América grande, de pared.

Estas señales me llegaron al tiempo de otras incontables de mi primera escuela, y se me hubieran extraviado con las demás en el camino de crecer si después de la caída de Bilbao en junio de 1937 no hubiera comenzado la cruz del destierro: salió mi hermano menor con el incendio de Gernika recogido por la solidaridad universal con destino a una colonia de la Unión Soviética; a los días salimos precipitadamente en un barco

inglés desde Santander mi madre y yo llorando por mi padre extraviado en el trajín de organizar la evacuación.

Era la segunda estampía desde el 18 de julio de 1936.

Aunque dentro del mismo calor del verano, el mismo miedo de mi padre de que nos cogieran los franquistas.

De Rusia, no sabíamos nada, todavía.

De Francia en aquellas circunstancias se han dicho muchas cosas, pero yo agradezco que, mi madre sujeta a mí y en la paz de no entender lo que nos decían en un cine dentro de un grupo grande rodeados de gente, se compadeciesen de nosotros; era de agradecer entonces esta lástima, y que nos repartieran galletas y leche y se comunicaran con nosotros haciéndonos señas en francés.

La lengua internacional de la fraternidad humana.

Todo esto ocurría, me enteré entonces, en Château Chinon, Nièvre, que es adonde habíamos llegado. Aunque en la misma soledad de no saber de mi hermano ni de mi padre.

Al mes largo supimos que éste había conseguido saltar a un barquito de pesca ya abarrotado de hombres comprometidos saliendo del puerto asturiano de Musel, última oportunidad de escapar, y estaba otra vez en su puesto de lucha en Barcelona, adonde lo habían trasladado desde Bayona en tren de mercancías cerrado, porque para donde no habían llegado todavía los alemanes, los luchadores por la libertad éramos muy comprometedores. La labor de mi padre era buscar techo y comida para los huidos de Andoain, pueblo del que era concejal, y ahora el único del Concejo que quedaba con su sello y su tampón convertido en secretario ambulante del pueblo, para que nadie que viniera huido de él se sintiese abandonado del todo.

Así cumplió mi padre su misión municipal, dentro del esquema organizativo de socorro y ayuda del Gobierno Vasco.

Como recuerdo, me acompaña ahora, cuando escribo, el saquito de tela verde en que viajó este sello oficial con que garantizaba que la familia con hijos, el joven sin papeles, el impedido, era del pueblo y leal a las instituciones de la República. Porque, como decía él, en aquella confusión había mucho quintacolumnista haciéndose pasar por lo que no era. Y me pasó, el talego sin plata, un día de mucho sol en la terraza de la casa de Los Chorros, donde la cabeza que se guarecía debajo de la boina había comenzado a perder su rumbo.

El, ¡siempre tan despierto!

Se estaba limitando a regar la carretera de tierra, para que los carros y camiones no levantasen demasiado polvo; porque los almacenes CADA no habían llegado todavía; y su empeño era ser útil para casa y para sus vecinos. Así lo escribió un día en *El Universal*, donde colaboraba el que era entonces Cronista de la Ciudad de Caracas, don Enrique Bernardo Núñez, quien tenía un poco más arriba, hacia el Avila, una casita del tiempo en que a Los Chorros se venía a veranear.

Pero todavía estábamos en que mi padre vivía en Barcelona.

A poco mi madre se reunió con él, y a mí me guardaron hasta que el servicio del Gobierno Vasco en el exilio me trasladó a una colonia infantil recogida en "La citadelle", un fuerte del siglo XV remodelado por Vauban en el XVII, en Donibane Garazi, la parte

vasco-francesa, con maestros (don Pelayo, don Félix Dorronsoro, Srs. Goicoechea, Arruza, Areso) y sacerdotes (don Fortunato Aguirre y don Pello Zubeldia) a los que debo mucho más de lo que podría decir aquí, y al año, a un Colegio que abrió en lo que era el Hotel Regina de San Juan de Luz, dotado de profesores inolvidables: don José Miguel de Barandiaran, don Adrián de Ugarte Goikuria, Pablo y Jon de Zabalo ("Txiki"), don Andoni de Arozena, entre otros, dirigido por el catedrático de matemáticas don Agustín de Zumalabe. Aquí estaba yo cuando llegó mi padre a verme en mayo de 1939, al salir del campo de concentración de Argelés sur Mer después de atravesar la frontera franco-catalana por el monte como consecuencia de la derrota definitiva de la República en marzo, y con el dolor de haber tenido que dejar a mi madre, porque la sorpresiva entrada de las tropas franquistas en Barcelona le cogió ocupado en Lérida.

Y los cuatro: mi hermano ya localizado en la Unión Soviética, en Odessa, con cartas frecuentes; mi madre que tuvo que regresar sola al pueblo, donde se encontró sin casa ni enseres ni ropas, refugiándose en casa de una cuñada y atendida por amigos, y mi padre y yo ya no lejos el uno del otro, él en una de esas casas que llamaban "Repúblicas", de refugiados vascos, en Capbreton, en las Landas, desde donde me llega un día en bicicleta prestada para darme los 100 francos que había ganado haciendo un trabajo de carpintería, y me dice que nuestro Gobierno en el exilio estaba preparando un viaje de vascos a América; quería llevarme con él, claro es, no sabía todavía adónde.

La saga seguía su camino.

Yo le hablé de la madre sola, que acaso podríamos pasarla por el río para ir los tres juntos; y hasta podríamos reclamar al hermano para viajar los cuatro.

Fue mi padre, hombre sencillo, pero lleno de sentido común, quien me hizo ver el riesgo de que estallase la guerra mundial en cosa de meses, porque Alemania, que acababa de terminar su trabajo en España, ya se estaba posicionando frente a las democracias; y en estas circunstancias a nuestra madre no le dejarían salir, y en las que vivíamos nosotros era imposible hacerla pasar de otra manera; tampoco podía moverse mi hermano, porque no estaban las cosas como para organizar viajes de reunión familiar... Yo me quedé en el Colegio soñando con mis compañeros, lejos de sus familias también, en soluciones descabelladas; a los pocos días vuelve mi padre para decirme que ya había datos concretos de la salida de los barcos para Venezuela.

¡El no sabía más que estaba en América del Sur!

Es cuando me acordé con nostalgia, cosa pequeña, pero entrañable, de la estampita en mi álbum y del mapa mural de la escuela. Nada más. No conseguí la Enciclopedia que busqué. Pero dije a mi padre que se me hacía conocido.

Y a él le alivió un poco este recuerdo familiar.

He solido pensar muchas veces, que para Venezuela salieron en esta ocasión sobre todo aquellos que no tenían medios para movilizarse por su cuenta, que preferían cualquier cosa a dejarse coger por los alemanes y exponerse a ser entregados a Franco. Tenían, tenía mi padre al menos, un sentido innato de las decisiones claras en las circunstancias que le tocó vivir; rebelde en su independencia personal desde joven, en su trabajo y sus decisiones políticas; nacionalista vasco comprometido con el partido en que militaba, al que había servido lealmente como concejal en el Ayuntamiento y luego, hasta el final en Barcelona, representando a su pueblo en todo lo que podía, y ahora

dispuesto a salir a cualquier parte que le permitiese evitar la humillación ante el franquismo, y el riesgo, porque diecisiete amigos suyos del pueblo habían muerto fusilados cuando se produjo la ocupación de Andoain, nuestro pueblo en Guipúzcoa, en agosto, desde donde arrancó toda esta aventura al mes del alzamiento que se produjo el 18 de julio de 1936. Ahora, tres años después, le dijeron que el camino libre era el que llevaba a Venezuela, y dijo que sí. Otros con más posibilidades, con más relaciones, calcularon con sus referencias de Argentina, Uruguay, Chile, México, rumbos más prometedores, más cultos, más seguros; además "había tiempo". Los que se movieron más tarde lo pasaron mal, algunos sufrieron las dificultades que tuvo el transatlántico "Alsina" que salió de Marsella y tardó quince meses de travesía azarosa, con forzosas, largas y penosas paradas en puertos africanos tratando de evitar ser hundido por los submarinos alemanes.

Mis argumentos para seguir estudiando, que era mi ilusión entonces, convencieron a mi padre, siempre preocupado por darnos aquello que él no pudo tener en su niñez. Le convenció esto, y mi deseo de no dejar sola a la madre, pasase lo que pasase; porque adonde él iba ahora era muy lejos.

Mi padre no sabía calcularle distancias a la libertad, ni sabía que en Venezuela había petróleo.

De cualquier modo, él vivió en Caracas trabajando por su cuenta de modo mucho más modesto que el taller con media docena de trabajadores que él había montado después de enorme esfuerzo, y que lo había perdido en la catástrofe, sin pensar en que podía tocarle de la bonanza venezolana alguna compensación providencial.

Lo único que le preocupó en lo que le quedó de vida, larga todavía, y llegó a trastornarlo, fue la longevidad matusalénica de Franco, y, como me decía mi amigo Vicente de Amezaga, ¡hasta podía resultar inmortal! (para él lo fue, murió en Caracas en 1969), y ante este triunfo de la dictadura, la desesperante cobardía de los Estados organizados en democracia.

Pero aún estamos en Europa.

Volvió sobre la misma bicicleta, ya con la fecha del embarque; habíamos preparado la despedida con mi madre en el río Bidasoa, la línea fronteriza, no lejos de Irún. Fuimos los dos con la preocupación de alguna posible emboscada. De parte francesa no tuvimos ningún inconveniente en situarnos debajo de Biriatu, un pueblecito colocado como un balcón sobre el río Bidasoa, en el que ejercía de párroco el que lo había sido de nuestro pueblo, don Joaquín Bermejo, gran persona (quien pasó a este lado del río, huido, después de que los franquistas lo tuvieron preso y con amenaza de muerte), y esperamos con la vista fija en la otra orilla la llegada de mi madre. Apareció, por fin, con algún retraso y acompañada de María de Ozaeta, una amiga de la familia, caminando nerviosamente a lo largo del río y seguidas a distancia por un carabinero. Cada vez que se detenían para mirarnos haciendo señas con sus pañuelos, el guardia las increpaba a voces diciendo que siguieran su camino...(que era el que llevaba hacia Navarra), oíamos su voz, y como empezamos nosotros a hablar y la madre a llorar mientras caminaba...

¡Es algo que está en mi vieja y larga cuenta con el franquismo!

Mi padre se desahogó, aunque fue peor para las dos mujeres, porque tuvieron que regresar hacia Irún como puede imaginarse cualquiera que lea este relato, y el carabinero, ajeno al drama, guardando el río silencioso, que era su papel.

Mi padre embarcó en Burdeos el 26 de agosto de 1939 en el barco "Bretagne". Cinco días después Francia y la Gran Bretaña se vieron obligadas a declarar la guerra a Alemania dos días después de la invasión de Polonia. Unas tres semanas más tarde la prensa francesa, (la invasión de Francia vendría casi un año después) dio la noticia del hundimiento del "Bretagne" por un submarino alemán. Ya era la tercera vez que perdía a mi padre. Sin embargo, así como en las dos anteriores tuve noticias, ahora tenía perdida la fe en sus apariciones; y, sin embargo, pocos días después de la noticia periodística, me trajo el correo una tarjeta postal en la que figuraba la fotografía del barco, y donde me decía que habían llegado bien a La Guaira.

Lo que quería decir que ¡el barco había sido hundido a su regreso!

Ahora ya podía contar de nuevo con él; hacía meses que no sabíamos nada de mi hermano en la Unión Soviética (del que tardaríamos siete años interminables, ¡y la guerra mundial dentro! sin saber que vivía); mi madre estaba en el pueblo, y yo seguía en San Juan de Luz.

Después llegó el tiempo en que pude describir yo mismo en Caracas la historia de estos primeros viajes de los vascos a Venezuela:

"Primero fueron tres barcos", escribí en la publicación que dirigí con ocasión del 15 aniversario del Centro Vasco, a los dieciocho años de este viaje de los primeros vascos al país, "como en el milagro de fe del Descubrimiento: el 'Cuba', que salió de Le Havre con centenar y medio de vascos para Venezuela y llegó al puerto de La Guaira el 14 de julio de 1939; el 'Flandre', con cerca de doscientos, que hizo el mismo recorrido para llegar exactamente un mes después, y el 'Bretagne', que salió de Burdeos para entrar en La Guaira el 26 de agosto con otro grupo de setenta y cinco".

Los recibieron, con simpatía que los vascos recordarán siempre, el Dr. Otto Antillano, Napoleón Arraiz y Abel Cifuentes Espinetti, funcionario del Instituto de Inmigración, dirigido entonces por el conocido escritor Dr. Arturo Uslar Pietri. Pero antes que el camino sin huella de los tres barcos hubo la palabra y la mano amigas de don Eduardo Monsanto, representante del Instituto de Inmigración en Europa, y Simón Gonzalo Salas, otro excelente amigo nuestro a quien debemos más de lo que podemos expresar. Fue el Dr. Gonzalo Salas, médico venezolano, el que hizo en París de forma casual el primer contacto con aquellos vascos recién vencidos; intervino directamente, en representación del Gobierno Vasco presidido por don José Antonio de Aguirre, don Jesús María de Leizaola, quien llegaría a ser a la muerte de aquél en 1960, su sucesor al frente del Gobierno Vasco en el exilio. Pocos meses después el Dr. Simón Salas propuso, mediante informe al Gobierno de López Contreras, el ingreso de los vascos al País, y fue él quien, en generosa campaña para conseguir el respaldo de la opinión pública frente a una capciosa propaganda política que se esforzaba en hacernos aparecer como comunistas, publicó un folleto titulado: *Inmigración vasca*, el que tuvo un eco impresionante, no solamente en la prensa venezolana de la época, sino en la más extensa

de los pueblos sudamericanos. "¿Dónde están estos inmigrantes?", se preguntaba en este informe después de hacer un estudio sobre la necesidad de una política inmigratoria en Venezuela: "Estos inmigrantes son por ahora 80.000. Son vascos y están en la actualidad en Francia, deseosos de venir. Podría decirse que hoy están huérfanos de su gran Patria y acogerían la nuestra con el músculo y el corazón".

Su generosidad permitió al Dr. Gonzalo Salas ver en nuestro pueblo algunas virtudes que recomienda para el país, y hace un resumen de nuestra historia, de los antecedentes de actividad agrícola e industrial de otros grupos vascos venidos a Venezuela, como la Compañía Guipuzcoana y, por fin, en un gesto que lo enaltece, hace nuestra defensa como "gente seria, gente de trabajo respetuoso de la moral y de la Iglesia Católica".

Esperamos no haber defraudado al país que nos recibió a pesar de una situación tan adversa, cuando tantas conciencias estaban turbadas por la propaganda.

De este rechazo interesado del franquismo guardo la triste experiencia de mi padre: estando en misa mayor en la iglesia de San Francisco durante uno de aquellos primeros domingos después de llegar, oyó al predicador acusar a los vascos recién llegados de gente peligrosa y de comunistas; mi padre se levantó, dio media vuelta y salió para no volver a pisar más una iglesia.

Venezuela había recibido así este primer contingente de vascos que viajó con documentación de su Gobierno Autónomo, tan prematuramente en exilio. Caracas era en aquel tiempo una ciudad pequeña, con actividades de trabajo reducidas, donde quinientas personas abultaban como contingentes de diez mil en los años cincuenta o sesenta. Pero entonces, cuando los vascos comenzaron a pasear sus boinas por la ciudad con la curiosidad del que acaba de cruzar el océano, con la angustia de reorientar sus vidas, los caraqueños señalaban con extrañeza la presencia del forastero que se reunía económicamente al aire libre antes de poder consumir unas cervezas en las tertulias de la "Cervecería Doncella", del "Txoko" y del "Ritz".

Llegó (tres años después), en 1942, el día de inaugurar el primer Centro Vasco: Domingo de Resurrección, simbólicamente designado para festejar el Día de la Patria vasca a partir de 1932. El primer domicilio del Centro Vasco estuvo situado de Velázquez a Cipreses, 9, amueblado con banquetas usadas y algunos pocos muebles prestados por la Mueblería Lombao para salir del apuro de recibir a los invitados formalmente: General Isaías Medina Angarita, Presidente de la República (nombrado Presidente Honorari del Centro Vasco "en testimonio de agradecimiento de los vascos por las atenciones recibidas de las autoridades y pueblo venezolano"); Dr. Luis G. Pietri, Gobernador del Distrito Federal; F. De Giulio Sánchez, Prefecto; S.E. el Embajador de los Estados Unidos en Venezuela; Mr. N. Bret, Secretario del Agregado Naval de los Estados Unidos; S.E. el Embajador de la Gran Bretaña; Mr. Anderson, Secretario de la Embajada Británica; Mr. Raymond Vis, representante de la Francia Libre. Dr. Arturo Uslar Pietri, Secretario de la Presidencia de la República; Eleazar López Contreras, ex-presidente de la República; Dr. Juan Iturbe; Sr. Antonio Arraiz; Sr. Napoleón Arraiz, del

Instituto de Inmigración; Dr. Gonzalo Salas, 'propugnador de la Inmigración Vasca', Director del Ministerio de Agricultura; Dr. Gerardo Sansón, director del Instituto de Inmigración; directores de los diarios *El Universal*, *La Esfera* y *El Herald*o; (*El Nacional* fue fundado por don Enrique Otero Vizcarrondo, padre de Miguel Otero Silva, al año siguiente, en 1943); director de Radio Caracas; director del Colegio La Salle; Dr. Aranguren, ex-representante de Venezuela en Francia. La bendición de los locales estuvo a cargo de Monseñor Hortensio Carrillo, Párroco de Santa Teresa.

Claro, no todos llegaron, pero vinieron más que los que cabían.

Quedaron numerosos testimonios escritos de la simpatía y el calor que rodearon en Caracas a la creación de este primer centro de los vascos. Hubo una ofrenda floral en el Panteón Nacional, donde José María Echezarreta, primer Presidente del Centro, leyó una emocionante ofrenda escrita por Lucio de Arechavaleta.

A los tres meses ya el lugar era estrecho para su centenar crecido de socios, y se encontró un local adecuado de Balconcito a Truco, donde había, además, la posibilidad de construir un pequeño frontón. Aquí llegué yo, con mi madre, en 1947. Y tres años después, en 1950, fue levantada casa propia sobre 10.000 metros de terreno bajo la presidencia del hombre de empresa y gran persona don José de Elguezábal (al que yo tuve la suerte de acompañar como secretario) el Centro Vasco actual en El Paraíso, que bendijo el bien querido Monseñor Lucas Guillermo Castillo, con la presencia del Lehendakari José Antonio de Aguirre, acompañado de Joseba de Rezola y Jesús de Galíndez.

A todo esto yo había quedado en San Juan de Luz, donde vi llegar a las tropas alemanas.

Y diré cómo.

A la invasión alemana de Polonia el 1 de setiembre de 1939, a los días de embarcar en el "Bretagne" el último contingente de vascos de esta primera etapa de la inmigración venezolana, Inglaterra y Francia no tuvieron más remedio que rendirse a la evidencia de que la política de "No intervención" en España y la del avestruz después ya era insostenible, y declaran ambas la guerra a Alemania dos días después, el 3 de setiembre.

La Alemania prepotente de Hitler ya logró lo que quería, la guerra europea sin intervención de los Estados Unidos.

Todavía.

Creía Hitler que Francia y la Gran Bretaña le iban a durar un día de campo. Francia vivía eso que los franceses mismos llamaron "drôle de guerre", con movilizaciones apresuradas, poca moral de guerra y mucha confusión, mientras Alemania, con retraso de la Italia fascista en su incorporación a las operaciones, seguía avanzando por el norte, dando golpes entre el Rin y el Mosela.

Ante la evidencia, mi padre insistió por carta desde Caracas en mi viaje, aún posible, y mi madre se dio cuenta que era lo mejor que podíamos hacer: ella vendría a Venezuela tan pronto como abriesen las fronteras españolas para personas que no estuviesen en edad próxima al servicio militar, como sí podía ser mi caso, perteneciente a la quinta de 1942. En estas nuevas circunstancias mi padre me hace llegar un poco más tarde los dólares necesarios para pagar el pasaje. Yo hice contacto con don Julio Jauregui, quien

se estaba ocupando de estos viajes como parte de la organización del Gobierno Vasco y creo que también la de la República Española. Lo tramité por correo desde el Colegio. Estábamos ya a comienzos de 1940. Vivíamos momentos muy difíciles para organizar viajes por mar, y no obstante estaba, a principios de mayo, ya esperando la fecha para embarcar, cuando los alemanes invadieron Francia por Bélgica, ocuparon París, y la rendición de Francia iba a ser cosa de días.

Una de las tragedias que produjo la ocupación alemana entre los exilados antifranquistas fue la colaboración de las policías germano-españolas para su entrega a Franco; se vivieron dramas de personalidades republicanas escondidas, algunas desapariciones entre ellas las fatales del President Companys de Cataluña, el socialista prietista vasco Julián Zugazagoitia, fusilados por Franco; la de otros que consiguieron escapar de las policías alemana y española conjuntamente, pero vivían la terrible incertidumbre. En el caso vasco, fueron ocupados algunos de los archivos de la sede del Gobierno Vasco en la Delegación de la Avenue Marceau de París, y no se sabía nada del Presidente Aguirre mismo. a quien había sorprendido la ocupación alemana de Bélgica en cuyo país se encontraba visitando con su esposa e hijos a unos familiares refugiados aquí.

La odisea del Lehendakari, a quien se le daba por desaparecido al tiempo que se daba a conocer el secuestro y traslado del Presidente de la Generalitat a España, desorientó a los vascos y a la opinión internacional.

Fueron los franceses, con responsabilidades concretas ante el invasor, los que en previsión de reacciones desesperadas en el momento de la rendición, nos recogieron en mayo de 1940 a los exilados de la guerra franquista en el campo de concentración de Gurs (recuerdo vagamente la presencia de un poeta español, creo que Alberti), al norte de los Pirineos Atlánticos, donde fueron encerrados también unos 12.000 judíos no franceses, en su mayoría alemanes; las condiciones eran infrahumanas, la mortalidad resultó muy alta, y luego, a partir de fines de 1942, los judíos fueron entregados a los alemanes por las autoridades de Vichy, bajo Petain y Laval. Pero aún estamos en 1940, mayo-junio, la mayoría de los vascos estábamos en el Isote C de Gurs, próximo al de los luchadores de las Brigadas Internacionales en España, cuando al mes y medio de nuestra llegada se produjo un movimiento de pánico entre los guardias franceses, y los internados, claro. Yo me acerqué al sacerdote don Iñaki de Aspiazu, quien con su espíritu de iniciativa y de servicio sacerdotal había entrado a trabajar creando un servicio humanitario, y fue él quien convenció al comandante del campo de ir dejando salir a las personas de mayor edad, a los impedidos físicos, y también a quien tuviera posibilidades de viajar fuera de la zona de ocupación prevista, y se me ocurrió enseñarle la carta de don Julio Jauregui señalando la fecha probable en que tendríamos que viajar hacia América. El me empujó fuera del campo en aquel desconcierto y sin saber adónde ir, con las carreteras vacías, con las gasolineras cerradas... Tuve la suerte de encontrarme en las afueras solitarias con un vasco de Tolosa, ya de edad, y con una cojera acentuada, quien con más iniciativas que yo, y con su dinero, logró alquilar en unas casas cerca de la carretera un taxi retirado en su casa que lo trasladase hasta San Juan de Luz, y me ofreció llevarme.

No lo olvidaré nunca.

Era el 23 de junio de 1940; los soldados polacos estaban embarcando en un carguero que esperaba en la bahía, se iban a Inglaterra; al día siguiente estaba yo desorientado y solo en la plaza vacía de San Juan de Luz, curiosamente con un vendedor de helados, cuando empiezan a llegar motocicletas alemanas, coches, procedentes de Bayona, que sin hacer caso de nosotros posaron ante el indicador que decía *Hendaya 9 K.*, continuaron viaje apresurado hacia la frontera española, su primer contacto, y luego, despacio, fueron llegando los carruajes con poderosos caballos de tiro, algunos cañones.

Nunca se me olvidará este día de San Juan, fecha de celebraciones en muchos pueblos vascos, entre ellos en San Juan de Luz mismo.

El municipio, en lugar del programa de fiestas, había pegado en las paredes unos impresos de tinta negra pidiendo a la población tranquilidad y absoluto respeto a las consignas dadas por el ejército alemán.

Rápidamente, en cosa de tres días, recibió la población orden de presentarse en la Komandantur, que se estableció al lado del puente, del lado de Ciboure. Después, aquel puente sufrió un desvío con las obras del puerto. En cuanto a mí, me hicieron las preguntas de rigor, y me dijeron cortésmente que me tenía que decidir entre trabajar en alguna fábrica de guerra, o regresar a España. Hubo muchos que optaron por ir a trabajar con ellos, la mayoría por el temor de las represalias franquistas, pero yo no tenía ficha ni edad para el servicio militar hasta dos años más tarde, y tenía, en cambio, a mi madre sola en el pueblo.

No tuve que pensar mucho para regresar a acompañar a mi madre.

Me las arreglé para pasarle aviso, y cuando días después me presenté en el puente fronterizo guardado por la Guardia Civil con mis dos maletas parcheadas que me prestaron, una curiosamente pintada de negro para adecentarla un poco, llena de libros, y otra con mis pocas ropas, me temblaba todo el cuerpo. Pensaba en mi padre, en mi hermano, y en mi madre que ya veía a lo lejos en la otra punta del puente acompañada de un compañero mío vestido de soldado, Jesús Ozaeta, y el que resultó ser mi buen Director de la Escuela de La Salle don José María Iciar, quien salió garante mío. Sin esta garantía, me dijo mi madre, me hubieran llevado al campo de concentración que funcionaba en Miranda para los jóvenes.

Ahora ya éramos dos juntos otra vez.

Aunque sin trabajo, sin casa, y con la obligación de no salir del pueblo y presentarme una vez a la semana a la Guardia Civil. Fue muy duro este trago. Fue duro todo: se negaron a darme un trabajo, mi primer trabajo, cualquiera; sin poder encontrarme con una mirada limpia por las calles, porque hasta la de los que no eran enemigos políticos de mi padre, eran también furtivas; muy pocos se atrevían a hablarme en la calle... Visitas, muy pocas. Por fin hubo alguien, el Ingeniero don Manuel Laborde, quien me proporcionó un trabajo en su fábrica de brocas y herramientas, en lo que tenía para un joven sin profesión: de ayudante de un linternero antifranquista colocando cristales, y pintando las ventanas con otro que también lo era.

Don Manuel no fue, pues, bueno conmigo sólo.

Hasta que dos años después, en 1942, fui llamado al servicio militar con destino a Marruecos. Con un sello que decía: "Hijo de exilado rojo-separatista que viene de Francia", que me acompañó pesadamente durante tres años.

Otra vez estábamos los cuatro cada uno por su lado, y sin ninguna noticia de mi hermano.

En cuanto regresé del servicio militar al pueblo con mi madre, y volví a trabajar de nuevo, ahora ya en un puesto de confianza con don Manuel Laborde, en 1945, y contento de mi trabajo, empecé, sin embargo a intentar salir con mi madre en dirección a Venezuela. Pero era el final de la segunda guerra mundial, Franco estaba ahora con sus fronteras cerradas, y tardamos dos años más de muchas gestiones con abogados para poder salir mi madre y yo hacia la libertad.

Llegamos, por fin, a Caracas, libres de hablar y movernos, al apartamento del edificio "Santa Bárbara" en la misma esquina, a finales de octubre de 1947.

Por aquellos días se celebraban las elecciones que dieron mayoría para Presidente a don Rómulo Gallegos. Fue la euforia en nuestra casa de los cuatro juntos, porque hacía pocos meses que por gestiones de mi padre a través del Ministerio de Relaciones Exteriores cerca del Embajador de Venezuela en la Unión Soviética, Dr. José Antonio Marturet, (a quien agradeceremos siempre su bondad y sus insistentes reclamaciones) mi hermano Joseba estaba en Caracas. Hacía diez años que no lo veíamos, y nos llegó casado con una española y con un hijo nacido en Moscú, Andoni, hoy ingeniero eléctrico al servicio del Estado.

Mi padre, independiente de nuevo, tenía un pequeño taller de Velázquez a Cipreses, donde fabricaba cajas de madera para empresas de refrescos, con un joven venezolano que además de trabajar bien había aprendido algunas palabras en euskara.

Y yo, ¿qué iba a hacer?

Primero fue llegarme al Centro Vasco, entonces de Truco a Balconcito, y al tiempo que buscaba trabajo empecé a colaborar con los jóvenes de Eusko-Gaztedi (Juventud vasca) sacando, era mi instinto de siempre, una publicación mensual en ciclostil, una "Gestetner" vieja, y a revolucionar un poco aquello que estaba "quedado"; fui fundador de una asociación juvenil mixta, rompiendo tabús de inercia puritana, secretario de la Junta directiva del Centro mismo, y entretanto traté de trabajar en un diario. Yo leía con avidez la prensa caraqueña, porque toda esa libertad de expresión era nueva para mí. Fui a ver al Director de la *La Esfera*, don Ramón David León, y después de escuchar mi acento musiu y verme jojotico, sin experiencia, me preguntó si había trabajado antes en algún periódico, y, muy importante, si estaba inscrito en la Asociación Venezolana de Periodistas; me dijo amablemente que era lo primero que tenía que hacer. Busqué y me presenté en la Asociación, que funcionaba en la esquina Cipreses como sindicato de prensa, diciendo que venía a inscribirme en la AVP. Aquí me dijo la secretaria con mucha calma que a ver en qué periódico trabajaba..., ¡ah!, que eso era lo que tenía que conseguir, el trabajo, para ganarme el derecho al carnet.

¡Esto me desanimó bastante!

Yo no tenía problemas urgentes, y mi padre se adelantaba siempre a ofrecerme dinero. Mi hermano estaba ya trabajando de delineante, muy contento. Primero pasé por unas pruebas de vendedor de ferretería y material eléctrico por el interior, en autobuses por las carreteras de tierra, volando por nubes de polvo en medio de un jolgorio y un hablar muy rápido y cantado, que yo no conseguía entender, lleno el piso del bus de jaulas con gallos, gallinas, pájaros... ¡Creía estar en una película mexicana!...

La primera vez que salí llegué a Barquisimeto: empecé bajándome en cuanto veía un grupo de casas, un pueblo con iglesia, y me quedaba de pie con la maleta de las muestras sin ningún negocio donde dirigirme, porque no había más que algún botiquín de venta de refrescos y cerveza, con rockola a todo gritar y apenas una hilera de botellitas de frescos de colores de marca norteamericana que parecía un muestrario. Al menos descansaba un rato y me tomaba una Pepsi Cola, que ¡hacía calor! La sencilla gente del pueblo me miraba como quien ve a un marciano que pregunta en godó por negocios que allí nunca había habido...

Fue un aprendizaje duro y sin apenas conseguir más pedido que unos metros de cordón para la luz.

Cuando, por fin, aterricé en Barquisimeto, la capital del Estado Lara, sí, ¡me pareció jauja! Había algunas tiendas donde vendían cuerdas, ferretería, cocinas de kerosén... Vendí unos metros de cable para la luz... y estaba haciendo la nota del pedido frente al dueño del negocio, cada uno a un lado del mostrador, y como yo empezara a preguntarle sobre su negocio, instintivamente como periodista, y a condolerme de sus pocas ventas... fue cuando el venezolano en camisa y pantalón blanco ya sobado se enderezó un poco, y con aquella sonrisa de mucha gracia me dijo mirándome a los ojos: "Oiga usted, ¡pero no se ponga usted a dolerse de mi suerte, no me compadezca amigo!, lo suyo es vender, no llorar conmigo, porque eso le trae mala suerte; no se preocupe de mí, usted me ofrece esto y lo otro y me dice lo bueno que es todo eso, lo que venda usted, y tiene que decirme que todo irá mejor, ¡qué usted me está regalando la suerte!"...

Yo quedé viendo visiones, y muy incómodo...

"¡Sí, hombre!", se rió, y tuve que reírme yo también, porque allí no se podía hacer otra cosa, y entonces él empezó a contarme sus desgracias con la mujer y sus hijos pequeños y a preguntarme de dónde había salido yo con aquel acento que no era ni andaluz.

Aquel atardecer caliente, cuando empecé a preguntar dónde podría dormir, y luego, siguiendo sus consejos fui pasando por aquellas "Pensiones", sin entrar, porque buscaba algo mejor, se me acabó la cuerda de casitas de la calle principal, con la plaza Bolívar en medio; aquí me senté, y decidí ir a alojarme a la que estaba más cerca. No dormí; sudé toda la noche, asomado al estrecho ventanuco para respirar, y muy temprano en la mañana bajé con mi maleta, pagué, esperé el autobús que veía venir desde lejos entre una nube de polvo; y en cuanto monté y me senté, ya me sentí seguro y en Caracas, ¡en casa! Aunque estaba a ocho o diez horas de un viaje ajetreado todavía.

Aquí descubrí que yo no servía para vender, y menos en el interior, que para mí era un descubrimiento; fracasé en Seguros "La Seguridad", para la que viajé a Barcelona y Puerto La Cruz y sólo vendí tres o cuatro pólizas de coche y camión por la amistad de los paisanos que vivían allá, uno de ellos, Echarte, quien conocía a mi padre, y al que nunca olvidaré.

No es al único que recuerdo; en medio de las dificultades siempre ha habido alguien que ha sido bueno conmigo. Pertenecen a diferentes nacionalidades. Coinciden todos en ser personas de buen corazón. No puedo mencionar a todos, porque se haría esta historia interminable.

Pero no se me ha olvidado ninguno.

También he tropezado con otros menos generosos, pero éstos se me han borrado de la memoria.

Donde más seguro me sentía era en el Centro Vasco preparando la publicación mensual, junto con jóvenes patriotas vascos. Dirigiendo también la revista formal del Centro, *Euzkadi*, ya de imprenta, y que pusieron en mis manos con sus dificultades financieras.

Todas estas experiencias a las que dedicaba mi entusiasmo me ayudaron a madurar. Aunque no bastante todavía.

Mi padre ya me había pagado una máquina de escribir, y todo esto me iba bien, pero no ganaba mi vida, como era normal. Mandé algunos artículos a la prensa, hablando del franquismo y de la libertad recién descubierta, pero no me publicaban. Me di cuenta de que había que saber esperar, y conseguí a través de unos compañeros de Juventud Vasca que trabajaban en la General Motors, en Antímano, en las afueras de Caracas, un trabajo para calcular embarques de coches que traía todavía la Compañía desde los Estados Unidos; había que ir a Puerto Cabello a recibir los carros por la estrecha y retorcida carretera, por La Trinchera, y luego calculaba el costo de estos embarques, éste era mi trabajo. Así empecé a ganarme la vida, por fin, y bien: 1.200 bolívares al mes. Ya se tranquilizaron los padres, que se preocupaban de mis preocupaciones, como es natural; y se serenó eso durante un año, que es cuando un venezolano de origen vasco, Francisco Villanueva Berrizbeitia, "Paquito", que escribía una columna firmando "Telemicros" en *El Gráfico*, un vespertino que publicaba el Copey, partido socialcristiano al que él pertenecía, y venía a vernos y a estar con nosotros, a saber de nuestras preocupaciones, a tomar algunas cervezas, y uno de aquellos días me dijo desde lejos, al entrar: "Tengo algo para ti... ¡Me han nombrado director de la revista *Elite!*"... Paquito era más joven que yo, tenía una madurez cultural y periodística que sorprendía en su cara de niño grande, todavía; traducía del italiano, del inglés, del francés escribía con una soltura y una rapidez sorprendentes... Su columna se dedicaba sobre todo a la política internacional, y se le tenía muy en cuenta. Pero me sorprendió verlo al frente de la única revista semanal de Caracas, ilustrada y en color... Y me dice sin darme tiempo a reponerme de la sorpresa: "¿Quieres venirte conmigo?"... Yo, la verdad, primero le dije que sí, y luego pensé en lo demás... "Yo te puedo publicar dos reportajes a la semana, deportes, sociales... Cada reportaje son 50 bolívares"... Yo hice inmediatamente la cuenta: Ocho o diez reportajes al mes, me daban 500 bolívares mensuales, máximo... ¡Pero yo ya estaba con él, hablando del futuro!

¡Cuando llegué a casa hablé a la madre de mi suerte!

Y ella, práctica, me preguntó por lo que me daban al mes, y comparó con lo que estaba ganando. Ella no me quería desencantar del todo, pero me habló de cómo iba a dejar una Compañía tan importante, y los 1.200 bolívares "seguros" que me estaban pagando desde cuanto entré hace un año y eso iba a subir..., cambiando por 500 bolívares que ni sabía cuánto me iban a durar, porque eso de escribir para la revista se podía terminar en cualquier momento...

Mi madre, que era un pan, tenía razón, claro; lo sabía yo desde el principio; me confirmó la opinión de mi padre mirándome como si estuviera contándole un mal

cuento; y hablé con mi hermano, quien, en cambio, me animó, sabía que éste era mi camino.

Y salté al carro de Paquito Villanueva, mi Director; don Juan de Guruceaga, dueño de la Editorial Vargas, la más importante de Caracas entonces, que era la que hacía la revista, era un mecenas del periodismo venezolano, una persona de gran bondad. Tenía a su lado a uno de los impresores y publicistas más importantes del País Vasco, exiliado, don Ricardo de Leizaola (hermano de don Jesús María, que llegaría a ser Lehendakari del Gobierno Vasco en el exilio), lo conocí al llegar, y junto a él, don Santiago Aznar, un político vasco que fue Consejero del Gobierno Vasco creado en Guernica, en representación del Partido Socialista Obrero Español, y quien después de su experiencia con Aguirre le fue fiel en el exilio, aunque esta fidelidad le costó la expulsión de su partido.

Estos dos exiliados eran de la entera confianza de Guruceaga.

Así fue como llegué, a través del venezolano Paquito Villanueva, a un mundo desconocido para mí hasta entonces: la redacción de un periódico, en este caso, semanal.

Comencé escribiendo los reportajes, hasta de deportes que no conocía, como el beisbol; que conocía muy poco, como el boxeo; de toros se ocupaban dos madrileños también exilados; empecé a hacer entrevistas y conocer personas de gran valía que me estaban mostrando, tanto en la medicina como en la jurisprudencia y la política, la otra cara de la calle, personalidades de gran valor moral.

De una sencillez que me llamó mucho la atención.

Mis balbuceos en el periodismo me enfrentaron a dificultades que no imaginé: mi acento al hablar castellano era un tanto duro para oídos habituados al tono y a la finura de matices lingüísticos del habla venezolana, una misteriosa gama a la que nunca intenté amoldarme, porque con eso se nace, no se hace, y yo tengo un oído un tanto duro; pero, en cambio, sí busqué incorporarme, denodadamente, en el escrito, porque era el lenguaje en que empezaba a leer a los autores venezolanos apasionadamente, porque era el castellano de mi libertad y de mis comienzos literarios, adecuando mi vocabulario castellano al venezolano, lleno de novedades; me ayudaron críticos y lingüistas como José Antonio Calcaño (*El castellano en Venezuela*, entre otros), y un profesor de origen argentino, Angel Rosenblat (*Buenas y malas palabras*); y aunque en lo escrito no había, claro es, acento tónico, en el lenguaje de los escritores venezolanos trascendía vivamente a través de la sintaxis. Esta disparidad entre la literatura española y la venezolana era para mí en ese momento un terreno de libertad al que podía acceder por voluntad de incorporarme al país que comencé a sentir como mi "otra" patria, y eso sí lo intenté. A mi medida, y lentamente. Tenía en este campo una ventaja, que el venezolanismo estaba vivo, claro es, en el hondón mismo del lenguaje al que tenían acceso los escritores venezolanos, algunos muy buenos; y en el lenguaje periodístico, con un rasero más bajo y más arbitrario, mezclado con anglicismos que nacían en las fuentes periodísticas de las agencias norteamericanas.

Aquí había, como en muchos otros campos, por lo menos dos medidas: la standard, un poco ramplona, la del periodismo diario, y el lenguaje literario, un monumento que había ido levantando el venezolano culto, particularmente el escritor.

En este campo también advertí ese espíritu de libertad política recién estrenada.

Pero también aquí, en Venezuela, se quebró de nuevo, porque la aprobación de la nueva Constitución y la elección de don Rómulo Gallegos (1947), independiente en una candidatura presentada por Acción Democrática para Presidente de la República, duró poco más de un año; en noviembre del año siguiente fue derrocado por los militares que no pudieron doblar el espinazo moral y democrático del Maestro Gallegos; el golpe fue dado por su propio Ministro de Defensa, Carlos Delgado Chalbaud, y dos compañeros de armas: Marcos Pérez Jiménez y L.F. Llovera Páez, recién ascendidos a Tenientes Coroneles.

Hasta que unos meses más tarde, en 1950, fue asesinado aquél a quien se consideraba como más democrático, Delgado Chalbaud. Este acontecimiento que marcó dolorosamente la historia de Venezuela, también afectó mi quehacer periodístico.

Antes había perdido al compañero de redacción que me llevó tan generosamente a la revista *Elite*.

La juventud de Paquito Villanueva no pudo escapar del medio en que se movía, y a pesar de los esfuerzos que hice para cubrirlo de sus ausencias, don Juan de Guruceaga, quien lo quería como a un hijo, se vio en la necesidad de prescindir de él. Yo lo seguí viendo; venía al Centro Vasco a tomar algunas de sus cervezas; se casó con una joven estupenda, buena y paciente; yo estuve en su boda, y los visitaba; lo fui a ver en Nueva York, donde fue adjunto al Cónsul venezolano. Y tampoco tuvo suerte, se separaron; y Paquito, que era cristiano de formación y de fe, no pudo con todo esto, y en un viaje en barco que hizo para visitar a una tía en Vitoria-Gasteiz, desapareció.

Una mañana se dieron cuenta de que ya no estaba a bordo.

No podré olvidarlo.

Cuando asesinaron a Carlos Delgado Chalbaud, yo, un periodista todavía, como dicen los venezolanos, jojoto, sin más experiencia que un par de años, sustituyendo a Paquito, como jefe de redacción de la revista ahora nominalmente dirigida por su dueño, don Juan de Guruceaga, me lancé a cubrir aquella sorpresiva tragedia nacional con una voluntad concretadora y completadora tal que se decidió en la revista hacer, impresa en negro, varias ediciones con una tirada muy grande, y por dos semanas consecutivas, dejándome llevar por aquella emoción y, todo sea dicho, el estímulo de don Juan, claro, pero también de don Ricardo de Leizaola, que era el hombre de experiencia en ediciones en su propio país, y el que se dio cuenta de la importancia política y el estado emocional de aquel momento; de él fueron los diseños, las ideas de utilizar dibujos del lugar donde vivía la víctima y las versiones que corrieron en aquel momento y de lo que se podía decir, y también del interés de don Santiago Aznar en la dirección económica.

Yo escribía.

Fue una circunstancia que, entre otras cosas, me dio a conocer.

Aquí recibí una llamada telefónica del periodista y escritor, y copropietario del diario *El Nacional*, Miguel Otero Silva, con quien no había tenido oportunidad de hablar hasta entonces, y me ofreció un puesto de 2.000 bolívares, quería que me dedicase al reportaje en su periódico. Era un buen sueldo, pero sobre todo era un honor trabajar en el diario más moderno y más prestigioso del país. Le di las gracias, claro, pero yo le dije que tenía un compromiso moral con don Juan, "el cabezón Guruceaga", como le

llamaban cariñosamente todos sus amigos, y que tenía que hablar con él. Hablé con don Juan y le dije lo que pasaba. Don Juan no esperó a que terminase, me interrumpió para decirme: "Eso te lo pago yo".

Así, *El Nacional*, diario en que gané años después su conocido "Premio de 'El Nacional'" de cuentos, y también el único que organizó de "Reportajes", y donde colaboré en temas políticos del País Vasco y del franquismo, y donde publiqué los reportajes que forman parte del libro editado por la Universidad de Los Andes siendo Rector el Dr. Pedro Rincón Gutiérrez: *Cuando los peces mueren de sed*, decidió entonces mucho de mis relaciones con el periódico y sus directores sucesivos desde Juan Francisco Reyes Baena, y la estructura permanente durante estos años: José D. Benavides, José Ratto Ciarlo, Francisco Edmundo "El gordo" Pérez, y no por último en ser mencionado el menos importante, sino porque quiero dedicarle este recuerdo entrañable, el periodista catalán que desde que se fundó el periódico y hasta su muerte prematura fue su Jefe de Redacción, la columna vertebral del diario: José Moradell, venezolano ya para siempre, a quien me unió una amistad sin muchas palabras, porque no era un hombre de mucho hablar, y yo tampoco, pero el catalán y el vasco se comunicaban muy bien trabajando.

Pero antes de que llegara este momento de mis colaboraciones en *El Nacional*, tengo que regresar a otro muy duro para ganarme el crédito en el campo del relato corto, del cuento, en que cuajó mi vocación literaria.

Debo hacer brevemente una referencia a mis lecturas.

Ya en Château Chinon empecé a leer cosas en francés, pero lo literario me llegó en el Colegio, con el inevitable Víctor Hugo: *Les Misérables*, que me impresionó mucho; libros de exploradores franceses en Africa, como Robert Caillié, quien después de introducirse entre los moros aprendió el árabe y logró ser el primer europeo que entró en la ciudad de Timbuktú, lecturas sin dirección; curiosamente leí en el político Edouard Herriot, junto a su obra *Aux sources de la Liberté, La vie de Beethoven*; Pearl Buck, traducida en algunas de sus novelas del mundo chino, *La buena tierra*, y sobre todo, creo que con el título de *La famille dispersée*, su *A House divided*.

Fue en Caracas donde empecé a leer con algún sistema: se lo debo al profesor Arano, que lo fue de la Escuela Laica de Madrid durante la República, exilado; trabé amistad con él en casa de mi hermano y le pedí que me dedicara un par de horas a la semana. Los huecos entre el Centro Vasco y mi trabajo los dediqué a la literatura española. Había leído a Pío Baroja, a Unamuno un poco, y con la orientación del profesor Arano leí a Pérez Galdós, fue un descubrimiento; luego a Blasco Ibáñez, a Emilia Pardo Bazán, todo en la nueva serie de Aguilar, y luego Azorín, repetidamente.

Fue un buen fundamento, para intercalar y luego seguir con los autores venezolanos y latinoamericanos.

El año 1952 me planteo un respiro en mi agobiante trabajo de *Elite*, mis lecturas y lo que había empezado a ser mi exigente dedicación al cuento, además de mis actividades del Centro Vasco. No podía abarcar todos los campos, me faltaba tiempo y sobraba aquel agobio que me estaba enfermando; sentía los nervios a flor de piel; no era la falta de tiempo sólo, sino la incapacidad de abarcar afectivamente todo lo que me preocupaba: el campo vasco del exilio, mi cada vez más honda y absorbente entrega a la

creación literaria, la búsqueda del nuevo lenguaje que esto me estaba exigiendo, y al mismo tiempo mis responsabilidades dentro de la revista *Elite*, donde seguía escribiendo. No hablaba de esto con nadie, en razón de mi propio carácter, y tampoco veía a nadie cerca capaz de entenderme. Hasta me parecía un tanto presuntuoso de mi parte comentar estas aspiraciones mías al lenguaje literario venezolano... Recuerdo que en la ocasión de ganar el primer premio literario, que creo fue mi tercer lugar en *El Nacional*, con "Punto y aparte", o "Fracaso", no estoy muy seguro, que para mí supuso un estado de euforia reprimido, mencioné el premio al que se ocupaba de la administración del Centro Vasco, y éste me dijo, "ah" y me contó algo acerca del partido de pelota del domingo...

Después me dije que esa reacción era normal en él, y acaso no mi emoción absurda en razón de un pequeño logro literario; mis padres se alegraban de cualquier alegría mía; mi hermano Joseba me entendía, pero estaba viviendo el momento más bonito de su vida en la libertad y ¡los hijos que venían!

Los que mejor comprendieron mi dedicación y estas primeras recompensas en *El Nacional*, *El Universal* y el primer premio de la revista *Páginas* (dirigida por Nery Russo, con una entrevista muy curiosa: "El padre Vareta (cura de Perate) descubre el movimiento continuo", que tampoco he recogido en libro), fueron los compañeros venezolanos de la redacción de *Elite*, con los que no me unía más que una relación de compañerismo de trabajo, excepción hecha de la atención siempre cariñosa de Trinita Casado, la que dirigía la sección de Sociales, y, sobre todo, la escritora Lucila Palacios, luchadora democrática de grandes y callados méritos durante la dictadura que vivíamos, y quien soportaba con delicadeza y dignidad los silencios en torno a sus valiosas novelas (*Cubil*, *El corcel de las crines albas* (premio "Aristides Rojas 1949), *Rebeldía*, *El día de Caín*, entre otras), aunque luego, ya en democracia, le serían reconocidos sus méritos literarios y sus servicios políticos al país con su nombramiento de Embajadora en la República del Uruguay; con señalado éxito, por cierto.

Sería curiosamente ella quien me encontró aquel sábado, o domingo, al mediodía, 2 de agosto de 1955, y mediante un vecino del edificio "Santa Bárbara", porque yo no tenía teléfono, y el jurado buscó este contacto telefónico a través de Lucila, que sabían que era compañera mía, para anunciarme el Primer Premio de *El Nacional* con "Un real de sueño sobre un andamio".

Pero todavía no estamos ahí,

Sólo que al recuerdo de Lucila se ha enganchado este otro.

Estaba en que me resultaba difícil hablar de mis trabajos literarios, entre ellos mi preocupación del lenguaje; siempre me ha tocado luchar, forcejear con las lenguas. El vasco y euskaldun que soy ya se tuvo que enfrentar a la escuela en castellano en circunstancias de imposición y de castigo. Eso produjo en mí una rebeldía interior profunda. No era sólo esta rebeldía personal, sino el dolor que me producía la dificultad de mis padres con el castellano, y también con el euskara escrito. Mi padre había montado con grandes dificultades y una energía que aún me asombra un tallercito de artículos de madera, desde mangos de azada y picachón, que era lo más mecanizado que tenía con un torno automático adquirido en la feria de muestras de Burdeos, hasta los mangos de herramienta y los almireces trabajados en pequeños tornos a mano, hasta

perchas individuales, las plegables, y tablas de lavar y de picar carne, una diversidad de objetos que mi padre fabricaba; salía a vender él mismo por todo el Estado, volvía con los pedidos, los embalaba, y mi madre le escribía las cartas y hacía las facturas en una "Remington" portátil... ¡De qué suerte irían escritas aquellas cartas, con la mejor intención y un gran esfuerzo, pero con el vocabulario y la ortografía que Dios les daba a entender! Yo me daba cuenta muy poco entonces del problema, esta conciencia de nuestro laberinto lingüístico se ha ido afirmando en mí a medida que me he ido formando y me ha tocado aprender otras lenguas.

Porque el problema no consistía sólo en esta falta de educación en castellano para realizar todo este trabajo a caballo entre el tren "rápido" que cogía mi padre en San Sebastián para ir a Madrid o Barcelona, o a Toledo, a Andalucía, a Mallorca, a toda la geografía del Estado español, y salíamos con la madre los dos hermanos a esperar que pasase velozmente el tren por el apeadero de Andoain para recibir el paquete de caramelos que se reventaba en el aire y que nos sabía a algo muy especial, sino que el euskara que hablaban con naturalidad desde niños tampoco había sido cultivado en la escuela, ni después estuvieron capacitados para escribir o leer lo que hablaban.

Lo mismo nos pasó a nosotros más tarde.

No me quejo del bilingüismo, si éste es normal, que en sí era una ventaja en las circunstancias precisas de mis padres, sino del corte de la lengua materna en el niño, primero en mis padres, y luego en los niños de mi edad, y al final en generaciones sucesivas durante medio siglo de franquismo. Eso es lo que sigo pidiendo hoy todavía: ¡la normalización de las dos lenguas!, con obligaciones del castellanoparlante hacia los que en su propio país han sufrido desde hace siglo y medio la imposición del castellano. Esto es lo que he sufrido yo como una frustración personal, la de mis padres, la de mis compañeros de escuela, de servicio militar... Y en mi caso de una manera discriminatoria, la una positiva, la otra contraria y belicosa: con el catecismo y las oraciones y la iglesias en euskara, y la escuela, la literatura y el periódico en castellano y en francés, ¡y nada en euskara!

Esta falta de armonía en la formación cultural y espiritual, más bien este laberinto de lenguas naturales y forzadas que servían para cosas diferentes, la sufría yo primero por la rebeldía de mi padre, nacionalista vasco, que protestaba dolorido de esta situación forzada por la administración española. Y esto a nivel político para él: siendo concejal del Ayuntamiento de Andoain, con las sesiones habladas en euskara y escritas por el secretario oficialmente en castellano.

Porque hay que tener en cuenta que Andoain en 1931 era euskaldun casi al cien por cien.

Este *flash back* para llegar al momento en que yo en Caracas, luchando para escribir en mis comienzos literarios en un lenguaje bastante distinto al castellano que me enseñaron en la escuela y en casi todas mis lecturas. Era duro conseguir el "tono de voz" adecuado para contar un cuento literario al lector venezolano, y a la vez me producía una gran alegría cuando lo lograba (recurriendo con frecuencia a los libros de venezolanismos a que he hecho ya referencia). Esta lucha por lograr una descripción literaria que pudiera llegar al lector venezolano como algo suyo, me producía, en medio

de esa dificultad enorme, un goce que sólo la experiencia personal del escritor puede medir.

Y a todo esto debo añadir que al inglés que había comenzado a aprender en Andoain con el método CCC audio-visual más elemental, disco con cuadernillos, con la esperanza de poder ganarme la vida mejor en América, lo tomé en serio atendiendo las clases de inglés que tenían mucha fama en aquel tiempo en una escuela que funcionaba en El Silencio, porque mis suposiciones, o noticias recibidas, no sé, se confirmaron muy pronto. Y en vista de que mi método de El Silencio era lento, solicité a Ann Arbor, Michigan, en Estados Unidos, sitio en uno de los cursos de verano de tres meses, que según el anuncio resultaba casi milagroso: ¡uno salía después de tres meses interno hablando inglés!

No fue así, claro, pero no me pesó el viaje, que, por otra parte, me sirvió para salir del ahogo psíquico en que me sentía inmerso en las tres tareas fundamentales que ocupaban mi espíritu.

Conseguí un permiso largo en *Elite*, con la intención luego de escribir algunos reportajes, el año 1952.

Fui a una escuela de la Universidad de Michigan dirigida, en Ann Arbor, por el profesor Lado bajo la dirección del gran lingüista y autor de métodos de enseñar inglés a extranjeros, Dr. Fries, a quien entrevisté. Cuando terminé el curso de dos meses, que era muy bueno, ciertamente, fui a Nueva York, me alojé en un hotel-pensión modesto, "Jai-Alai" de un vasco muy conocido: Don Valentín Aguirre. Don Valentín era un corpulento campesino vizcaíno (1873) que vino de muchacho a Nueva York, fundó aquí en 1939 el Centro Vasco y donde vivió durante sesenta y cinco años ayudando a los vascos que iban a América; yo lo conocí en 1947, a nuestro paso hacia Venezuela, y cuando lo volví a ver ahora, en 1952, estaba ya un poco enfermo; murió al año siguiente, a sus ochenta de edad. Había introducido a Uzkudun en este mundo del boxeo tan difícil, también a Isidoro Gaztañaga, quien obtuvo grandes victorias en Argentina y en Nueva York, donde fue vencido por Primo Carnera en 1936; se lo recordaban muchas veces, y le gustaba. Gran persona, había ayudado a infinidad de vascos. Además de pensión para los pastores vascos que pasaban por aquí para ir a Nevada, tenía un buen Restaurante con bar, una oficina que organizaba el papeleo de los viajes y también llevaba las cuentas de los pastores, quienes así, daban un bote en barco o en avión desde Europa y desde aquí otro hasta cerca de sus ovejas en Idaho sin necesidad de saber inglés ni ver de América otra cosa que la casa de Aguirre y los montes en que estaban esperando los borregos.

Yo hablé mucho con ellos, muy reservados.

Este oasis para los pastores en Nueva York estaba al sur de Manhattan, cerca del Greenwich Village y China Town. Me venía bien para otro de mis objetivos: atender unos cursos de literatura en la New York University, en Washington Square, hacia la calle 14, creo, muy cerca de Valentín Aguirre. Y al mismo tiempo escribía reportajes y algún relato con destino a *Elite*, lo que me ayudaba a costear mi estancia económica de unos meses más en Nueva York. Recuerdo algunos títulos: "El Dr. Fries, un gran lingüista", "Bowery: la calle de los borrachos", "Misterios y tretas en el Barrio Chino",

reportajes, y una entrevista con el Director del "Federal Detention Headquarters" de Nueva York, Mr. E.E. Thompson, a quien me presentó Nita, la hija de don Valentín.

En ese mismo año publiqué en la revista los relatos: "La frazada", "El puente de la noche", "La máquina de coser", "El emigrante" (entre cuento y reportaje, hablando de los que pasaban por la casa de don Valentín), "En la encrucijada", "Dos manos juntas", ninguno de los cuales ha pasado a mis libros, y estoy seguro que no se ha perdido nada.

Sólo ahora, al recordar esta época, me doy cuenta de que constituyeron mi transición entre el reportaje y el cuento.

Esta fue, pues, mi experiencia de casi medio año pasado en los Estados Unidos. Escribiendo en castellano-venezolano todavía para ayudarme, estudiando literatura y aprendiendo inglés (parece una paradoja) para lograr un trabajo mejor remunerado que me permitiese el tiempo necesario para trabajar la literatura venezolana.

Además me sirvió para ver todo mi trabajo en perspectiva.

Durante mis dos años más en *Elite* seguí trabajando denodadamente el cuento, mientras escribía sobre todo entrevistas ("El personaje" semanal) en la revista, como la del pintor Reverón en su retiro de Macuto, que con el tiempo ha quedado como único, porque murió pronto; "Carlos Guillermo Plaza y la creación de la Universidad Católica en Caracas" (en la que luego me tocó enseñar Periodismo); "Dr. Henrique Siblesz", "De Caracas a La Guaira, 13 minutos", la construcción de la nueva autopista; "Dr. J. Quintero Quintero"; "La vida sigue siendo dulce a los 100"; "Hermano Ginés"; "Eduardo Arroyo Lameda", "Lucila Palacios"; "Dr. Odulio Alvarez", "Alfredo Armas Alfonzo", "Juan de Guruceaga", "Padre Alfonso Alfonzo Vaz: 'La ciudad de los muchachos'"; "Elisa Margarita Layrissé"; "Antonio Miranda: 'el poeta vendedor de miel'"; "Raimundo Antonio Villegas Polanco"; "Lola Fuenmayor"; "Francisco Tamayo"; "Ramón Medina Villasmil, 'Villa'"; "'Otaño', el caricaturista", mi buen y talentoso amigo; "Dr. Jai Narine Singh: 'La Guayana Británica quiere ser libre'"; "Carlos Morales"; "Franz Conde Jahn"; "Ernesto Vallenilla Díaz"; "Tristán de Ataíde", 'El social-cristianismo como solución'; "Las tres conferencias del Padre Castro S.J."; "A. Cabanas Oteiza"; "José Antonio de Aguirre: 'Europa se une'"; "Dr. J. L. Salcedo Bastardo: 'El pensamiento del libertador'"; "Flor García"; "Mevorah Florentín", presidente de la Asociación de Ciegos, por quienes Guruceaga tenía especial sensibilidad; "Joel Valencia Parpacén"; "Raúl Santana: 'Un mundo de a 16 centímetros el metro'"; "Félix Carpio".

Mientras trabajaba haciendo periodismo en *Elite*, seguía dedicando todas mis horas libres a trabajar el cuento.

Leía y escribía.

Empezaba a madurar más mis relatos en la soledad, cada vez más seguro de mí. Seguía viviendo con mis padres en la esquina de Santa Bárbara; teníamos al primer hijo de mi hermano nacido en Moscú, Andoni, con nosotros (era como un hijo para mí), porque nos quedaba el Colegio de Lasalle en la misma cuadra con Tienda Honda, y mi hermano ya tenía suficiente con ocuparse, con su mujer, Blanca, de los dos más que les habían nacido ya. He mencionado mi dificultad de hablar acerca de lo que estaba haciendo. Desde fuera veían lo que salía semanalmente en la revista. Pero mi mundo interior seguía siendo un departamento estanco. La soledad es un castigo benigno para el escritor que ya ha comenzado a creer en lo que está haciendo, porque esta soledad,

que es dura, la vive al mismo tiempo que las pequeñas alegrías de haber conseguido una frase rotunda, un final que buscaba hace muchas semanas; lo que uno va consiguiendo decir...; cosas que no se pueden comunicar sino de esta manera, a través de la escritura.

Ya respiraba mejor.

Así las cosas, sentí la necesidad de volver a salir, y para un cambio de ritmo busqué otra vez Nueva York: el New School de la Plaza Washington para los cursos libres de literatura, intentando escribir algo nuevo, leyendo a los norteamericanos, Faulkner, O. Henri; escribir, caminar por la ciudad con amigos como Mario de Salegui, quien intentaba entonces lo que ya ha podido después, editar varias novelas de la guerra civil (*Morir en Irún*, *Operación Carlomagno*) junto a su estupenda compañera, Miriam, su lectora y cómplice; caminando durante horas con "Chaquetas" (Gaspar Garay, se hacía llamar "Mr. Gary", que huyó del servicio militar, como otros muchos), un donostiarra fabuloso, internacional, quien como Guadiana vasco en América aparecía y desaparecía, contando cada vez historias más fantásticas (que escuchaba Indalecio Prieto con placer cuando pasaba por casa de don Valentín a comer), pues "Chaquetas" se paró de pronto en uno de estos maratones y me dijo: "Martintxo: ahora sé que somos amigos de verdad... dos personas capaces de caminar el uno junto al otro durante más de una hora sin hablar son amigos de fiar"; veía a Jesús de Galíndez, ya Delegado del Gobierno Vasco en Nueva York, con quien yendo un día a tratar de asistir al mitin del candidato demócrata a la presidencia de los Estados Unidos, Stevenson, frente al general Eisenhower, tropezamos en medio de la multitud en los alrededores del Madison Square Garden con el gran escritor colombiano German Arciniegas, también con entrada, pero sin poder avanzar un paso. Escuchamos el mitin por los altavoces.

También me veía con otros vasco-venezolanos que pasaban por casa de Valentín Aguirre, camino de Europa o regresando de ella.

De Franco, ¡nada!, eso era algo que había que pelear, que luchar, como se podía, pero regresar a la casa que estaba en su poder, eran muy pocos los que se habían rendido aún.

Durante este viaje me encontré con Iñaki Urreiztieta, patriota y enamorado de la literatura (con algunos libros: *Cuentos*, firmado con seudónimo: "Dorkaitzekua"; *Jaque constante*, firmado con "Eneko de Aviragnet"; *País Vasco*, con prólogo de nuestro común amigo, el escritor Miguel Pelay Orozco), con su familia, ahora desde Inglaterra donde habían vivido unos meses; con su hermano Josetxo, ocupando a la Standard con un, decía, invento suyo: la fabricación de un asfalto que se podía extender incluso en día de lluvia... En lo que su hermano no creía, y yo tampoco, pero estaba viajando por cuenta de la Standard Oil con una fórmula que debía ser de algún otro.

Tampoco creíamos que iba a encontrar oro en la Guayana venezolana, ¡y se hizo millonario!

Eso era Nueva York para el vasco entonces: topar con muchos vascos de todo el mundo, practicar inglés, tomar algún curso, y en una ocasión con un matrimonio joven que iba a recurrir a la cirugía norteamericana para extirpar el cáncer al amigo; sin suerte, desgraciadamente. Recuerdo que en este viaje me encontré con Paco Miangolarra, soltero como yo, todavía, y con unos medios que yo no tenía, quien me dijo, hablando

del Centro Vasco, que había llegado una "chica nueva"... Nos conocíamos todos y todos muy repetidos... Los solteros de ambos sexos esperando novedades.

Y regresé para fin de año.

Llegué al Centro Vasco y el primer día topé con una chica que me llamó la atención, me gustó, y además me entendía, me animaba, era Anamari Martínez Urreiztieta, quien me ayudó a encauzar mi vida junto a la suya. Hasta hoy. Era "la nueva". Acababa de perder a su padre y había venido desde Inglaterra, donde estudiaba, a acompañar a su madre trabajando. Era sobrina de los dos Urreiztieta que vi en Nueva York. ¡A esta joven le gustaba leer! Fue la lectora de mis originales, mi crítico y gracias a su apoyo incondicional a lo que hacía, a lo que aspiraba, ¡todas esas cosas que conjugan cuando cuadra una pareja!, gracias a su apoyo y a su paciencia para aguantar mis encerronas con música, mis viajes a los diferentes lugares de Venezuela.

Ella fue capaz de insuflarme la fe en mí mismo.

Tuvimos un contratiempo: después de que nos sorprendió una tromba de agua en una tarde de domingo en el campo, en El Junquito, en las afueras de Caracas, Anamari cayó enferma de alguna gravedad, con fuertes dolores de cabeza; le hicieron la punción lumbar, para descartar lo peor, y en cuanto se recuperó un poco le recomendaron los médicos un tratamiento de columna y espalda en Suiza. Fue un tratamiento largo, y a los seis meses de cartas me fui y nos casamos en Zurich el 22 de marzo de 1955, en la capilla del sótano de la iglesia de San Antonio con la compañía de su madre y sus dos hermanas.

Los colegas caraqueños publicaron la noticia así:

Las tarjetas de matrimonio de un periodista vasco: El periodista vasco Martín Ugalde se casó en Zurich el 22 de marzo pasado con una compatriota suya de nombre Anamari Martínez Urreiztieta. La noticia en sí –además de ser un poco atrasada– no consiste propiamente en la boda del periodista, sino en las tarjetas que ahora es cuando están llegando a las manos de sus amigos.

¡Nada grave ocurre a los vascos que las reciben! Pero el resto de amigos de Martín se han quedado asombrados ante el siguiente texto:

*"Ugalde eta Orradre'tar Martin Andoni'k
Martínez eta Urreiztieta'tar Anamari'k
bere ezkontza zertu dela adierazten dizute
Elizkizuna Zurich'ko Saint Antonius elizan izan zan
1955go epaillaren 22an.*

Después de lo cual suponemos que el periodista vasco debe estar muy feliz. (*El Nacional*)

Entretanto, durante estos meses que ella continuó su tratamiento, ocurrió otra situación que dio rumbo nuevo a mi trabajo:

En la enorme imprenta donde se tiraba *Elite* en rotativa de huecograbado, se imprimía también una publicación mensual de la Creole Petroleum Corporation, de la Standard Oil Co. New Jersey, con destino a los 22.000 trabajadores y empleados

ocupados en zonas de toda Venezuela. Quien dirigía esta revista, llamada *Nosotros*, era el gran cuentista venezolano Alfredo Armas Alfonzo. Eramos de la misma edad, él apasionadamente venezolano, yo un musiu que quería a Venezuela sin dejar de ser apasionadamente vasco; nos apreciábamos. Él fue seguramente el que personalmente más hizo para que me dedicase al cuento de la tierra, de Venezuela, después de mi fase de los cuentos de inmigrantes. Así como otro gran amigo, "el Poeta" José Antonio de Armas Chitty, actual secretario de la Academia de la Lengua, hizo por que me inclinara hacia su disciplina, la historia de Venezuela, Alfredo comprendió mi vocación del relato. Fue él quien me dijo si yo sería capaz de sacar la revista "*Nosotros*" todos los meses, porque él, que dirigía al mismo tiempo la revista literaria de la misma compañía, *El Farol*, no conseguía "domar" a su equipo para sacarla puntualmente, como querían los norteamericanos, claro es.

Yo le dije que sí, que si conseguía sacar *Elite* todas las semanas a la hora del quiosco... Me dijo Alfredo: "sí, por eso"... Y a los días me llega el ex-periodista de la United Press en Caracas, James Allan Coogan, quien me vendía el servicio internacional de fotos (las que se recibían ya entonces en una especie de fax, para *Elite*), y me dijo que ya estaba trabajando para las Relaciones Públicas de la Creole, y si por lo que dije a Alfredo Armas Alfonzo (triple "A", decía él) estaría dispuesto a trabajar con ellos.

Así cambié de revista, en condiciones más cómodas y económicamente más favorables. No me despedí de don Juan Guruceaga, porque seguí colaborando con él en su revista hasta que la vendió.

Así, cuando me casé ya estaba mudándome de revista.

Al mismo tiempo envié al concurso de cuentos de *El Nacional*, "Un real de sueño sobre un andamio" en julio, y cuando gané con él el primer premio, mandé un telegrama a Anamari a Zurich el 3 de agosto (aniversario de la creación del periódico, festividad de San Esteban con fiestas en Goiburu de Andoain), fecha en que fue publicada la noticia en la primera página del diario.

El jurado estaba integrado por: Manuel Guillermo Díaz (Blas Millán), Carlos Eduardo Frías, y Miguel Otero Silva.

Para cuando vino Anamari, justo estrenábamos casa propia: mi hermano Joseba proyectó y dirigió una casa con tres pequeños apartamentos en Los Chorros, en la carretera de tierra que subía hacia el monte Avila, uno con terraza para los padres y otro para cada uno de los hermanos. Era una casa modesta, pero era la primera vez que los Ugalde conseguíamos tener casa propia.

Entre tantas primicias que me ha dado Venezuela, también está ésta.

Y nuestro primer hijo, Unai Ona, nació el 20 de junio de 1956; luego vendrían dos caraqueñas más: Miren Itxaso, el 1 de julio de 1957; y unos años después, cuando vivíamos en La Trinidad, en Baruta, nació tranquilamente, sin prisas, Miren Ainara, el 6 de febrero de 1964.

Después de seis años haciendo '*Nosotros*' en la Creole, la Compañía me ofreció la posibilidad de hacer por su cuenta, según sus normas de promocionar a sus empleados, Periodismo en Estados Unidos. Así fuimos en 1960, año de la muerte de José Antonio Aguirre, en marzo; fue una circunstancia muy dolorosa para todos los vascos; tuve que responder oficialmente a las numerosas condolencias de venezolanos con los que tuvo

contacto oficial durante sus visitas al país, porque coincidió con mi turno como presidente del Centro Vasco de Caracas. Viajamos en junio con los dos hijos mayores a Evanston, Ill., a unos kilómetros de Chicago, donde hice en dos años un Master de Periodismo en la Northwestern University.

Fue una oportunidad para los cuatro, y yo tuve que trabajar muy duro a mis 39 años; de algo me sirvió mi inglés por correspondencia de la CCC en Andoain, ¡quién iba a suponerlo!, y los demás cursos en El Silencio de Caracas y en Michigan; fue duro hacer mis estudios universitarios con las notas que quería y que logré.

De todo esto estoy agradecido a la empresa en que trabajaba, y también a Anamari, mi mujer.

Fue luego, a mi regreso al trabajo de la Creole en Caracas, cuando comencé a escribir, entre cuento y cuento, los reportajes sobre Venezuela que me fue publicando *El Nacional*.

En el espíritu con que inicié esta serie que se recoge en el libro editado por la Universidad de los Andes: *Cuando los peces mueren de sed*, no existía de modo explícito la idea de comprender a Venezuela en su conjunto, territorio, hombre diverso en su misma lengua, sin olvidar al indio muy minoritario y sus lenguas vernáculas; era más modesta, se trataba de ir viendo y comprendiendo aquellos lugares por los que acerté a pasar alguna vez, pero no pude quedarme a vivir un poco con las personas que yo veía al pasar fugazmente desde mi coche; algunos parajes desde muy alto en un avión: la selva, el Llano, los grandes ríos, las costas de las playas de oro, el lago de petróleo y otros campos regados entre bosques, las islas. Eran mil kilómetros cuadrados donde vivía el venezolano en su diversidad, pegado a las posibilidades de la tierra, del río o del mar. No disponía de tiempo para planificar nada y fijar unas prioridades, no había nada de esto. Sólo que aprovechaba cualquier viaje de la Compañía a los campos petroleros para quedarme al lado de unos chivos a una hora o a media hora de camino de Amuay; de vacaciones de familia en Margarita; planifiqué con un compañero del Centro Vasco, Luis Las Heras, un viaje de trabajo para recorrer los Andes, eso sí, parándome en los trapiches, conversando con los hombres de ruana en los caminos solitarios. Y fue así, como se completa un puzzle, como fui coronando lo que había en el subconsciente durante varios años de andaduras, como me fue creciendo dentro la idea de unirlos y completarlos, hasta que al final fui a buscar por instinto algunas piezas sueltas que en realidad no conocía.

Aquí un recuerdo al gran arquitecto y generoso amigo Iñaki Zubizarreta, vasco y venezolano como yo, a quien entusiasmó la idea y habló a Perucho Rincón.

Por otra parte, iba escribiendo en *El Farol*, cuya dirección heredé de mi compañero Alfredo Armas Alfonzo, junto, ahora, con *Nosotros* y las demás publicaciones de la Compañía. Aquí trabajé quince años (hasta que las circunstancias familiares, personales, tanto culturales como políticas con respecto a la patria de origen me reclamaron en conciencia) y estas publicaciones que preparábamos para servir al país, recuerdo que en una reunión en la décima planta del edificio de la Compañía, en uno de los actos oficiales, un ministro venezolano dijo a un director de la Compañía: "Esta revista, *El Farol*, es lo más venezolano que tiene la Creole".

Y era cierto que la colección de esta revista da una idea de lo que es Venezuela en su geografía, en sus diversos recursos naturales, además del petróleo; se publicaron trabajos importantes de especialistas sobre conservación; había una gran preocupación por este campo de estudio sobre el país, sus aborígenes, la botánica, la agricultura, el agua como recurso, el folklore, la alfabetización, la historia del país, las biografías fundamentales de la nacionalidad, la economía local y latinoamericana, los ríos, el árbol y los bosques y selvas, el desarrollo industrial, el arte con grandes despliegues de color, la literatura, el mar y sus recursos, un énfasis importante en la arquitectura colonial y las más modernas corrientes, estudios importantes sobre zoología, con publicaciones dedicadas a especies en peligro de extinción.

Tengo que decir en justicia que la iniciación y el impulso mayor en esta dirección se dio en tiempos de Alfredo Armas Alfonzo, quien quería a Venezuela con un sentimiento intenso y vivo, casi carnal, como el que se expresa hacia una persona. Así era de apasionado Alfredo. Con la colaboración de Enrique Puig Corvé, un venezolano de origen catalán de preocupaciones estéticas que se reflejaron en la revista; con excelentes diagramadores como el venezolano Carlos Cruz Díez, como el alemán Leufert y el italiano Nedo.

Los tres, en este orden, hicieron portadas preciosas para mis libros: *Un real de sueño sobre un andamio*, *La semilla vieja* y *Las manos grandes en la niebla*.

En este momento de la evocación de compañeros de trabajo, cómo puedo olvidar al asturiano Felipe Llerandi, el generoso compañero que estaba tan cerca en las alegrías de los premios como si fueran suyos; a Omar Vera López, con quien estuve hermanado en *Elite* y en *Nosotros* y en *El Farol*, como lo estuvo José Garrido, el andaluz con gracia, integridad moral y el mejor ojo fotográfico del país; Aquiles Rojas, el larense; el madrileño José de Luzuriaga, gran sensibilidad artística y humana; Carlos Rodríguez, profesor universitario, quien abrió su casa para la fiesta cuando ganó *Un real de sueño*, Carlos Eduardo Misle "Caremis", generoso y abierto como su patria, y los norteamericanos Everte A. Bauman, nuestro jefe inmediato durante tantos años, el gran periodista de la *United Press* y gran persona que era Hugh Jencks, entre otros muchos que no tengo espacio para citar aquí, pero los tengo presentes.

La presidencia de la Compañía estaba en manos de un norteamericano, y había directores de este país, pero había también, a la par, ingenieros venezolanos que eran directores de los diferentes aspectos de la explotación petrolera. Y su preocupación estaba presente en estas iniciativas, tanto de temas como de colaboración. Cuando el Gobierno de Venezuela terminó por expropiar las compañías extranjeras, se les dio nombres venezolanos, y continúan en la misma línea de preocupación y publicaciones, sobre todo ahora en forma de monografía de alto valor científico y didáctico al servicio del país.

El que hoy está al frente del Departamento que se ocupa ahora de estas ediciones es mi compañero de entonces y amigo siempre Luis Moreno Gómez, autor de obras de preocupación venezolana.

Quiero dejar constancia de la amplia libertad de creación y de la elección de temas y colaboradores de que gocé siempre; la misma libertad que se puede apreciar en mi trabajo periodístico y literario.

Al mismo tiempo que fui publicando los libros y los reportajes periodísticos, no dejaba de publicar otros que tenían relación con mi preocupación cultural vasca; así la Editorial Ekin, de Buenos Aires, me publicó: *Unamuno y el vascuence* (1966), y en lengua vasca fueron saliendo en Caracas: *Iltzalleak* (cuentos, 1961), *Ama gaxo dago* (teatro, 1964), y en Zarauz: *Umentzako kontuak* (cuentos para niños, preocupado por la lengua dentro del entorno familiar, y el movimiento de ikastolas en Euskadi, 1966)

Esta acumulación de preocupaciones, de sentimientos de responsabilidad y de culpa por abandonar cualquiera de las dos vertientes en que funcionaba mi vida afectiva, mis dos patrias, al mismo tiempo que los dos lenguajes, el del periodismo y el de la literatura venezolana, exigía mucho de una misma persona en trance de ponerse a escribir en una u otra lengua, en elegir la que correspondía mejor a la preocupación temática, o al revés, en momentos de decisión que pusieron a prueba mi estabilidad emocional.

Me repito un poco, pero no importa, reflejo esta realidad.

Con altos y bajos agobiantes, de verdad.

Sólo lo sabe el que ha pasado por este trance, y los que me acompañaron durante su desarrollo en Caracas, y luego en la nueva separación, porque no me debajan entrar en el país y ya los hijos estaban creciendo. Ahora como en ocasiones familiares anteriores, pero esta vez dentro de la creada por Anamari y por mí; por opción personal, familiar, de responsabilidad cultural y política, y el ejemplo vertical de mi padre en que me veía reflejado constantemente, hice que mi mujer y los tres hijos viajaran a Euskal Herria en 1967, porque era tiempo para los pequeños de iniciar su escuela en el mundo cultural de sus abuelos y de sus padres, y así evitar una dificultad mayor de integración en la escuela y la universidad más tarde. No había terminado la saga, como yo creía en un tiempo, sino que mi sentido de responsabilidad ante la duración increíble del franquismo hizo que no hubiera sosiego para el descanso del guerrero sin armas de matar que seguía siendo el hijo de mi padre.

Hubo enfrentamientos de responsabilidad en mis adentros.

Gracias al apoyo de mi mujer fuimos capaces de conciliar el amor y el deber hacia Venezuela, la nueva Patria, y el que nos exigía la vieja en trance político y cultural muy difícil.

Un buen amigo de mi padre, Segundo Eizmendi, me dijo al hablar de la llegada del barco a La Guaira que mi padre se arrodilló, besó el suelo y dijo: "*Franco bizi den artean ez nauk itzuliko*" (No regresaré mientras viva Franco). Este instante de la promesa de mi padre que me transmitió Segundo, lo traigo ahora para decir al mismo tiempo que fue él, Segundo (aunque mucho más joven) buen compañero de mi padre, y lo fue también mío, porque fue él quien, dueño de una importante empresa gráfica levantada a pulso de trabajo serio e inteligente, tuvo la generosidad de editarme todas mis publicaciones, en castellano y euskara, impresas en Venezuela. Fue Segundo Eizmendi el primer impresor de libros euskéricos en Venezuela, puesto que a pesar de que pasaron muchos vascos que escribieron en este país desde el siglo XVIII, con la Compañía Guipuzcoana de Caracas, no se imprimió un solo libro euskérico en Venezuela hasta mi *Iltzalleak*, de cuentos de resistencia.

Y, yo soy testigo agradecido, *gratis et amore*.

Para cerrar esta larga introducción al libro que me ha sugerido la mano amiga (como ha tenido el suyo cada momento crucial de mi vida) del que ya es amigo mío, el catedrático de literatura José Angel Ascunce, voy a repetir aquí el homenaje que rendí a Venezuela en la introducción de uno de mis libros: *Tres relatos vascos*, en el que defendí el sentido en que eran vascos mis relatos escritos en Venezuela y en su lengua.

"Estos tres relatos, si no están escritos en lengua vasca, ¿por qué van a ser vascos?"

No se lo pregunto al lector; me lo estoy preguntando a mí mismo.

Esta novela corta y estos dos cuentos, me digo, pueden que sean vascos porque han sido escritos por un vasco, sencillamente. Si son finlandeses los cuentos que escribe un finlandés, y daneses los que escribe un danés, ¿por qué no van a ser vascos los míos? Pero aquí es donde tropezamos con la particularidad de unas narraciones escritas por un vasco, sí, pero en la lengua que no es la suya materna, sino en la castellana, que han hecho oficialmente española, y luego venezolana, entre otras. Alguien puede hacerme la reflexión, y acertada, que para formular este juicio con ecuanimidad se hace necesario confrontar el caso vasco con el que constituyen otros países donde las nacionalidades y culturas diferentes forman parte de un mismo Estado; pongamos el caso de la Gran Bretaña, donde conviven con los ingleses, que son los castellanos de España y los francos de Francia (porque no hay que olvidar, como se olvida a menudo, que también en Francia hay vascos), con los galeses, los escoceses e irlandeses. Pero por muy británicos que sean, digamos, los irlandeses de Ulster, todavía, si los cuentos de un irlandés están escritos en irlandés, estos cuentos no son cuentos británicos, ¡por Dios!, y menos, ingleses. Si no lo son ni cuando juegan al fútbol. Pero, si los relatos de un irlandés, que hay más de uno, están escritos en inglés, ¿qué son?

Hay que decirlo todo, y es verdad que los vascos somos en este punto susceptiblemente celosos.

Pero también son muy celosos de su identidad cultural aquéllos que tienen la lengua castellana como suya, quienes a pesar de tenerla tan protegida, gritan, como es el caso de un Salvador de Madariaga, que "ya se está convirtiendo el castellano en 'colonia inglesa'", sólo porque tiene que encajar algunos anglicismos que le son indispensables. Si está bien, muy bien, que se esté pidiendo que en las Filipinas de lengua inglesa se dé al español categoría de lengua oficial, como al francés en el Quebec del Canadá mayoritariamente inglés, no hay persona culta que pueda justificar la circunstancia trágica del premeditado desamparo en que sobrevive la lengua vasca en su único y reducido baluarte ya vulnerado por todos sus costados.

Es evidente que esta actitud de recelo del vasco nace de escarmientos viejos.

Por una parte, nadie en mi niñez me ayudó oficialmente en mi Andoain nativo a prolongar la lengua única de mis abuelos y de mis padres más allá del hogar y de la iglesia. Luego, he vivido fuera de mi país; ya se sabe que muchas veces, y es el caso de los vascos de lengua, una ausencia prolongada de la tierra la mata porque no tiene el vasco celoso la fortuna de poder emigrar a ningún otro país de su lengua. Para dar un ejemplo, no le faltó el aliento de su lengua a un León Felipe en México, pero exactamente en el mismo tiempo cronológico y político vivía Nicolás Ormaetxea 'Orixe', en el desamparo conmovedor de faltarle su lengua en Guatemala; cada uno ha dejado este entrañable testimonio circunstancial de su obra.

La diferencia entre un 'Orixe', el mayor poeta vasco contemporáneo (de quien, y es una acusación, no habrá oído hablar casi ningún crítico español) y León Felipe, uno de los grandes poetas españoles, es el mundo cultural de su lengua.

Acaso es por esto que hay pocas cosas más entrañablemente sentidas por el vasco que el castigo del destierro. No es destierro para el vasco ese saltarse el Bidasoa (que es un cuento de faisanes) a lo Unamuno, pero sí el Atlántico a lo 'Orixe', y este tipo de viajes sigue produciendo hoy el mismo dolor profundo de los tiempos en que el castigo más severo que preveía la ley que se daban los vascos para castigar a los vascos era este alejamiento de su tierra. Pero aún hay otra manera de irse que todavía es más dramática: la del que queda en su propia casa a la intemperie del forzado abandono de su lengua.

Pues yo he vivido todas las circunstancias que han fabricado en mi pueblo este recelo.

Pero esta ausencia de mis padres, que se ha prolongado en el tiempo hasta el mío y el de mis hijos, porque nos está sobrando tiempo para todo, no me ha arrancado la lengua de la boca. Ni ha sido capaz de evitar que se la pase a mis hijos venezolanos, gracias a mi mujer. Y así, en la Venezuela donde hemos encontrado la Patria de adopción, he escrito otros cuentos en lengua vasca.

Sin embargo, estos tres relatos, como otros que han sido escritos y publicados en Venezuela, están, no podían sino estar, escritos en la lengua de esta soledad del vasco.

Si ha habido un país al que deben los vascos como pueblo más que a otros, y hay muchos a los que debemos gratitud, éste es Venezuela. Acaso estoy expresando sólo una preferencia personal, pero me atrevo a creer en la objetividad de lo que estoy diciendo. Aquí hemos dejado mi mujer y yo los padres, aquí han nacido nuestros hijos, y yo debo, además, a Venezuela el aprendizaje de muchas cosas.

Entre otras me ha enseñado a escribir cuentos.

En el País Vasco, y también en España, hay la costumbre de creer que este género literario es un arte menor dedicado a los niños, algo así como lo que la acuarela de ilustración infantil es a la pintura formal. Con este errado sistema de creer comencé a leer en Venezuela cuentos de Gallegos, Pocaterra, Meneses, Díaz Sánchez, Uslar Pietri, Armas Alfonzo, Julio Garmendia, Díaz Solís, Raúl Valera, González Eiris, Otero Silva, González León, Oscar Guaramato, Márquez Salas; Juan Bosch y Alejo Carpentier, dos exiliados en Venezuela, y Dávila Andrade, un desterrado a muerte; todos ellos han sido mis maestros. Comencé a escribir encandilado por esta sorpresa, y me dejé llevar, claro es, por estas manos y también por las corrientes de la literatura venezolana en que estaba el loco grande que fue Horacio Quiroga, el Borges prodigioso, además de algunos europeos que descubrí en América: un Chejov, un Daudet y un Maupassant, sobre todo éste, y los norteamericanos Faulkner y O. Henry, tan diferentes, y Edgard Allan Poe, y el más reciente entonces, Salinger. Y al final de esta etapa, cuando he vuelto a la tierra de donde partí sin que se hayan agostado todavía algunas fuentes, en esta tierra del barro de donde me viene desde mis más lejanos abuelos la lengua vasca, me ha salido con toda naturalidad aprendida en Venezuela esta lengua y este lenguaje del alejamiento del vasco.

Nada de lo que pasa por el alma de un hombre desaparece sin huella.

Ninguna cosa resultante de los tiempos y las manos del hacer y deshacer del hombre se puede descartar como inútil; el todo permanece; móvil y evolutivo, sin duda, pero queda; y después de treinta años que he tenido que pasar fuera de mi tierra y de mis gentes ante la alternativa, como dice el capitán Josep Pla, de desistir del monolingüismo literario o desistir de la profesionalización, ya no soy a mis cincuenta y dos años, enteramente el mismo. A pesar de esto, sin embargo, o por esto mismo, creo que estos cuentos son vascos, porque además de haberlos pensado y escrito un vasco, han sido compuestos durante la ausencia de su lengua en la lengua de la presencia del vasco en Venezuela.

El primer relato largo, o novela corta, que ha sido dos veces finalista en el Café Gijón y que es el que da cuerpo al libro, tiene como protagonista a un gudari que formó parte de la Brigada vasca que salió en ayuda de los asturianos que trataban de cercar Oviedo a principios de 1937. El segundo relato nació entre Fuenterrabía, mi hogar, y la vecina ciudad de Irún, seguramente en homenaje subjetivo a O. Henri. El cuento sobre los *gitanos*, que recibió compartido el premio Guría de Bilbao, no se refiere a nada que pasa a los gitanos vascos, que los hay, sino de lo que ocurre a una familia de navarros sin mar un día de playa de Fuenterrabía, y que puede suceder a cualquiera que lea este cuento, si tiene hijos.

Si después de esforzarme en explicar todo esto hay alguien a quien parece todavía que estos relatos no son vascos, es posible que no lo sean; porque no hay que olvidar que las cosas son siempre, para aquellos que no le ven a la forma el fondo, lo que parecen.

Fuenterrabía 1974"

Ahora que reproduzco, 17 años después, este texto, el año 1991, ya en Hondarribia, el nombre euskérico recuperado con la democracia, y con obra cumplida en euskera en dos libros de cuentos, una novela, y lo que seguirá, si Dios me da vida y luces, y colaborando en la fundación y los primeros pasos difíciles del primer diario impreso en euskera: *Euskaldunon Egunkaria*, ya saben que yo, al volver, no quería vivir del pasado, sino para preparar el futuro.

I

BAJO ESTOS TECHOS

Prólogo

Provechosa y grata misión la de este Cuaderno. Con él se ha propuesto Martín de Ugalde invitarnos a la útil aventura de un recorrido por varias de las moradas que, en Venezuela, ocupó Simón Bolívar.

*Ante todo, el tema de este trabajo periodístico merece una acotación: No se trata de casas que pertenecieron al Libertador, el **de** no es posesivo en este caso sino alusivo a una relación. Para muchos quizá resulte superflua esta observación pues no ignoran que Bolívar –"rico desde mi nacimiento y lleno de comodidades" como él diría–, vástago de familia acomodada y beneficiario de un jugoso vínculo instituido para él, no llegó a ser exactamente dueño de una casa, ni un casero ni dueño de casa en el sentido de un normal y común padre de familia. Su estimable peculio, que empieza a reducirse tan pronto él entra a la política y principia a consagrarse al servicio americano, llega en el curso de su historia casi a la extinción. Conocido como millonario de no pocos millones en 1804, sin embargo para 1830 debe declarar en su testamento: "No poseo otros bienes más que las tierras y minas de Aroa, situadas en la provincia de Carabobo, y unas alhajas que constan en el inventario que debe hallarse entre mis papeles".*

Paradoja viva la de ese hombre que dio a su pueblo, casa, vale decir, base efectiva y material para los ideales de la independencia y de la libertad, y que no tuviera para sí habitación particular y fija. De su realidad pecuniaria él adelantó una profecía que fue verdadera: "Yo moriré como nací; desnudo". Y en cuanto al ámbito físico y espiritual para la existencia que él se esforzó en construir para su pueblo, y que no era otra cosa que la patria, Bolívar sufrió precisamente en las penas de su ocaso el más cruel despojo: "Los tiranos de mi país me lo han quitado y yo estoy proscrito; así no tengo patria a quien hacer el sacrificio".

La vida pública de Simón Bolívar, veinte años de intensa acción, de luchas, ilusiones y desengaños, fueron de un como forzado nomadismo. Fue un trashumante quijote ganado por una idea, siervo militante de la causa más justa y gloriosa. Desde 1810 a 1830 él no "vive", exactamente, en cuanto estabilizarse y residir en un sitio que le perteneciera, con sus familiares, sus muebles, libros, papeles y objetos, conformadores de su íntimo contorno. Por razón de su destino se vio siempre privado de todos esos modestos y sencillos goces del sosiego hogareño al cual alude la palabra casa.

Vale recordar que en el comentario necrológico que a Bolívar dedicara con no disimulada malignidad José Domingo Díaz, salta sin embargo un reconocimiento: Nadie ha recorrido las distancias que él recorrió. A su América la vio y palpó en toda su extensión. Así se entiende que no haya en los veinte años de su vida pública un año siquiera radicado en una casa de un lugar determinado. Hay que añadir a ese signo de la inquietud y la errantez, su otro signo complementario: el de su extrema movilidad, al punto de que se dice que nunca permanecía dos minutos en una misma posición.

Tal personaje debió "estar" en muchas y muchas casas. La historia y la tradición han seleccionado unas cuantas como más importantes. En ellas se hospedó el héroe. Pernoctó

una vez. Reposó el Padre de la Patria. Actuó. Despachó. Allí o allá fue recibido, atendido y agasajado.

Martín de Ugalde para este reportaje escogió las casas de más relevancia. No obstante circunscribir a Venezuela su pesquisa periodística, él ha querido cerrar el ciclo vital de Bolívar incluyendo sus consideraciones sobre la Quinta de San Pedro Alejandrino. Así, de la natal, casona de San Jacinto, hasta el Panteón Nacional en la iglesia de la Trinidad, fluye este recuerdo que nos informa con amenidad fundamentada sobre esa vida de 47 años que jamás olvidaremos. El autor quiso que un bolivariano lo acompañara en la incursión. Complacido lo asisto con mi aplauso por este esfuerzo divulgativo, pedagógico y valioso que nos muestra muchas de las estaciones que en nuestro territorio tuvo el vagar imperioso de aquella creadora pasión iluminada.

Martín de Ugalde, escritor y periodista, vasco igual que los antepasados de Simón Bolívar, ha recibido galardones envidiables como el Premio de Cuentos del diario "El Nacional" en 1955, y en Madrid y Bilbao los premios "El Sésamo" y "Guría" en 1961 y 1973 respectivamente. Entre sus mejores relatos se mencionan: "Un real de sueño sobre un andamio" (1956), "La semilla vieja" (1958), "Cuando los peces mueren de sed" (1963), "Las manos grandes de la niebla" (1964), "Tres relatos vascos" (1974). Ha dado a la estampa varios volúmenes en lengua euzkera. Ha trabajado con éxito el ensayo: "Unamuno y el vascuence" (1966). A él se debe también una "Síntesis de la Historia del País Vasco" (1974). Desarrolló una fructífera actividad periodística en Venezuela. Laboró por muchos años en las revistas "Elite" y "El Farol". Actualmente es figura sobresaliente del nuevo diarismo vasco.

Caracas, setiembre 1 de 1979

J. L. Salcedo -Bastardo
Biógrafo de Bolívar

Aquí no se trata de hacer una lista más o menos completa de las casas que habitó el Libertador.

Esta relación estaría, además, sujeta a criterios: si se está hablando de las casas en que vivió mucho tiempo o si se incluyen también las que le sirvieron de improvisado refugio en el curso de las campañas que fueron hilando la larga y azarosa lucha por la Independencia;¹ si nos conformamos con hacer la relación de aquéllas en que fechó su correspondencia o si nos atenemos a aquéllas en que redactó sus escritos fundamentales; si queremos abarcar América y Europa, o si reducimos nuestro intento a Venezuela.

Lo que pretendemos aquí es llamar la atención acerca de las casas en que Simón Bolívar vivió momentos muy importantes y recordarlas, no sólo en el tiempo de la vivencia misma que evocan, sino los antecedentes imprescindibles para comprenderla, y en algunas ocasiones también sus consecuencias.

Tratando de que estas referencias episódicas no queden descolgadas de la unidad de acción que constituye la vida del Libertador desde mucho antes de ser el hijo menor de una familia acaudalada de Caracas.

Aquí no se habla sólo de estas casas, de cómo se conservan, de lo que hoy contienen estos espacios reducidos y entrañables en los que vivió Bolívar momentos que han sido trascendentes, como son las casas en que nació, se crió, donde vivió momentos los más dulces y los más amargos de su vida familiar, y la casa donde murió,² así como aquellos otros en los que le tocó tomar decisiones que resultaron fundamentales para las seis repúblicas americanas a las que dio la vida de libertad que les dejó como herencia preciosa al morir.

Esta es la intención de estas líneas.

Ofrecer una aproximación a la compleja grandeza que encierra uno de los héroes más extraordinarios que ha dado la humanidad a través de la información histórica que está ligada a las casas en las que el Libertador hizo historia viva, a veces al margen de su voluntad, en otras por esa su terca voluntad de liberar un mundo: América.

¹ San Cristóbal y La Asunción, en La Guaira y en Barcelona, en Mérida y en Calabozo, en San Juan de Payara y Valencia, en La Victoria y Maturín, en Cumaná y Barinas, en Caicara y Puerto Cabello, en Ocumare del Tuy y Carúpano, en Güiría y San Antonio del Táchira, en Upatá y Barquisimeto, en Juan Griego y Maracay, en Guanare y Aragua de Barcelona, entre otras. *Aquí estuvo el Libertador*, escrito bajo la supervisión histórica de don Manuel Pérez Vila por Luis Alberto Paúl, y que incluye un trabajo de Graciela Schael Martínez: "La última estancia del Libertador en su ciudad natal". OCI, Caracas, 1977. Obra a la que nos referimos a menudo en este trabajo.

² Incluimos como una excepción indispensable la hacienda de San Pedro Alejandrino, cerca de Santa Marta.

Su casa natal

Simón Bolívar nació en una casa situada frente a la Plaza de San Jacinto, entre las esquinas de San Jacinto y Traposos, "muy avanzada la noche" del 24 de julio de 1783.

Hace más de dos siglos.

I

Nace de don Juan Vicente Bolívar y Ponte y doña María Concepción Palacios y Blanco. Es el cuarto vástago³ del matrimonio, y el segundo de los varones, porque le precedieron María Antonia, Juana y Juan Vicente, como su padre.

Al hablar de su padre hay que decir dos palabras sobre los Bolívar en Venezuela.

Porque algunas virtudes de Simón ya viajan desde tan lejos.

Al primer Simón de Bolívar que llega a América⁴ lo llaman "El viejo" o como dice el Padre Borges⁵ por mayor respeto, "El anciano". Pero no llega a Venezuela primero sino a Santo Domingo, y el año 1559,⁶ donde ejerce sus cargos durante 30 años. Llega a Caracas en 1589 con el Gobernador Diego de Osorio, ejerce el cargo de Contador General de la ciudad de Caracas y su provincia, y consigue del Rey escudo de armas para Santiago de León de Caracas.

Al segundo Simón Bolívar lo llaman "El joven", "El mozo", y también "El americano", porque es el primero de su estirpe en nacer en América; viene de Santo Domingo, donde nace, y es Encomendero de San Mateo, "activo en la guerra, laborioso en la paz" según Borges, enviuda temprano, "desunce sus bueyes, liberta sus esclavos" y se hace sacerdote.⁷

El tercero se llama Antonio, **el cuarto**, Luis, y son criadores y agricultores, "quienes además del cargo de Encomenderos, ejercen el no menos honroso de Justicia de los valles de Aragua".

El quinto es Juan de Bolívar y Villegas, Teniente de Gobernador en la Provincia de Venezuela, fundador de San Luis de Cura, "soldado valiente y devoto, como aquellos sus remotos abuelos peninsulares, concreción de la virtud vasca con el troquel católico, dignos de ser armados caballeros por un Ignacio de Loyola bajo el propio Arbol de Guernica".

³ Había nacido otra niña, María del Carmen, pero murió al nacer.

⁴ Proceden de Marquina. señorío de Vizcaya.

⁵ "Discurso del Pbro., Dr. Carlos Borges en la inauguración de la Casa de Bolívar". *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*, vol. 1, nº 3, p. 191. (La inauguración tuvo lugar en el curso de las fiestas centenarias de Carabobo, el 5 de julio de 1921).

⁶ Se le suponía llegado en 1574, pero el Pbro. Jaime Suriá prueba documentalmente éste y otros cambios; seguiremos la cronología dada en su trabajo: "El apellido Bolívar", *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*, vol. XV, nº 49, 17.12.1955.

⁷ Discurso del Padre Carlos Borges, en la inauguración de la Casa Natal del Libertador restaurada, en 1921.

Y **el sexto** es ya Juan Vicente de Bolívar y Ponte, quien defiende ante el Consejo de Indias su conducta como Jefe del Batallón de Aragua; atiende sus fundos, "establece en Caracas una vasta empresa mercantil, estudia la implantación de nuevas industrias en la Colonia, desempeña con eficacia y brillo su honroso cargo de Coronel de las Milicias Regladas de Aragua".

Y de Juan Vicente de Bolívar y Ponte nace el que iba a ser el Libertador.

Al día de alborozo de su nacimiento⁸ sigue inmediatamente, como era costumbre, el de su bautizo,⁹ y le imponen el nombre largo de Simón José Antonio de la Santísima Trinidad.

Las celebraciones, el nombre, constituyen parte importante del mundo familiar y el ambiente de la Casa Natal del Libertador.

Pero antes hay que decir quién era su madre: María de la Concepción Palacios y Blanco de Bolívar y Ponte, ya había sido madre tres veces cuando trae a Simón, a los 22 años; "ya se nota en ella esa ennoblecedora fatiga", dice Borges. Estaba delicada de salud; para amamantar a Simón entregaron primero al niño a doña Inés Mancebo de Miyares, quien lo tuvo unos días, luego la sustituyó la negra Hipólita Bolívar, porque en aquel tiempo los esclavos tomaban el apellido de sus amos.

El pequeño Simón tuvo el refugio de su madre abierto de la manera especial en que se ofrece al más pequeño de los hijos.

Para observarlo de niño nos serviremos de la brillante evocación que hace el Presbítero Dr. Carlos Borges en la ocasión de su famoso discurso: "Preside (la mesa a la hora del almuerzo) la madre por ausencia de su marido, casi siempre en Aragua. A su derecha y a su izquierda, María Antonia o Juana María; más allá, Juan Vicente, y en la cola Simoncito, el más tuno y travieso de la camada. Van y vienen solícitos los criados.¹⁰ Humea el sancocho, multicoloro y multisápido; síguenlo fresco pargo recién traído de La Guaira, rosada pulpa de ternera, gordas hallacas navideñas, y, de postre, piñas más dulces que las de la Esmeralda el día de Casacoima, y sabrosas cuajadas y ricos alfandoques de San Mateo. Luego, el cacao y la siesta".

El Padre Borges nos ha dicho en muy pocas líneas muchas cosas de la infancia del Libertador.

En este ambiente plácido se ceba la desgracia muy temprano.

Porque esta casa que es conocida por ser la de su nacimiento y donde vive luego los años fundamentales para su primera educación, es también aquélla en que pierde a sus

⁸ Se distingue entre los sirvientes y esclavos que le rodean, la negra Hipólita, de antemano elegida como aya del niño: "inteligente, limpia, honesta, de carácter dulce y jovial; tiene 28 años y está evaluada en 300 pesos".

⁹ Lo bautiza su pariente el canónigo Don Juan Félix Jerez de Aristeguieta y Bolívar, quien con permiso de los padres del bautizado funda para él "opulento mayorazgo", que entre otros bienes contiene la Casa de Las Gradillas.

¹⁰ Además de la negra Hipólita, mencionada por el P. Borges, que no fue su aya, o sea, su cargadora, como dice por error en su evocación sino su nodriza, la que lo amamantó, estaba también la que lo cargaba: la negra Matea.

Simón recordará más tarde los viajes que hace en compañía de su madre a las "propiedades de los alrededores de Caracas", y a la hacienda de San Mateo.

padres muy temprano, y de la que salen casi inmediatamente después para casarse muy jóvenes sus dos hermanas.

Y también donde sufre una de esas crisis de adolescencia que dejan huellas profundas.

El año 1786, cuando aún no tiene Simón tres años de edad, queda huérfano de padre; seguramente ni se da cuenta,¹¹ pero a las once y media de la mañana del día 6 de julio de 1792, lo recuerda muy bien, se le muere su mamá de sólo 32 años.

A Simón le faltan tres semanas para cumplir los nueve.

Ya es la dispersión familiar, porque Don Feliciano Palacios, su abuelo, que además de ser administrador de los Bolívar es su tutor, se apresura a casar a sus dos hermanitas: María Antonia y Juana, quienes al morir su madre tienen 15 y 13 años de edad.¹²

María Antonia se casa con Pablo Clemente, y Juana con su tío materno, Dionisio Palacios. El abuelo Feliciano Palacios y Sojo se lleva a los dos varones con él, a su casa; pero no lejos, porque está situada a la vuelta de la esquina, lindando por el fondo con la de los Bolívar. Así, como la servidumbre se quedó en su casa y los dos niños acudían allá unos años después, hacia 1797, a recibir su lección de Andrés Bello y el Padre Andújar,¹³ esta proximidad sirvió a los chicos seguramente de consuelo.

Pero también se muere el abuelo Palacios.

Y separan a los dos hermanos: a Juan Vicente lo lleva Juan Félix Palacios y Blanco, su tío y tutor, mientras que Simón queda al cuidado de su tío, y ahora su tutor también, Carlos Palacios.

Simón tiene 12 años y se resiente del cambio.

Porque en una crisis de adolescente abandona a su tío y se refugia en el regazo cariñoso de su hermana mayor; durante este año 1795 tiene que intervenir la justicia y, al final, el pequeño Simón, quien acusa la rebeldía propia de su fuerte personalidad, entra como interno en la casa de Simón Rodríguez,¹⁴ quien está al frente de la Escuela de primeras letras de la ciudad, con el que le unirá una estrecha amistad durante toda su vida.

Y, además de este estrecho lazo afectivo, le seguirá durando su influencia intelectual.

La última vez que Simón Bolívar está en su casa natal, a la que no había afectado el terremoto de 1812, es una tarde del año 1827, a su regreso del Perú.

¹¹ Ya en la cumbre de su destino de Libertador, escribe a su hermana mayor, que es a la que más quiso, a pesar de algunas discrepancias políticas, pidiéndole que cuide de la negra Hipólita: "acuérdate -le dice en una carta- que yo no he conocido más padre que ella".

Y el P. Borges, al recordarlo en su discurso, añade que la negra Hipólita fue "la humilde sombra de su infancia huérfana, la que guió sus primeros pasos".

¹² Juan Vicente tenía 11 años, y Simón, 9.

¹³ "Centenario de la muerte de María Antonia Bolívar" (sin firma). *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*, vol. IV, nº 11, del 28 de octubre de 1942.

¹⁴ "Recibió las primeras lecciones de los preceptores Carrasco y Vides, Negrete, Rodríguez y Pelgrón. La enseñanza superior la recibió de los señores Andrés Bello y el Padre Andújar". "Primeros años, juventud y matrimonio del Libertador", Antonia Esteller (biznieta de María Antonia Bolívar, *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*, vol. VIII, nº 25, del 17 de diciembre de 1949).

La habitaban don Juan de la Madriz y su hija doña Teresa Madriz Jerez Aristeguieta y Bolívar, prima del Libertador.¹⁵

Nos lo cuenta el Presbítero Dr. Carlos Borges:¹⁶

"Venía lleno de gloria y de tristeza, coronada de lauras la frente y espinas el corazón. Las cartas que en esos mismos días escribe a Sucre, Urdaneta, Salom, Wilson y otros amigos fieles destilan la amargura de su alma, triste hasta la muerte" (...) "Obsequiaron a su egregio pariente con un banquete de carácter íntimo en el cual se reunieron todos los miembros de la familia y unos pocos amigos de confianza. Bolívar se presentó sencillamente, en traje civil, de negro, y sin séquito alguno. Cuenta la tradición cómo el señor de la Madriz y su ilustre hija dispusieron la fiesta con tan buen cariño y tan delicada gentileza, que el puesto ocupado en la mesa por el Libertador quedaba precisamente en el mismo punto donde él había nacido. Bolívar, al instante, se da cuenta de la intención de sus parientes, y aquel hombre acostumbrado a las emociones supremas, aquel hombre que llenaba el mundo con su gloria, se enternece hasta derramar lágrimas. Empuña su copa, se pone en pie, y habla. Es el discurso de su última cena, cuando ya se cernían sobre su frente las sombras del Calvario".

Y termina el Pbro. Carlos Borges acompañándolo con su imaginación al salir de esta casa por última vez.

"Esa noche, en el corto trayecto que hay de San Jacinto a las Gradillas, vieron los transeúntes un hombre de rostro pálido y ojos ardientes, vestido de negro, que iba de prisa, hablando a solas, como sonámbulo. Los que lograban reconocerlo a favor de algún claro de luna cortado por la sombra de los amplios aleros, deteníanse, al punto, sorprendidos y, ya sin tiempo para el saludo, se decían en voz baja con profundo respeto: es el Libertador".

Esta casa no era entonces exactamente como está hoy.

Nos dice Vicente Lecuna, a cuyo ingente trabajo debemos mucha de la información que se posee sobre Bolívar, que en esta mansión de fines del siglo XVII vivió primero don Pedro Ponte Andrade Jaspe de Montenegro y que pasó a ser de los Bolívar por matrimonio de una hija suya con don Juan de Bolívar y Villegas; fue el padre del Libertador don Juan Vicente, quien la redujo de dos pisos que tenía, y por temor a los terremotos, a la única planta que tiene hoy. En cuanto a la división interior, había una parte posterior destinada a la servidumbre; luego, por una parte, el cuerpo principal consistía en una doble habitación, los dormitorios, y la cocina con el lavadero; por la otra, la derecha, al fondo estaba el corral y la caballeriza, y en el patio central había dos chaguaramos¹⁷ donde hoy pueden ver los visitantes la pila bautismal de la Catedral de Caracas en que fue bautizado el que iba a ser con el tiempo el Libertador.

¹⁵ Los hermanos de Bolívar venden la casa de San Jacinto el 19 de julio de 1806 por 7.000 pesos. Los Madriz vivieron aquí durante 70 años, hasta el año 1875, en que pasó a pertenecer a Antonio Guzmán Blanco. Por gestiones de la Sociedad Patriótica, fundada por el historiador Vicente Lecuna para recabar fondos para adquirir el inmueble, fue comprada a los sucesores de Guzmán Blanco en la cantidad de 114.326 bolívares el 10 de octubre de 1912, y cuatro años después fue decretada su reconstrucción por el Ejecutivo Nacional a un costo de 325.322,44 bolívares. (O.C.I. ya citada).

¹⁶ Discurso, ya citado.

¹⁷ Distintivo usado por las familias de alcurnia.

El pequeño jardín conocido por "Patio de los granados", está conservado como en los tiempos en que Bolívar era niño.

Aquí se conserva, entre otras muchas cosas, y como su memoria más valiosa, el Archivo del Libertador, junto con los Anexos de Antonio José de Sucre y José Rafael Revenga.

Así era, pues, la casa que describe el P. Borges la última vez que salió el Libertador en dirección a la segunda casa, la de Las Gradillas.

Y en momentos dramáticos.

La casa de las Gradillas

También se la llama la Casa del Vínculo, por razón de que le llegó a Simón Bolívar como herencia sujeta a condiciones.¹⁸

Y luego vivió en ella en las diferentes ocasiones que vamos a relatar.

Pero será bueno que antes digamos cómo le llega esta herencia con vínculo.

Ya hemos dicho que quien bautizó a Simón Bolívar fue su primo hermano el presbítero Juan Félix Jerez y Aristeguieta.¹⁹ Pues casi un año y medio después, exactamente el 30 de julio del año 1783, es él quien instituye a su favor este Vínculo llamado de "Aristeguieta", que comprende sus cuantiosos bienes.²⁰

Veamos por qué deja esta herencia a su ahijado.

Había en este tiempo la costumbre de dotar al hijo mayor con todos los bienes familiares con el fin de evitar su dispersión; el primer varón de los Bolívar-Palacios era Juan Vicente, y fue el Pbro Jerez y Aristeguieta quien se ocupó de establecer este Vínculo o Mayorazgo a Simón.

Y entre los bienes que le dejó está esta casa de Las Gradillas, que ya no existe.

Acaso conviene aclarar desde un principio, y de la mano de don Vicente Lecuna,²¹ algunas divergencias que se han producido sobre su ubicación.

La división de opiniones parte del plano que levantó Depons de la ciudad de Caracas entre 1800 y 1801, en el que se sitúa esta esquina como asiento "de unas tiendas que se alquilaban en beneficio de la ciudad". Vicente Lecuna cree que se trata de un error, porque estas tiendas marcadas en el plano con el n.º 8, están "dentro de la Plaza Mayor, hoy Plaza Bolívar, y por tanto, sin relación con la casa del Vínculo, que está en una de sus esquinas, sí, pero situada en la manzana que queda *fuera de la plaza*. De todas formas, cuando el Dr. Lecuna hace esta aclaratoria el año 1942, la casa en que vivió Bolívar momentos muy amargos estaba "transformada en doce locales de comercio".

¹⁸ Legalmente, según el término usado en los tribunales, el "Vínculo" es una sujeción de los bienes al perpetuo dominio de una familia.

¹⁹ Hijo de don Martín Jerez Aristeguieta y de doña Luisa Bolívar, hermana del padre de Simón Bolívar.

²⁰ Además de la casa de Las Gradillas, una hacienda de cacao en tierras de San Francisco de Yare (Valles del Tuy), por 26.000 pesos; otra hacienda cacaotera en el Valle de Taguaza, por 42.000 pesos; y otra en el Valle de Macaira (Caucagua), por 32.000 pesos. En total: 125.000 pesos.

²¹ "El Vínculo de la Concepción de Simón Bolívar". *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*, vol. IV, n.º 10, del 24 de junio de 1942.

He aquí cómo describe esta casa el presbítero Juan Félix Jerez y Aristeguieta cuando funda el Vínculo el año 1784:

"Primeramente señalo por bienes para fundo de dicho Vínculo o Mayorazgo, estas casas de mi morada situadas en esta ciudad en la esquina que llaman de Las Gradillas, lindando por una parte con el Palacio Episcopal y por otra con los fondos de la Santa Iglesia Catedral, Calles Reales de por medio, con todos sus muebles, cuyo valor de la casa y muebles no baja de 25.000 pesos, cuya patrona es la Concepción en Gracia de María".²²

Después de fallecidos los padres del que sería el Libertador, y muerto también el presbítero que otorgó el Vínculo, se hizo en 1795 un inventario²³ en el que también se precisa la ubicación de la casa, incluyendo en detalle los linderos.²⁴

Pues en esta Casa de Las Gradillas vivió el Libertador en diferentes épocas.

1

Estuvo aquí por primera vez en 1802 y 1803.

Fue después de su primer viaje por Europa, para donde salió el 19 de enero del año de 1799,²⁵ al año siguiente de recibir el título de Subteniente de la VI Compañía del Batallón de Milicias de Blancos de los Valles de Aragua. Está en Bilbao, tierra de sus antepasados,²⁶ y Madrid, desde donde escribe a su tío materno Pedro a Cádiz anunciándole que se va a casar²⁷ con María Teresa del Toro y Alaiza, de quien se ha enamorado, y luego desde Bilbao²⁸ diciéndole que ya va a casarse, y que piensa embarcar

²² Patrono, Santo titular de una iglesia, y con una relación parecida se usa el término Patronato, en su acepción de protector o defensor, de poseedor de un Patronato o de último dueño de un esclavo liberado, y también de una casa o una familia como en el caso de las familias importantes de Caracas en ese tiempo.

²³ "Cuadernos de Inventario de los Bienes libres vinculados", en el Archivo del Libertador.

²⁴ Sus dimensiones: 37 varas y 6 pulgadas (31,10 m.) de frente por la calle de Gradillas a Sociedad, con un total de 1.482 metros cuadrados, un poco más reducido en planta que la Casa Natal, que tiene 1.670 metros cuadrados.

²⁵ Embarca en La Guaira en el navío "San Idelfonso", haciendo escala en Veracruz, visita la ciudad de México, donde se hospeda en la casa del Oidor Aguirre: toca el barco La Habana, donde se queda dos días, y sigue "en convoy" con otros barcos españoles por temor a ataques, porque los barcos españoles están expuestos a ser interceptados por los ingleses.

²⁶ Dice don José de Lecanda Rochelt, Académico C. de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, para el *Boletín de la Sociedad Bolivariana de Colombia* (1979) que el Bilbao que visitó Bolívar tenía 5.000 habitantes. Llegó por primera vez el 8 de mayo de 1799, para una estancia muy breve.

²⁷ 30 de setiembre de 1800.

²⁸ 23 de agosto de 1801, en su segunda permanencia; está aquí hasta el 29 de abril de 1802, con un intervalo en Francia. *Bolívar en Vizcaya*. M. Llanos Gorostiza. Bilbao, 1976. El señor Lecanda señala que la casa que habitara Bolívar era una casa palacio construida en 1690: "palacio que fue de la familia de Salcedo". Está situada en una calle que en el tiempo de la visita de Bolívar se le llamaba del Matadero, que ha quedado en un pastel de Losada. Parece ser que el padre del bisabuelo del señor Lecanda, José Rochelt, tenía gran amistad, "por su vecindad y su comercio", con D. Pedro Rodríguez del Toro, tío de Teresa, la que sería esposa del Libertador. Dice D. Francisco de Abrisqueta ("Bolívar en el Bilbao de 1801". *Boletín del Instituto Americano de Estudios Vascos*, Buenos Aires, octubre-diciembre 1978) que

en Bilbao mismo rumbo a Venezuela. Sin embargo, esta boda se demora porque el padre de la novia considera que es aún muy joven; los dos lo son, y debieran esperar. Como si el señor Rodríguez del Toro tuviese la premonición de perder su hija tan lejos.

Y el joven de 17 años que es todavía Simón Bolívar tiene que esperar.

Pero para consumir su impaciencia viaja con algunas dificultades de pasaporte a Francia; está el 13 de enero de 1802 en la capital vasco-francesa de Bayona, camino de París; de París se dirige a Amiens para asistir a las fiestas de la Paz que se celebran en esta ciudad francesa; Bolívar, todavía un proyecto de soldado, de oficial, siente gran admiración por Napoleón.²⁹

Por fin Bolívar y María Teresa se casan en Madrid el 26 de mayo de 1802.

En agosto ya están en Caracas, y el joven matrimonio se establece en esta casa del Vínculo de la Concepción en la esquina de Las Gradillas.

Su primera estancia europea había durado más de tres años.³⁰

2

La joven pareja se establece pues, en la Casa de Las Gradillas, y es aquí donde el 28 de octubre de este año de 1802 se reúne la familia para conmemorar su onomástico, una fecha a la que la familia del Libertador, y luego, hasta estando en campaña, le dedicaba su oficialidad una atención deferente.³¹

Parece que en esta ocasión se presentó después del almuerzo la que fue aya del Libertador, Matea Bolívar,³² acompañada de criados cargados de frutas y otros regalos ofrecidos por sus dos hermanas, María Antonia y Juana, y es Matea la que se encarga de entregar a la joven esposa una caja de carey incrustada en oro, de la que colgaba una tarjeta con el mensaje: "A nuestra querida María Teresa, las hermanas de Simón". Parece que fue el mismo Bolívar, "que era muy curioso",³³ quien la abrió para encontrarse con "un lindísimo faldellín³⁴ de olán, ricamente bordado y guarnecido por magníficos encajes; en la tapa de la caja se leía lo siguiente: "Faldellín con que fue bautizado el niño Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar el 30 de julio de 1783". Esto no me corresponde a mí sino a ti, dijo Bolívar, entregándolo a su esposa.

Pensando, sin duda, en el hijo que podía darle.

Pero toca otra vez a la puerta de Simón Bolívar la desgracia: unos pocos meses después se cayó María Teresa en su habitación, se presentó una fiebre que se atribuyó al

regresa en su segunda oportunidad el 20 de marzo de 1801, "en diligencia"; reside aquí hasta el 29 de abril de 1802, y que "es posible que pasara por Bilbao en su segundo viaje".

²⁹ En 1815 desaprobó la posibilidad de que Napoleón hallase refugio en América, porque se había convertido en un peligro para la libertad.

³⁰ La ausencia del país duró desde enero de 1799 hasta agosto de 1802. Tenía que regresar a la Patria porque así se lo había prometido a su novia y además, porque así se lo exigía el vicario Aristeguieta.

³¹ Hubo Te Deum organizado en campaña por San Simón.

³² Los esclavos, como antes se ha dicho, tomaban los apellidos de sus amos.

³³ "Primeros años, juventud y matrimonio del Libertador", Antonia Esteller, biznieta de María Antonia Bolívar. *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*, vol. VIII, nº 25, 17 de diciembre de 1949.

³⁴ Capa que se pone a los niños para bautizar.

golpe recibido, a la conmoción, pero "el quinto día de presentarse la enfermedad se moría de fiebre amarilla".

Era el 22 de marzo de 1803, el matrimonio apenas había durado ocho meses.

Cuenta la señorita Esteller que fue Bolívar mismo quien dijo a su hermana María Antonia refiriéndose al faldellín: "Puesto que era de ella, hagamos que lo lleve en su ataúd".

Era como renunciar para siempre a otra esposa.

Y la señorita Antonia Esteller Camacho Clemente Bolívar hace una reflexión que no es ociosa:

"Si Bolívar hubiera tenido esposa e hijos, tal vez no hubiera podido llevar la bandera que la Providencia le tenía destinada para que la condujera desde las floridas riberas del Guaire hasta los lindes del Perú, que constituye un monumento eterno levantado a su memoria".

De esta casa de Las Gradillas, donde entró tan feliz hacía solo ocho meses, sale el cortejo fúnebre el día 23.

María Teresa del Toro y Alaiza de Bolívar es enterrada en la Capilla de la Santísima Trinidad³⁵ de la Catedral de Caracas.

El joven viudo, de sólo 20 años, aún no cumplidos, emprende un segundo viaje por Europa; éste muy distinto al anterior en madurez, en consecuencias.

Deja, pues, la Casa del Vínculo por un tiempo.

Desembarca en Cádiz a fines de diciembre de 1803.

De la ciudad andaluza viaja a París, donde el 18 de mayo de 1804 presencia la fastuosa ceremonia de la proclamación de Napoleón como Emperador; trata aquí al Barón de Humboldt y a Bonpland; presencia el acto espléndido de la coronación de Napoleón por el Papa en Notre Dame; sale para Italia en compañía de Simón Rodríguez y Fernando Toro (abril de 1805), asiste en Milán a la coronación de Napoleón como Rey de Italia, luego pasa a Venecia, Ferrara, Bolonia, Florencia y Peruggia, y de aquí se dirige a Roma, donde el 15 de agosto hace su célebre juramento en el Monte Sacro,³⁶ para regresar a París, donde pasa la mayor parte del año 1806; en setiembre de este año se va a Hamburgo, y en octubre embarca para América.

El 1.º de enero de 1807 desembarca en Charleston, y visita Washington, Philadelphia, New York y Boston.

Se embarca para La Guaira en abril o mayo, y llega a Caracas en junio.

Entra en su casa de Las Gradillas, vacía de María Teresa.

³⁵ "Sabemos de cierto", dice el Dr. Carlos Borges en su ya mencionado Discurso, "cómo la devoción al augusto Misterio de la Santísima Trinidad era tradicional en la ilustre familia. Innumerables son los documentos públicos y privados de donde se desprende el olor celestial de esta noticia. Eran los Bolívar patronos del antiguo templo dedicado en Caracas al Misterio fundamental de nuestra fe; la capilla erigida por su piedad en nuestra Santa Iglesia Catedral para honor del mismo Misterio, fue y es aún panteón de la familia; y toda la luz recogida de generación en generación por las almas de toda aquella noble gente en la contemplación del Dios tres veces santo, parece condensarse, al fin, en estrella de gloria y caer con las aguas del bautismo, en señal de un destino excelso, sobre la frente del último de los Bolívar: Simón José Antonio de la Santísima Trinidad".

³⁶ "Juro delante de usted", dice ante Simón Rodríguez, su maestro, "juro por el Dios de mis padres: juro por ellos; juro por mi honor, y juro por la patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español".

Ya eran los días de conspiración cerrada contra el gobierno español. Estaba dirigida por las clases altas, los "mantuanos",³⁷ y las reuniones que tenían lugar en la casa de Las Gradillas eran presididas por Simón Bolívar; contaba con la presencia de literatos "como Andrés Bello y otros hombres de luces que vinieron a ser más tarde los dirigentes de la Revolución de la Independencia".³⁸

Vive en esta casa cuando es nombrado Justicia Mayor de Yare³⁹ el 28 de julio de 1809.

El 19 de abril lo sorprende en su hacienda de Yare, esta vez confinado por el Capitán General Emparan; viaja inmediatamente a la capital; es nombrado Coronel por la Junta de Caracas el 6 de junio, y con el nombramiento sale de su casa de Las Gradillas en misión diplomática a Londres⁴⁰ en compañía de Luis López Méndez y Andrés Bello, éste como secretario.

Inmediatamente después de llegar hace contacto con Francisco de Miranda.

La misión conferencia con Lord Wellesley, hace proposiciones al gobierno británico en favor de la Independencia, y el 21 de setiembre embarca de vuelta en el bergantín "Saphire" con destino a Trinidad, donde llegan el 30 de noviembre; el 5 de diciembre están de regreso a La Guaira y Bolívar rinde un informe de su misión a la Junta de Gobierno.

Y está por tercera vez en su casa de Las Gradillas.

3

Cuando poco más tarde llega el general Miranda, Bolívar hospeda en ella al venezolano que después de distinguirse en la guerra de independencia de América del Norte y en la Revolución Francesa de 1790 viene a luchar por la independencia de su patria.⁴¹

El 19 de abril, cuando la Sociedad Patriótica celebra el primer aniversario de la revolución, "se distinguen por sus palabras Simón Bolívar, José Félix Ribas y Antonio Muñoz Tébar".⁴² A tres meses escasos, el 3 de julio, pronuncia Bolívar su discurso en favor de la independencia americana en la sede de la Sociedad Patriótica.

³⁷ Hay una opinión muy extendida de que el término deriva de una prenda de vestir, el manto, que sólo usaban las mujeres principales de la Colonia.

³⁸ Luis Alberto Paúl (*Aquí estuvo el Libertador*), o.c. Confiaba Bolívar enteramente en Andrés Bello, quien, siendo de su misma edad le había enseñado literatura y geografía en la casa natal antes de su primer viaje a Europa.

³⁹ Allá, en una de sus haciendas, está a menudo, a veces conspirando.

⁴⁰ Venezuela tiene que buscar apoyos internacionales. Al mismo tiempo que esta comisión a Londres sale otra constituida por el hermano de Simón Bolívar, Juan Vicente, y Telésforo Orea para los Estados Unidos. Juan Vicente perece en el naufragio del bergantín "San Felipe Neri" en el que regresaba; el naufragio ocurre frente a las Bermudas; esto hace que Simón Bolívar se convierta en heredero de la familia. Después repartirá tanto esta herencia como la del Vínculo entre sus familiares excepción hecha de esta casa de Las Gradillas y las minas de Aroa.

⁴¹ Días después se muda Miranda a la casa de los Salías, en el rincón de la plaza de San Pablo, donde recibe el 31 de diciembre el título de Teniente General. *Aquí estuvo Bolívar* o.c.

⁴² "Cronología de Bolívar": *Escritos del Libertador* vol. 1 *Sociedad Bolivariana de Venezuela*. Cuatricentenario de Caracas 1964.

Dos días después, el 5, decreta el Congreso la Independencia de Venezuela.

Y sale Bolívar de su casa de Las Gradillas con destino a la campaña sobre Valencia, primero con el Marqués de Toro, y con desacuerdos con Miranda, y luego con éste y al frente del batallón de Aragua. Después de la sangrienta batalla de Valencia (13 de agosto), en la que se distingue, es Miranda mismo quien envía a Bolívar con el parte que anuncia al Ejecutivo el triunfo patriota.

Bolívar llega a Caracas al amanecer.

Y duerme en su casa.

4

Aquí en su casa de Las Gradillas, se encuentra a las cuatro y siete minutos de la tarde del día 26 de marzo de 1812 cuando ocurre el terrible terremoto que causa la destrucción de Caracas y otras ciudades venezolanas, con miles de muertos, muchos de ellos bajo los escombros de las iglesias.

Porque es un día de Jueves Santo, una efemérides religiosa de tanto significado, en que coincidió el 19 de abril de 1810.

Una circunstancia fortuita, pero a la que algunos quieren darle un significado trascendental.

Baja Bolívar a la plaza de San Jacinto, distante una cuadra, y se enfrenta a un fraile que sobre unas ruinas aún polvorientas, "aprovechando el dramático suceso predicaba contra la revolución", haciendo notar precisamente la coincidencia de la celebración religiosa.

Es cuando Bolívar hace bajar al predicador de su improvisada tribuna y pronuncia su célebre frase: "Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca".

En mayo de 1812, se encarga del mando de Puerto Cabello, plaza que a comienzos de julio cae en manos de las fuerzas anti-republicanas como consecuencia de una traición. Poco después el general Miranda ha de capitular ante el jefe español Domingo Monteverde. Bolívar, que ha vuelto a Caracas, es uno de los que rechazan la capitulación. Es en esta casa donde escribe a Josefa Tinoco: "Quizá no podré verte; el honor y mi Patria me llaman a su socorro". Después de los sucesos de La Guaira, Bolívar vive oculto en la mansión caraqueña de su amigo el Marqués de Casa León; luego, su amigo personal Francisco de Iturbe⁴³ le consigue pasaporte, y termina trasladándose a Curazao, y luego a Cartagena de las Indias, "donde redacta y publica su 'Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño', en la que expone ya su credo político y los principios que habían de guiar su acción en los años futuros".⁴⁴

Bolívar está de nuevo fuera de su hogar.

⁴³ Dice el Libertador que Iturbe se portó con él aun siendo realista como el mejor de sus amigos; "como Iturbe -dijo una vez- no hay dos amigos".

⁴⁴ *Simón Bolívar el Libertador*, o.c. p. 7.

5

Entra en Caracas como vencedor de la Campaña Admirable.

Conviene recordarla brevemente:

Después de haberse dirigido al Soberano Congreso de Nueva Granada, firmada en Cartagena la famosa Memoria, recibe el nombramiento de Comandante de Barranca, ocupa sucesivamente Tenerife, Mompo, Guamal, Banco, llega con tropas de caballería e infantería al Puerto Nacional de Ocaña, combate en Cúcuta, ocupa San Antonio del Táchira. Nombrado por el Congreso de la Nueva Granada Brigadier de los Ejércitos de la Unión y Ciudadano de la Nueva Granada, recibe del Presidente de la Confederación de la Nueva Granada, Camilo Torres, la autorización de invadir Venezuela. Parte de Cúcuta, y en mayo de 1813, entra en Mérida, donde es aclamado *Libertador*,⁴⁵ y da una proclama que concluye con el anuncio de la guerra a muerte; llega a Trujillo, donde se da el Decreto de Guerra a Muerte, deja instalado el gobierno republicano de la Provincia y entra en Guanare, Barinas, Araure, da la batalla de Taguanas y entra en Valencia.

Y es así como entra de nuevo en su casa de Las Gradillas.

Aquí recibe "las grandes demostraciones de gratitud y admiración con que le acoge el pueblo que le aclama como su Libertador".⁴⁶

Y en esta casa donde entra por cuarta vez, vive Bolívar (se ha convertido en su Cuartel General desde el 6 de agosto de 1813) cuando no está guerreando por toda Venezuela, hasta el 7 de julio de 1814, cuando se pone al frente de la gran Emigración de Oriente,⁴⁷ para custodiarla y auxiliarla con las pocas tropas que le quedan después de la derrota que sufrió frente a Boves en La Puerta el 15 de julio de este año.

Los realistas, ya dueños de la situación en la capital venezolana, establecen su Tribunal de Secuestros, y le confiscan sus bienes, y la Casa de Las Gradillas es rematada en 7.000 pesos.

En ella se establecen el Tribunal de Comercio y una escuela pública.

El Libertador tarda seis años largos y difíciles en regresar.

6

Lo hace cinco días después de la batalla de Carabobo, dada el 24 de junio, cuando entra triunfante en su ciudad natal (29 de junio de 1821) y llega otra vez a su casa de Las Gradillas, "donde permaneció por muchos días recibiendo incesantes manifestaciones de sus paisanos. Por aquellos días y aquellas noches, la gente entusiasmada llena ruidosamente la residencia del Héroe".⁴⁸

Y no es la última vez.

⁴⁵ Oye por primera vez que la voz del pueblo grita: "¡Viva el Libertador!". Luego, el Concejo Municipal de la ciudad realiza una sesión especial en la que el honorable don Luis de Rivas, padre del patriota Rivas Dávila, le saludó con esas palabras.

⁴⁶ El 14 de octubre, la municipalidad de Caracas lo aclamaba como Capitán General de los Ejércitos de Venezuela, y le ratificaba su título de Libertador, ya adelantado en Mérida.

⁴⁷ Eran unas veinte mil personas protegidas por sólo 1.200 soldados.

⁴⁸ *Aquí estuvo el Libertador*, o.c.

Todavía regresa una vez más.

7

El Libertador vuelve del Perú para resolver una delicada situación política en Venezuela, y hace su triunfal entrada en Caracas el día 10 de enero de 1827.⁴⁹

Del significado de esta presencia del Libertador en Caracas se hablará más adelante.

También en esta fecha se aloja, durante parte de su estancia, en esta casa, "después de recibir una ovación popular sin ejemplo hasta entonces". Allí lo conoció una pariente suya, Mariana Camacho Clemente y Bolívar, quien vivía aún el año 1915.⁵⁰

Según refieren ("La última estancia del Libertador en su ciudad natal"), el general Páez le acompañó a esta casa después de una comida-homenaje.

Sólo regresarán más tarde sus cenizas.

8

No a la misma casa de Las Gradillas; pero digamos por qué la mencionamos otra vez.

La casa había sido alquilada ya, según Landaeta Rosales, a diferentes familias (1827-1830), y aquí tuvo su asiento el gobierno de Venezuela en la época de la separación de Colombia, "antes de que se mudara temporalmente a Valencia".

A su muerte (17 de diciembre de 1830) los bienes del Vínculo pasan a su sobrino Anacleto Clemente.

Ya en 1827, dice Lecuna, el Libertador había hecho la partición de sus pertenencias entre sus hermanas y sobrinos y sólo se reservó para sí el Vínculo de la Concepción mientras se arreglaban los asuntos relacionados con las minas de Aroa, en este tiempo arrendadas a una compañía inglesa por 12.000 pesos al año, única propiedad que quiso conservar para sostenerse en sus últimos años. ("El Vínculo de la Concepción", ya mencionado).

Sin embargo, repatriados sus restos en 1842, el cortejo fúnebre *pasa por dos veces frente a la casa de las Gradillas*: en la ocasión de las solemnes exequias que se celebraron en el templo de San Francisco, y luego para su traslado a la Capilla de la Santísima Trinidad en la Iglesia Metropolitana, el 23 del mismo mes".

Hoy, como ha dicho un historiador, la Casa de Las Gradillas o del Vínculo "Aristeguieta" sólo es visible con los ojos de la evocación.⁵¹

⁴⁹ En la "Cronología" dice el 12, pero ahora sabemos que fue el 10, según el diario de Sir Robert Porter. Su hermana María Antonia le acomoda la casa con algunos muebles.

⁵⁰ *Aquí estuvo el Libertador*, o.c.

⁵¹ Luis Alberto Paúl, o.c.

Cuadra Bolívar

Cuando se habla de las casas que habitó Bolívar, hay que recordar algunas que habitó simultáneamente con otras principales, y que exigen una mención: éste es el caso de la Hacienda San Mateo, y también ésta de la Cuadra Bolívar.

Porque se trata de una antigua finca rústica perteneciente a la familia.

Hoy está ya cercada por edificios de la moderna Caracas, en el centro mismo de la ciudad.

Su fachada principal da a la calle entre las esquinas de Bárcenas y Las Piedras. Sin embargo, a pesar de este cerco al que le ha sometido la moderna vorágine de ruidoso tráfico que marca la civilización de nuestro tiempo, y gracias sobre todo al tesón del investigador y propulsor de las obras de remodelación que fue Mauro Páez Pumar en los años sesenta, ha conseguido conservar una parte de la antigua sensación de paz y quietud que tenía la finca rústica de aquel tiempo.

Y, sin embargo, o acaso por esto mismo, fue utilizada como centro de inquietudes revolucionarias.

Guarda esta casa reconstruida con gran cuidado el recuerdo de los mantuanos que venían a hacer planes para derrocar al régimen colonial español, entre ellos los dos hermanos Bolívar.⁵² Le ha quedado el nombre que tiene hoy, según Mauro Páez Pumar, "por haberse aposentado allí las monturas de los Bolívar, así como de haber sido "estación obligatoria de las recuas y carretas venidas de San Mateo y el Tuy". Había sido adquirida por don Juan Vicente de Bolívar y Ponte, padre del Libertador. Luego su madre, ya viuda, la reformó, y entre las mejoras está la construcción de un acueducto de caños de arcilla que traía el agua potable desde la fuente de la plaza de San Pablo, ubicada por el área donde queda hoy el teatro Municipal.⁵³

Aquí gustaban de temperar los Bolívar.

Después de terminada la guerra emancipadora, el Libertador hizo donación de la Cuadra Bolívar a su sobrino Fernando Bolívar, hijo de su hermano Juan Vicente, quien, como dijimos ya, había fallecido; lo hizo así seguramente en recuerdo de quien había sido compañero de conspiración en la Cuadra en 1808.

Esta finca quedó en manos de los Bolívar durante todo el siglo XIX, hasta que el Gobierno Nacional la compró con destino a la Casa Hogar María Antonia Bolívar, y bajo el mandato del Presidente Dr. Raúl Leoni se inició la restauración⁵⁴ con los excelentes resultados que se pueden admirar hoy.

⁵² Sobre todo Simón, porque parece que tanto Juan Vicente, como su hermana María Antonia, la mayor de las dos, eran más moderados, se quedaban en "autonomistas", mientras que el menor de los hermanos, Simón, era un "independista" radical. Sin embargo, las diferencias de este carácter nunca empañaron el cariño que sentían el uno por el otro; hasta el punto que María Antonia protegía en su casa a los realistas, pero atendía a su hermano con devoción, de la que quedan abundantes testimonios, en la casa de Las Gradillas en los días en que la guerra permitía a Simón venir a Caracas. "Centenario de la muerte de María Antonia Bolívar", o.c.

⁵³ Luis Alberto Paúl, o.c.

⁵⁴ Con la asesoría de una comisión *ad honorem* compuesta por los señores Carlos Manuel Möller, Mauro Páez Pumar y R.D. Silva Uzcátegui.

Junto a otras matas de adorno, hay en el jardín un tamarindo, granados, mangos, cafetos y cacaoteros, y una higuera que es vástago de una que sembró el Libertador en Lima.

Fue plantada por el Presidente Leoni y su señora esposa, doña Menca de Leoni, en un acto memorable.

El ingenio de San Mateo

Esta es otra de las casas que han sido habitadas por el Libertador de forma esporádica, a veces por temporadas, y que constituyen la memoria inseparable de su hogar.

Tanto de cuando era un niño como durante su matrimonio.

De muy niño con sus padres y hermanos; luego, acompañados de su mamá; también solo y con sus hermanos.

Aquí pasó una temporada en compañía de su esposa, María Teresa del Toro y Alaiza, cuando recién llegados de Europa a fines de agosto de 1802, viven la intensa y a la vez corta felicidad que les duró en su matrimonio. Y aquí vio también Simón Bolívar, ya general en Jefe de los Ejércitos patriotas, estallar el polvorín que prendió Ricaurte para evitar que lo ocupase el enemigo el 25 de marzo de 1814.

El hecho ocurrió como una reacción de Boves ante los resultados de la primera batalla dada el 28 de febrero y los combates parciales que tuvieron lugar en San Mateo.

Se está desarrollando entre Boves y Bolívar un intenso juego táctico.

He aquí el esquema de sus antecedentes.

El 28 de enero de este año de 1814 Bolívar suspende la Guerra a Muerte decretada seis meses antes, pero los acontecimientos le obligarán a practicarla:⁵⁵ se da la primera batalla de La Puerta (3 de febrero) Bolívar sale de Valencia (día 20) con su Estado Mayor, y se sitúa en San Mateo a marchas forzadas el 21.⁵⁶

Después de esta primera batalla, se suceden los combates parciales los días siguientes.

Y llega el 25 de marzo, el día de la última batalla en San Mateo, que es la que se recuerda como un ejemplo de sacrificio. Ya parecían ceder las fuerzas realistas cuando los patriotas ven que desciende una columna que había reservado el asturiano para caer sobre la casa del cerro en que estaba el polvorín guardado por el joven oficial Antonio Ricaurte al mando de una pequeña fuerza, y de pronto retumba la gran explosión que destruye la columna realista.

Ricaurte había prendido él mismo el polvorín para defender la patria a costa de su vida.

Esta explosión afectó gravemente a la parte trasera de la hacienda. Pero el ejército republicano triunfó.

⁵⁵ Los días 13, 14 y 15 son ejecutados 518 españoles en La Guaira y 300 en Caracas. "Cronología", ya mencionada.

⁵⁶ Cronología citada.

2

Pasaron algunos años. Bolívar, desde Guayana, emprendió una nueva campaña hacia el centro en 1818.

El legionario inglés Wavell, quien se incorporó a Bolívar en las llanuras del Guárico aquel año, describe la llegada del Libertador a San Mateo, donde dice don Vicente Lecuna que sólo pudo permanecer unas cuantas horas:

"El ejército avanzó desde Villa de Cura hacia La Victoria –dice el inglés–, por extensas llanuras de incomparable belleza. Durante todo un día marchamos bajo árboles gigantescos, sembrados a ambos lados del camino, y cuando ascendimos a unas colinas pudimos extender la vista sobre los Valles de Aragua muy bien cultivados". (...) "El 13 de marzo, el ejército libertador penetró en el pueblo de San Mateo en marcha para atacar a La Torre. Bolívar llegó a la casa de sus mayores con los primeros soldados de caballería, de la vanguardia. Las tropas hicieron alto para pasar el calor del día. De repente llegaron muchas mujeres que habían sido esclavas de los Bolívar, declaradas libres por él en 1810, pero que el español que había rematado la hacienda después de 1814, las había vuelto a la esclavitud. Todas ellas mostraron extraordinaria alegría al ver a su antiguo amo, le abrazaban las rodillas y derramaban lágrimas sobre él, pero la estada de Bolívar en estos lugares fue muy corta: por los azares de la campaña tuvo que retroceder y San Mateo no quedó libertado hasta después de la batalla de Carabobo".⁵⁷

La hacienda fue reparada por la hermana del Libertador, María Antonia Bolívar, quien siguió viviendo en ella temporadas largas con sus familiares.

Y no solo para descansar, sino para atender el trapiche que funcionaba en San Mateo.

Parece ser que las reparaciones se demoraron mucho, "según se desprende de la referencia que trae en su libro de viajes el coronel y periodista norteamericano William Duane, decidido partidario de la libertad de los pueblos hispanoamericanos, quien pasó por San Mateo el año 1822", y todavía se encontraba la casa del cerro sin reparar, "en sus muros persistían las huellas de la violencia militar".

Es muy expresiva una nota que añade el Libertador en una carta familiar con relación a San Mateo: (Carta escrita desde Magdalena a su hermana María Antonia el 29 de mayo de 1826. Porter, Vol. V, pp. 507 y sig.) "El Coronel O'Leary tiene orden de decir al arrendatario de San Mateo que le haga un patio al frente de la casa, para que sirva de jardincito, y que componga toda la casa según el mismo Coronel le diga. Manda a empapelar con papeles lindos las piezas principales de la casa y pintar todo el resto del modo más elegante. En una palabra, que gasten tres mil pesos en todo esto. Si fuera posible mandar un extranjero que arregle todo esto sería lo mejor, y lo más barato".

⁵⁷ *Campaigns et Croisières dans les Etats de Venezuela et de la Nouvelle Grenade*. Par un officier du 1er. Régiment de Lanciers Venezuelains, por I.C. Wavell. Paris. Aux Salons Littéraires, 1837, p. 70. Citado por Lecuna: "Bolívar en San Mateo, morada de varias generaciones de raza": "Episodios de la vida de Bolívar", o.c., p. 420.

Balcón de la Grita

Cuando Bolívar da comienzo a su Campaña Admirable saliendo de Cúcuta (14 de mayo de 1813) está condicionado gravemente por el ambiente de desconfianza que reina contra él. Siente la hostilidad de algunos oficiales neogranadinos, y se queja amargamente de la indecisión del Congreso para decidir la entrada de sus tropas en Venezuela.⁵⁸ Vence las dificultades a fuerza de tacto y de firmeza a la vez, acepta las condiciones que le ponen, aunque suponen un estorbo a la autonomía que exige la eficacia de un jefe, y porque no había otro remedio.

No será ésta la última vez que tropieza con este género de dificultades.

Tanto el Brigadier Manuel del Castillo, como el Sargento Mayor Francisco de Paula Santander le crean dificultades. Sigue sin ellos. A su lado está el fiel zuliano Rafael Urdaneta.

"No adelantar –decían las condiciones– en sus marchas sin formar un consejo de guerra en que se examinase la posibilidad de la empresa, el ejército no tendría otro carácter que el de Libertador de Venezuela, el gobierno de ésta sería establecido bajo el mismo pie que tenía al tiempo de la invasión de Monteverde, y finalmente prestaría juramento de fidelidad al Congreso de la Nueva Granada y el Poder Ejecutivo de la Unión".

Era difícil avanzar en estas condiciones.

Pero cuando estaba enfrentándose a estas grandes dificultades externas e internas,⁵⁹ se produce la famosa arenga desde el balcón de esta casa de La Grita. Se dirigió a su gente con el calor que exigía el difícil momento para despertar el entusiasmo que requería la gigantesca empresa de llegar hasta Caracas.

Era el difícil comienzo.

Hay una placa conmemorativa que recuerda el momento:

"Desde este balcón, el Libertador arengó a sus tropas el 17 de abril de 1813, en los inicios de la Campaña Admirable".

La casa estaba en ruinas cuando el Municipio decidió comprarla, y el Gobierno del Estado Táchira y la Corporación de Turismo de Venezuela se encargaron de restaurarla con ocasión del cuatricentenario de la ciudad, que fue fundada por Francisco de Cáceres el año 1576.

Tiene dos pisos, y "en la habitación de arriba –probablemente la que ocupaba el Libertador– se abre una entrada baja y abovedada, opuesta al célebre balcón de la arenga".

Después, entra en Mérida el 23 de mayo.

Aquí es donde escucha por primera vez que le aclama el pueblo como su *Libertador*.

Se le suman patriotas que quieren acompañarlo, fortalece así sus tropas con gentes de todas condiciones, incluso muchos de la clase alta.⁶⁰ Se entera aquí de "una espantosa

⁵⁸ Le hacen esperar, desesperar, dos meses en Cúcuta; al fin, después de recibir el nombramiento de Brigadier de los Ejércitos de la Unión y el título de Ciudadano de la Nueva Granada, el 7 de mayo recibe la autorización necesaria.

⁵⁹ Se llamó el mismo, "el hombre de las dificultades".

⁶⁰ Dice O'Leary que recibe "hombres del pueblo y también de familias distinguidas".

carnicería que ha hecho el enemigo en Barinas", y dicta su Proclama del 8 de junio: "...nuestra bondad se agotó ya; puesto que nuestros opresores fuerzan a una guerra mortal, ellos desaparecerán de América" (...) "y la guerra será a muerte".

Sin embargo, aún no ha firmado el tremendo Decreto de Trujillo. Lo hará una semana después.

La casa de la guerra a muerte

Cuando Bolívar entra en Mérida el 23 de mayo de 1813, como hemos dicho, restablece el gobierno republicano derrocado por Monteverde.

Como había prometido al Congreso y al Poder Ejecutivo de la Unión.

Y anuncia la guerra a muerte destacando a Girardot como Comandante en jefe de la vanguardia para tomar Trujillo.

El Libertador mismo llega a Trujillo el 14 de junio.

Y al día siguiente da a conocer su Decreto de Guerra a Muerte.

Es el 15 de junio de 1813.

I

Bolívar se aloja en la casa del general Cruz Carrillo, prócer de la Independencia, y aquí dictó y firmó su decreto.

O'Leary y Urdaneta, los dos, atribuyen esta reacción a la ejecución en Barinas del Coronel Antonio Nicolás Briceño. También Baralt es de este parecer. Sin embargo, un hombre tan poco sospechoso de parcialidades como Vicente Lecuna dice que "no es exacto que Bolívar recibiese en Mérida la noticia de la ejecución de Briceño. La sentencia fue dada en Barinas el 12 de junio, y la ejecución tuvo efecto tres días después, es decir, el 15, precisamente el mismo día en que Bolívar firmaba el decreto de guerra a muerte".⁶¹

Pero Vicente Lecuna ofrece una alternativa.

Señala los motivos que pudieron inducir al Libertador a tomar una medida tan drástica: en primer lugar, el que dio un despacho del Secretario de Guerra en España publicado por Monteverde en Caracas el 13 de marzo, tres meses antes, "en el cual autorizaba pasar a cuchillo a los insurgentes que osasen resistir con las armas a las tropas del rey; pero sobre todo –agrega Lecuna– Bolívar tuvo en cuenta la necesidad de crear el sentimiento de la nacionalidad, a fin de impedir que cuerpos enteros acobardados por el terror que inspiraban los españoles, se pasasen al enemigo en los combates, como había sucedido el año anterior".

Este período que va de agosto de 1813 a julio de 1814 –como señala justamente Manuel Pérez Vila⁶² la Segunda República, es en verdad el Año Terrible de la Historia de Venezuela.

La escalada de violencia en las guerras ha sido, desgraciadamente, cosa común.

⁶¹ Luis Alberto Paúl, o.c.

⁶² *Simón Bolívar el Libertador*, o.c. p. 8.

El objetivo perseguido por esta medida radical y dramática era sobre todo deslindar radicalmente los campos del *invasor*, venido a combatir el movimiento de Independencia, y del *invadido*, el americano, el patriota, cualquiera que hubiera sido su conducta hasta este día.

También aquí convoca en asamblea general al gobierno, municipalidad y notables de la capital, y deja instalado el gobierno republicano de la provincia.

2

La segunda vez que estuvo el Libertador en Trujillo firmó los tratados de armisticio y regularización de la guerra.

Como si hubiera querido reconciliarse con la historia y consigo mismo.

Fue en el año 1820.

El Congreso de Angostura le ratifica su título de Libertador en enero, Bolívar entrega a Sucre unos días después en San Juan de Payara el dinero recibido en Bogotá para la compra de armas; llega a Guasualito con las tropas que conduce a la Nueva Granada; pasa en los primeros días de febrero por San Cristóbal, donde da instrucciones a Valdés para seguir con las tropas hacia Nueva Granada; una semana después está el Libertador en Cúcuta y en Pamplona, y el 5 de marzo en Bogotá.

Aquí es donde tres días después lanza la proclama a los colombianos acerca de la unión de los dos pueblos hermanos.

E inicia su campaña: llega a San Cristóbal el 12 de abril; el 20 envía un oficio al Vicepresidente sobre la libertad de los esclavos; el 20 de mayo firma en El Rosario decretos en favor de los indígenas, instrucción pública, agricultura y comercio, y es aquí donde recibe una comunicación de La Torre proponiéndole por orden de Morillo la suspensión de las hostilidades.

Es el comienzo de la importante jornada que se prepara para Trujillo.

Esta proposición pacificadora de Morillo⁶³ tiene su origen en la nueva situación que se está presentando en España, donde se ha producido la Revolución Liberal (comienzos de este año de 1820) y el nuevo gobierno intenta detener el deterioro de la situación en América.

El Libertador conoce bien la ventaja que puede obtener de esta situación en la Península.

Y se produce, además, en un momento en que se fortalece la situación estratégica y política de los patriotas, puesto que, como dice el historiador Manuel Pérez Vila, después del Segundo Congreso de Venezuela, convocado por Bolívar en Angostura (15 de febrero de 1819), en el que, con el proyecto de Constitución pronuncia el Discurso que constituye uno de los documentos fundamentales de su ideario político, ha cumplido la campaña que libera a la Nueva Granada.

⁶³ Conocido por "El Pacificador".

Por la Ley Fundamental de la República de Colombia en diciembre de 1819, existe un gran Estado que está integrado por las actuales repúblicas de Venezuela, Colombia, Ecuador y Panamá.⁶⁴

Así pues, cuando recibe el Libertador el 6 de julio de 1820 en El Rosario la comunicación de Morillo, ya está en situación de hacer esperar y medir sus pasos sin prisas. Mientras que los españoles se dan cuenta por el tono de las negociaciones de que el pueblo y el gobierno de Colombia "están resueltos a ser independientes o morir". Bolívar llega en agosto a San Cristóbal, y pasa por Ocaña, El Rosario otra vez, luego por San Cayetano, Salazar, Gallinazo, Ocaña, Mompo y San Antonio. Cuando llega a San Cristóbal, el 21 de agosto, escribe al general en jefe realista anunciándole sus deseos de admitir el armisticio, "con tal de que se diesen a la Gran Colombia garantías suficientes".

Se produce una Proclama a los colombianos desde Carache, y desde Escuque se dirige a los corianos invitándolos "a acogerse a las banderas de la Patria" con total olvido de lo pasado (21 de octubre) y es cinco días después, el 26, cuando Bolívar propone a Morillo las bases para el armisticio iniciado por éste.

Y le dice que si son aceptables mande a representantes suyos a tratarlo y concluirlo en su cuartel general.

Morillo responde el 29 anunciándole el envío de los diputados.

Pero al mismo tiempo, y Morillo pretende hablar desde una posición estratégica y moral más alta, toma la ofensiva y bate a Reyes Vargas en Carora el 2 de noviembre.

Pocos días después, el 6, las tropas patriotas se trasladan a Trujillo. Los comisionados españoles llegan a la ciudad, donde son recibidos por el General Antonio José de Sucre y los Coroneles Pedro Briceño Méndez y José Gabriel Pérez, que han sido nombrados por Bolívar con este propósito.

Mientras tanto, su ejército se ha retirado a Sabana Larga.

Los comisionados realistas son: Brigadier Ramón Correa y los señores Juan Rodríguez del Toro y Francisco González de Linares.

Durante estas negociaciones se mantiene la tregua pactada en este frente, aunque la lucha continúa en el resto del país.

Los dos tratados: 1. El primero, un armisticio articulado en siete puntos y con duración de seis meses. 2. El segundo, un "Tratado para la regularización de la guerra", que consta de 14 artículos que establecen "la obligatoriedad del canje de prisioneros, el respeto a los habitantes de los pueblos que alternativamente se ocuparen, y la sepultura a los caídos en los campos de batalla",⁶⁵ fueron concluidos el 25 de noviembre.

Morillo los ratificó en su cuartel general de Carache el 26, y Bolívar en Nuestra Señora de la Paz de Trujillo⁶⁶ el mismo día.

El tratado de regularización hizo más humana la lucha durante el resto de la contienda.

⁶⁴ M. Pérez Vila, o.c., p. 10.

⁶⁵ Luis Alberto Paúl, o.c.

⁶⁶ Este es el nombre definitivo, después de haber pasado por llamarse: Truxillo de Tierra Firme (1558), Mirabel (1559), Truxillo (1560); la ciudad se mueve (la llaman también Ciudad Portátil) del sitio "del village aborígen de Skuke", a un lugar a orillas del río Boconó, luego a la Sabana de los Truenos, y, por fin, al Valle de los Cedros o Retiro del Castán, donde están actualmente.

En la opinión de O'Leary, estos tratados hacen honor a los sentimientos humanitarios, tanto de Bolívar, que fue quien los propuso y redactó, como de Morillo, quien los aceptó y ratificó.

"Como los hechos lo probaron", dice, "esta negociación decidió la independencia del país".

Santa Ana del Norte

No hay en esta villa de la Isla de Margarita ninguna casa que recuerde el paso de Bolívar.

Pero sí una iglesia.

Y aunque hay otros templos que han tenido significación, como el de San Francisco y la Catedral, ambos en Caracas, y no están incluidos en "las casas" a que nos estamos limitando, no podemos dejar de lado esta edificación margariteña que fue escenario de un acto que ha sido trascendental para la Independencia de Venezuela.

Este templo parroquial de Santa Ana del Norte fue comenzado a construir a partir de la licencia para edificar que concedió en 1617 el Obispo de Puerto Rico, fray Pedro de Solier.

Este es el escenario en que tuvo lugar el acontecimiento que queremos recordar.

El momento es crucial.

Coincide la derrota de Napoleón en Europa con el envío de un poderoso cuerpo expedicionario español mandado por el general Pablo Morillo. Los realistas respiran con los refuerzos. Bolívar, por su parte, acaba de escapar en Kingston, capital de Jamaica, del puñal del negro Pío (10 de diciembre de 1815); en Haití recibe la preciosa ayuda de su gobernante, Alejandro Petión (2 de enero de 1816): a principios de febrero tiene lugar la reunión de jefes militares y altos funcionarios civiles de Venezuela y Nueva Granada que se han exiliado como consecuencia del triunfo de los españoles en Tierra Firme, en Los Cayos de San Luis, y se decide organizar una expedición mandada por Bolívar:⁶⁷ sale rumbo a Margarita (31 de marzo de 1816) y desembarca en Juan Griego el 3 de mayo.

Y es tres días después, el 6 de mayo de 1816, cuando tiene lugar en la Iglesia de la Villa de Santa Ana del Norte la Asamblea que proclama al general Bolívar como Jefe Supremo de Venezuela,⁶⁸ con todas las atribuciones propias de un alto destino".⁶⁹

Salen de Juan Griego en un bergantín y seis goletas con los 250 expedicionarios, la mayoría oficiales, el 25 de mayo rumbo a tierra firme. Toman Carúpano el 1.º de junio; el Libertador envía a Piar a Maturín, y a Mariño a Güiria, los dos con armas y con la intención de levantar tropas.

Al día siguiente decreta la libertad de los esclavos, tal como lo había ofrecido a su amigo Petión en Haití.⁷⁰

⁶⁷ Están Mariño, Soubllette, Briceño Méndez, Zea, Mac Gregor y Salom, entre otros.

⁶⁸ Mariño como segundo.

⁶⁹ Escritos del Libertador, tomo IX, págs. 123-126-127. O.c. por *Aquí estuvo el Libertador*, ya mencionado.

⁷⁰ "De aquí en adelante sólo habrá en Venezuela una clase de hombres: todos serán ciudadanos".

"El primer documento emanado de la autoridad de Bolívar después de esa Asamblea –comenta un historiador– fija ya la futura orientación de su política en esta nueva etapa de su carrera como guerrero y estadista".⁷¹

He aquí sus palabras:

"El Congreso de Venezuela será nuevamente instalado donde y cuando sea vuestra voluntad. Como los pueblos independientes me han hecho el honor de encargarme de la autoridad suprema, yo os autorizo para que nombréis vuestros diputados en Congreso, sin otra convocación que la presente: confiándoles con las mismas facultades soberanas que en la primera época de la República".

Y dice a los españoles:

"Españoles que habitáis en Venezuela: la guerra a muerte cesará si vosotros la cesáis. Si no, tomaremos una justa represalia y seréis exterminados".

Es aquí, en esta humilde iglesia de Villa del Norte, o Villa de Santa Ana del Norte, que ha sido restaurada con la sencilla distinción que tuvo al ser construida a comienzos del siglo XVII, donde Bolívar sienta las bases de la Tercera República.

Casa de San Isidro

También es conocida por los nombres de Morichal de San Isidro, de La Lajita,⁷² o por el nombre de la Casa del Tamarindo.⁷³

Fue aquí, donde habían sido establecidos los poderes de la Tercera República después de la liberación de Guayana en 1819.

Convertida Angostura en su capital.

Pues fue en esta casa *donde el Libertador redactó los originales de su famoso mensaje* al Congreso de 1819, conocido por el de Angostura.⁷⁴

Se dice que la casa formaba entonces parte de una hacienda perteneciente a don José Luis Cornieles, dueño también de la casa donde Andrés Roderick instaló la imprenta del *Correo del Orinoco*.⁷⁵

Pues en esta casa que se ha hecho llamar de estas cuatro maneras dictó el Libertador a fines de 1818 a sus secretarios Pedro Briceño Méndez y Jacinto Martel, y parece que también en una ocasión a Roscio, el texto del Discurso de Angostura, "la gran síntesis del ideario bolivariano".

O'Leary dice que lo escribió en campaña, por error.

De esto diremos enseguida.

Pero vamos a situar primero el momento que vive la causa de la libertad.

El Libertador ha terminado el año 1817 partiendo de Angostura en una escuadrilla:⁷⁶ el 21 de enero de 1818 está preparándose en la Urbana, isla del Orinoco,

⁷¹ *Aquí estuvo el Libertador*, o.c.

⁷² Llamada con este diminutivo a pesar de ser la laja muy grande, pues cubre todo el patio delantero.

⁷³ Es tradición que Bolívar ataba su caballo en él.

⁷⁴ Nombre que tenía entonces la que más tarde sería llamada ciudad Bolívar para honrar la memoria del Libertador.

⁷⁵ *Aquí estuvo el Libertador*, o.c.

⁷⁶ Escuadra de buques menores de guerra.

para entrar en Apure, donde nueve días después conoce a Páez, quien se pone a sus órdenes; derrota a Morillo en Calabozo, ataca y ocupa Villa de Cura, San Mateo y Maracay; le arrebató Morillo una victoria sobre Morales en La Puerta: en mayo lo encontramos enfermo en San Fernando de Apure, y regresa en junio a Angostura y renueva activamente sus decisiones como Jefe Supremo.

Es el 1.º de octubre de 1818 cuando reúne el Consejo de Estado, da cuenta de la situación política y militar, y su proyecto de reunir el Congreso General, y convoca a elecciones.

Y sale de campaña.

Se la anuncia a Páez desde Caicara (18 de enero de 1819), llega a la boca del Arauca tres días después, y a San Juan de Payara el 16.

Aquí es donde lo ve O'Leary "escribiendo" su Discurso.

Dice el entonces muy joven O'Leary "que a comienzos de enero Bolívar, que se encontraba en el Cuartel General de San Juan de Payara, en pleno llano, supo que acababan de llegar a Angostura los transportes "Perseverancia" y "Tártaro" con tropas alistadas en Inglaterra por el coronel Elsom al servicio de Venezuela. Bolívar resuelve entonces alterar sus planes militares y partir para Angostura con el fin de acelerar la instalación del Congreso y apresurar la reunión de los cuerpos auxiliares recién llegados con el ejército de occidente de Apure. Entrega a Páez el mando del ejército, promoviéndole antes a General de División, y embarca para el puerto guayanés, a donde llega a últimos de enero".

Aunque O'Leary describe la manera en que "escribía" Bolívar su Discurso se trata sin duda de su *revisión*.

Pronuncia su célebre discurso del 15 de febrero de 1819.

"Admirable es, ciertamente –dice Luis Alberto Paúl– aquella página imperecedera, en la cual parece condensarse, con vigorosa elocuencia todo el pensamiento político del Libertador".

Y cita estas hermosas palabras del Discurso de Bolívar:

"¡Dichoso el ciudadano que bajo el escudo de las armas de su mando ha convocado la Soberanía Nacional para que ejerca su voluntad absoluta! Yo, pues, me cuento entre los seres más favorecidos por la Divina Providencia, ya que he tenido el honor de reunir a los representantes del pueblo de Venezuela en este Augusto Congreso, fuente de la autoridad legítima, depósito de la voluntad soberana y árbitro del destino de la Nación... El Sistema de Gobierno más perfecto es aquél que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política...". "La educación popular debe ser el cuidado primogénito del amor paternal del Congreso. Moral y luces son los polos de una República; moral y luces son nuestras primeras necesidades"...

Después de pertenecer esta casa a José Luis Cornieles y pasar por diversos inquilinos y propietarios fue adquirida por la Diócesis de Guayana y destinada al Orfanato Bolívar; luego la finca fue comprada por el Gobierno del Estado Bolívar.

Aquí es donde comienza a llamarse Museo de Talavera.

Se le llama también así porque se ha querido rendir homenaje al Doctor Mariano de Talavera y Garcés, Obispo de Tricala y de Guayana.

Un patriota, fue consagrado Obispo el año 1829 y tomó posesión de la Diócesis de Guayana en 1830.

De aquí lo exilaron.

De vuelta al país en 1832, y después de prestar muchos servicios a Guayana y a la República, murió en Caracas el año 1861.

Casa del Congreso de Angostura

El discurso fue redactado en la Casa de San Isidro, como acabamos de decir.

Y el Congreso de Angostura tuvo lugar en esta casa llamada por este nombre: fue inaugurado el 15 de febrero del año 1899 después de cuidadosos preparativos.

Ya a comienzos de 1817 Bolívar se había fijado como objetivo apoderarse de la Provincia de Guayana, porque necesitaba la empresa liberadora de las ayudas exteriores que equilibrasen de alguna manera la capacidad española de combatirla, y consideró el Libertador al Orinoco como "la llave de las comunicaciones de la Tercera República",⁷⁷ y consideró necesario hacer de Guayana "la base para la liberación definitiva de Venezuela".⁷⁸

Ya en julio ha ocupado su capital, y dando cima a una de sus preocupaciones cada vez que libera una porción del territorio nacional, organiza de nuevo el Estado, creando el Consejo de Estado, el Consejo Superior de Guerra, la Alta Corte de Justicia y el Tribunal del Consulado.

Pero, claro es, cuando se trata de organizar las instituciones sobre pie nuevo y combatir la anarquía, que es la enemiga de la libertad, hay que hacer justicia.

A veces muy dolorosa.

Como cuando se ejecutó al general Manuel Piar.

Piar se había destacado en la lucha por la Independencia, con brillantes triunfos en Maturín, El Juncal y San Félix, entre otros; pero ahora está acusado de insubordinación y desertión, cargos muy graves para un soldado. El Libertador tiene el cuidado de someter a Piar a un Consejo de Guerra integrado por oficiales que, además de dignos, son amigos del procesado; incluido Luis Brión, curazoleño como Piar. La sentencia, fue tremenda, a muerte, y fue pasado por las armas. El Libertador no tuvo más remedio que confirmar la pena. El escarmiento sirvió muy eficazmente para combatir la anarquía.

Bolívar dicta por estas fechas la Ley de Repartición de Bienes Nacionales, que "habrá de contribuir –como dice el historiador Pérez Vila– a fortalecer el sentimiento patriótico".⁷⁹

Las dos decisiones son claves en la dura campaña de liberación.

Este que se celebra en Angostura es el Segundo Congreso de Venezuela, y dice Baralt que fue "una Asamblea de hombres buenos, emancipados de la tutela colonial, que iba a reunirse por segunda vez, no a crear la república, como ya lo hiciera el

⁷⁷ "El período que va de agosto de 1813 a julio de 1814, la Segunda República, es en verdad el Año Terrible de la Historia de Venezuela". *Simón Bolívar el Libertador*, o.c.

⁷⁸ id., id.

⁷⁹ o.c.

memorable Congreso de Caracas, sino a fijar, según el pensamiento de Bolívar, su fortuna incierta y vacilante".

Por esto llama a esta fecha: "Día fausto y memorable".

Veamos cómo se celebró.

Es el *Correo del Orinoco*, el medio de comunicación social que se crea por preocupación y visión penetrante de Bolívar⁸⁰ en junio de 1818, y aquí, en Angostura, ya que en su edición fechada el 20 de febrero de 1819, nos da la información más fiel describiendo los actos inaugurales desde la víspera, y luego la reunión de los diputados a las diez y media en la sala "del Palacio (destinada a las sesiones del Estado Mayor General), con el Gobernador de la plaza y comandante general de la Provincia, jefes y oficiales en la casa del Jefe Supremo para acompañarlo a tan augusta ceremonia".

Fueron invitados especiales al acto de la instalación, "el agente de los Estados Unidos, señor B. Irvine y uno de los comerciantes ingleses más beneméritos; uno y otro tomaron asiento entre el señor Provisor, Gobernador del Obispado, y los primeros jefes militares".

Después del memorable Discurso, el Libertador, empuñando la espada, dijo con "una energía extraordinaria":

"Mi espada y las de mis ínclitos compañeros de armas están siempre prontas a sostener su augusta autoridad. ¡Viva el Congreso de Venezuela!".

Este ofrecimiento fue coreado "muchas veces" por los presentes.

Y siguió una salva de artillería.

Luego, el Libertador pidió que se nombrase un Presidente interino para entregarle el mando. El Diputado Francisco Antonio Zea, quien resultó elegido, hizo el juramento de rigor ante el Jefe Supremo, éste le cedió su lugar en la presidencia y dijo: "Señores Generales, Jefes y Oficiales, mis compañeros de armas: nosotros no somos más que simples ciudadanos hasta que el Congreso Soberano se digne emplearnos en la clase y grado que a bien tenga"...

Y le entregó el mando, le devolvió su bastón de General.

Después de este impresionante momento el Presidente Zea se dirigió al Congreso y le pidió que confirmase los grados y empleos conferidos por el Libertador.

Lo aprobaron todos los Diputados en pie.

Luego el Libertador declinó el honor de asumir los poderes, y sólo después de largos razonamientos volvió a asumir, y como un servicio sacrificado a la Patria, todas las responsabilidades.

⁸⁰ "...resalta en Bolívar una proyección de positiva modernidad y de futuro, en claro alcance supranacional, latinoamericano, que alienta a los pueblos del tercer mundo y del orbe, para los cuales se hace diáfano y cercano su cabal sentido revolucionario: libre, democrático, popular, igualitario, justiciero, integrador, siempre actual, y hoy más urgente y vivo que nunca. Para Bolívar la palabra era ingrediente regio de su obra. Herramienta prima para la edificación. El verbo era su fuerza. En la virtud germinal e impactante de las ideas creyó como muy pocos. Implícitamente consideraba como proyectiles a las letras que, a través de la imprenta —'tan útil como los pertrechos'— serían disparadas con tino para llegar al blanco de las conciencias donde buscar plantar su verdad". Dr. J.L. Salcedo-Bastardo en su "Discurso de incorporación como Individuo de Número en la Academia Venezolana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española" Caracas 22 de febrero de 1979.

"Poco después –dice Pérez Vila–⁸¹ Bolívar emprende la campaña que habrá de liberar a la Nueva Granada. El ejército tramonta los Andes por el inhóspito páramo de Pisba, y tras los cruentos combates en julio de 1819, de Gámeza y del Pantano de Vargas obtiene un triunfo decisivo en la batalla de Boyacá el 7 de agosto".

Encuentro de Bolívar y Morillo en Santa Ana

Como ya dijimos, los tratados de Armisticio y Regulación de la Guerra fueron firmados por Bolívar en una casa de la ciudad de Trujillo el 25 y 26 de noviembre de 1820. Simbólicamente, en la misma casa donde había firmado en 1813 el Decreto de Guerra a Muerte.

Hay una placa de bronce que recuerda este importante paso del encuentro personal dado en dirección de la paz.

Que honra a los dos jefes, tanto al republicano como al realista.

Pero esta placa no está en la casa que habitó Bolívar en la ciudad de Trujillo en las dos oportunidades de la firma, sino en el monumento erigido para recordar el encuentro de los dos jefes adversarios en la aldea de Santa Ana.

Fue elegido este lugar porque se encontraba a igual distancia de los dos campamentos.

Quien da cuenta de los detalles es el entonces Capitán O'Leary, el edecán del Libertador. Fue Morillo el que demostró interés por conocer a Bolívar, a través de los comisionados realistas: "En la mañana del día 27 de noviembre –al día siguiente de la última firma, la de la Regularización de la Guerra– se presentó el general Morillo en el lugar señalado, con una escolta compuesta de un escuadrón de húsares y acompañado por cosa de cincuenta oficiales de rango, entre los cuales se hallaban el general de La Torre. A poco llegué yo a anunciar al general Morillo que el Libertador estaba en camino y no tardaría en llegar. El General me preguntó qué escolta traía el Jefe de la República: contestéle que sólo venían en su séquito diez o doce oficiales y los comisionados realistas (Brigadier Ramón Correa, don Juan Rodríguez del Toro y don Francisco González de Linares), y que no traía escolta. 'Bien –dijo Morillo, muy pequeña creía yo mi guardia para aventurarme hasta aquí; pero mi antiguo enemigo me ha vencido en generosidad'. Morillo ordenó a su escolta retirarse. Así se hizo inmediatamente. Preguntóme luego quiénes eran los oficiales españoles particularmente odiosos al Presidente; y habiendo yo satisfecho la pregunta, observó que ninguno de ellos estaba presente. Poco después se divisó la comitiva del Libertador, en la colina que domina el pueblo de Santa Ana. Morillo, La Torre y los principales oficiales se adelantaron a encontrarle. El general español iba de riguroso uniforme, llevando las órdenes militares y demás insignias recibidas del Soberano por sus servicios. Al aproximarse las dos comitivas, quiso Morillo saber cuál era Bolívar. Al señalárselo exclamó: '¡Cómo! ¿Aquél hombre pequeño, de levita azul, con gorra de campaña y montado en una mula?'. No bien había acabado de hablar cuando el hombre pequeño estaba a su lado, y al reconocerse los dos generales, echaron ambos en el acto pie a tierra

⁸¹ Simón Bolívar el Libertador, p. 10.

y se dieron un estrecho y cordial abrazo. Después de este saludo se dirigieron a *la mejor casa del pueblo*, donde el general Morillo había hecho preparar un banquete en honor de su ilustre huésped".

Este fue el encuentro entre el Libertador y el jefe del Ejército Expedicionario español.

Bella y sencillamente descrito.

Entre los muchos detalles que relata el edecán de Bolívar, llenos de gestos de generosidad mutua, acaso dicen mucho dos de ellos.

El Libertador propuso como árbitro de cualquier duda que surgiera en la interpretación de los dos tratados que habían firmado, al general Correa, "español de nacimiento, –como dice O'Leary en su relato– hombre de honor y justiciero". Esa noche los dos generales durmieron "profundamente bajo un mismo techo y en un mismo cuarto, desquitándose, tal vez, de las muchas noches de vela que mutuamente se habían dado".

Fue Morillo el que propuso en el momento del encuentro erigir un monumento en el lugar en que se abrazaron; Bolívar "acogió con placer esta idea generosa".

Inmediatamente, dice O'Leary, pusieron manos a la obra los oficiales patriotas y realistas allí presentes, y uniendo sus esfuerzos arrastraron una gran piedra cuadrada hasta el sitio indicado, para que sirviese de base a la columna propuesta.

Es uno de los monumentos históricos en que el hombre da a conocer su nobleza; es lástima que se tengan que dar como consecuencia de odiosas guerras.

Esta piedra, un esquisto arcilloso de color pizarra de 206 kilos de peso, está incrustada en la base del monumento, "bajo una especie de vitrina con llave, y sobresale del nivel del piso apenas unos pocos centímetros". Se tuvo que tomar esta precaución "para evitar que los visitantes continuaran deteriorándola arrancándole pedazos que quisieran llevarse como recuerdo".⁸²

La placa conmemorativa fue colocada en la ocasión del sesquicentenario del Armisticio por el Instituto Venezolano de Cultura Hispánica.

De la casa en que durmieron Bolívar y Morillo con sus séquitos no hay datos ciertos; se dice que fue destruida por un incendio a mediados del Siglo XIX y, sin embargo, la tradición necesita de los símbolos, y tiene como una posible la que habita hoy la familia Perdomo, cerca del templo parroquial.⁸³

La casa de la Blanquera

Esta es la casa que sirvió de Cuartel General al Libertador en vísperas de la Batalla de Carabobo, ya al final de la larga guerra de la independencia venezolana.

Bolívar se establece en ella el 2 de junio de 1821.

Recordemos que la posición española se había debilitado con la Revolución Liberal que estalló en España en enero del año 1820, y que el nuevo gobierno trata de llegar a un acuerdo pacificador, que en verdad obtiene con los dos documentos firmados en

⁸² Luis Alberto Paúl, o.c.

⁸³ *Aquí estuvo el Libertador*, o.c., editada el año 1977.

Trujillo y ratificados en términos de reconciliación humana, tan significativa en los momentos de guerra, que protagonizan el Libertador y el general Morillo.

Ninguno de los dos ha renunciado al cumplimiento de su deber: pero este deber ya no tiene la carga de odio que tenía, y por eso ya no se plantea en los mismos términos.

Ni políticos, ni tácticos.

Ya no está Boves, sino Morillo, un general de carrera.

Bolívar, por otra parte, ha adquirido una talla humana, intelectual, militar y de representación americana que es reconocida. Porque ya no es solo el Libertador aclamado en Mérida y ratificado en Caracas, sino el hombre que ha ido forjando la independencia de América uniendo en Colombia a las cuatro repúblicas de hoy: Venezuela, Colombia, Ecuador y Panamá; es el político que ha ido desarrollando un ideario que articula genialmente la generosa idea de una América solidaria y fuerte, y es también el hombre pequeño en estatura que descubrió Morillo a la distancia y lo reconoció grande en su pensamiento y en su generosidad cuando se encontraron por primera vez en la aldea de Santa Ana.

Ya no se trata de un "insurrecto", sino de un "patriota americano" que ha demostrado su voluntad y su capacidad de luchar por la libertad, la independencia, hasta la muerte.⁸⁴

Y en nombre de los pueblos que habitan la América hasta entonces colonial.

Pues algunos meses después de este encuentro de los dos grandes adversarios el año 1820 en Santa Ana, y luego de nombrar a Sucre comandante del ejército del sur el 11 de enero de 1821, es cuando recibe la nota de los Comisionados españoles llegados a Caracas para tratar de la pacificación del país en nombre del Rey.

El Libertador designa representantes ante la Corte a Revenga y Echeverría, y escribe a Fernando VII el 24 de enero.

Cuando se entera de los envíos simultáneos de otra misión española de signo parecido a Chile y Buenos Aires, teme una maniobra para dividir América, y se dirige a los Directores de ambos Estados "renovándoles las protestas de Colombia de no entrar en transacción alguna con España" sin que mediara "el reconocimiento absoluto de todas las Repúblicas de América".

Después lanza su Proclama "al ejército y a los pueblos de Colombia" participándoles la ruptura del Armisticio; y el Libertador ocupa San Carlos, donde reúne todo el ejército.

Es el 2 de junio de 1821.

Páez ha venido desde Achaguas, en el Llano; Urdaneta con sus fuerzas desde Occidente; Bermúdez desde el Oriente con las suyas, y el Libertador desde Barinas. Se trata de concentrar los ejércitos en un punto para "hacer imposible la resistencia de los realistas".⁸⁵

Los realistas van retirándose hacia el centro.

Bolívar ordena la concentración de las tropas en San Carlos, La Torre retrocede hacia Valencia y se sitúa en el campo de Carabobo.

⁸⁴ Muestra la misma firmeza que en su juramento de Roma en 1805, en Caracas el año 1808, en Londres en 1810 y en Cartagena en 1812.

⁸⁵ *Las aventuras de Simón Bolívar*, ya citado, p. 155.

"Al amanecer del día 24 –pone Vinicio Romero Martínez⁸⁶ en boca del Libertador– ya habíamos tomado la altura de Buenavista, desde donde se divisaba la organización que La Torre le había dado a su ejército. Según sus posiciones, no podía entrar a la llanura de Carabobo por la vía normal, puesto que por allí me esperaban bien resguardados batallones. Entonces pensé en buscar otro camino, y un baqueano que había tomado en Tinaquillo, nos indicó la pica de la Mona, un camino escabroso y estrecho, muy penoso para la marcha; pero por allí nunca nos esperarían".

Así preparó el Libertador la batalla.

Parece ser que los españoles creyeron que se trataba de un simple amago, pero Páez avanza con su división y se enfrenta al fuerte fuego del enemigo; en este momento, cuando las dificultades de la gente de Páez son grandes, entra al mando de la Legión Británica el oficial Tomás Ferrier, quien cae herido.⁸⁷

Esta batalla, la segunda que se daba en Carabobo, duró una hora: comenzó a las once de la mañana, y a las 12 del mediodía ya estaba decidida. "José Antonio Páez fue el Héroe, así con mayúscula" (...) y "como recompensa por esta hermosa victoria, que acababa temporalmente con el poderío español en Venezuela, yo pedí al Congreso declarara libres al nacer a los hijos de los esclavos".⁸⁸

Esta importante victoria de Bolívar sobre el ejército realista se planeó en el Cuartel General establecido en La Blanquera.

Se llamaba esta casa así porque pertenecía a los descendientes de los primeros colonizadores de Apure, los Blanco. Aquí están con el Libertador: Mariño, Briceño Méndez, O'Leary, Ibarra, Laurencio Silva, Cedeño, Plaza y los demás Comandantes de las tropas republicanas. De aquí salen, entre otros muchos documentos militares, uno de gran trascendencia política: la proclama fechada el día 3 de junio dirigida a los habitantes de Caracas pidiéndoles exigentemente que no emigren por temor a los ejércitos beligerantes, prometiéndoles cumplir el tratado de Trujillo, y en una carta a Santander escrita el 13 le dice que "los enemigos están reducidos a Carabobo", pero con la incertidumbre todavía de que "si perdemos una acción, general, Colombia es grande y les dará mucha tierra".

Afortunadamente, todo salió como queda dicho.

Y si el reconocimiento de Bolívar a Páez fue grande y merecido, quien planteó la batalla y decidió la suerte de la República fue la estrategia del Libertador.

La casa de La Blanquera terminó quedándose en ruinas por el descuido de los que fueron habitándola, a quienes los Blanco tuvieron que ir alquilando y hasta vendiéndola por partes, necesitados de recursos como estaban. Así, la "propiedad de don José Blanco, consistente en "estancias con más de 10.000 reses, centenares de caballos y numerosa servidumbre",⁸⁹ se dispersó como producto de "guerras intestinas, las enfermedades, la miseria y la plaga de los malos gobiernos".

Hasta que el 6 de enero de 1942 el Gobierno del Estado Cojedes decretó la expropiación de la casa y se procedió a su reconstrucción. Hoy es un hermoso

⁸⁶ o.c., p. 155.

⁸⁷ Ferrier morirá a consecuencia de estas heridas; también mueren 17 oficiales más de la Legión.

⁸⁸ *Las aventuras de Simón Bolívar*, o.c.

⁸⁹ *Aquí estuvo Bolívar*, o.c.

monumento y un activo centro cultural que nos recuerda a Bolívar en vísperas de Carabobo.

Maracaibo

Después de la batalla de Carabobo, los restos del ejército realista, ya definitivamente derrotado, se refugian en Puerto Cabello.

Aunque no se rendirá hasta dos años después.

El Libertador entra triunfalmente en Caracas, como ya dijimos al hablar de la casa de Las Gradillas, donde va a parar el 29 de junio de 1821.

Pero no a descansar.

Unos días después, el 3 de julio, cerca al Brigadier Pereira al frente de varias columnas, y lo hace capitular en La Guaira. El 9 ya está otra vez en Valencia preocupado por este último bastión realista. En Puerto Cabello, el 12, nombra comisionados para estipular con el general La Torre, ahora General en Jefe del ejército expedicionario⁹⁰ un tratado de armisticio; después sigue, y camino de Cúcuta, donde está reunido el Congreso, y de allí a Bogotá, pasa a San Carlos (11 de agosto), Barquisimeto (día 14), Carora, (día 18) y llega a Maracaibo.

Es el día 29 de agosto de 1821.

Llega por Trujillo a Betijoque, y atraviesa el lago en una pequeña goleta,⁹¹ según consta en el oficio del Comandante General e Intendente de la Provincia, coronel Francisco Delgado, dirigido al Vicepresidente de la República.

Bolívar se hospeda en la Casa del Gobierno, "un edificio de alto que, como tantos otros de origen colonial, pagó ya su tributo a la voracidad urbanística de los nuevos tiempos".⁹² Estaba situada donde se construyó la sede del Banco de Venezuela. "Incluso la placa de mármol que recordaba a las jóvenes generaciones la significación del demolido inmueble –se lamenta el historiador con toda razón–, ha sido colocada en el interior del edificio".

Los detalles de la llegada del Libertador a Maracaibo están en *El Correo Nacional*:

"El jueves 29, entre siete y ocho de la noche, tomó tierra por el muelle de este puerto el Excmo. señor Presidente Libertador de la Guerra y un miembro de esta municipalidad, que le acompañaba desde el puerto de Moporo, a donde se traspordó S.E., estando a la vista de esta ciudad, por la calma que reinaba; ocasionando esta resolución tan propia del carácter activo de S.E., que su entrada fuese casi ignorada en los momentos".

Pronto la ciudad era un hervidero de gentes que lo aclamaban.

El periódico cuenta de los actos del homenaje al día siguiente que "se traslada en triunfo" hasta la Catedral, con la "tropa de la guarnición cubriendo toda la carrera", y "tras del carro marcha un cuerpo de tropa con su correspondiente música", acompañado

⁹⁰ Morillo pidió licencia, y se fue a España en diciembre de 1820.

⁹¹ "Etimbot", primera embarcación que navegó en las aguas del Lago.

⁹² Luis Alberto Paúl, o.c.

de todas las autoridades, "y seguido con un inmenso gentío que hacía resonar el aire con repetidos vivas en loor de sus acciones ilustres".

Y llega la comitiva a la Catedral.

El Clero lo esperaba en la puerta del templo. "Llegado S.E., se apeó del carruaje y se hincó puertas afueras en el cojín que al efecto le estaba preparado, besó allí la Cruz que le presentó el señor Canónigo Lectoral, y fue conducido por este mismo al palio situado en la entrada, bajo el cual siguió adentro, entonándose un solemne Te Deum y repicándose las campanas. Concluido este acto, después de algunas preces análogas, regresó S.E. con la misma pompa y acompañamiento que había ido, repitiéndose las salvas de artillería".

Por la noche hubo cena de gala, concierto seguido de canciones patrióticas, bailes y "fuego de artificio e iluminación general".

Bolívar estuvo en Maracaibo veinte días.

Salió hacia Cúcuta a bordo de una goleta del "comercio de esta plaza", acompañado del Ministro de la Guerra Pedro Briceño Méndez y demás oficiales de su comitiva. Llegó así a San Carlos del Zulia para seguir a Cúcuta.

"El 19 por la noche (al día siguiente de la partida del Libertador) llegó el Excmo. señor General en Jefe, el benemérito Rafael Urdaneta, –dice *El Correo Nacional* del sábado 22 de setiembre– y ha vuelto a salir el 21 con la idea, según parece, de conferenciar con S.S. sobre asuntos del servicio alcanzándole, si es posible, antes de llegar a Rosario".

El Libertador llegó a Rosario de Cúcuta en la noche del 29 de setiembre.

Y después de juramentado ante el Congreso el 2 de octubre como Presidente de Colombia, vuelve su mirada hacia el Ecuador, todavía en manos de los españoles.

Pero no es ésta su última permanencia en Maracaibo.

Llega otra vez a fines de 1826, exactamente el 16 de diciembre.

Viene del Perú, vía Bogotá.

Y con una gravísima preocupación.

Ha estallado en Venezuela por obra del general Páez –"La Cosiata"– una revolución contra el Gobierno de Bogotá en abril, y se corre el riesgo de una lucha intestina que puede destruir toda la obra tan difícil y cruentamente levantada.

En Maracaibo está sólo de paso: su destino es Caracas.

Aprovecha estos pocos días para dictar unas medidas de carácter militar, y sigue viaje a Coro por la vía de los Puertos de Altagracia, en el actual distrito Miranda del Estado Zulia. Aquí lo agasajan en "una de las mejores casas de la población", que ha sido "muy restaurada", y donde hoy está el Museo. Está ubicada frente a la plaza Miranda, donde estuvieron en un tiempo las oficinas de la British Controlled Oil Company⁹².

Casa de Mitare

Después de esos días pasados en Maracaibo procedente de Bogotá el Libertador, quien va camino de Coro, se detiene en la pequeña población de Mitare, en el Distrito Miranda.

Pero esta vez en el Distrito Miranda del Estado Falcón.

Está acercándose al objeto de preocupación: Páez, quien sigue ejerciendo la autoridad civil y militar como caudillo jefe del movimiento revolucionario de Venezuela.

Desafiando la autoridad de Bolívar, y a riesgo de una guerra civil que puede resultar fatal.

Desde Maracaibo ha escrito el Libertador al vicepresidente Santander "encareciéndole el envío de **ursos** para la movilización de tropas; al general Mariano Monte pidiéndole el inmediato envío del batallón Callao y 'todo el dinero que usted pueda conseguir prestado sobre mi responsabilidad'; al coronel Fernando Figueredo anunciándole tenga raciones y alojamiento, además de bagajes, para los cuerpos que pasarán por el territorio a su mando; al general Pedro Briceño Méndez impartándole instrucciones acerca del modo de tratar con Páez; al general Bartolomé Salom, transmitiéndole una comunicación para el general Clemente, relacionada con el movimiento de tropas; a don Fernando de Peñalver explicándole los hechos originados por la actitud del General Páez Y su resolución de restablecer el orden".⁹³

Todas estas medidas nos hablan del método y la precisión con que se adelanta Bolívar a los acontecimientos, y al mismo tiempo nos dicen de la envergadura de la preocupación que le está haciendo venir desde el Perú.

El momento es muy grave para la República.

Los alborozados habitantes de Mitare, esta etapa, le ofrecen un banquete y por la noche un baile.

También aquí la tradición ha conservado el recuerdo de la casa en que se alojó el Libertador, la que pertenecía entonces a don Bernardo Bocanegra, "uno de los vecinos importantes del lugar".

Esta casa se conserva todavía, restaurada con cuidado.

Casa de los Senior

Y el Libertador, quien viaja desde Lima, pasando por Bogotá, Maracaibo y Mitare, en el actual Estado Falcón, llega a su capital el 23 de diciembre de 1825.

Viene, como hemos dicho, resuelto a evitar el desmembramiento de la Gran Colombia, y con su divisa de: "Calma y unión es cuanto importa ahora".⁹⁴

En Coro, Bolívar se aloja en la que ya entonces se llamaba Casa de los Senior. Todavía existe. Es del mismo estilo que otras de los siglos XVII y XVIII que se conservan en la capital falconiana, aunque con los rastros de varias transformaciones y restauraciones, "no siempre afortunadas".

Aquí fecho el Libertador varias cartas.

Entre ellas, dos que tienen importancia histórica: las que dirigió al general Páez y al general Urdaneta.

⁹³ *Aquí estuvo el Libertador*, o.c.

⁹⁴ En carta dirigida desde Lima, antes de prender viaje, al Dr. Cristóbal Mendoza, endente de Venezuela.

Al primero condena las "pretensiones de su camarilla responsable del conflicto", considerándolo víctima de sus consejos: "Yo me estremezco –le dice– cuando pienso, y siempre estoy pensando en la horrorosa calamidad que amaga a Colombia. Veo distintamente destruida nuestra obra, y las maldiciones de los siglos caerán sobre nuestras cabezas como autores perversos de tan lamentables mutaciones. Quiero salir ciertamente del abismo en que nos hallamos, pero por las sendas del deber y no de otro modo". Y añade después muy duras advertencias: "Ofrezco a usted con la mayor franqueza toda mi amistad, todos mis servicios y cuanto pueda serle honroso; mas todo debe marchar por la senda del orden, y por la verdadera soberanía, que es la mayoría nacional".

Y al general Urdaneta:

"Mando a usted la importante proclama que ha dado el general Páez"... (...) "así, temo mucho una guerra civil; y no he tenido inconveniente en asegurarle a Páez todo por no soportar la degradación de la república y mi autoridad. Espero en Puerto Cabello su respuesta".

A Puerto Cabello llega el Libertador el 31 de diciembre.

Quinta Anauco

Bolívar llega a Caracas el 10 de enero de 1827.⁹⁵

Y con Páez a su lado.

La entrada triunfal del Libertador con Páez a su lado trae la paz y el sosiego después de los oscuros presagios que flotan en el ambiente.

En esta ocasión, como en otra anterior,⁹⁶ la presencia de Páez tiene una intención política muy clara.

Pero es interesante que nos detengamos un momento en la manera en que ocurre este encuentro.

Como acabamos de decir, el día 31 de diciembre de 1826 está el Libertador en Puerto Cabello.

El día 1º de enero de 1827 dicta un decreto de Amnistía para todos lo que han intervenido en las reformas con Páez, "en virtud de las facultades extraordinarias" que le fueron otorgadas por la República, y disponiendo "que su autoridad como Presidente de ella sea reconocida, y juzgado todo acto de hostilidad como delito de Estado".

Y dispone al mismo tiempo que Páez sea el Jefe Superior de Venezuela, como de hecho lo venía siendo.

El Libertador ha sabido utilizar las armas de guerra y las de la diplomacia con esta habilidad extraordinaria para superar los muchos y difíciles obstáculos con que se ha tenido que enfrentar.

⁹⁵ Se creía que había estado el 12, pero testimonios recientes han demostrado que fue el día 10.

⁹⁶ Bolívar usa de la misma estrategia, en este caso frente al enemigo, cuando llega una comitiva a La Blanquera días antes de la batalla de Carabobo para parlamentar una tregua; invita a los emisarios a su mesa para el almuerzo, y con Páez a su lado, el Libertador está diciéndoles que ya las fuerzas del llanero se han reunido con el grueso del ejército del Libertador.

Páez a su vez, ha firmado un decreto "reconociendo y mandando reconocer la autoridad de Bolívar como Presidente de la República".

Luego, sale a su encuentro y lo abraza al pie de la colina de Naguanagua".⁹⁷

He aquí cómo describe su entrada a Caracas el Informe de la Ilustre Municipalidad:⁹⁸

"El tránsito se veía cubierto de arcos demostrativos de afecto y gratitud, levantados de amarillas palmas y verdes sauces, embellecidos con lazos de cinta y gallardetes tricolores en que estaban inscritos elogios del Héroe". (...) "En las ventanas de toda la ciudad flambeaban los pabellones de Colombia, Perú, Bolivia, Estados Unidos, etc., eran continuos los vítores". "Después de las dos de la tarde se anunció la proximidad del Libertador. Venían él y su séquito por la vía de Valencia, que desembocaba a la entrada de la ciudad en el Paradero de San Juan. Allí le aguardaban el Concejo Municipal, la Universidad, el Colegio de Abogados, las comunidades religiosas, la colonia extranjera residenciada en Caracas con las banderas de sus respectivos países, un cuerpo de tropas, las milicias de la ciudad e infinidad de gente de todas las categorías. Al acercarse el Libertador, que venía a caballo, le fue ofrecida por su propietario, el ciudadano norteamericano Jacobo Idler, una espléndida carroza tirada por dos caballos cubiertos con hermosos mantos amarillos. Subió el héroe, vestía casaca azul y pantalón rojo de anchos galones dorados. Junto a él se sentó el general Páez, de uniforme blanco bordado en oro. Al vehículo que conducía el propio Jacobo Idler precedieron entonces, rodeados por la oficialidad a caballo, las diversas comitivas que habían ido al encuentro. Se oían las voces de ¡Viva Bolívar! ¡Viva Páez! ¡Viva Colombia!"

Es la última vez que entra Bolívar en vida a su ciudad natal.

"Lentamente continuaba la procesión por la calle Real de San Juan, siguió hacia el Reducto y Los Cipreses para finalmente tomar la calle de Carabobo, rumbo a la Catedral. (...) En la Catedral se oficiaría el solemne Te Deum".

Concluido el Te Deum, Bolívar se dirigió a pie a su mansión de la esquina de Las Gradillas, como hemos dicho a su tiempo.

Ahora nos toca hablar de la Quinta Anauco.

Aquí pasó días de reposo y meditación, en compañía de su amigo el Marqués de Toro, quien lo agasajó con una comida y baile el domingo 14. La residencia del general Francisco Rodríguez del Toro está situada al pie del Avila, al noroeste de lo que era Caracas en el tiempo, hoy Urbanización San Bernardino.

Sigue siendo aún una de las construcciones coloniales más valiosas que queda en el país.

Convertida ahora en Museo de Arte Colonial.

Quiso pasar aquí los últimos días, antes de partir para resolver los problemas que se habían planteado en Bogotá. Dictó las leyes y decretos que afectaban la administración pública, asuntos civiles y militares, dotó a la Universidad de Caracas con "suficientes rentas y le dio nuevos estatutos, así como protegió financieramente aumentando con

⁹⁷ "La última estancia del Libertador en su ciudad natal". Graciela Schael Martínez. *Aquí estuvo el Libertador*, o.c.

⁹⁸ Citado por Graciela Schael Martínez.

varias sumas la asignación de la única institución caraqueña que se dedicaba a la educación de las niñas".⁹⁹

Durante esta última estancia del Libertador en Caracas también pasó unos días en la Hacienda "El Trapiche" (o "Trapiche de los Ibarra"), en el lugar en que está situada la Ciudad Universitaria, despachando asuntos personales y oficiales.

Los preparativos de viaje los hizo en la Quinta Anauco.

Aquí está el 3 de julio.

Su última proclama está fechada el día 4, en la que se despide de los caraqueños. Y esta noche del 4 al 5 es la última que pasa en Caracas.

Sale por La Guaira, después de estar en su ciudad natal desde el 10 de enero hasta el 5 de julio de 1827, día en que embarca para Cartagena en una fragata inglesa, en compañía de Sir Alejandro Cockburn, Ministro de Inglaterra.

No emprendía un viaje de placer.

Bolívar se ha ido distanciando política y personalmente cada vez más del Vicepresidente Santander, hasta llegar la ruptura definitiva.

La Convención de Ocaña de 1828 es una pugna estéril y se disuelve. Bolívar, proclamado dictador por los pueblos, asume el mando y logra salvarse del atentado cometido contra él en Bogotá el 25 de septiembre de ese año.

Y, sin embargo, desde aquí hasta su muerte, el 17 de diciembre de 1830; tiene que pasar por muchos trabajos.

En cuanto a la Quinta Anauco, que es de donde está saliendo ahora, y por última vez, diremos que fue heredada por la familia del Marqués de Toro, y para comienzos de este siglo era de la señora de Eraso, cuya sucesión de familia hizo donación al Estado con la expresa condición de que fuera exclusivamente utilizada como sede de un museo destinado al Arte Colonial.

Trabajó entre otros en este empeño con amor don Carlos Manuel Möller durante los últimos años de su vida.

San Pedro Alejandrino

Entre los muchos trabajos a los que tiene que hacer frente el Libertador está el de asumir todos los poderes después del juicio y el destierro de Santander.

Si Bolívar ha aceptado la Dictadura a la usanza de la vieja Roma, es para salvar a la Patria. Aborrece el mando absoluto, como ha quedado patente, pero está obligado a ejercerlo mientras resulte indispensable. Por este escrúpulo, convoca pronto el Congreso Constituyente que tiene que reunirse en enero de 1830 en Bogotá.

Aquí está a comienzos del año, y el 20 le dirige un mensaje.

El 27 de abril renuncia a la presidencia; el 8 de mayo parte hacia Cartagena.

El 1.º de julio recibe la noticia de la muerte de Sucre, asesinado en Berruecos, y el 1.º de agosto publica su artículo sobre este hecho con el título de: "Los Liberales o Jacobinos".¹⁰⁰

⁹⁹ Graciale Schael Martínez, o.c.

¹⁰⁰ Agosto, 1830. *Obras completas*, segunda edición, vol. III. La Habana, 1950.

Y escribe a Vergara una carta participándole de su decisión de no regresar a Bogotá ni asumir el mando.

Ya está enfermo.

El 15 de octubre se detiene en Soledad (Colombia), y el día 18 en Barranquilla.¹⁰¹

Llega a Santa Marta el 1º de diciembre.

Ha recibido el generoso ofrecimiento que le ha hecho de su casa un español, el gaditano Joaquín Mier. El Libertador sale para su quinta de San Pedro Alejandrino, "fuera de la ciudad costeña de Santa Marta".

El Libertador, siempre preocupado por la buena lectura, pregunta al señor Mier qué obras tiene en casa. "Mi Biblioteca es muy pobre, mi general", parece que le contestó, y entonces Bolívar, echando una mirada a los libros le dijo: "¡Cómo! Aquí tiene usted la historia de la humanidad: aquí está *Gil Blas*. el hombre tal cual es; aquí tiene usted al *Quijote*, el hombre como debiera ser".¹⁰²

Su salud comienza a agravarse.

Su última alocución fue la que en estas circunstancias dirigió a los pueblos de Colombia.

"Colombianos:

"Habéis presenciado mis esfuerzos para plantar la libertad donde reinaba la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado, mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono.

"Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la Unión: los pueblos obedeciendo al actual gobierno para liberarse de la anarquía; los ministros del santuario dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares empleando su espada en defensa de las garantías sociales.

"¡Colombianos! Mis últimos votos son para la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilamente al sepulcro.

"Hacienda de San Pedro, en Santa Marta, a 10 de diciembre de 1830".¹⁰³

Cuando le presentaron su alocución le preguntaron si agregaría algo, y dijo que pusiesen que todos debían reunirse al Gobierno para evitar la anarquía, pues de otro modo presentaría el cuadro más espantoso".¹⁰⁴

¹⁰¹ Le aqueja un viejo reumatismo, "males de bilis y contracción de nervios". Vinicio Romero Martínez, o.c., p. 185.

¹⁰² "Los Quijotes de la Libertad", Arístides Rojas. *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*, n.º 1, 24 de julio, 1939.

¹⁰³ Cartagena 1830: Imprenta de Manuel M. Guerrero. Obras completas, 2ª ed., v. III, o.c., p. 823.

¹⁰⁴ "Muerte del Libertador" (Descripción de don Fernando Bolívar, su sobrino). *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*, vol. II, n.º 7, del 17 de diciembre de 1940.

El panteón Nacional

El Libertador fallece el 17 de diciembre de 1830.¹⁰⁵

Sus restos no llegan a Caracas hasta 1842, a pesar de que lo dejó dispuesto así en su última voluntad.

Su hermana, María Antonia, se queja de esta demora:

"Mi hermano Simón dejó dispuesto en su testamento que sus restos mortales fueran depositados en Caracas en la Capilla de la Santísima Trinidad. Cerca de ocho años que falleció¹⁰⁶ y no se ha llenado su voluntad, no porque nosotros sus hermanos no hayamos hecho toda especie de gestiones y esfuerzos para cumplir con un deber sagrado, sino porque hemos encontrado un obstáculo insuperable en las circunstancias políticas que en diferentes épocas han agitado a Venezuela. Hago a usted con encarecimiento la súplica de que nos conceda el permiso para trasladar a Caracas las cenizas de mi hermano".¹⁰⁷

Los restos del Libertador llegaron a Venezuela poco después de la muerte de su hermana, fallecida el 7 de octubre de 1842.

"La aurora del 17 de diciembre de 1842, exactamente 12 años después de su muerte –dice *La Gaceta de Caracas* el día en que suben los restos desde La Guaira, donde llegaron la víspera– fue saludada por el cañón, que cien veces en la famosa lid resonara a la misma hora para principiar la batalla o continuar la no interrumpida desde días anteriores".

Antes de describir los grandes y solemnes actos de la llegada, hay una nota de agradecimiento que nos da noticia de los que intervinieron en el traslado: "No dejaremos de manifestar el profundo sentimiento que ha producido en el pueblo y en el Gobierno de Venezuela la conducta de la Nueva Granada, y principalmente la del pueblo de Santa Marta, lo mismo de los jefes y oficiales de la fragata francesa la "Circé", del bergantín inglés "Albatros" y del holandés "Venus".

Los restos del Libertador descansaron durante la noche en la ermita de la Trinidad.

Son las diez de la mañana cuando los restos del Libertador son conducidos desde esta ermita de la Trinidad, donde está situado hoy el Panteón Nacional,¹⁰⁸ al carro fúnebre por los marineros de la "Constitución".

De aquí serán trasladados hasta la Catedral, donde descansarán durante unos años.

"Una vistosa urna forrada de terciopelo negro, elevada sobre el carro", adornada por muchos símbolos preciosos para recordar la vida y los hechos gloriosos del héroe, y los caballos para tirar el carro están listos, pero Bolívar no debía atravesar las calles de Caracas sino conducido por sus compatriotas y sus antiguos compañeros de armas: así marcha, y los generales Toro, Montilla, Silva y Alcántara llevan los cordones".

Sigue detrás el Poder Ejecutivo y el Consejo de Gobierno, el cuerpo diplomático, los comandantes y oficiales de los buques, a los que se han incorporado el comandante y

¹⁰⁵ A la una de la tarde.

¹⁰⁶ Carta escrita el 14 de abril de 1838, en los últimos años de su vida, al general Soublette, Presidente de la República en esta época.

¹⁰⁷ "Centenario de la muerte de María Antonia Bolívar" (sin firma). *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*, vol. IX, n.º 11, 28 de octubre de 1942.

¹⁰⁸ El Panteón es construido en el emplazamiento mismo de la ermita de la Santísima Trinidad.

oficiales del bergantín danés "Santa Cruz" enviado por el gobernador de las Antillas danesas, y la Corte Suprema y Superior, los Diputados de las provincias, el Gobernador, una comisión de la diputación de Caracas y el Concejo Municipal de Caracas y otras muchas instituciones.

Se celebra la misa pontifical: el orador es el doctor José Alberto Espinoza.

"Son las cinco de la tarde –dice La Gaceta de Caracas– y acaba de terminarse la función: un sentimiento de profunda pena se trasluce en todos los semblantes. El Héroe americano habita la región empírea, y guarda Caracas sólo sus reliquias. Por ocho días permanecerán en el catafalco: al cabo, un monumento eterno le espera en un lugar sagrado que de antiguo erigieron sus ascendientes. Otro más grande y más indestructible le han levantado los corazones de los venezolanos".

Y aquí, en la Iglesia Catedral, esperarían hasta su traslado definitivo al Panteón Nacional el año 1876.

El asentamiento tuvo lugar dos años después¹⁰⁹ de que el Presidente Constitucional de los Estados Unidos de Venezuela, Antonio Guzmán Blanco, dictara su decreto del 27 de marzo de 1874: "Es signo característico de la vitalidad y grandeza de los pueblos el culto de su historia. Pero no basta que la memoria de los héroes se conserve por la posteridad en aquellas páginas, sino que sus cenizas deben guardarse con religioso respeto, levantando así el perdurable monumento de la gratitud nacional".

Con esta intención, dicta en su artículo 1.º que sea declarada la iglesia-ermita de la Santísima Trinidad, Panteón Nacional.

El Poder Ejecutivo confió la terminación de la obra a los ingenieros don Julián Churion, don Juan Hurtado Manrique, don Tomás Soriano y don Roberto García, quienes "para mediados del año 1875 ya la habían concluido y hecho colocar en el arco toral del edificio con letras en altorrelieve la siguiente inscripción: *La Patria a sus Grandes Servidores*".

Aquí se fueron realizando después diversas obras, y fueron inhumados en el lugar los restos de "Ilustres Próceres y Ciudadanos Eminentes", trasladados de otros lugares, o a medida que fallecían, como es el caso del General Andrés Ibarra y Toro, antiguo Edecán del Libertador, quien murió en la noche del 22 de agosto de 1875.

"Concluida la recepción del 5 de julio (1876) el Presidente Guzmán, acompañado de los ciudadanos y funcionarios presentes, se dirigió a la Iglesia Catedral con el objeto de remover los restos mortales del Libertador y prepararle la solemne marcha hacia el Panteón Nacional, acto que un cronista de la época describe de la siguiente manera¹¹⁰:¹¹⁰ "Todos los pechos estaban agitados, todos los labios mudos, todos los ojos fijos en el mármol impasible que oculta aún el polvo del más grande de los humanos". (...) 'Difícil fue para los que llevaban sobre sí las preciosas reliquias abrirse paso entre la apiñada multitud que llenaba el templo'. Terminado el acto (de depositar las cenizas en la capelardente, cubiertas con riquísimo paño y oro, dentro de la Catedral) el Ilustre Regenerador, inspirado por la más profunda reverencia, se colocó cerca de la puerta del

¹⁰⁹ Centenario del Panteón Nacional. OCI, Caracas, 1975: "Historia del Panteón Nacional", Francisco Alejandro Vargas.

¹¹⁰ Francisco Alejandro Vargas, o.c.

templo, y teniendo a su lado los quebrados restos de la chapa que cubría la urna, fue dando a cada una de las personas del concurso un fragmento de ella"...

Por fin, se fija, por decreto del 26 de agosto, el 28 de octubre de 1876 para su traslado al Panteón Nacional.

Desde esta fecha memorable reposan los restos del Libertador rodeado de los Próceres de la Independencia y Ciudadanos Eminentes de la Nación, mientras su espíritu sigue viviendo en los pueblos que libertó y en la memoria del hombre de cualquier tierra que lucha por la Libertad.

II

CUANDO LOS PECES MUEREN DE SED

Dos palabras

Cuando iba escribiendo estos reportajes para el diario El Nacional no tenía otro propósito que el de ir ofreciendo, en el estilo más claro y sugerente posible, unos mensajes de interés humano.*

Más tarde, algunas generosas sugerencias me han ido despertando la preocupación de que puede que hayan ganado con el tiempo, por ese valor de testimonio vivo que tienen, cierta calidad de referencia periodística.

No es que aquí se mencionen hechos trascendentales de la vida del país en el sentido en que se acepta generalmente lo trascendente, porque los acontecimientos de los que se habla en estos reportajes son de los que no levantan nunca la voz, de los que no suelen merecer un titular a menos que uno se los busque, como ocurre con la humilde y oscura agonía del trapiche, con los apuros del periodismo de provincia, con esos peces que se mueren de sed en las lagunas, con un humilde Cristo que crece unos centímetros para pedir una carretera, con lo que da la leche de cabra en los médanos, con esas cargas de flores que bajan los cerros a lomo de bestia, con la muerte de un viejo pericoco, con los nombres que ponen los campesinos a sus vacas y las variedades de yuca que siembran, con lo que hace un diablo cuando no está de fiesta, y con otros sucedidos que abultan poco, en verdad, aunque lleven dentro muchas pequeñas raíces de lo que es y de lo que está dejando de ser Venezuela.

Es posible que esta selección de reportajes tenga también el valor de demostrar al país bajo una perspectiva diferente: la que se ofrece a los ojos nuevos de un inmigrante; un exilado que se hizo periodista aquí: porque en su tierra no había, ni hay todavía, aire ni luz para que pueda seguir viviendo un roble de libertad.

Aquí ha brotado, imperceptiblemente, una intención: la que apunta el artículo que abre el libro, que fue publicado en un momento de transición política en que resultaba fácil escribir contra la inmigración. Ojalá que este libro sirva de algo a otros inmigrantes que vengan, y aún a otros que, habiendo nacido aquí; no han tenido aún la oportunidad de tener contacto con su tierra.

Y ya al cerrar estas líneas, que han sido dos palabras largas, quiero mencionar a algunos que me ayudaron a integrarme al periodismo venezolano: a don Juan de Guruceaga y a Francisco Villanueva, quienes me ofrecieron la oportunidad de iniciarme con la revista Elite; a Miguel Otero Silva, a Juan Francisco Reyes Baena, a Humberto Rivas Mijares y a José Moradell, quienes tuvieron la generosidad de aceptarme en la gran escuela de periodismo que ha sido El Nacional desde sus comienzos, y a Alfredo Armas Alfonzo, el amigo y el escritor de intensa preocupación venezolanista que me ha ayudado a descubrir y a comprender escondidos rincones del alma de su pueblo. Y luego (y luego solamente por el orden cronológico) a las personas que me han ayudado a llevar a cabo el proyecto de editar esta selección: al arquitecto Iñaki de Zubizarreta, un hijo de exilado vasco, como yo, que está dando lo mejor a su patria de adopción; al Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, quien como Rector de la Universidad de Los Andes me ha ofrecido con tanta

* 1956-1960.

generosidad esta oportunidad de dar permanencia de libro a unas archivadas páginas de periódico, y a Nedo y a Giuseppe Scattolin, inmigrantes también, y de un pueblo de altísima sensibilidad artística, quienes me han ayudado a vestirlo y a presentarlo con tanto cuidado.

La cara de los inmigrantes

A la inmigración se le juzga muchas veces por sus caras, y se le encuentran rostros buenos y talantes malos, como a un enfermo convaleciente.

Claro que hay quien llega con la intención de saquear el país en un mes o dos y regresar a su patria, cualquiera que sea su procedencia en Europa, en América, en Asia o en Africa, porque Venezuela es hoy faro deslumbrante de muchos aventureros en los cuatro rincones del mundo.

Hay también la cara de los que no rompen una cerradura, pero explotan otros recursos para llevarse gratuitamente, y hasta con bendiciones, miles de bolívares con que se hubiesen podido comprar kilómetros de acueducto o construir unas escuelas o se hubiesen podido pavimentar las calles de cualquiera de esos pueblos tristes de polvo y sed con que uno tropieza apenas traspone los linderos de las ciudades venezolanas.

Y se repite con frecuencia la cara del inmigrante que ha llegado a patrón, se ha amparado en la dictadura para apurar su negocio y patear impunemente los derechos del trabajador, sea criollo o inmigrante, más inmigrante desamparado que criollo en su propia cancha.

Y hay, cómo no, otras caras más feas. Pero las fealdades del alma no son privilegio de la inmigración, porque la decencia y la podredumbre han viajado siempre juntas en los grupos humanos, y si hay que hacer justicia, es necesario tener en cuenta el gran rostro limpio de la inmigración que ha recibido con alborozo y responsabilidad la nueva era de la libertad y la decencia humana.

Si por espíritu simplista se le quiere dar a la inmigración un símbolo colectivo, escójase el grupo de la mayoría, el aporte de brazos y de buena fe que ha llegado al país a dar lo mejor de su esfuerzo. Es alentadora la manera con que muchos intelectuales, y todos los periódicos, y todas las emisoras y televisoras del país, han respaldado la actitud de nuestras autoridades. Pero queda a pesar de todo un hondo recelo popular frente a la mayoría inmigratoria.

Desgraciadamente aquí, en lo más sano y noble del cuerpo de la inmigración, en esta cara de sudores y de grietas de polvo y de sol que está levantando los muros de las nuevas edificaciones, que está abriendo el surco de la nueva semilla, que está aguantando el temblor desbocado del martillo de aire comprimido durante ocho y diez horas o que está extendiendo las capas de cemento de la Venezuela de hoy y la que viene, hombro con hombro con el criollo, en esa gente que pasea la nobleza de su esfuerzo sin ninguna ostentación, que no tiene tiempo de meterse en política ni conoce al majadero de Gagliardi, se esconde precisamente el problema más hondo de incompreensión humana.

Ellos no son culpables de los problemas de desempleo y desajuste que sufre la nación en su desarrollo; ni tampoco tienen culpa los criollos que sufren las consecuencias de su llegada, quedando a un lado del camino de progreso de su propio país debido a una muy natural diligencia del que llega, quien se aferra angustiosamente

a las condiciones de trabajo que le ofrecen para sobrevivir en un mundo que todavía le es extraño.

Este desequilibrio es un fenómeno ajeno a los dos grupos humanos. Los culpables son aquéllos que tienen la responsabilidad de haber fomentado alegremente, muchas veces alevosamente, para abaratar la mano de obra destinada a su propio beneficio, este trasiego de hombres sin reparar en sus consecuencias sociales y económicas. No hay duda de que el ancho regazo de Venezuela necesita de todos, y para garantizar su convivencia habrá que tomar las medidas de seguridad y justicia necesarias.

Esta es la cara de la inmigración, si la inmigración tiene en verdad alguna cara definida; una cara que se parece como un hermano gemelo a otro a la del pueblo venezolano que sufre y trabaja.

Y entre tanto inmigrante de compleja motivación, hay también en Venezuela una cara de muy definida trayectoria y merecedora del mejor respaldo: la de los exilados políticos. El grupo de los hombres que, por haber sido expresión de conciencia cívica en el pueblo que tuvieron que abandonar, ha demostrado hacia el país que los acogió tan noblemente una responsabilidad y un respeto ejemplares. Seguramente los venezolanos que están regresando ahora de un duro exilio sabrán medir en toda su hondura el dolor y la entereza que amasa un largo destierro.

Hombres de hasta veinte años de exilio íntegro tienen que ser buenos ciudadanos; siembra honrada en cualquier país donde hayan rendido su faena de hombres.

OCCIDENTE

San Rafael de Mucuchíes

A Antonio, el mudo, lo llaman también "el tontico". Alguno tenía que haber en el pueblo, y le tocó a él.

Lo trajeron "de un monte, por ahí"; ya muy pocos, además de doña Isabel, que lo recogió, recuerdan de dónde; pero es como si hubiese nacido en San Rafael, porque toda la miserable vida del "tontico Antonio" ha transcurrido dentro de sus anchos y olvidados límites de frío y de silencio.

Ahora, que ya es hombre de cuarenta, sigue teniendo la misma malicia de limbo que de muchachito, que es en lo que muchos dicen que quisieran haber quedado. Pero, lo que son las cosas, le compadece la gente.

Y sin embargo, a veces, cuando le regalan unos centavos, se le ve tan feliz como si hubiese conseguido una meta en la vida.

Aunque quién sabe lo que sufre Antonio "el mudo" por dentro, en los oscuros rincones del alma donde no ha entrado nadie más que él, a tientas con sus blancas y vacilantes luces de vela de sebo.

Antonio ayuda en lo que puede, en lo que le alcanza el seso. Barre, hace los mandados ayudándose de algún signo que diga lo que no puede expresar él con su lengua o con los desmañados gestos que le acompañan siempre. Si es manteca, le entregan un pote para traerlo, y los cobres para pagarlo; si es arroz, le ponen en la mano unos granos de muestra; si sal, si café, si frijoles, lo mismo.

San Rafael ya no sería lo que es sin "Antonio, el mudo". Es lo primero que uno consigue al entrar en el pueblo, bien sea por delante de la iglesia o por el desvío donde está la posada que llaman, y así está escrito, *Hotel San Rafael*.

Así da gusto perderse

Si en lugar de coger la panamericana tiene usted el buen gusto de meterse por la carretera de tierra de la trasandina, y un poco antes de llegar a la Plaza Bolívar de San Rafael (a la que están fabricando unos horribles carrilitos de cemento) coge inadvertidamente por un pequeño desvío que hay a mano derecha, como una trampa, y luego se detiene en el Hotel San Rafael, seguro que tropieza en el patio con doña Isabel Lobo de Moreno, una abuela muy simpática que le recibe con un chal gris sobre su noble cabeza de nieve y lo saluda como a un nieto.

Ella le sirve luego las mejores chuletas de cochino con huevos fritos que usted haya comido en toda su vida, por larga (que Dios se la conserve) y sabía que usted la haya tenido en las cosas del comer y del beber.

Yo no digo que es por el frío, y acaso el madrugón y los huecos que abre el frío en la bolsa vacía del estómago. Pero no hay por qué regatear dotes de cocinera a doña Isabel, y no tiene por qué negarse usted un poco de imaginación, si ayuda tanto a la buena digestión y no perjudica a nadie.

Lo que sí le garantizo es que vale la pena perderse en Venezuela hasta llegar a la única posada de su pueblo más alto con el solo propósito de encender la caldera del buche con una chuleta de cochino y unos huevos fritos que le sirve doña Isabel con arepas de trigo humeantes y aquel aire campechano de haberlo tratado toda la vida.

Ella, que se vino de Mérida, dice que "no hay lugar más sabroso y tranquilo para vivir que San Rafael".

Sospecho que alguien se le ha debido morir a doña Isabel Lobo de Moreno en el frío y la soledad de este pueblo que ella no quiere abandonar.

Del cielo, las gentes y el río

San Rafael, también llamado de *Mucuchíes* porque toda esta fila andina era asiento de estos aguerridos indios que resistieron bravamente la Conquista, es el pueblo de Venezuela que está más cerca del cielo.

Quizá por eso, por estar tan lejos, sigue tan olvidado de los venezolanos y (como me decía el maestro de escuela) "del presupuesto".

Antes San Rafael de Mucuchíes tenía más vida; cuando era paso obligado de los caballos y las mulas para llegar a la caballerosa ciudad de Mérida, y luego, después del año 21 (que es cuando Gómez mandó trazar la carretera) también de los vehículos de motor. Se la daban los estudiantes que iban de paso, y los turistas que tenían el gusto de perderse en la grandiosidad de este paisaje.

Ahora, con los aviones y la panamericana, apenas le llega algún que otro carro curioso.

San Rafael, con 216 habitantes, es la cabeza de municipio más pequeña del Estado Mérida después de El Morro, que tiene 195; Piñango, con 156; Palmira, con 152; San José, con 144; Estanques, con 102, y Acequias, que sólo consiguió reunir en el último censo 55 habitantes.

Siendo casi la menor de las 44 capitales de municipio que tienen los ocho distritos del Estado de Mérida, tiene también, con 1.738 habitantes (incluido Antonio) casi el último lugar de población municipal, excepto Independencia (1.709), San José (1.632), Chachopo (1.510), Piñango (1.494) y Santo Domingo (1.216).

El pueblo está asentado en la margen derecha del río Chama. Cuando las aguas pasan por aquí, todavía se mantiene en su cama de piedras y de cascajo trabajada arriba de Apartaderos, donde nacen. Luego, más abajo de Cacute, es cuando se encajonan un poco, para abrirse después otra vez cerca de Tabay, formando esas terrazas que han hecho que las poblaciones más importantes de la región se asienten en su curso. El río baña los pies de la meseta inclinada donde estudia y reposa Mérida, y desaparece, camino adelante, en la profunda garganta de Estanques, un impresionante cañón de 23 kilómetros que lo amansa antes de llegar a la cuenca del Lago de Maracaibo, donde va a morir. Pero antes de ahogarse el río Chama en el pequeño mar de petróleo que es su cementerio, exige el tributo de un puente de casi un kilómetro, el más largo del país.

Bajando de Apartaderos a San Rafael se le descubre frente a una cabeza de cerro hendida con impresionantes tajos de erosión, como precipicios.

Su medio centenar de casas están reunidas alrededor de la iglesia y la Plaza Bolívar, los dos centros que mantienen su prestigio de capital de municipio, que administrativamente está integrado por los caseríos Apartaderos (la encrucijada para Barinas y Mérida, que con sus 3.310 metros de altitud proporciona a San Rafael la primacía de mayor altitud entre los municipios del país), San Isidro, Puerto Nuevo (que está a la entrada del páramo), Casa de Gobierno, Llano del Hato, Santa Bárbara, Micuyes ("que es el nombre indígena de una planta que le ponen al hervido"), La Mesa, Cañada de Saisai, Becerrera, El Potrero, Murugú, ("en el otro lado del páramo"), San Martín y Escalera, que se llama así "porque es la terminación", que es como decir "lo de más arriba, lo de subir".

Muchos de los que llegan de tan arriba acarreamo sus cosechas o para comprar la harina, se regresan en ayunas, porque no les alcanzan los cobres para permitirse el lujo de llegar al Hotel San Rafael, que es una posada para camioneros y turistas.

Una "hotelera" como hay pocas

Cuando uno entra en la única posada de San Rafael, se encuentra en el corredor de cualquier pensión "Familia" de Valencia, Barquisimeto, Ciudad Bolívar o Barcelona.

Son acaso distintas las dos largas mesas que hay en el comedor, afianzadas en el piso con la cachaza corpulenta y rústica de las maderas labradas a mano; diferentes también los sombreros negros, las ruanas rucias y las "carpetas" azul y rojo que cubren la cabeza y los hombros de los silenciosos comensales, y también distintos, cuando hablan, los acentos, que cantan un poco en las curvas, y acaso también muy peculiares los respaldos ovalados y preciosamente dibujados de unas sillas de rejilla que adornan el corredor.

La cocina es como un pasillo largo. Tiene el fogón prendido, la alcuza llena con las chamizas que ha debido acarrear Antonio, y, flotando en el aire del pasillo, un sabroso olorcito a arepa recién tostada y a carne recién frita, mezclado con una apetitosa fragancia de chamiza quemada.

Le aseguro que es fragante y apetitoso el humo de la chamiza que acarrea Antonio con el pretal hundido en la frente.

En el fogón están doña Isabel, con sus "37 años en el mismo negocio, desde que llegó el trazado de la nueva carretera desde Timotes", y dos muchachas que huyen como venados la mirada de los camioneros que llegan de vez en cuando.

– ¡Dos servicios más para acá! –dice Isabel como si estuviese ordenando en un hotel de verdad.

Y luego de cocinar, atiende la mesa, y el palique.

– ¿Café?... Café hay, sí señores...

Pero doña Isabel se demora un poco, revolviendo peroles, y buscando en tarros, y moviliza el personal de la cocina, hasta Antonio, que está aprovechando el rato de nuestro desayuno para engullirse golosamente una arepa caliente cerca del fogón.

– Les engañé con el café –nos dice doña Isabel, regresando con una ancha sonrisa de malicia– porque no hay café... Pero se conforman, porque ustedes son muy conformes...

¿Quién se molesta así?

Y salimos para el pueblo con Antonio por delante, como una avanzada.

Un pulpero que llegará a Presidente de Concejo

Pedro José Suescun está atendiendo a los campesinos que bajan una vez por semana desde los distantes caseríos a "La Nueva Provincia", un negocito de abastos que hay a la salida de San Rafael.

Es un hombre decidor, abierto, que lo mismo opina sobre semillas, como tiene criterio sobre una máquina recién inventada, como receta para un buey enfermo. Es de los pocos en el pueblo que viaja con alguna frecuencia a Mérida y a Caracas; tiene una pluma fuente Parker-61 que se carga sola, y conoce los problemas de su pueblo como si los estuviese manejando él, desde la pulpería.

No hay otro lugar en San Rafael, apartando el confesionario, que permita visión más ancha y más honda de los problemas que vive la gente del municipio.

Lo que siembran los campesinos

– Aquí todo el mundo vive dedicado a la agricultura –dice Suescun apuntando con la mirada el compacto y silencioso grupo de ruanas y sombreros y chales de colores apagados que se están apretujando instintivamente hacia el fondo estrecho del negocito, como si la voz decidora del pulpero los estuviese desnudando.

En San Rafael, como en toda "esa costa de los Andes", hay dos cosechas: la de *trigo*, que se siembra de marzo a abril o mayo, y devuelve el fruto en unos nueve meses, según caliente el sol, y la de *papas*, la recolección fundamental, que se siembra con las primeras lloviznitas entre abril y mayo en solares de mucha piedra, y que se recoge a los 8 ó 9 meses, a veces hasta 11 meses después, si hace mucho frío.

Las gentes de esta zona de los Andes están sembrándole trigo en las laderas desde hace más de 400 años. Venezuela exportaba más de 20 millones de kilos hace 100 años, casi todos procedentes de esta región de Venezuela, y principalmente de la zona de Mucuchíes; 50 años después bajó la exportación de trigo a unos 4 millones de kilos al año. En 1950, esta región sólo produjo 1.827.000 kilos, de los que apenas 150.000 en las 251 hectáreas sembradas en San Rafael.¹

En cuanto a la papa, se siembran la negra y la rosada, y la blanca, aunque ésta en menor cantidad. Cada una tiene su demanda. Cuando la recogen, la ponen a secar en los patios de las casas, y la separan. Primero se aparta la pequeña, "que tiene otro precio", y se saca la podrida, para criar cochinos. Después, la grande se manda a Valera, a Maracaibo y a Caracas, y hasta algunas veces, "pero no mucho", hasta San Cristóbal.

¹ *Problemas económicos y sociales de los Andes Venezolanos*, editado por el Consejo de Bienestar Rural, 1954.

En 1950 se recogieron 835.127 kilos de papas en las 470,9 hectáreas sembradas en San Rafael.²

Estas son las papas que salieron con vida de los dos grandes riesgos que corren en estas tierras: durante el verano, el gusano "rosquilla", que se come la mata, y durante el invierno, las heladas.

– Si se pierde el trigo –dijo un humilde campesino de Mitivivó atreviéndose a interrumpir las explicaciones de Pedro José con una voz muy pausada y muy mansa– no hay arepa para comer en el guarapito; y si se pierde la papa, se pierde todo.

– Porque es todo lo que come el campesino –confirmó Pedro José Suescun– bien sea sazónándolo con ají y poniéndole huevo o queso en las fiestas.

Además de estos riesgos, hay el problema de su acarreo al único mercado de San Rafael porque faltan las carreteras que lo enlacen con los caseríos en que se produce buena parte de la cosecha.

Los que siembran, por ejemplo, en Mitivivó, tienen que transportar la mercancía en "maletas" de 50 kilos cargadas a la espalda durante los 5 kilómetros que hay hasta San Rafael.

Los vi llegar silenciosamente, extenuados, con el pretal hundido en la frente y en los hombros.

Los de Carrizal, que están a 100 kilómetros, tienen que cargar las cosechas en bultos de no más de 30 kilos, terciados a la espalda. Tardan tres días en llegar a San Rafael, durmiendo en las cuevas.

– Si se pierde la cosecha –dijo quedamente el campesino que estaba cerca de Antonio, quien no oía nada de lo que se estaba diciendo– tenemos que ayunar...

Lo que comen: "arepa todos los días"

Entonces, ¿qué comen los 1.738 habitantes de San Rafael, incluido Antonio, el mudo, que está borrado en el rincón que oscurece el contraluz de la puerta?

Lo que la gente compra más, nos dice Pedro José Suescun, es harina de trigo para arepas, "porque no todos siembran trigo", y en estas tierras frías no se da el maíz; también compran arroz, y plátanos "que traen de El Vigía, porque el trasandino sale caro"; y compran arvejas y manteca. También vende Pedro José Suescun cotizas, algunas alpargatas, algunas telitas para vestidos, sombreros, ruanas que se hacen en la región, sobre todo en Chachopo, velas y candiles para alumbrar las noches en los caseríos donde todavía no alcanzan los cables de la luz; franelas de algodón y algún suéter que otro.

Lujos ni golosinas no se venden en "La Nueva Provincia"; "nadie compra esas cosas"; ni existe en el pueblo ningún salón de barbería porque "la tierra no da para tanto". No hay relojes de medir el tiempo que componer, porque ¿quién le gana al sol en eso?; ni hay necesidad de libros, porque apenas hay quien pueda comprarlos, y casi nadie, excepto Suescun y algún que otro ilustrado, que pueda entenderlos.

² Censo Agropecuario 1949-50, editado por el Ministerio de Fomento, 1952.

Tampoco se vende pan en San Rafael. Los campesinos hacen las arepas en sus propios hornos de leña los lunes, una vez por semana. Con frecuencia, transforman ellos mismos su trigo en harina, con todo su afrecho.

Pedro José Suescun dice que éste es el plato fuerte de los campesinos en San Rafael: "arepas todos los días"...

Cuando los problemas comienzan en la iglesia

Para Pedro José Suescun, a quien observan silenciosamente los campesinos que esperan turno en la pulpería, el problema más importante de San Rafael es su iglesia, que está "deteriorada", porque la madera, que tiene "cienes de años", está "extenuada".

En segundo lugar de urgencias están las carreteras, para poner las papas y las arvejas y el arroz de las gentes de Micuyes, Mitivivó y Carrizal más a la mano de los comerciantes de San Rafael.

En tercer lugar, la planta eléctrica del municipio, que ya no manda a los bombillos más luz que la que pudiera dar un cocuyo.

En cuarto lugar, el agua ("que es un vino"), que en el mismo pueblo hasta sobra, pero que en muchos caseríos (los campesinos se movieron en un gesto general de aprobación) tienen que ir a "solicitarla" hasta a más de un kilómetro.

En quinto lugar puso Pedro José Suescun el problema de las carreteras para turismo, sobre todo la que debería ir desde Laguna Grande hasta Laguna Negra.

Y, por último, con la mejor de las intenciones, se acordó del problema escolar, que "es muy grave".

Y cuando comienzan los problemas de los feligreses

El tontico Antonio fue quien llegó primero a la iglesia. Descubrió respetuosamente su cabezota, y se hizo a un lado, cerca del agua bendita.

El padre Mario Santiago, con estar encargado de la iglesia de San Rafael y todo, no la puso en el primer lugar de las necesidades del pueblo, como Pedro José Suescun.

La verdad es que ni mencionó el templo.

¡Cómo serán los demás problemas!

– No se fíe del rosado de los cachetes de los niños andinos –me dijo primero, porque no es sino un fenómeno de presión sanguínea por la altura y el frío. Eso se lo explicaría mejor un médico. Lo cierto es que los niños de esta región se están muriendo de hambre.

Algunas consecuencias del frío

Los matrimonios en esta fría zona de los Andes venezolanos son muy prolíficos.

Por eso, por la temperatura, que invita a acostarse temprano y a levantarse tarde, sin mucho que hacer, sin mucho en qué pensar, aunque las pocas cosas que hay anden vuelta y vuelta, como una noria. Siempre los mismos problemas de la siembra y de la cosecha, de las heladas y del sol, de la enfermedad del viejo y del muchacho; pocas cosas, pero que viven rebotando como pelotas en los coloquios llenos de largos silencios de las veladas campesinas.

El padre Santiago, que conoce el problema, calcula un promedio familiar de 6 a 8 hijos.

Sin embargo, la población apenas está creciendo en la región. En Chachopo, donde en 1832 había una población de 403 habitantes, en 1950 se contaron 498, un aumento de 95 personas en más de cien años. En algunos lugares está disminuyendo. Como en Mucuchíes, donde en 1932 había 1.382 habitantes, y hace 8 años se censaron solamente 779.³

Pero esta disminución general de la población no alivia las necesidades particulares de la familia, que continúa creciendo de muchachitos mientras se está alejando la carretera, y la tierra se está empobreciendo.

Para revitalizarla hacen falta precisamente las cabezas y los brazos de los hombres jóvenes que se están yendo.

La estafa de las ciudades

Los que se van no son los "Antonio el mudo"; éstos se quedan. Esta selección natural de la emigración ha de traer consecuencias funestas para el campo venezolano.

Los que se van son los jóvenes campesinos capaces de observar la difícil pelea de sus viejos contra los pedregales y las pendientes, buscando salida hacia otras regiones del país, generalmente a ciudades como Maracaibo y Caracas, que los engullen sin que casi nadie tenga conciencia de su tragedia.

Las mujeres se tienen que dedicar al servicio; a veces a toda clase de servicios. Los hombres, sin profesión que ofrecer en un suelo de asfalto y cemento, casi nunca consiguen pasar de mandaderos.

Estando Venezuela tan necesitada de gentes que conozcan la tierra, la quieran y la trabajen con cariño, obliga a sus hijos a desplazarse hacia las ciudades, que ya están atestadas de gentes sin oficio.

Esta es una de las terribles consecuencias de los despilfarros de la dictadura. En lugar de cimentar y enraizar el país, le construyó en el aire los torpes desafíos de los teleféricos y las torres gigantescas y las autopistas ciudadanas.

Entretanto, en el inmenso cuerpo abandonado del pueblo, la sustancia de la vida, las reservas de tierra y de hombre, se están muriendo arrastradas por las aguas, el viento, el hambre, el frío y la miseria.

El padre Santiago censó 800 hombres que están sin trabajo entre las poblaciones de Mucuchíes y San Rafael, candidatos desesperados para salir, si tienen valor, de entre los

³ *Problemas económicos y sociales de los Andes venezolanos.*

pedregales sin esperanza hacia la solución que se les antojan las ciudades, el típico señuelo brillante y luminoso tras el que se esconden todas las estafas.

Y al mismo tiempo se están buscando campesinos en Europa.

La casa y la orillita de tierra

A falta del pedazo de tierra que sembrar, insistiendo en cultivos que no rinden, sin semillas adecuadas, sin abonos, si la gente de esta región dispone de un rancho (que muchos no tienen bajo qué guarecerse) es en condiciones inhumanas.

La piedra, que es muy económica en estos pedregales, resulta, sin embargo, sumamente fría. Como carecen de cobijas, se acuestan sobre un cuerito de res tendido en el suelo.

El problema de la tierra está estrechamente ligado al de la permanencia del campesino en la tierra, porque para querer trabajar como suya, tiene que elevarse de la injusta condición de medianero.

Lo que el padre Santiago propone es una reubicación racional del campesino, dotándolo de viviendas adecuadas, ayudándole a adquirir mediante su correspondiente y justa indemnización, la orillita de tierra que sobra a los propietarios que administran a los aparceros desde las ciudades.

Los turnos de morir primero

En toda el área del extenso municipio de San Rafael no hay un solo médico a tiempo completo. Les toca a los de San Rafael compartir el que tienen en Mucuchíes, que por sí solo tiene 3.818 personas "enfermables" y "muribles" en cualquier momento, regados en otra extensísima área sin carreteras y a veces ni caminos.

El médico de Mucuchíes viene, pues, al dispensario de San Rafael, que no tiene medicinas, una vez por semana, los viernes.

Este es el día más cómodo para enfermar en el municipio.

El médico, claro es, no tiene la culpa de haber sido destinado a este terrible dilema de asistencia, y sin duda que tiene más de un problema de conciencia al obligarse a un orden de prelación. ¿Se le morirá en un momento dado el más viejo, o el que vive más lejos o el que está más grave?

Yo pienso, horrorizado, en una responsabilidad como la del médico de San Rafael y de Mucuchíes.

A veces, el tiempo de ir a Mérida por una medicina urgente es exactamente el que se necesita para morir sin remedio.

Por esta egoísta predilección de las medicinas por la ciudad, se mueren muchos campesinos.

Es pues, natural que los campesinos que escapan con vida hasta crecer lo suficiente para moverse por sí solos, huyan apuradamente a las ciudades.

Los héroes que aprenden a leer y a escribir

Para una población escolar de primaria de varios cientos de niños regados como semilla a voleo por todos estos cerros, hay una sola escuelita con dos maestros. La instrucción no alcanza sino hasta cuarto grado. Cuando los escolares llegan a este tope de la sabiduría (a pesar del sol, el agua y el frío que transita por todos los caminos de esa serranía durante todo el año) y si todavía les quedan ganas y tiempo y fuerzas para seguir adelante, tienen que caminar siete kilómetros ida y siete de vuelta adicionales hasta Mucuchíes, que allá sí enseñan 5.º y 6.º grados.

Caminar eso con los pies montados sobre cotizas de tres puntas, con la caldera del estómago apenas entibiada con unas papas cocidas con sebo y arepas de trigo hechas cada lunes, ayudadas con un trago de agua helada, es una hazaña mayor que la del corredor de la batalla de Maratón.

Y el ciudadano nacido y criado en estos andurriales que llegue a algo más que a destripador de terrones y a sembrador de papas es un héroe ciudadano que merece los máximos honores nacionales.

Pies para el turismo

Estos mismos humildes caminos campesinos que anda "Antonio, el tontico", son muy merecidamente celebrados por el turismo.

La vialidad tiene puesto importante entre los problemas de San Rafael, tanto en lo que se refiere al aspecto comercial del transporte como al turístico, porque éste es también fuente de riqueza, y la región andina ya puso por su parte lo que necesita para conseguir una pujante industria turística.

Me decía el padre Santiago, que el solo territorio del municipio de San Rafael tiene 300 lagunas, 12 de ellas con truchas. Están las de Mucuriuque, Laguna Negra, La Carbonera, las de Hondas, la Laguna de Patos (hay patos de páramo), la del Santo Cristo (la más grande de todas y todavía inaccesible), varias más que hay en el Rollar, las del Hoyo, la del Mucuy, las Mifafi, las Apersogadas y la Laguna Grande.

La panamericana, con las enormes ventajas que rinde, ha contribuido sin embargo a que estas tierras queden más apartadas. La amenaza definitiva para estos pueblos sería la realización de un proyecto de la dictadura para unir Mérida con Valle Grande, saliendo a Apartaderos.

– Estos pueblos morirían definitivamente –me dijo el padre Mario Santiago con alarma.

– ¡Que estrellados! –sentenció el sacristán desde dentro de sus mostachos blancos, con la misma rotunda convicción con que debe decir "amén" al final de las oraciones.

Antonio, el mudo, como siempre, no se enteró de nada.

Donde llegan las cartas que se pierden

En San Rafael hay una pequeña oficina de Correos.

La administradora, doña Rosa de Rivas, es una timoteña que lleva 18 años en el cargo, defendiéndose cosiendo "una ropita". La media docena de cartas que llegan al día, "casi todas oficios", no dan para más tampoco.

El municipio no tiene servicio de reparto. A falta de repartidor, doña Rosa se las compone como puede para mandar razón con alguien conocido que pasa. A veces consigue al interesado por casualidad.

Pero son muy pocos los que reciben cartas en San Rafael.

Y sin embargo llegan algunas extraviadas, "que no son de por aquí", que no son para nadie. Cuando vi las cartas perdidas que doña Rosa clasifica escrupulosamente en un cartón dentado que ha fabricado ella para exhibirlas durante "los noventa días que dice el reglamento", comienzo a creer que sí se escriben algunas cartas que no llegan nunca.

A lo mejor llegan a San Rafael.

Cuando hay una carta de alguien que murió o alguna que se pierde por su cuenta (porque a veces más vale así) llega a este apartado buzón que es el más pequeño y también el más alto de Venezuela, el que está más cerca del cielo de niebla y nubes, y más lejos del cielo dorado del presupuesto, y donde Antonio, "el mudo", que llaman también "el tontico", ni siquiera sabe que no hay nadie en este mundo que pueda mandarle una tarjeta de Navidad.

El Trapiche

Justo Ibarra es un hombrecito de cincuenta (con pocos dientes, con pocas carnes) que está mandando una cuadrilla en el trapiche Belén, que es una fábrica vieja con parches de ladrillo en los riñones, con remiendos de zinc en la cabeza.

El trapiche se mueve lentamente, a la vieja usanza de los golpes de agua contra las cucharas de la *turbina de cangilón*. Lo levantaron en el centro de una rica hacienda con el agradable encargo de chuparse toda la caña que crece en los contornos. Y, como la abeja, el viejo trapiche devuelve su miel en las panelas y los papelones que está embojotando Justo Ibarra envuelto en una tibia y dulzona nube de vapor que llena el local donde el trapiche convierte el verde crudo del guarapo en el amarillo de oro de la miel.

2

Un trapiche tiene que:

1. Moler la caña para exprimírle el guarapo.
2. Cocerlo, para que se evapore el agua y quede entero el dulce.
3. Ponerlo en moldes para panela o papelón, que en Mérida llaman *cucurucho*, y dejarlo secar.
4. Empacarlo o *embojotarlo*, como dice Justo Ibarra, y despacharlo para "endulzar el café".

3

No todas las cañas rinden igual calidad de guarapo. El presero sabe, antes de que las muelas del trapiche estrujen el tronco de la caña, cuánto caldo va a rendir una carga.

Hay una extensa variedad de cañas de azúcar, unas más jugosas, otras más dulces, como hay diversas calidades de uvas o de manzanas. Justo Ibarra me dijo que hay una que llaman *prumotora*, que es blanca ("cuanto más blanca la caña, más fina"); la *novecientos*, que es muy buena y limpia; la *otalla*, que también es buena, y después la *caucana* y la *Puerto Rico*, que son cañas de mucho aprecio. En cambio, hay otras, como la *piojuta* y la *cotiza*, que son poco rendidoras.

– Usted sabe –me explicó Ibarra chupándose un dedo de miel de guarapo– las cañas son como las mujeres, las hay dulces y las hay amargas.

4

El trapiche, que es un mecanismo de tres cilindros estriados (la *mullar*, la *resquebrajadora*, y la *repasadora*) que exprime la caña sin desperdiciar una gota, siempre está un poco por encima del nivel de las *pailas de mermar* el guarapo.

El guarapo se calienta en un juego de cinco pailas de cobre dispuestas, de diámetro mayor a menor, en una sola pieza y con un pequeño declive que permita su comunicación. Por debajo de este cuerpo de recipientes hay una *parrilla* u horno corrido que se alimenta con bagazo seco.

El guarapo, que sale "zambumbe" (delgado), comienza a calentarse en la primera paila, y pasa sucesivamente hasta la quinta, donde el guarapo llega sin agua. Cuando se espesa lo suficiente, cuando ya es casi *miel*, se pasa a un espacioso cajón de madera que llaman *canoas*, donde lo baten durante unos diez minutos, hasta que encuerpe y alcance el *punto* que requiere para pasarlo a la *adobera*, que es el molde de la panela.

Las panelas, que pesan un kilo, y los papelones o cucuruchos, que pesan kilo y medio, los empacan o embojotan en cascarón de cambures morados, cortados ya secos en la misma mata, y atados con *cocuiza de amarrar*, que resulta tan sólida como una cuerda, y más barata.

5

No se puede improvisar fácilmente un buen equipo de hombres para trabajar en un trapiche. Por eso es que generalmente se contratan equipos ya organizados, algunos de ellos de mucha fama ("en Ejido los hay muy buenos"), que van de un trapiche a otro.

En un trapiche que trabaja en el valle del río Mucujún, cerca de San Javier del Valle, me dijeron que estaba trabajando "al costo"; es decir, cobrando dos bolívares cada uno por la carga de caña, pero sin derecho a comida. El almuerzo lo estaban cocinando ellos mismos, en una pieza vecina.

Estos hombres comienzan a trabajar a la una de la madrugada, y no terminan hasta las cinco y media o seis de la tarde, después de haberse dado una paliza de dieciséis o diecisiete horas de faena. Descansan brevemente para tomar café en la madrugada, desayunan a las ocho y almuerzan a las 12.

No pueden comer muchos lujos, porque lo que pone cada uno son cinco reales. Las cargas de caña que pueden convertir en panela (que "rinde más que el cucurucho en el trabajo") durante estas largas jornadas pocas veces pasa de ocho. Ocho cargas a dos bolívares por hombre, son dieciséis. Este es un buen jornal para un campesino merideño, aunque sea especializado y trabaje 16 horas. La mayoría de los jornaleros gana menos de la mitad.

6

El rendimiento de un equipo de trapiche depende de su coordinación, y cada hombre tiene su trabajo medido.

El *prenero* es el que mete la caña en el trapiche, el *bagacero*, quien se la pasa a las manos, y luego retira el bagazo, que es la caña ya exprimida, seca como una pasta de cartón. Los dos, trabajando conjuntamente, cuidan de que el chorrito de guarapo llegue regularmente a la primera paila de cobre que está sobre el horno.

A la paila que llega este guarapo fresco llaman "calentador", aquí, mientras se va calentando el jugo, el *segundo pailero* le va quitando con un "ramellón", (que es una gigantesca cuchara hecha con totumo y un palo largo de cabo o de "carruzo", una caña grande) la "cachaza" o espuma de impurezas que flota sobre el caldo. A medida que el guarapo se está "mermando", o espesando, el mismo segundo pailero lo va pasando a la segunda paila, y de aquí a la tercera. Ya la tercera paila, donde el jugo comienza a hervir, pertenece al *primer pailero*. El se ocupa de remover el guarapo con la "bagueta", hasta que hierve y alcanza el punto. Para apreciarlo, se sacude un dedo de dulce en una olla de agua. Si la enturbia, todavía falta. "Cuando se forma una bala dura" y baja al fondo sin manchar el agua, ya tiene la miel el espesor suficiente para pasarlo a la canoa, y después al molde.

Quien alimenta el horno cerrado que hay debajo del cuerpo de pailas es el *parrillero*, y quien arrastra el bagazo secado al sol ("medio día al sol basta") sobre un cuero de res, es su *ayudante*.

7

Mérida, con 6.221 unidades de explotación (sólo Táchira le sobrepasa, con 10.384), y una superficie total de 11.083 hectáreas dedicadas a la caña de azúcar, tiene una producción bruta de 307.894 toneladas. Táchira (539.437), Sucret (376.786), Lara (346.240) son los únicos estados con mayor producción¹. Esta caña merideña rinde 11.132.993 kilos de papelón o panela, ocupando un importante cuarto lugar entre los estados productores del país.

La caña se muele en pequeñas prensas de viejo estilo, (algunas movidas a mano) otras con fuerza animal, y también en trapiches que ya utilizan motor eléctrico; pero la mayoría de los trapiches andinos se mueven con el viejo procedimiento de las turbinas de cangilón.

Hay trapiches que están ocupados en moler su propia caña, como la de la hacienda Belén, y trabajan durante 4 ó 6 meses al año, según la cosecha; pero hay otros muchos que sin caña propia que moler o sin la suficiente, se dedican a moler la de otros pequeños sembradores, cobrando un tanto por carga. Generalmente un trapiche cobra 30 bolívaes por convertir una carga de caña en panela.

En Mérida les ha salido a los viejos trapiches la competencia de un molino moderno que quema bagazo y petróleo, y que en tres turnos de 24 hombres cada uno muele 350 toneladas de caña al día, produciendo de 35 a 38 toneladas de azúcar ya refinado.

Este es un gigante que se traga hasta la melaza, que aquí Justo Ibarra regala generosamente la de Belén a los campesinos que vienen a recogerla para alimentar sus cochinitos y sus gallinas.

¹ *Censo agropecuario de 1950.*

En seis meses, la nueva planta es capaz de terminar con toda la caña que se produce en la zona de Mérida.

Los pequeños trapiches de los parches de ladrillo en los riñones y los remiendos de zinc en la cabeza están tratando de hacerle la guerra al gigante, y cuando yo pasé por Mérida llevaba el ingenio moderno dos meses sin trabajar. Sin duda que terminará ganando, porque los David gananciosos de nuestra civilización son cada vez menos; pero el reajuste se tendrá que llevar a cabo con cierta lentitud, y sin desconocer los problemas que se derivan de su irrupción en la pequeña economía del sabroso cucurucho o la panela que Justo Ibarra embojota con aquella apariencia de diablo que le da aquel pailero y aquel humo de vapor de guarapo que llena de azúcar los viejos muros del trapiche Belén.

Chachopo

A Evelio Ramírez, que era un sencillo hombre de campo, lo estaban enterrando con bandera y estandartes.

No es que el honor me pareciera excesivo para un hombre de su condición; a otros con menos méritos los despiden con salvas y discursos; pero me chocó, porque no es corriente que a un campesino lo entierren con los honores de un general.

Después me informó Ramón Antonio Rivas, que nació y vive en una esquina de la plaza Bolívar, que el muerto pertenecía a la Sociedad San Benito.

Así, por esta curiosidad que me despertó la callada procesión fúnebre a través de la aterida y silenciosa calle de Chachopo, supe de Evelio Ramírez cuando ya se iba para siempre.

2

La vida de los campesinos andinos es muy difícil. Para trabajar la tierra que todavía les queda a aquellos cerros mitad piedra mitad niebla, hay que fajarse muy duro, y además creer en Dios.

Ni la plaga de "rosquilla", que es un gusano que acaba con todo; ni la helada, ni el sol, ni la tormenta, se hacen anunciar a tiempo. El campesino es el que tiene que resolver su vida con mayor número de incógnitas. Y como lo desconocido viene de Dios, pues es muy comprensible que se le utilice un poco arbitrariamente, buscándole intermediarios, como los matemáticos recurren a las x y las z para resolver sus problemas.

En Chachopo, como en todos los pueblos andinos que viven de la agricultura, tienen sus abogados del cielo. Cuentan con Santa Bárbara, que es la que hace y deshace allá arriba en materia de lluvias; tienen a San Isidro, que "siendo él mismo agricultor", no se podría escoger un abogado mejor para el campesino en la corte celestial, y les llegó también la esperanza de San Benito, que no es campesino, ni probablemente podría pronosticar el tiempo de un día para otro, pero cuyas virtudes se han dado a conocer de tal manera en todos los Andes y hasta en Zulia, que de ninguna manera se podría vivir ya sin su intercesión.

El santo que ha entrado en el corazón de los campesinos andinos es San Benito de Palermo, un inmigrante italiano. Le organizan fiestas cada 25 de enero y le cantan:

*Dios te salve, san Benito,
yo te saludo cantando,
porque eres nuestro Patrón
que aquí estamos venerando.*

El santo italiano, por un curioso proceso de transculturación, tiene la cara negra.

Probablemente tiene algo que ver con el propio color de San Benito de Palermo, porque se trata del mismo San Beneditino El Moro, que tendría la tez, no negra, sino morena, porque era un moro nacido en Palermo que proclamaron santo. Pero la tradición le atribuye al San Benito que se venera en los Andes una relación con San Pedro Claver, el santo de los esclavos, cuyas devociones se mezclan por un fenómeno tan corriente en los procesos de la sencilla devoción del pueblo.

La de San Benito está tan extendida y tan profundamente enraizada dentro del corazón de estas gentes, que hay lugares como San Benito, a poco más de un kilómetro de Chachopo, que han tomado su nombre y le han construido una capilla.

Pero el mérito del santo no queda en la ruidosa y vana explosión de unos cohetes, sino que ha ido quedando en la conciencia del pueblo para arraigar en la creación de una hermandad o cofradía que tiene vigencia de enorme valor social a lo largo y lo hondo de los 365 días de zozobra que vive el campesino de un verano a otro.

En Chachopo, la cofradía (que es de sólo hombres) está agrupando cerca de doscientos. Al margen de su validez religiosa, tiene un hermoso carácter benéfico. Mantiene una camilla para transportar a los enfermos hasta el dispensario, y cuando en San Benito surge cualquier caso de urgencia, el propietario del único carro que existe conduce al enfermo hasta la medicatura rural de Timotes. La Sociedad compra las medicinas que necesitan los socios, y en caso de muerte, el grupo costea los funerales, y el entierro. Cuando algún socio se encuentra en dificultades, la Sociedad le presta su ayuda...¹

A San Benito y Chachopo les llegan de visita los socios de Mucuchíes y San Rafael, y éstos se la devuelven en su oportunidad. De esta manera, la Sociedad de San Benito que funciona en Chachopo mantiene también lazos con otros grupos de La Mesa de Esnujaque, Jajó, Pueblo Llano y Piñango.

4

A la sociedad se le llamaba anteriormente Jira de San Benito. Los "giros", como se les denomina a los componentes de la cofradía (probablemente por los movimientos de baile que realizan) se visten de blanco, y se adornan con cintas anchas "de los colores que uno quiera organizar": verdes, azules, amarillas, moradas, rojas, que van cosidas a la ropa a la manera de una casulla de celebrante; se cubren con lo que llaman "turbante", que es una gorra de cartón forrado de papel de colores, en forma de mitra obispal, adornada de lentejuelas y florecillas pegadas con goma o cosidas con hilo ("Esteban las hace muy bonitas"), y llevan una maraca en la mano derecha.

Me dijo Ramón Antonio, que los "giros" (cada uno paga su "óvulo") acompañan al Santo en la procesión, y después bailan al son de cuatros, violines y tambores; primero una "contradanza", después "una rueda agarrada de la mano", y luego "es que se teje el palo", como en el baile del sebucán.

¹ *Problemas económicos y sociales de los Andes*, Consejo de Bienestar Rural. 1955.

5

Pero para fiestas rumbosas en Chachopo, las de San Isidro Labrador.

Lástima que no las pude presenciar, porque se celebran en mayo, y llegué un poco tarde; pero basta el testimonio de Ramón Antonio y José Cruz Rivas para que las sean.

"Lo más importante es que se le hace al Santo una misa a las once". Luego, para la procesión, se reúnen unas cien yuntas de bueyes, "enflorados", con los cachos pintados de plata o de oro con sapolín, los cascos pintados de blanco, y a algunos hasta se les adorna con rayas de color en el cuerpo.

Debe ser un impresionante desfile éste de las cien parejas de los pacíficos bueyes, rumiando mansamente su pasto, adornados como dioses de la mitología antigua, siguiendo lentamente a la imagen del San Isidro que llegó a Chachopo montado en un camión.

Después, el Padre bendice los animales en la intención del Santo, y la hermosa tradición cumple con San Isidro por un año más.

En cuanto a Santa Bárbara, cuentan en Chachopo que apareció "hace muchos años" una imagen de oro. Las veces que trataron de buscarle un acomodo mejor, la imagen regresaba misteriosamente al lugar de su aparición. Hasta que, "en tiempos de antaño", tuvieron que fabricarle una capilla.

La parte triste de la historia dice que "como era de oro, alguien se la llevó". Ahora tienen una de yeso, que no la toca nadie y todos le pueden ver y hablar.

De ahí deduzco yo que en las cosas del cielo, el yeso resulta más noble que el oro.

6

Chachopo, que tiene alrededor de 1.600 habitantes, no es sólo la placita sembrada de capachos rojos y amarillos, calas y pinos Monterrey por donde cruzó el entierro embanderado de Evelio Ramírez hacia el cementerio, que le queda arriba del cerro, como un balcón. Chachopo, el municipio, consta de un hermoso grupo de caseríos asentados en este valle alto de los Andes.

Están Tuyuy (que "es un caserío urbano") y Tifafá (que "es un nombre más o menos antiguo"), y están los "caseríos foráneos": Mucutujo (que está "en un cerro atrás"), Yerbabuena, el Cacho, Miranda y Mirandita, (donde no alcanza ni camino de herradura), Cruz Chiquita, Cañada Cerrada ("hay varias cañadas por allá, pero ésta es la más honda"), Mertique ("donde está ese invierno ahí", y me señalan con el dedo una niebla que recorre los costados del cerro, más arriba del cementerio), La Venta ("el caserío más importante, hay una capilla y televisión y plata, porque hay mucha papa ahí"), Santa Elena, Mufique, Chububu, La Agua Larga y, ya casi en El Aguila, en la misma carretera trasandina, Almorzadero.

7

Lo que siembran en Chachopo, pueblo dedicado a la agricultura, es la misma papa, las mismas hortalizas ("que es el fuerte de aquí") y el mismo trigo que comenzaba a verdear en San Rafael o en Apartaderos. "Todo fruto de tierra fría se da". Hasta una caña que sembró Enrique Montilla para "un caso probatorio", que generalmente no se da tan arriba.

En el año agrícola 1949-50, Chachopo produjo 1.011.540 kilos de papas en una superficie de 706 hectáreas; 386.782 kilos de trigo en 806 hectáreas; 171.599 kilos de maíz en 229 hectáreas, y 4.560 kilos de leguminosas en dos unidades de explotación que suman 12 hectáreas.²

Aquí existe el mismo difícil problema de abonos que en todos los Andes. Se quejan los campesinos de que llevan tiempo solicitando grama para combatir la erosión al agrónomo de Timotes, que es el que les corresponde a ellos, y que no les hacen caso.

– Y eso está tan fangúo –me dice un campesino de los lados de Cañada Cerrada– que con la lluvia se va...

En 1949-50, Chachopo censó solamente nueve unidades de explotación (de 165 que tiene) que usaban abonos orgánicos, con un total bien pobre de 184 kilos; y absolutamente ningún abono químico.

En este mismo año se censaron en el municipio 1.394 unidades de ganado vacuno, 231 cochinos, 172 ovejas, 108 caballos, 40 mulas, 2.234 aves de corral, y 70 burros.

8

En cuanto a las escuelas, que no se pueden sembrar como las papas o el maíz, los niños tienen que turnarse, mañana y tarde, en dos grupos, porque no caben todos juntos ni tienen maestros suficientes.

Froilán Lobo está consiguiendo una moderna casa municipal dotada de medicatura rural y edificio escolar para dos maestras más que atiendan a los doscientos niños que hoy no tienen donde sentarse a aprender a leer.

9

Ya los problemas no existen para Evelio Ramírez, a quien le acompañaron con estandartes de la Cofradía hasta el cementerio que queda subido al cerro del pueblo, como una meta fatal.

Pero Chachopo, la placita con las calles y los pinos Monterrey y los capachos rojos y amarillos, y la iglesia, y las dos cuadras de casas, y los caseríos del valle alto que pertenecen al municipio, tienen que continuar viviendo.

Y a pesar de que cuentan con Santa Bárbara y San Isidro Labrador y San Benito, que les ayudan en lo que pueden, es urgente que alguien de más cerca, "más a la mano",

² *Censo Agropecuario*, 1950.

como dicen ellos, les ayude a sembrar la grama que les retenga la poca tierra que les queda, les ayude a matar el "coquito" que les come la papa que siembran con la intención de despacharla a Timotes y Valera, y ayudarles también a abrirles unos caminos, aunque no sean autopistas, y ampliarles la escuela, para que todos tengan la oportunidad de aprender a leer y escribir.

El pequeño mundo de anime

No todos los hombres son de carne y hueso. Los hay de anime. Igualitos, con su cabeza, sus brazos, sus pies, todo. Estos hombres vestidos de rey, de pastor y de Niño Jesús no nacen en cualquier parte. Son criaturas de cuerpo y corazón muy blandos (aunque algunos no lo crean, todas las matas tienen su corazón) que nacen preferentemente en clima frío, donde las noches son largas y los silencios inmensos.

Los vi en Mérida, vistiéndose ya (ahora, que hace todavía calor) para el frío de la Navidad.

2

Vienen los reyes al mundo en hogares muy humildes, deslizándose por entre los dedos de manos muy pobres. Como nacen los pastores de verdad, y como nació el Niño Jesús en aquel humilde portal de Belén. Puedo dar fe de ello, porque yo mismo vi nacer a un rey en el regazo de una madre muy pobre de Ejido.

Ella se llama Belén. Belén Hernández.

Cuando las manos gastadas de doña Belén partieron aquel pedazo blanco de anime de a seis bolívars el kilo ("un kilo es un montón"), nadie que la ve le dice que acaba de nacer un rey.

Ella, que lo tiene "todo en la cabeza", sí se da cuenta, y comienza a desbastar el palito suavemente, con mucho cuidado, valiéndose de una navajita que tiene las cachas de latón marcadas con una propaganda de brandy. Las virutas caen delgaditas, blancas, sobre la falda de doña Belén, y cuando completan un montoncito blanco, como si fuese un puñado de algodón o de arroz o de harina, ya el rey tiene la cabeza, cuello y hasta piernas, dos pies corticos que son suficientes para que se vean por debajo de la túnica larga y acolchada de algodón hidrófilo que llevan los reyes magos de Belén Hernández cuando viajan (igual que hace casi dos mil años) con los ojos puestos en la estrella que los conduce a la esperanza del Hombre.

Después que doña Belén se sacude las virutas con cuidado (las cepilladuras que sobran a un ser de anime son muy importantes, porque este resto podía muy bien haber sido el cuerpo lanudo y caliente de un cordero) busca el paquetico de algodón y le acomoda hábilmente una capa gruesa, como un manto. Ya su nieta Mireya le tiene recortadas unas brillantes estrellas de papel de envolver chocolate, y luego un cinturón, que doña Belén los va pegando habilidosamente en la túnica blanca de rey.

La figura (doña Belén, que está en el secreto, me dice confidencialmente que todos por dentro los hace igualitos; que sólo diferencia a un pastor de un rey por la ropa) ha adquirido ya una majestad de Rey Mago. Acomodarle el cabello y la barba (una sedosa barba color azafrán, coloreada con añilina), y pintarle después la nariz y los ojos (que ya ni le hacía falta), y ponerle en la mano una varita del mismo papel de plata, fue cosa de tres o cuatro minutos.

Un rey así, de cuerpo blando de anime, tan verdadero como esos otros de sangre azul que todavía nacen en los palacios, los vende doña Belén (porque le hace mucha falta, que si no, no los vendería) a bolívar, siempre que se los pidan "al por mayor, que es por docenas".

3

El anime es una madera blanca, y muy blanda. Como decir chocolate, para explicárselo de alguna manera a quien no ha hundido un dedo en un pedacito de su cuerpo.

El que traen a Ejido procede de unas matas que crecen en la zona de Aricagua, El Pantanillo, San Rafael, Las Cuadras y los Uramos, que son los caseríos de Llano Grande.

Pero no lo pueden cortar en cualquier tiempo. El cuerpo blanco y tierno del anime guarda su misterioso secreto. Tienen que picarlo en menguante. Si alguien no avisado corta la mata cuando la luna está creciendo, con los cuernos atrás, el anime se malogra y no termina de secarse.

Los campesinos de Llano Grande lo bajan a Ejido a partir del mes de julio, que es cuando comienzan a labrar las figuras para "vestir" los pesebres.

Cuando comienzan a salir las pequeñas caravanas de reyes y de pastores y de bueyes y burritos blandos de anime para Mérida, para San Cristóbal y hasta para Caracas, ya es señal de que se está acercando la Navidad.

4

Doña Belén "no nació sabiendo". Ella aprendió de una señora Rosa que vivía con su familia cuando aún era una niña. No quise insinuar que la señora Rosa le enseñase nada. Fue ella, Belén la que se fijó en cómo la Rosa hacía las figuritas de anime, y después ella lo repitió por su cuenta. "Eso es más mérito".

Eso sí, ella después enseñó a sus nietos. Ya Margot y Mireya y hasta Martica, que sólo tiene seis años, y Willian Alberto, el varón, que ya cumplió once, le ayudan muy bien. Los demás nietos todavía no saben, "porque son muy chiquitos". La última tiene cinco meses.

Y no es que ella fabrique siempre las mismas figuras, sino que se fija en los "corotos comprados que vienen de fuera", y los hace luego igualitos.

Doña Belén no se fija en los animalitos que reproduce. No son copia, pues. Ella lo que hace es "pensar en el animalito", y luego le "sale de memoria".

Las figuritas que más se tallan en anime son pastores ("que se hacen de tres o cuatro clases"), reyes magos, figuras del Niño Jesús, viejitos, ángeles, en fin, todos los personajes que intervienen en las escenas de la Navidad, hasta los burritos, las ovejas, los bueyes, las palomas y toda clase de pájaros.

"Hasta chupitas", dice doña Belén, "que son los pájaros chupaflores".

Seguramente que los habría también en tiempos de Jesús.

El anime lo trabajan con una navaja, una cuchilla fina y un pedacito de lija, que es con lo que se pule la cara a los reyes magos, al Niño y a los ángeles.

Para colorear las caras y los vestidos y los cabellos y las barbas, doña Belén usa una añilina que compra en la botica. Ella tiene ya sus fórmulas: "sonrosado pálido para los ángeles y para el Niño Jesús; rosado para los pastores, y marrón para los reyes (al rey blanco no se le pone más que "un rosado en los cachetes") y los "viejitos". Algunos pintan sus figuras con goma laca, y luego los encharolan, para que el anime no se ensucie ni "lo coman luego los bichos". Pero a doña Belén le gusta el anime limpio.

Los ojos y los labios y la nariz los pinta doña Belén con la punta bien fina de un palito. Las orejas de los corderos son pedacitos de papel pegados a la cabeza de anime, y cuando el animalito o el pastor no quedan parados, se les pega un pie plano, una plataformita de cartón.

El algodón blanco que se necesita para vestir y empelucar a su gente, lo compra en la farmacia; para el algodón amarillo, ella tiene una matica en el jardín. Si necesita otro color, lo tiñe con añilina.

Los sombreros de los pastores y los pinos que van en los pesebres los fabrica doña Belén con mata de *colador*, y cualquier dificultad imprevista se resuelve con la cabeza, que la de doña Belén es de las más entendidas en figuras de anime en Ejido.

5

Las figuras del pesebre proporcionan un trabajo estacional para los que labran el anime, pero también, y durante todo el año, se pueden fabricar las frutas.

Quien se dedica en Ejido a imitar las frutas con anime es Elodia Toro, que vive en la misma calle Bolívar donde tiene su domicilio doña Belén.

Elodia imita tan bien un racimo de uvas como llena una canasta de pumarosas o de duraznos o de granadas que parecen de verdad. Las imitaciones de forma y de color son tan perfectas que cuesta distinguir si las zanahorias o las guanábanas o las chirimoyas o las piñas o los racimos de bocadillos maduros o los mamones o las naranjas o los limones o las mazorcas de maíz son de verdad o mentidos por la habilísima mano de la artesana.

6

Pero esta bonita industria artesanal del anime va menguando. En Ejido, donde antes ocupaba a mucha gente, apenas le quedan tres o cuatro que se dedican temporalmente.

Como en todo, el troquelado impersonal y de serie en plástico resulta más económico y más duradero.

Ahora, lo que tiene que hacer doña Belén para dar de comer a su cuerda de nietos es tejer capelladas, a cuatro bolívares la docena.

Ella preferiría dedicarse todo el año a modelar las Sagradas Personas para vestir los pesebres, porque ella lo hace con cariño, porque "hacer figuras es como tener otros

hijos"; pero ya está convencida, aunque le tomó tiempo, que la gente los prefiere de plástico, porque son más baratos.

Aunque sea para compensar la monotonía de tejer capelladas, doña Belén talla, de vez en cuando, un Rey Mago.

La capilla de las Veras

Esas corcovas de cerro que rodean la meseta de Barquisimeto son alucinantes. Semejan un apretado rebaño de camellos gigantescos, con sus jorobas peladas y casposas resacas al sol. No queda una sola casa subida a la montaña; las áridas y quietas espaldas de cerro las han ido desmontando con un largo cerco de hambre y de sed.

Encima de esos cerros no se da nada.

Para conseguir una mata hay que bajar a los valles, donde la poca agua que cae se empoza suficiente para que los cujies (que son los árboles-camello de estos semi-desiertos de Falcón y Lara) se tomen a tragos apremiantes las que les llega muy de vez en cuando.

Por eso choca tanto la fábrica gótica que aparece cabalgando en una de esas jorobas de cerro que domina la carretera trasandina, a unos diez kilómetros de Barquisimeto hacia Carora.

2

Es una tesa construcción de ladrillo, sorprendentemente erguida en este peladero donde las casitas se agazapan para hurtar su cuerpo al viento. Parece una miniatura de castillo medieval desafiando a la topografía y a la época.

La fábrica parece detenida cuando le iban a añadir un ala, porque tiene a un costado un muñón de ladrillo que sugiere esta intención, y en su lugar existe un pequeño cobertizo provisional de muros de bahareque. Desde la carretera se divisa algo que flamea al sol frente a la puerta. Es un trapo blanco. ¿Qué puede haber en esta extraña construcción que despliega una bandera de paz a su entrada?

Salimos de los pies ligeros y limpios del asfalto para tomar un camino de tierra que protesta con unas nubes de polvo tan blancas y tan pegadizas que parecen de cemento.

Es el mismo camino que andan tres muchachitas de alpargata que se cubren la cabeza con unos paños blancos. Es para defenderse del sol y del polvo que arrastra el viento sobre las redondas y gastadas espaldas de los cerros como un esmeril. No se detienen al vernos; más bien apuran el paso. En la dirección que llevan descubrimos una casita blanca, encendida al sol, con un agua de tejado larga y ondulada.

Después nos dijeron que era una escuela.

En el camino blanco de sol y polvo no se oye más voz que la del viento.

En un recodo topamos con dos palos aguantando un cartelito de madera que reza: *Después de las 6 pm. no hay paso. Capilla cerrada.*

Ahora sabemos que la construcción de ladrillo es una capilla, y que hay gente que llega hasta aquí a visitarla.

Después hay un pequeño repecho de piedra y tierra blanca donde de vez en cuando se dan unas escuálidas matas de flor amarilla.

En la misma puerta ojival de la entrada hay una talla de madera que dice: *Ramón Rodulfo Leal*.

Dentro, la pieza está vacía. Sólo al fondo, detrás de un enrejado de tablas pintado de azul, se entrevé el altar, que está situado en un cobertizo provisional adherido a la fábrica.

El viento silba tristemente en los aleros del tejado de asbesto, donde hay guindadas dos matas de sábila, "que hieden, para espantar a los murciélagos". Y entre los lamentos del viento se oyen (a pesar de la sábila) los chillidos de rata de los murciélagos, que vuelan de uno al otro lado del muro, de uno a otro travesaño del armazón de hierro.

De noche, esta ermita debe sonar como un órgano fantástico.

3

Simón Unda Vásquez es un larense campechano que ya anda "cerca de los 70" y hasta le fallan un poco las piernas, pero que no se lamenta de la edad ni del viento ni de la sequía.

Eso sí, "que aquí no llueve" es verdad, y también es verdad que "uno no sabe cómo dar de beber a los animalitos", y ocurre que "siembra maíz y no se le da nada", y también pasa que "la lloviznita por aquí es muy mezquina, porque lo que hace es correr la agüita sobre la tierra, que se seca ahí mismo".

Pero él no protesta por eso, porque siempre ha sido así; "esos cerros son así, blanquitos, los conozco desde que nací".

Esta razón, la de haber nacido sobre la tierra, es definitiva para la nobleza campesina de Simón Unda.

Por eso, porque nació subido a esos cerros, el viejo insiste (milagro del inagotable amor del hombre por su tierra) en que "el terreno aquí es muy bueno; lo que le falta es la lluvia".

Me está defendiendo el prestigio de su pedazo de tierra a la vera de un muerto: "ve usted, comenzó a salir este maicito y se murió".

Lo que todavía le queda a Simón Unda son unas ovejas y "un ganadito" (unas treinta reses) y una casa acogedora en la falda del cerro de la capilla, un milagro de matas y flores protegiendo los muros de cal que guarecen al hombre del asedio del sol y del viento que va redondeando los cerros ya pelados y hostiles de su geografía.

Simón Unda Vásquez es quien abre y cierra la puerta de la capilla del "sitio de Lourdes" que hay en Las Veras, que es un pequeño caserío muy disperso, y el que mejor nos puede dar información.

4

Esta capilla de la Virgen de Lourdes, "Patrona de la carretera trasandina", nació de una promesa del señor Fortunato Arráez, un agrimensor que vivía en Barquisimeto. Los planos del proyecto, que están encuadrados y colgados de uno de los muros de la ermita,

aparecen firmados por el "maestro de obras y de dibujo José de la Paz Morales" en "Las Veras, sitio de Lourdes", el 27 de junio de 1927.

La idea de la capilla tiene, pues, un poco más de 31 años.

Simón Unda nos dice que "los domingos por la tarde vienen a pagar promesas desde Los Andes, desde Barquisimeto y hasta de Caracas", y un padre llega a celebrar una misa los terceros domingos de cada mes. Pero todo va despacio, con la lentitud con que a veces se manifiesta la voluntad de Dios. Es el mismo paso lento que sugiere una frase magnífica de San Francisco de Sales que figura en varios lugares de la ermita, como un lema: *Todo por amor, nada por la fuerza*.

Las cosas del amor suelen ir siempre más despacio; si hubiese sido "para el 2 de diciembre", ya eso estaba listo. Pero las cosas hechas con apuro se desmoronan antes. Y lo importante es lo que queda.

5

La capilla del sitio de Lourdes ha avanzado algo en estos 31 años de construcción.

Está el altar con la Virgen de Lourdes, rodeada de flores de papel, y están las dos campanas pintadas con purpurina regaladas por el Coronel Teodoro Méndez. Hay también un viejo armonium alemán con los fuelles todavía saludables, y un púlpito que es como un gran cajón pintado de marrón; unos reclinatorios y unas sillas de todos los tamaños y formas, y una caja con ranura y candado pidiendo "dádivas espontáneas para esta capilla en fábrica", escrito a mano, porque aquí todo esta costado con "dádivas y promesas". Las ventanas góticas no tienen los vitrales que están pidiendo, pero en su lugar les han colocado unos vidrios de colores.

Existe ya un Cristo de mármol "venido de Italia" que fue donado por el señor Francisco Roversi, y que "fue traído hasta la capilla por el señor Simón Suárez en su propio camión", como reza un papel pegado al embalaje.

Pero la verdadera esperanza de esta capilla está puesta en una sarta de diminutos exvotos que tiene la Virgen a sus pies, a manera de un elocuente crédito de cuantos han alcanzado favores con su intercesión.

Claro que aparte de este respaldo, Simón Unda cree que además la capilla necesita que "el gobierno le meta la mano, que es el que tiene la plata".

6

Fuera del refugio de la capilla, el viento que silba en los aleros de asbesto, como en una cueva, está soltando las hilachas de la bandera blanca, como si la estuviese peinando.

Hay! otro trapo blanco igual en la joroba del cerro vecino, indicando el lugar donde van a exponer al azote del viento al Cristo que ofreció el señor Francisco Roversi y que aún está preso entre los maderos de su embalaje.

Mientras tanto, el proyecto de capilla sigue dominando la cinta de asfalto que lleva a Carora y a Mérida, ofreciendo a los camioneros que pasan la oportunidad de prender a

la Virgen de Lourdes, su Patrona, el tributo de una vela para que los proteja durante el azaroso viaje.

Las fieras del ferry

– Hay que estar al pie de los corotos, porque hay mucha fiera...

Para Atanasio Febres, que sale en ferry desde Maracaibo para Palmarejo, fiera es cualquier remoto candidato al asalto de sus pobres bultos. El tesoro consiste en un saco de tela con muy pocas cosas dentro, una bolsa de papel y una maletica desguarnecida, encinchada con mecate. Y los candidatos a fiera son unos niños con cara de hombre que meten voluntariamente los bultos de los pasajeros al ferry y después tienen un gesto de espera, uno que otro viejo triste que pide discretamente para reunir, el pasaje, y mujeres ocupadas con sus niñitos. Atanasio Febres es un hombre ya gastado, lleno de experiencias y malicias, a quien todo se le antoja sospechoso en su derredor.

Pero Atanasio Febres es simpático, de estos viejos que siempre están en actitud de ascenso y que por fin mueren sin alcanzar la cumbre, pero sin la sensación de estar nunca de bajada. Con ese aire confidencial que él emplea para decir las cosas, aunque sea a un desconocido como yo, me sopla al oído:

– ¡Qué lucha dan estos barcos, mi hermano!...

Y el ferry se va llenando de carros, de camiones y de gente con destino a Palmarejo, que es el otro lado del Lago, donde está el rico distrito petrolero.

– Yo también gané mucho cobre, con un negocio que tuve en Cabimas. Pero ya no estoy para eso. Tengo buena la vista, pero el pulso es el que está fallo.

Y se suelta el ferry "Cacique" del malecón y emprende su caminar de hélice lago adentro. Entonces es cuando el viejo dice:

– Ahora que el barco dejó la orilla, nos podemos ir, que nadie se atreve a tocar las cosas de uno, porque nadie se las puede llevar lago adentro. Pero cuando el barco está en el muelle hay que estar al pie de los corotos, porque es mucha la fiera que hay...

2

Atanasio Febres, de gafas oscuras, corbata y panamá con cinta negra, compra su ticket de a bolívar y sube donde están los asientos del pasaje. Aquí duermen, leen el periódico o conversan los pasajeros durante la hora que dura la travesía. Es gente que regresa desde Maracaibo a Barquisimeto o a Coro o a Carora o a Mérida por tierra, o de andar más modesto hasta Cabimas, Lagunillas o Tía Juana, los campos petroleros más importantes del Lago. Hay también agentes viajeros y fotógrafos que hacen ampliaciones a domicilio y vendedores ambulantes.

En el mismo barco anda un enorme estuche que se abre como un biombo y muestra el oro de unos prendedores de madera pintada con purpurina diciendo nombres para prenderlos en las blusas de las novias. No estaríamos donde estamos si faltasen: "Bogiana", "Arcadia", "Udailda", "Xiomara", "Imelda", "Urinolfa", "Huerfalia", "Tamarila", "Estílita", "Adalsaínda" ("así se llama la hija de una mujer que tuve yo, ¿verdad, Atanasio?"), "Asmiria"...

– Yo soy Neptalí Torres –me dice el muchacho que los vende a dos bolívares– ponga también el nombre mío...

Neptalí me cuenta después que el negocio no es malo, pero ha sido mejor. Ocorre que han vendido mucho y la gente tiene ya su prendedor. El quiere venirse para Caracas, donde el campo de los prendedores de madera pintada está aún sin explotar. Y aquí, él está enterado que explota cualquier cosa. Ya van a reunirse estos nombres de madera pintada a los "marcianos", los "muchachitos vagabundos", los lápices, los cepillos, las hojillas y otras especies que andan rondando las trancazones de tráfico.

– Pero tendrás que llevarte otros nombres...

– Otros nombres también hay.

Y me abre otro panel del biombo donde están "Carmen", "María", "Gladys", "Josefina", "Consuelo". La que más se vende es "Carmen". También hay nombres ingleses, porque los piden bastante. Lo que menos se vende es "Egleth", "Chela" y "Daigi". "Daigi" no se vende casi".

– ¿Tiene "Berenice"? –pregunta un cliente.

– "Berenice" sí hay. También hay "Alcibíades"; es el que los hace...

Y se cierra el biombo verde con grandes flores rojas y amarillas en la tapa para adornar un letrero de caracteres de exhibición escolar que dice: "Prendedores para Damas", y los nombres de madera contrachapeada realzada con purpurina y negro se van para otra hilera de banco y se ofrecen para una blusa de mujer.

– ¿Tiene "Dorgiana"?...

– Sí, "Dorgiana" sí está...

El administrador del botiquín del ferry es Isaac M. Delgado, un hombre con su gorra blanca que parece de Capitán y trabaja como si anduviera paseando. El primer viaje del ferry es a las cuatro de la mañana. Y hasta las ocho de la noche eso es el ir y venir del "Cacique". Y el "Catatumbo", que cuando hay mucho carro y hace falta entra de emergencia. Estaba también el "Coquivacoa", que ya está viejo y no anda. Durante el día hay ferry entre el malecón de Maracaibo y Palmarejo cada media hora. Los ferrys parten de cada lado al mismo tiempo y se cruzan en el canal. El último viaje es a las diez de la noche.

– ¿Y si alguien se quiere ir al otro lado después de esa hora?

– Será en lancha particular o nadando, porque ferry no hay.

Yo quise saber qué opinaba el administrador de un negocio en el ferry, como Delgado, del proyecto del puente sobre el Lago.

– ¿El puente?... ¡Ah, no, eso lo hacen!... ¿Qué si es bueno?... ¡Cómo no! Eso es una gloria para el Zulia, es lo más grande que va a tener la República...

Para Delgado, la solución del puente, "todo por arriba, que se vea", es lo mejor, porque "es más visto".

Lo mismo piensa Amalio González, un margariteño que sin saber leer ni escribir lleva 25 años trayendo y llevando recados desde Cabimas para los bancos y "el comercio en general" sin pelarse nunca de dirección, entregando los sobres en sus destinos, dejando los paquetes en las direcciones que le dicen y llevando el dinero a cada lugar sin faltarle nunca una locha.

– ¿Una locha? –me dice Delgado– ni 40.000 bolívares, que es lo que se encontró una vez Amalio metidos en un portafolio botado en el suelo, y lo entregó entero a un Banco para que buscaran al dueño.

Y Amalio continúa haciendo sus recados con la misma pulcritud y sigue viviendo en la misma casita de bahareque con compartimientos de cartón roído en Cabimas, donde está desde que llegó al Zulia. Me dijeron que en atención a su honradez y sus servicios, la sociedad de comerciantes del Distrito Bolívar ideó hace algunos años regalar a Amalio una casa. Pero el proyecto quedó en esos esquemas de obras buenas que no se realizan.

¿Por qué no se premiará la virtud con la misma sanción oficial con que se castiga el delito?

Amalio nunca espera al ferry en el muelle. Porque está demasiado ocupado para llegar temprano, y también porque están más seguros sus paqueticos, sus sobres y sus encargos si no pierde mucho tiempo esperando. Calcula cuando sale el ferry, que ya es un viejo amigo que está al tanto de sus demoras y sus apuros, y se deja rodar por el malecón en el momento justo de partir. Amalio es como un reloj que marca la hora de los ferrys. "Hasta lloviendo se viene a tiempo".

Amalio no sabe leer. Y parece que alguien trató una vez de ayudarle leyéndole un membrete; pero se sintió un poco ofendido y no insistieron. El conoce los sobres por los membretes y los paquetes por las etiquetas, y tiene como un instinto especial ayudado por el olfato, que distingue los olores peculiares de las boticas y los almacenes de telas. El dice que guarda en la memoria las formas de los paquetes y el color de la envoltura. Así debe ser.

Me contaban en el ferry, y esto no va en desprestigio suyo, que en una ocasión preguntó a alguien en un rincón del barco:

– Ve, pa quién es esto...

Y le hizo leer una etiqueta. Pero justamente se recuerda el hecho como raro. La verdad redonda es que nunca se le ha perdido un paquete ni un papel.

Amalio está exonerado de pago en los ferrys. Es la única persona que viaja gratis; aparte de los empleados de la Compañía, claro. Realmente Amalio comenzó como timonel del vaporcito "Gómez", "El Gómez", como le llamaban allá por el 28, pero pronto su oficiosidad y la pulcritud con que hacía los recados de favor a las gentes le enseñaron el camino de una especie de agencia de encomiendas entre Maracaibo y el Distrito Bolívar que ha permanecido desde hace casi 30 años sin crecer, sin aspiraciones, contentándose con su jornalito de hombre honrado.

Y desde hace años repite lo mismo. Sale tempranito de Cabimas en un carro por puestos por entre los cardones, los frailejones, el chivichive, las pringamozas que flaquean el macadam caliente que conduce hasta Palmarejo, toma su ferry, baja en el malecón, llega al Banco de Venezuela, frente al mercado, va a las boticas de la Calle Comercio, que son muchas, entrega sus cosas, recoge las que haya para Cabimas, y tempranito de regreso a su casa, por el mismo camino, entreteniéndose en el ferry con un cordoncito haciendo nudos marinos para ocupar la hora de travesía, que se le antoja lenta, sin perder por eso de vista sus encargos, pero con menos impaciencia que Febres, que ya antes de llegar a Palmarejo me está llamando la atención:

– Hay que estar al pie de los corotos, porque es mucha la fiera que hay...

Cuando Cabimas era sólo un pedazo de tierra

Telémaco Freites (83 años, "pa'que lo ponga en los papeles") parece un Don Quijote con gafas. Está de visita en casa de Antonio Fernández, que nació en 1898 a la sombra de unos cocos en este mismo barrio Ambrosio con el destino de ser el primer hombre en Cabimas que manejara un carro.

Allá por 1915, cuando comenzaron a trabajar las compañías petroleras, Telémaco Freites tenía en La Rosa un galpón que alquiló por 60 bolívares al mes para uso de caballeriza, porque el transporte de tablas para construir las viejas torres de madera se hacía a tiro de caballos, y tenía, además, una balandra que alquiló "a 40 fuertes mensual" para el transporte del agua y la fruta, las papas, las arvejas y el arroz que traían desde Maracaibo hasta Cabimas, que todavía no tenía muelles.

Cabimas seguía aún sin muelle para los bongos y las canoas y las balandras que comenzaron a llegar como un largo rosario con sus cubiertas llenas de mercancías y de hombres y de mujeres cuando un cable dio el 14 de diciembre de 1922 el grito de que acababa de estallar el chorro de La Rosa: el pozo Los Barrosos N.º 2, conocido entonces por R-4.

Antonio Fernández nació en la barriada Ambrosio, que a principios de siglo era el pedazo que va desde donde está el Liceo Chávez hasta el "Ultimo Tiro", un botiquín de tablas propiedad de José F. Ortega. Porque Cabimas era un solo camino de tierra desde Punta Gorda hasta la Misión, 10 kilómetros de casas de barro donde Gregorio González levantó la única casa de teja.

Cuando en 1903 el Presidente Provisional del Zulia, General Régulo Olivares, declaró la cesión de cuatro leguas de tierras baldías a la parroquia de Cabimas, y el caserío adquirió la categoría de municipio, los escasos mil habitantes del lugar se dedicaban al corte de leña, a la recolección de cocos para la ceiba de marranos, a pescar lisa y curbina en el lago, a recoger paja para venderla en Maracaibo como alimento de animales, a la agricultura, la cría de ganado y la navegación, trayendo de Encontrados, Santa Bárbara del Zulia, Bobures y Gibraltar, "que es la costa", plátanos, yuca, maíz, azúcar de la Hacienda El Banco, guineo y auyama, para venderlo en el mercado de Maracaibo.

El que conoce Cabimas de sólo diez o doce años atrás, convertida, con sus 70.000 habitantes, en el primer centro petrolero de Sud-América y en uno de los primeros productores petroleros del mundo, no puede imaginarse el caserío que era a principios de siglo, alumbrándose con kerosen americano que compraban a 6,50 bolívares la lata, o con el aceite de coco que elaboraban Ramón Quintero y Natividad Freites, o con velitas de esperma que valían a centavo, o con carburo, "que es el invento que vino después".

– Porque Cabimas era pobre, "demasiado"...

2

La terrible sacudida tuvo su oráculo.

En una casita de barro de Ambrosio, donde queda ahora la quinta de José León, vivía María Acosta, sola con una hijita de 7 años. Era una mujer extraña con arrebatos pasajeros en que solía pasar por las calles gritando disparates.

Desatinos como hablar en nombre del Padre Eterno anunciando "que iban a venir máquinas de hierro que harían mucho ruido, y pájaros grandes por el aire; que todo terminaría en llamaradas y en catástrofe". Y un día de 1911, cuando ya la mujer se había ganado un puesto entre los locos del pacífico pueblo que andaba a pie y en burro, y se le empezó a tener lástima, la mujer desapareció. Se fue para La Rita por una pica que había entonces, y se extravió. La gente salió a buscarla golpeando los parches de los tambores que solían sacar los vecinos por las fiestas de San Benito, pero no la encontraron. "Como si la hubiese comido el camino".

La gente la recordó cuando comenzó a llegar gente con máquinas y cuando estalló aquel tremendo surtidor de petróleo que comenzó a regresar al suelo como una llovizna viscosa y negra que podía pegarlos a su tierra y enterrarlos como simples moscas. Y la invocaron cuando después comenzaron a llegar hombres y mujeres de quién sabe dónde, armando terribles escándalos en los tugurios, ferias permanentes de juego con estallidos de música metálica que perforaba durante las noches todas las paredes de barro.

– La gente –me dice con toda seriedad Antonio Fernández– se acuerda de María Acosta como de un profeta.

3

Al mismo paso que la Venezuelan Oil Concession levantaba sus torres de madera con calderas de vapor a leña en La Rosa, y la British Equatorial (después Lago y más tarde Creole) inició sus perforaciones en la orilla de la playa y comenzó a desarrollarse la industria petrolera, Cabimas fue creciendo con lo bueno y lo malo que traen las aglomeraciones humanas, ante el escándalo de algunos pacíficos que veían cómo los cabimenses "comenzaban a abrir los ojos, muy contentos del jolgorio".

Aún hay en pleno centro de la ciudad casas de techo de enea y paredes de barro embutidas con conchas de coco y varillas de guadas, resto de aquellas primeras 336 casas censadas a principios de siglo a lo largo del único camino de tierra que era el caserío. A las rústicas rancherías de palma y enea se unieron primero las tiendas con "puestos" donde los trabajadores podían "colgar una hamaca, guardar una maleta y, si era margariteño, amarrar un gallo", signo evidente de provisionalidad; y más tarde aparecieron los "gatos", ranchos de tablas con techo de zinc a los que se atribuye por su insalubridad el origen de un fuerte índice de tuberculosis; luego las viviendas colectivas, y, después de 1936, las viviendas ya más cómodas que se conocen hoy, en constante progreso.

Con aquellos primeros derroches de dinero en aguardiente en los botiquines de La Rosa, el "Casino de La Rosa" y "La Hacienda", "Cabaret El Majestic", donde están ahora las oficinas de Correos y Teléfonos; "El hijo de la noche", "El Globo", donde llegaron las mujeres como a los bajaderos, y donde el juego se llevaba fortunas en morocotas redondas y brillantes como soles; con aquellos primeros derroches fue también desarrollándose el comercio.

En 1916, Pedro Navas tenía una bonita venta de víveres, y Telémaco Freites, este buen Quijote con anteojos, un respetable negocio de dividive para teñir que mandaba fuera. El primer negocio de víveres y mercancías en grande lo fundó Domingo Toledo Nery, que después se trasladó a Maracaibo, y cuyo dependiente, Omar León Salas, es ahora gerente de la Zulia Motors y Presidente del Centro Rotario de Maracaibo. El primer cine lo montó Carlos Rojas con el nombre de "Cine Cabimas" (después Cine Fox) detrás de la casa de gobierno, que era un corral de tablas.

El primer chófer de Cabimas fue Antonio Fernández ("una rata se comió los papeles"). Cuando comenzó, era un Ford de tres pedales de don José María Luzardo, primo suyo metido en negocios de navegación. El segundo cabimense en manejar fue Gabriel González, que estaba al servicio de Ramón Mora. Eran los tiempos en que un carro causaba en Cabimas tanta admiración como la que puede producir hoy la llegada de un platillo volador cargado de marcianos. Hasta entonces lo que hubo allá eran unos pocos carros de madera tirados por yuntas de bueyes para sacar zapatero, jabillo, ceiba, curarire, ébano, desde los bosques hasta el puesto sobre la carretera.

4

Los carros de 1916 prendían con manilla, y había que levantar una de las ruedas de atrás, y bajar la palanca en cuanto prendía. Ningún chófer quería arriesgarse a manejar desde Ambrosio hasta Lagunillas (unos 40 kilómetros) por lo peligroso. Antonio Fernández se fue, por una urgencia, manejando para Mr. Augusto, de la Lago. Salieron de la plaza de Cabimas a las 9 de la noche y estuvieron por esas ciénagas y atascaderos hasta las 2 de la tarde del día siguiente, que es cuando llegaron a Tasajeras, "un punto más aquí que Lagunillas". A veces la "travesía" desde Cabimas hasta Lagunillas en carro duraba cinco días, prendiendo candela de noche para espantar el tigre y la plaga.

El primer taller de reparaciones lo montó Angel González, que llegó de Maracaibo. Lo puso en Ambrosio, frente a La Cruz. Después Pío Cárdenas montó otro en la calle principal.

En estos primeros tiempos del automóvil, la gasolina se compraba en algunos establecimientos de mercancía, a 12 bolívares la lata de 18 litros. Los carros de tres pedales eran de magneto, sin batería; la intensidad de la luz dependía de lo acelerado que estaba el motor, y cuando se accidentaba, aunque fuese de noche, no daba más luz que un yesquero seco. La velocidad máxima era de 40 kh. pero no había vehículo con ruedas que hiciese más de diez en aquel huequero.

5

Hoy, el núcleo que empezó en La Rosa con Víctor Urdaneta, Domingo Matos, Alberto Pulgar y José Antonio Perozo, que se citan como los pioneros, y que se fue extendiendo hacia La Salina, es una sola empalizada de palo a pique. Desde lo que es la Plaza Bolívar hasta la playa se ha extendido hasta contar los barrios de Ambrosio, La Rosa Vieja, Tierra Negra, La Montañita, Puente Icotea, Las Delicias, La H., Las Cabillas, Corito, La Vereda, Palito Blanco y Barrio Obrero. Todavía los agüeros, con sus carros de burro, venden por las calles agua dulce a real la lata, y quedan en el centro algunas casas de techo de enea, pero la vieja población que recuerdan Telémaco Freites, que tiene 83 años, y Antonio Fernández, que debe andar por los 60, está quedando definitivamente atrás. Hasta el pronóstico de María Acosta, la loca que se perdió por aquella pica de a pie y en burro, dejó de estar al día, porque la nueva gente que vive en Cabimas ha oído hablar de ella como de una loca más.

Lo que da la leche de cabra

Antonio Marrero, que se acuerde, tiene 85 años. Todavía manda en "La Enramada", una casita de bahareque y techo de caña brava a la orilla de la carretera que atraviesa los médanos entre Amuay y Coro. El nació en Tacuato, "donde ahora están los botiquines". Antes eran unas ventecitas donde vendían maíz, café y dulces, "zoquetás". "Todo por aquí se está volviendo botiquín".

Cuando él se vino a vivir aquí, hace 60 años, levantó una casita en la mata de coco, porque entonces el camino pasaba por la salina. Una casa tiene que estar donde está la carretera, y cuando la Creole construyó una de macadam para la Refinería de Amuay hace ocho años, Antonio Marrero desbarató su casa de la mata de coco y la plantó donde está ahora, "que es la misma Enramada".

El mismo nombre de la casa y el mismo escenario: médanos de arena caliente, con su eterna brisa peinando cujés y acariciando espinas de cactus y otras matas que nacen y mueren sin apenas conseguir despegarse de la arena.

Y la misma industria: el chivo.

2

Estas tierras de por acá no son para criar ganado. Eso es en la montaña. El chivo es para "lugar rápido", que no tenga cerro ni monte.

De 18 hijos que tuvo Antonio Marrero, le viven cinco. Tiene uno que cuida de "unas siete vacas" en El Vínculo, donde hay tierra para conuco. Los cuatro restantes, dos varones y dos hembras, viven con él. Y junto a ellos, los nietos, y casi 300 chivos, unos cuantos ovejos y cochinos. La solitaria casa de la carretera de los médanos tiene su corral hecho de tierra, arena y abono de un bonito verde botella. Tiene cerca dos jagüeyes, donde los Marrero consiguen el agua para sus animales y en el que ellos guardan para su consumo en una panzuda tinaja comprada en Miraca (donde la trabajan), y tres hermosas matas de cují con sus pozos de sombra, donde a veces se arriman los chivos a rumiar su pasto.

3

El viejo Marrero, "sombbrero habanero para el sol", franela y saco blancos, cree que "si el chivo se va p'abajo nos morimos de hambre". Vinculado a su economía desde muchacho, es natural que esté contra "todo el que ataque al chivo", que es un animal bueno y "da de todo".

– ¿Lo que da el chivo?... ¡Ah!... –Y se sonríe, que para un campesino es como reírse para dentro–. Si los vende enteros, los chivos "machos" se venden bien a 14, y hasta 20 bolívares; a cinco reales el kilo aquí mismo. Se vende la cecina; le queda el cuero, que

vienen a comprárselo desde Punto Fijo y Coro a 2 bolívares cada uno, para "embarcarlo para el extranjero". "El graso" del chivo sirve para hacer jabón. Y vale todo, la asadura, las patas, el mondongo y hasta la sangre, que se cocina para hacer chorizas...

Y el viejo Marrero me explica que si el chivo no da más es porque lo que come es bastante pobre: tapiramilla (una matita que se riega y corre como la auyama), cincollagas (como una mata de patilla que echa una flor en forma de pata de gallina) y matas de júbada, que es todo lo que dan los médanos para sustento del chivo; que si el chivo comiese todo eso que se compra hoy para alimentar el ganado y las gallinas, hasta huevos pondría.

– Y el chivo también da leche... –le digo.

– Sí además da leche, ¡eso es!...

Pero el júbilo de sus simpáticos ojos de anciano se apaga un poco, y con unas revueltas de campesino cauto, que le dan tiempo para dejar de mirarme, sacar la "mascá" y escamotearla dentro de su sombrero de paja, me explica que antes llegaba el tabaco en rollo, "como un mecate", pero que ahora (siempre *ahora* es más triste que *antes*) compra una "perro negro maracaibero" que cuesta un centavo el tabaco.

Y por fin me habla de la leche. No de la que está siempre a mano, fresca en las urbes regordetas de las cabras, sino de su competidora, la que viene en polvo "de no se sabe dónde".

– ¡Eso –dice echando el sombrero para atrás y rodándole la mascada hasta el suelo– eso leche-leche no es! Que si esa leche no es de chivo, que es de vaca y es distinta; pero lo que digo yo, que si con la leche de vaca hacen mantequilla, ¡cómo se hace polvo!, ¡¿eh?!, ¡cómo se hace ese polvo!... Los que dicen que eso es leche son las Compañías (Compañías, para el viejo Marrero, son las grandes industrias que están arremetiendo contra sus chivos y los de Goizueta) que si matan todos los chivos del mundo se hacen ricas...

Y la honradez del viejo explica limpiamente su argumento contra la falsa leche que llega en potes: "Yo no soy estudiao, pero vea una leche: si se le echa sal, se hace suero; si no, se pudre; si se le echa cuajo, se hace queso. ¡Cómo se hace!... Usted lo ralla el queso así, y le hecha agua, y a ver si se le hace leche... ¡mí!... Si yo saco almidón de la yuca y se la enseño, ¡es igual! Que me digan a mí la diferencia"...

– Pero –le digo yo para atajarlo un poco y ver por dónde sale– usted prueba la leche que viene en polvo, y es buena, se ve que algodón no es...

– No, no es que sea mala –reconoce el falconiano leal a la verdad y a su chivo– pero leche-leche tampoco es...

4

Los 20 ó 25 litros de leche fresca de chivo los venden en Coro y Tacuato a real y medio y hasta a bolívar el litro. La leche que va a Tacuato la lleva en "pote" su nieto "Monchel" (Ramón) cuando va a la escuela, y "Pillo" (Arpidio) a Coro. Monchel tiene nueve años y estudia primer grado "con una maestra que se llama Ismenia". Pillo, o a veces una de la

hijas, compran en Coro el frijol, las caraotas, el café molido, las panelas y el maíz pilado que necesitan para mantener la familia.

– La leche, ya ve lo que da la leche de cabra.

Ya no hay muchas casas dedicadas a la cría del chivo en Paraguaná. Hacia Cararapita hay otra de Ramón Mora, que también tiene ovejos y chivos, y uno tropieza con alguna más en el camino o regresando de la Refinería; pero la industria refinera de petróleo ha ido absorbiendo con muchas ventajas la agonizante industria de la cría del chivo.

La gente que queda en eso se ayuda un poco con la pesca; ventajas de estar cerca del mar. El viejo Marrero me refería que cuando sus piernas estaban buenas, que ya van flojeando, él solía ir a los puntos El Barreadito, El Olivito, Las Tasajeras, El Socorro, Los Bajitos del Prao y Playarena, o El Pataruco y Guaranaro a pescar liseta, lisa, mojarra, salmón, "que eso se pesca con tarraya", y mero, pargo y carite, con anzuelo. Pero a él ya no le queda sino puro chivo, porque "ya no me da la pierna, la tengo floja".

5

Antonio Marrero vive de sus chivos, que le dan de comer, y sus recuerdos, que le dan "mucho más de lo que uno cree". Sargento con Joaquín Crespo, sirvió en El Polvorín, cuando se estaba construyendo el Palacio de Miraflores, y conoció el Hospital Vargas cuando era un solo pabellón.

– Cuando regresé de Caracas, hace 60 años, estaban haciendo La Planiza, sacando la tierra con carretilla para hacer un cuartel. Como lo que estaban haciendo entonces es aplanando, pues le llamaban La Planiza.

Con los recuerdos y la conversación, y como a las seis ya comenzaba a oscurecer, el viejo Marrero se sintió un poco cansado y se echó disimuladamente sobre el chinchorro. Fue cuando "Cindo", "Dominó" y "Dolis", los tres perros de la casa, llegaron de alguna parte juntos, y las mujeres comenzaron a mover sus peroles dentro de la cocina, donde prendieron su fuego de leña para preparar la cena, y los chivos comenzaron su desfile hacia el corral uno a uno, algunos chivitos pegados de la teta, otros chivos tratando de cubrir las ariscas y pretenciosas cabras, y "La Enramada", donde todavía manda Antonio Marrero con sus 85 años "que recuerde", quedaba sola en el camino de luces de carro como flechas.

El viejo, que siente correr los vehículos a esa velocidad en que andan en Paraguaná, dice un poco para sí mismo: "Antes no me mataban animales, porque se iba más despacio. Pero ahora, ¡si hasta ellos mismo se matan! Para matar chivo no hay veda, no... Y los que matan no pagan. Me dejan los chivos muertos en la carretera.

"Jornada", un diario de provincia

"Jornada" es un diario de Coro que descansa los lunes.

Son seis páginas tamaño tabloide impresas una a una en una prensita Chandler de cuarto que ya va a cumplir sus diez años en el periódico, rodando de un local a otro, escapándose del casero. Y esto sin contabilizar los años que habrá dedicado su "tintero" en círculo a mojar de negro cada una de las páginas que ha impreso cada día desde que nació quien sabe si hace 20 ó 30 años. No es mucho mimo, pues, que le concedan un día de reposo a la semana, precisamente el domingo, que es de guardar, para dejar de salir el lunes.

– Además –me dice A. Medina Padilla, el terco periodista que parió el tabloide y lo sigue amamantando como puede– si trabajásemos los domingos habría que pagar el doble.

Y yo sé que para pagar el doble no da.

2

"Jornada" nació tabloide y bimensual el 1.º de noviembre de 1947 en Coro. "Para nacer el día de los muertos –como dice Medina Padilla– no está mal". Colocaron la prensa usada y un chivalete nuevo de tipos en el patio de una casa de la calle Chivacoa, donde vivía él, y comenzó la fiebre de la noticia. Unas cajas de tipos y una prensa de cuarto no es ni la mitad de un periódico, aunque sea de provincia. Porque a pesar de que trabajan despacio, para darles de comer hay que correr mucho por las calles, buscar fuentes de información y obtener noticias.

– Lo peor que me puede pasar –comenta Alguíndigue, el jefe de redacción– es que lleguen las ocho de la noche y no tenga la primera información de la primera página.

Y hay que conseguir avisos. Porque un periódico en cualquier parte del mundo vive de su publicidad.

Las cosas no fueron desde el principio del todo bien. Pero, rasgo de hombre de empresa, Medina Padilla en lugar de darle al freno apretó el cinturón, pisó el acelerador y pasó a interdiario. Creyó que saliendo cada dos días los anunciantes le respetarían más. Y no se equivocó. Consiguió algunos avisos y llegó a colocar hasta 600 suscriptores en la ciudad y algunos distritos, un trabajo de gestión personal, compromisos de amistad y también, es verdad, la seriedad y el afán que puso él en su periódico. Y al año, ya "Jornada" salió a contar sus cosas todos los días excepto el lunes, imprimiendo hasta fotografías mediante un equipo de fotograbado a medio uso que Medina Padilla consiguió en Caracas por 10.000 bolívares a plazos.

Ya la "hojita parroquial" se había convertido en un buen diario de provincia, aunque estuviese todo parado a mano.

3

Y los pies de barro del periódico de provincia se sintieron de hierro colado. Compraron un linotipo usado a plazos y escucharon todo lo que comenzaron a contarles a la oreja de las grandes perspectivas que había en Punto Fijo. Y el periódico que nació en Coro se mudó para la nueva ciudad petrolera en Paraguaná. Pero no pensó Medina Padilla en el dinero y el tiempo que cuesta readaptar un periódico a otra ciudad, aunque sea la floreciente de Punto Fijo, y los escasos medios y las reservas de entusiasmo del periodista se agotaron, y comenzó otra vez más el agobio de cuotas pendientes, recibos demorados. "Jornada" calló su voz por un mes y medio, y el inadaptado de Punto Fijo regresó de nuevo a la capital con la carga de deudas que heredó de la aventura.

En Coro volvieron a ir las cosas mejor. El terco periodista metió otro linotipo en lugar del que perdió en la liquidación (siempre hubo alguien que fiara a Medina Padilla) en el corredor de su casa de familia, calle Hernández N.º 16, redujo su presupuesto de 13.000 bolívares mensuales en Punto Fijo a 4.000, y reunió otra vez su escuela de aprendices (que esto ha sido siempre su periódico) y comenzó a salir "Jornada", recuperando poco a poco los avisos perdidos y las suscripciones conseguidas antes con tanto esfuerzo.

Y de 600 ejemplares que comenzaron a circular, ha conseguido hoy un tiraje de 1.500 ejemplares que vende a medio.

4

Hoy, con millar y medio de circulación, "Jornada" continúa bajo la dirección de su fundador, y tiene como jefe de redacción al buen periodista y cuentista Ildemaro Alguíndigue, quien comparte su trabajo de vocación, que no da suficiente para comer, con sus actividades de representante de CIDEA, que tiene precisamente la misión de enseñar a balancear una dieta. Alguíndigue, que estuvo en "Jornada" antes de salir para Punto Fijo y lo vio regresar a Coro, reanudó en mayo del 56 su colaboración con Medina Padilla para sacar adelante el periódico.

Y con ellos están el veterano linotipista Damián Delgado; el impositor Regino Peniche, que comenzó hace diez años repartiendo "Jornada" a domicilio; como prensista está Angel López; doblando los periódicos a mano, Franciso Medina Padilla, hermano del director, y repartiendo, Julio César Laguna, que dentro de diez años será alguno de los que haga el periódico.

Y sus colaboradores. Medina Padilla tiene el excelente criterio de que un periódico de provincia que no alcance un gran tiraje no puede imprimir noticias internacionales que cubren los grandes diarios, y se resume modesta y acertadamente a la noticia local, cumpliendo una oscura, pero extraordinaria labor de servir al pueblo, dando a conocer sus aspiraciones y sus problemas, informando de los sucesos hasta en el más lejano caserío de su órbita. "Jornada" tiene su corresponsal pagado en Punto Fijo, y lo que llaman "voluntarios" (periodistas por vocación suficiente para hacer el trabajo por nada más que ver publicadas sus notas) en Pueblo Nuevo, Churuguara, Pedregal, San José de

Bruzual, Dabajuro, Capatárída, Cumarebo, Píritu (del distrito Zamora), Cabure y La Cruz de Taratara. La página de colaboración de intelectuales y periodistas (no soy responsable de ningún deslinde profesional) que en "Jornada" es la segunda, está nutrida por conocidas firmas falconianas, como Cristóbal Higuera, Mario Lora Alvarez, Angel S. Domínguez, Belda Benet, Sánchez Martínez, E.J. Montáñez Avila, Daniel Díaz Bravo, Luis Arturo Domínguez y otros.

5

"Jornada" no tiene ni teléfono.

Las noticias, los recados, tienen que venir en colectivo y a pie de donde sea. Hasta en los periódicos de provincia hay una pelea callada, pero siempre viva por la primicia. Alguíndigue la busca a diario, tiene sus fuentes secretas de información, sus pequeños misterios, y problemas. A veces la provincia es difícil para obtener noticias. Los avisos hay que buscarlos también uno a uno en los negocios, y también es difícil porque no hay conciencia publicitaria en el pequeño comercio. No hay fotograbado, y las seis páginas hay que llenarlas de texto. A veces mandan fotos importantes a algún fotograbado de Caracas; pero se demora mucho y cuesta plata.

Ordinariamente, "Jornada" tiene seis páginas: cuatro resultantes de un doblez, y una tripa tamaño tabloide con sus dos páginas. Como la superficie que puede imprimir la Chandler no pasa de una página tamaño tabloide, para imprimir el interior del primer cuerpo hay que doblar el papel.

El linotipo comienza a trabajar a las 10 de la mañana. Son galeradas de 5 centímetros. Como no hay espacio dedicado a fotografías, hay que llenar las cinco columnas de cada página, exceptuando el espacio de títulos y recuadros de publicidad, con texto. Lo van corrigiendo Medina Padilla y Alguíndigue como pueden, y hasta en ratos de mucho trabajo piden colaboración a alguien que llega a visitarlos. A las 12 de la noche todavía está trabajando el linotipo.

El periódico entra en prensa a las 6 de la tarde, página a página. Primero tiran la página 2, que es la de las colaboraciones, la que equivale a la cuarta de El Nacional; después la página 5, el dorso del papel doblado, que trae la información de los corresponsales de provincia; en tercer lugar la página 3, la primera de la tripa, dedicada a sociales; e inmediatamente el revés, la página 4, con información deportiva. Meten la tripa para dar tiempo a doblar la doble página anterior. En quinto lugar entra la página 6, que es la última del periódico, que trae la información local de última hora, y por fin, a la vuelta la primera página de "Jornada", que tiene que esperar el último momento para dar lo más importante con el mejor título.

"Jornada" tiene la competencia de "La Mañana" en Coro, y "Médano" en Punto Fijo, también dos buenos periódicos de provincia y sin tantos agobios económicos como "Jornada". Termina de tirar a las 2 de la mañana, y a las 4 de la madrugada está circulando. Primero sale el lote destinado a Punto Fijo, que va por un transporte comercial; después salen los paquetes en los colectivos y camionetas que van a los campos petroleros. Y por último salen los tres pregoneros que distribuyen los

ejemplares fresquecitos en Coro, quienes esperan, como Regino Peniche, llegar a ser impositores algún día en esta escuela de periodismo de provincia que ha sido siempre el periódico.

El otro Amuy

Para la mayoría de los venezolanos, Amuay existe sólo desde hace diez años para acá, cuando pioneros de la industria venezolana comenzaron a poner cimientos al gigantesco alambique de petróleo que es la Refinería de Amuay. Pero Amuay es un nombre indígena que todavía sigue diciendo en idioma caiquetío, aunque sus hijos lo hayan olvidado del todo hace muchos años: "región de los vientos y las aguas encontradas". Y el poblado que se llama así desde hace mucho antes de nacer Colón vive en sus hijos y en los que han ido llegando después, hasta los margariteños de hoy, echado en una preciosa playa de pescadores.

2

Amuay, o Amuaycito, como lo llaman también para distinguirlo del otro gigante de acero que está a unos 10 kilómetros de la misma orilla de la bahía de Amuay, forma parte del municipio de Los Taques, que comprende los caseríos de Amuay, Punta de Los Taques o Villa Marina, Cununjacota, El Tacal, Jayana y El Hoyo. El asiento del pueblo es un istmo, un cuello estrecho de arena sembrado de cardoncitos y algún que otro cují peinado por la brisa. Los límites del poblado son dos puntas: la que llaman El Cabito o La Puntica, al oeste, donde llegan muchas familias a pasar su tarde de domingo con sus canastas llenas de comida ("sin ningún beneficio para el comercio local", se quejan), y la Punta de Amuay, que los separa de Los Taques.

Con ocasión del último censo hecho para solicitar un dispensario médico, los vecinos que formaban la comisión contaron alrededor de 200 casas. Están regadas sobre el amarillo-blanco de la arena dejando entre sí grandes espacios abiertos, para que la brisa corra libremente, como en el mar. Y hablando con el viento que silba en los aleros de zinc y los huecos de tejas y los rotos de tierra pisada hay ancianos sentados a la sombra de sus casitas, niños jugando en los botes varados en la playa, mujeres asomadas a las puertas y hombres reparando sus trenes de pesca extendidos en la orilla del mar o sentados bajo las enramaditas de palma de coco, y toda la playa amarilla de dos vertientes, como un corredorcito entre dos aguas, cargando aquel sol casi blanco, de siesta.

3

"La vida del pueblo es la pesquería". Hay unos quince negocitos de pulpería y botiquín por todo comercio. Un negocito de fiado que no ha hecho rico a nadie, porque los días sin pescado suman a fin de año más que los días de pesca regular, y éste es un trabajo que no rinde utilidades ni paga pensiones ni da derecho a ningún seguro social. Pero los

negocitos se mantienen ahí, medio de azúcar, un litro de kerosén, un centavo de sal, al mismo ritmo lento de esta gente que sale a la mar todas las mañanas del año.

Una buena parte de la población de Amuay es margariteña. Todos los años se van por la Virgen del Valle a visitar a sus familiares por un mes y regresan de nuevo a éste su oficio de emigrar de su islita y pescar dondequiera que están. Hay unos quince barquitos de a cada seis o siete hombres y unas 30 lanchas y botes más pequeños con tripulaciones de a tres y cuatro. En total salen a pescar en embarcaciones unos 200 hombres. El resto, hasta unos 1.800 habitantes, son ancianos, mujeres y niños. Es la proporción mantenida de cinco y seis niños por familia, y a veces hasta ocho y hasta diez. La mayoría vive en casitas de tierra con techos de zinc y alguna de teja, pero hay también quienes viven bajo las mismas enramadas de palma donde reparan sus redes y echan sus cachos o en el mismo bote en que salen a pescar.

4

Jesús González es un margariteño que duerme en la misma lancha "San Fredo" ("¿Qué santo es ése?" pregunté. "Ese -me dijeron dos pescadores, que juntos no sabían leer una "a"- como que debe ser "San Pedro"), varada en la playa, en que se hace todas las mañanas, tempranito, a la mar. Acaban de "arreglarlo" por 50 bolívares por toda la semana de trabajo. El forma parte de un grupo de cinco hombres. La mitad de lo que pescan es para la embarcación y las redes ("que también pescan"), y el resto lo distribuyen en partes iguales. Aunque González no como sino funche y pescado mañana, mediodía y noche, los 50 bolívares no le alcanzan para hacer muchos ahorros. Y los necesita, porque no es solo. Tiene a su mujer en Los Millanes, tejiendo hilo de alpargata ("si no se la han quitado ya, porque también lo iban a paralizar") y tiene que ayudarle a criar los tres hijos que han tenido entre los dos. Por eso, para enviarle unos pocos reales a su familia, González no paga, aparte de harina, aceite y sal, ni los dos bolívares que piden en Amuay por la pipa de agua que traen en camión desde la caja de agua, y va a buscarla en bote hasta Las Piedras.

5

Lo que se está pescando ahora cerca de la costa es carite, que también llaman rey; es una pesca a motor que se hace a lo "vivo", con carnada de sardina viva. Las lanchas salen a las tres o cuatro de la madrugada y regresan de acuerdo con el pescado que hallen. Si muerde bien, "hasta que se termina la sardina". La pesca a lo vivo más corriente hasta fin de año es la del carite, pero de enero en adelante se pescan la lisa y el curel con mucha abundancia y es la mejor época para los trenes de pesca.

El mar es un campo incierto que depende sólo de la experiencia de los hombres de mar y de la regularidad del instinto en los peces. Por eso, la vida del pescador es siempre tan azarosa y su temperamento tan poco previsor. Pero en Amuy hay una pequeña industria manual de conserva que me llamó la atención. Abren las anchoas, las lisas y las

chicharras por la mitad, las salan y las ponen al sol durante un día o dos. Así el pescado dura muy bien más de un mes.

Pero a excepción de este pequeño arbitrio, el pescado hay que venderlo fresco. Vienen a buscarlo en camiones-cavas que lo llevan a Punto Fijo, Maracaibo y hasta a Caracas, "enyladito", al precio que pague el comprador de camión.

6

Un pueblo que depende de una economía tan incierta y pobre no tiene carnicería, ni una venta de legumbres y frutas. Apenas si alguna que otra vez, si hay con qué, se consigue carne en una camioneta que llega desde Los Taques. La gente come carite y pargo, sancochado o frito, "según pida el buche". Pero los caprichos no pueden alcanzar mucho más allá. Me decía Lilia de Granadillo, maestra municipal del caserío, que la razón más grave de la inasistencia escolar era la desnutrición de los niños. Muchos padres no mandan a sus hijos a la escuela porque no tienen desayuno que darles, porque el andar sin zapatos allá no es un problema. Y proponía ella como la medida más urgente la creación de un comedor escolar.

Pero hay otros problemas fundamentales. En Amuay no hay ni luz ni agua. Sólo disfrutaban de energía eléctrica unas quince casas de las más acomodadas que pueden pagar una pequeña planta a razón de 15 bolívares al mes, que para sólo luz en una familia de pescadores como aquéllas es demasiado. El agua que traen en camiones-tanques la venden a 2 bolívares la pipa, y hay que ver las que hace falta para cocinar, lavar la ropa y medio bañar a esos muchachos durante un mes. El alquiler de las casitas anda por 50 bolívares mensuales, que no es una rentota que se diga para Punto Fijo, pero es un dogal al cuello para los que se hacen a la mar en Amuay todos los días.

7

Hay dos escuelas en el pueblo: una municipal, con capacidad para unos 50 alumnos de 1.º y 2.º grados, y una federal, para 3.º y 4.º, de más o menos el mismo cupo. Quedan muchos niños sin escuela, bien sea porque no tienen ropas que ponerse o desayuno que comer, y también porque las picitas que sirven de aula son muy pequeñas.

Además de éste, y los problemas de luz y agua, hay en Amuay la urgente necesidad de un dispensario médico, que tampoco existe, una farmacia y un médico donde recurrir en casos de urgencia, que se presentan muchos donde hay tanto niño chiquito.

Y sin embargo, a pesar de los graves problemas que confronta la existencia de este bonito poblado de pescadores, este sábado en la tarde llegaba Quico desde Punto Fijo, con su mundo de cine cargado en una camioneta, como un mago de ilusión armado de una cámara de 16 milímetros que transporta a los niños y los grandes de Amuaycito a un mundo de escena que es un descanso para sus calamidades. Pero puede que este sábado haya sido el último. Es muy probable que Quico falte de Amuay en mucho tiempo, porque el bolívar o tres reales que cobra Quico por ver la película, "a según

cómo sea", no dan para acondicionar un nuevo local, y el viejo corralito con muro encalado que ha usado durante un tiempo se está convirtiendo en una casita que rentará 50 bolívares al mes.

Moruy ya tiene cine

Manuelito se dio cuenta de que no sabía leer cuando le regalaron su primer libro en Coro esta mañana. Fue cuando Julián Lugo, su padre, lo llevó por primera vez a la capital para visitar a su madrina. Y de regreso, en la tarde, Julián, Manuelito y su libro esperaban en el cruce de la carretera de Punto Fijo a Amuay, con su poco de bultos regado por el suelo, a que alguien los llevase un pedacito más hacia Moruy, donde viven ellos.

2

La plaza Bolívar en Moruy es más de tres cuartos de tierra amarilla que levanta cualquier brisita y menos de uno de cemento. Están, además, la iglesia, una bonita capilla de aspecto colonial, y su pequeño rebaño de casas. Cerquita, con su peculiar corte de algo descabezado, el solitario cerrito de Santa Ana.

Angel Yagua tiene su botiquincito en la misma plaza. Es de esos hombres de empresa que a fuerza de hacérsele el pueblo pequeño para sus inquietudes lo hacen crecer un poco a su medida. Tiene este botiquincito de nevera de kerosén y rocola acorazada con una jaula de hierro, para que no se la rompan en las peleas, una puerta lateral que conduce a un corral de chivos que es un cine. Lo descubrí rastreando un grupito de muchachos que miraban unas fotografías pegadas en un muro. Era un anuncio de "Tierra baja", de Pedro Armendáriz, escrito con azulillo sobre el muro de cal.

El cine es un corral de piso de tierra donde Angel Yagua ha levantado unos muros de bloques y ha colocado unas hileras de sillas hechas con una especie de madera que es el corazón del cardón y un trenzado de paja "carrúa" que sacan del cerro. La pared encalada que sirve de pantalla para una cámara de 16 milímetros tiene pretensiones de escenario. Le han puesto un pisito de cemento y han abierto dos huecos de puerta a los lados. Me decía Yagua que además de cine de vez en cuando hacen teatro preparado por los alumnos de la escuela municipal. Como viera que las puertas sólo daban paso a dos pequeños ángulos cerrados, pregunté cómo se comunicaban aquellas dos piecitas del escenario para permitir el movimiento de los actores.

– ¡Ah! –me dijo con una luz de malicia en los ojos– eso no está para eso; a un lado se desvisten los varones y al otro las hembras.

3

Moruy, lo que es el pueblo, tiene unos 150 habitantes. Pero el municipio cuenta, además, con los caseríos de Guacurebo, Los Llanitos, Yabuguiba, Gisebo, Barunú, El Mamonal, Tumaruse, San Nicolás y Jaiaradite, para reunir por todo unos 2.000. Se dedica a la agricultura y recoge, si llueve, su poquito de maíz, ajonjolí, frijoles y millo.

Moruy no tiene grandes recolecciones porque lo que llueve es muy poco. Pero ahí está, a la mano, una Virgen del Perpetuo Socorro hecha en España que acaban de colocar en lo alto del cerro Santa Ana para tener a quién rezar. La palabra Moruy, me explicaba un vecino, quiere decir "sol" en idioma caiquetío. Ocurre en Moruy que el sol sale "por todo el picacho", y los indios adoraban al cerro como la cuna del nuevo sol de cada día. Como los fenómenos tienen las explicaciones de cada tiempo, después hubo apariciones de una Virgen, y ahora, el mes de mayo pasado, la promesa hecha por una maestra de escuela que acaba de retirarse y a quien quieren mucho en Moruy, Blanca Morón Irausquin, les ha proporcionado una imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro a quien hacen rogativas.

Hay la creencia de que el agua baja del cerro de Santa Ana, el cerro solitario de la península de Paraguaná, cada 26 de julio, día de Santa Ana. La gente de Moruy afirma que el agua baja de verdad. A la puntica del cerro se prende a menudo una nube baja que deja su humedad, como si el cielo se apiadase de vez en cuando de los paraguaneros y se dejase ordeñar. Por eso hay un poco de verde en la cima, y el agua corre de vez en cuando, hasta por Santa Ana. El milagro de verdad sería que lloviese todos los días.

4

Lo que no puede quedar al cuidado de las rogativas es la luz de cada noche. Desde hace poco Moruy reunió sus fuerzas y tiene una planta comunal que pagan los vecinos 2,50 bolívares al mes por cada bombillo de 25 bujías.

En un pueblo tan chiquito y tan seco hay alguien que maneja una planta eléctrica. Y hay muchachitos despabilados capaces de hacer muchas otras cosas que promete Moruy, un pueblecito esforzado y tranquilo casi en la misma falda del cerro de Santa Ana que ya tiene su cine. El pueblo tiene un buen limpiabotas en Julio Aular, monaguillo, que a sus trece años estudia 5.º grado en la Escuela Federal Concentrada y quiere ser "doctol" en medicina. Tiene a Reinaldo Marín, que a sus 12 años vende agua que lleva a las casas desde la pluma de la plaza a medio la lata sin que por eso deje de seguir estudiando 4.º grado. Y está también Marcelino Segundo Molina, un chipirrín de diez, que vende cinco bolívares de empanadas al día a medio cada una, y está en su primer grado para algún día ser buen agente de policía.

5

Manuelito, con su libro, y Julián Lugo, viven en un puntico que compró hace varios años "con documentos" en 120 bolívares en El Pilancón, caserío Guacurebo.

– El hombre más pobre de este lugar soy yo –dice desde la cumbre pelada de su casa de tierra mirando los sembrados vecinos–, pero no lo demuestro...

Julián cree que no demuestra ser pobre trabajando desde las cinco de la mañana hasta las seis de la tarde conuco ajeno que alquila a 20 bolívares el "almud" (medida de áridos que corresponde a un celemín) por año, porque no tiene plata para cercar su

peladero y trabajar su propio pedazo de tierra. En buen año, que es cuando llueve, recoge ajonjolí, maíz y tapirama, que come en casa o vende a medio precio a "gente que trabaja con bancos" y llega hasta allá en camión a pagar el ajonjolí a 50 bolívares el quintal. Y hay años de nada, de secarse las raíces en un suelo de grietas, en que no llegan los camiones. Es una bendición que, aunque los burritos se le fueron acabando, le vivan todavía 18 marranitos, 26 gallinas y tres chivos. Y le quedan también a Julián Lugo los padres ciegos, dos viejitos que apenas pueden levantarse de su chinchorro, tres hijos naturales, la esposa, que le ayuda "bastante", y Manuelito, quien ya con sus once años chiquitos y flacos le ayuda desde "hace mucho" en su sembrado como si fuese un hombre.

Manuelito no sabe leer. Ahora, con su primer libro, se le han abierto los ojos como platos. Tiene un primo en un ranchito vecino que sí sabe algo de letras y le va a ayudar. Será de noche, a la luz del kerosén, porque de día está en el conuco o trayendo a lomo desde tres kilómetros el agua que baja del cerro a la alberca próxima. Ahorita está ayudando a su padre a sembrar antes de mediados de noviembre, que es cuando comienzan los "yelitos", como llaman a las brisas que refrescan un poco esta tierra de gente hacendosa y cordial. Ayuda a su padre halando la escardilla y haciendo diligencias. Esta fue la primera vez que salió de su casa y llegó hasta Coro. De allí se trajo este libro que le ha producido la honda emoción de descubrir que no sabe leer. Acaso tarde algún tiempo en saber lo que dice. Pero por voluntad terca y meritoria de un hombre llegó el cine a Moruy. Y el que ha visitado el simpático pueblecito una vez sabe que se ha abierto una buena brecha de inquietudes. Como ha roto cosas dentro a Manuelito este libro que le regaló su madrina en su primer viaje a Coro.

CENTRO

El diablo es un hombre bueno

Es un diablo grande y negro. Tiene una mujer que se llama Josefina, y una hijita de tres años llamada Margarita. Tenía también un hijo de 20 años, Félix Enrique, que se murió el año pasado en noviembre, el mes de los muertos, de un mal que nadie sabe qué fue, ni él mismo, con ser diablo y todo y quererle tanto. Este diablo grande y negro se llama Guillermo Machado; nació hace 50 años aquí mismo, en Yare, en la hacienda Piñango; comenzó a bailar diablo hace 17 para pagar al Santísimo una promesa de por vida que le hizo porque se sentía trancado de la orina, y le hicieron Capataz con cuatro cachos hace dos años, al retirarse Augusto Sanabria, ya diablo viejo.

2

La fiesta de Corpus con los diablos es vieja en Yare. Se baila diablo "desde siempre".

El pueblo de San Francisco de Paula de Yare (como llama Monseñor Mariano Martí en su "Relación" de la visita que hizo el 16 de junio de 1783) "es de vecinos españoles y otras castas, de las cuales unos habitan dentro de la población y otros en los campos donde tienen sus sementeras y principalmente haciendas de cacao". Se fundó en torno a la iglesia que se erigió "como socorro espiritual de esclavos y demás personas que cultivan las haciendas de cacao mediante subvenciones de los propietarios y una contribución anual de 250 pesos para la congrua del cura y la oblata, renta y gastos de iglesia. Aunque no se sabe exactamente cuándo, parece ser el año 1718, porque en él comenzaron los libros de bautismos, casamientos y entierros. En la época de la visita pastoral, correspondía al vicario de los valles del Tuy. La iglesia se llamó en un principio de San Nicolás de Bari, pero desde 1726 (no se sabe con qué motivo) se le mudó al de San Francisco de Paula. Dice Monseñor Martí que "en la referida iglesia no hay cofradía alguna".

¿Cuándo comenzaron a bailar los hoy famosos Diablos de Yare?

Es una costumbre antigua en Europa y algunos países de América.

En cuanto a Venezuela, dice Isabel Aretz en la "Revista Venezolana de Folklore" (N.º 2, tomo 1, julio-diciembre 1947) que ya a mediados del siglo pasado "reaparecieron los Gigantes y los Diablitos" en el barrio caraqueño de Santa Rosalía durante la octava de Corpus, citando el decir de don Luis D. Correa. Supone la folklorista, transcribiendo a Humboldt, que la danza de los diablos fue ensayada en Venezuela en una misión a orillas del río Tomo a iniciativa del Padre Zea "para hacer representar de una forma burlesca las ceremonias en las cuales los Piaches conjuran el espíritu malo loloquiano". Estos diablitos aparecen todavía en algunos pueblos de Aragua, Carabobo y Cojedes. Los famosos de Yare son "muy venezolanos", tanto por sus trajes como por su organización, que es similar a la de "algunas cofradías medievales que subsistieron en América y que estaban destinadas a la ayuda mutua y a servir a la religión católica, aunque muchas veces ésta servía de pretexto para encubrir adoraciones extrañas".

Esta especie de sociedad de auxilio mutuo que constituyen los Diablos de Yare está integrada por hombres, mujeres y niños que han hecho promesa al Santísimo de bailar por uno o varios años para que los libre de un dolor o una enfermedad. Pagan una cantidad que está fijada por la costumbre en cuatro bolívars al año el hombre, dos la mujer y uno el niño; pero que en la práctica reciente, como me decía su presidente, se reduce a dar cada uno la que puede; dos, tres o cuatro bolívars o nada. Al presidente, cargo que fue creado hace sólo cuatro años para dar una dirección estable a la agrupación, le asiste un secretario, y los dos componen la junta administrativa. El grupo mismo de los diablos está mandado por un Capataz, que durante las ceremonias lleva una máscara de cuatro cuernos; un segundo Capataz, con una de tres cuernos; el cajero o tamborero, que hace uso del único instrumento, un tambor chato y redondo sobre el que redobla; el arriador, con dos colas y "chuchito" (pequeño látigo), y un arreador ayudante. El resto son diablos de dos cachos. Hay también la Capataz, que manda con una máscara de tres cachos a las mujeres, que no llevan ninguna y bailan sólo un rato con alguna prestada.

¿Y por qué lleva su máscara tres cachos? –le pregunté.

¿Por qué? –me respondió preguntando– ¡Quién sabe!...

Fui a visitarla en su ranchito de techo de palma. Es una mujer magra de facciones finas y expresión inteligente. Una vecina, al pasar, le preguntó por la reunión.

– Sí, esta noche, casa el cura...

– Pues, m'hija, yo no voy, porque yo sólo me enteré por fuera, porque nadie me dijo nada...

Y siguió para su ranchito allí mismo, en El Arbolito, como un tieso incendio amarillo y rojo, bajo el terrible sol del mediodía. Los diablos también se enfadan, y aquí habrá en torno a las típicas fiestas de Corpus las pequeñas dificultades de relación humana o de diablo que hay en todas partes. Es lo que quise recoger en este reportaje; no las pequeñeces del vivir diario, pero sí el aliento humano de la terrible representación diabólica que se ha hecho famosa en Yare. Me pareció interesante saber qué hace un diablo en el resto del año, y pregunté por el Capataz. Pero antes fui a visitar a la Capataz, que es otra autoridad. Primero por eso, por ser mujer, y después porque El Arbolito, donde vive, es la entrada natural del camino que lleva directamente a la iglesia, el centro de la población.

Carmen Simona Palma es Capataz de diablos desde hace tres años que murió Cayetana Valdés, viuda de un viejo Capataz que vivía en El Arbolito. Es socia desde hace diez años, pagando la promesa de bailar mientras viva por la curación de "una puntada que me daba en el lado izquierdo". Su legión de diablos es aproximadamente 30, que son de San Francisco o vienen de Santa Teresa, Santa Lucía y "de esos montes". Carmen Simona tiene cuatro hijos: Silvino, Dionisio, Aurora e Isabel, que ya le han dado "un montón" de nietos, "que son diablos de verdad". Está casada con Saba Utrera. Trabajan un conuquito "en esos tumbaos" que se ven desde el Arbolito, sembrando maíz, yuca y quinchoncho.

– ¿Vende la mercancía?...

– ¿Vender? –se me ríe mostrándome burlonamente las encías vacías– pa'comer nada más.

5

San Francisco de Yare continúa aún dividiéndose en haciendas. Están las de Moreno, Nazareno, Arratia, San Juan, Gallego, La Puerta, San Antonio, La Bosúa, La Pica, Tazón, La Azada, Piñango, donde nació Guillermo Machado, y la hacienda Moreno, propiedad del guayanés Domingo Sánchez, donde trabaja actualmente de capataz de peones este Capataz, con mayúscula, de los Diablos de Yare.

Cuando llego allá está sentado sobre un tractorcito, fumando tabaco, como un rey negro. Tiene una sonrisa amplia, grande, de dientes blancos y dientes amarillos de oro, y un andar y unos gestos de hombre tranquilo, de hombre bueno. No parece que tiene los 50 años que dice. Cualquiera le echaría 40, a lo más. Viste braga azul, tiene sus pies desnudos metidos en unas botas sin trenzas y se cubre con un sombrero de cogollo. Están con él, además del patrón, Frascarella Romeo, Augusto Barreto, Porfirio Cerdeño y Angel Di Marco, los cuatro cantores de la misa que el nuevo cura Vito Anelli prepara para el Corpus. Siembran caña, yuca, tomate, repollo y maíz, pero sobre todo caña, que es el fuerte de la hacienda Moreno. Están trabajando "apurado", porque llega el invierno. Hay que sembrarlo antes de mediados de mayo, que es cuando comienzan las lluvias. Es la única que se dedica enteramente a la agricultura, porque las demás haciendas sólo se ocupan de la cría de ganado.

6

Guillermo Machado se levanta todos los días a las cuatro de la madrugada "cuando aún está bien oscuro", en su casita de dos piezas de bahareque sin encalar que habita en El Empedrado con Josefina y Margarita. Despierta a "Tato", un perro flaco y asustadizo, y a dos tortolitas que tiene metidas en jaulas de alambre colgadas de un horcón, y monta su tractorcito, "que es el burro de él, que está tan gordo". Enciende el primer tabaco cumanés "peruano" de los ocho que fuma durante el día, alumbrando con un fósforo la calle El Empedrado, que es de pura tierra, y dice al vecindario con el ruido de su motor que el Capataz de los Diablos de Yare comienza su jornada de trabajo, que no es precisamente tentar a nadie.

A esa hora ya hay luz en la hacienda. Lo recibe siempre el patrón Domingo Sánchez, alumbrándolo con una linterna. Los trabajadores no llegan sino a las siete. Pero él se acuesta a las ocho de la noche y no puede aguantar en casa hasta que amanece, para disgusto de su mujer que "se pone brava" porque apenas está en la casa. Pero ya le está construyendo una casita en tierras de la misma hacienda "pa'que no esté tan celosa y se le quite la mortificación de que anda por fuera". Ahora que están sembrando, hay sólo quince hombres trabajando, pero cuando cortan caña en enero suele haber hasta 80 y 90 hombres. Están todos bajo la supervisión de Guillermo. Pero además de sus responsabilidades de caporal, él surca, va a aporcar la caña (ponerle tierra a la pata como al mes de sembrada la caña, cuando tiene unos 15 cms.), hace de carpintero y se ocupa también de toda la mecánica. De esto, de componer alguna pieza, de andar de aquí para allá, charlar con Domingo y tomar un café se ocupa hasta las siete, cuando ya todos van

a trabajar. El anda montado en su tractorcito de un lado al otro de las quince hectáreas de hacienda, echando humo de tabaco como una caldera de vapor. A las 8, el desayuno. Pero no siempre, porque si hay que hacer aguanta con un cafecito hasta las 12.

¿Lo que come un diablo?

Cuando fui a verlo iba a almorzar con macarrones, a la italiana, preparados por Romeo. En la hacienda comen de todo, "comida internacional". Pero más a menudo come, porque le gusta, caraotas negras, corronchos, arepa, casabe y café. A veces Domingo trae una botella de vino "para darle alegría al cuerpo". Y a trabajar de nuevo, hasta las cuatro de la tarde. Después, una partida de dominó "sin trampas" que dura a veces, para la desesperación de Josefina, hasta las siete y ocho de la noche. Casi siempre él juega pareja con Romeo, contra Domingo-Angelo, y a pesar de ser diablo pierde muy a menudo. A veces se quedan, para mayor desesperación de su esposa, todos a cenar en la hacienda. Pero casi siempre coge su tractorcito y se va, "tac-tac-tac", unos dos kilómetros a comer a casa.

7

El Capataz de los Diablos de Yare trabaja en la hacienda Moreno desde hace cuatro años. Antes estuvo 17 en la hacienda Piñango; los tres primeros como medianero, trabajando en tres tablones de caña que le dieron para que los fundara, y después de capataz, hasta que se vino con el mismo cargo para la Moreno, donde está "feliz". Domingo, su patrón, dice que es muy trabajador, porque si no, "no fuera lo que es". Le gusta la fiesta y el baile, pero "ya estoy viejo", dice.

El primer capataz de que tiene recuerdo es Mauricio Sanoja, quien estaba cuando comenzó a bailar diablo; después vienen Manuel Portero y Augusto Sanabria, su antecesor, que se retiró el 54. Ahora son unos cien entre mujeres (de 20 a 30), niños (de 10 a 20) y los hombres que manda él. Hay quienes vienen de Santa Teresa, de Santa Lucía, de Ocumare y hasta de Caracas, para cumplir sus promesas.

8

El escenario principal de los bailes de Corpus está compuesto por la anteiglesia o altozano y tres cruces que hay en San Francisco de Yare, mejor dicho, tres lugares de cruces: uno con una cruz en El Empedrado, donde se baila el miércoles; otro en El Arbolito, donde se baila el jueves, y otro con tres cruces, El Calvario, donde hacen el velorio este mismo día. Estos, como los demás puntos (El Teque, Bellavista, El Bautizo, Los Guayabitos, El Cují) del casco diríamos, de San Francisco, están casi desiertos, tranquilos, cuando los recorremos en compañía de Pedro José Hernández, pelotero-torero que limpia la iglesia, hace de Sacristán, cuida de los ornamentos, los altares, el jardín, toca las campanas, canta en el coro, cuida de los monaguillos, ayuda él mismo la misa, todo por 30 bolívares a la semana.

Pasamos por delante de la casa de Francisca Méndez, quien cose el traje de diablo a Guillermo ("que necesita seis metros") por 24 bolívares, y llegamos a la de Luis F. Zamora, presidente de la sociedad desde hace cuatro años, el primero de su larga historia, quien guarda los 1.500 bolívares que tienen en caja y atiende las necesidades de la cofradía. Me dice que como no hay más ingresos que los de cada año por Corpus, es poco lo que se puede ayudar a los cofrades: pero siempre se da "un socorro" para atender alguna necesidad urgente de entierro o enfermedad larga.

9

Y el diablo grande y negro que tiene una mujer que se llama Josefina y una hijita de tres años, Margarita, que baila diablo desde hace 17 años y anda ya por los cincuenta, aunque no los parezca, regresa a su trabajo en la hacienda Moreno montado en su tractorcito, "tac-tac-tac", como un rey negro fumando tabaco, vestido de sombrero de cogollo, braga azul y botas sin trenzas, con una sonrisa grande de dientes blancos y amarillos de hombre pacífico y feliz, de hombre bueno.

"Santísima Cruz de Mayo"

"Guá, eso es el Velorio de Cruz, las décimas".

Cecilio Concepción, en Ocumare de la Costa, sabe lo que es la *Cruz de Mayo* o *Velorio de Cruz* o *Velorio de Mayo* o *Velorio de Santo* como lo llaman en Barlovento para distinguirlo del *Velorio de Muerto*. Y cuando lo dice, así debe ser. Con pequeñas variantes, es el mismo motivo de devoción que comienza con un rosario piadoso y termina a palos y desmayos de muchachas, porque si no, "el Velorio no estuvo bueno". Parece que antes había más respeto y más devoción en las celebraciones; las prácticas de piedad han decaído mucho.

El Velorio de Cruz se celebra desde la víspera del 3 de mayo, día del año 326 en que fue hallada la verdadera Cruz de Cristo y en cuyo recuerdo fue instituida la fiesta de la Invencción de la Santa Cruz. En Venezuela se celebra desde la Colonia, con algunos añadidos y sustituciones de rito negroide y de recuerdo indígena que le da un sabor propio. Como la fecha coincide con la terminación del verano y la llegada de las lluvias, se ha mezclado el motivo religioso con prácticas paganas de sentido igualmente místico. Cecilio Concepción dice que donde se celebraban antes los velorios (Boletín del Instituto del Folklore, vol. 1, n.º 6) era en las haciendas de café y de cacao, colocando la Cruz en medio del patio donde se asolean los frutos.

Hay variaciones en la forma de vestir la Cruz, en la forma de cantarle, en la forma de bailar y en la de tomar; el elemento común más característico de la tradición es, como dice Cecilio Concepción, *la décima*.

2

En folklore venezolano se está todavía en período de recolección. Todavía hay que trabajar bastante para dar conclusiones que generalicen los aspectos más importantes del rico folklore venezolano. En cuanto a las décimas, hay varias maneras de decir o cantarlas. Las más conocidas son el *galerón* (manera oriental o margariteña) y la *fulía* (manera barloventeña). El galerón lleva acompañamiento de guitarra y cuatro, cantando las *decimitas* con el fondo musical. La fulía se recita, no se canta, interrumpiendo su peculiar música de tambora, charrasca, cuatro y maracas cuando alguien dice en el Velorio:

– ¡Hasta aquí!... o "¡Dijo bien!"...

Y dice una *fulía de versito*:

"Tú no me quieres a mí,
no me tienes en la mente,
sabiendo tú que yo fui
contigo tan complaciente".

Hay también otras maneras. En Lara, por ejemplo, se cantan las décimas a varias voces con instrumentos de cuerda: *cuatro, cuatro y medio, cinco* y otros instrumentos del rico caudal musical larense.

La décima es una de las estrofas poéticas más usuales en el folklore literario venezolano. Su invención se atribuye a Vicente Espinel, poeta y novelista andaluz del siglo XVI; por eso se le llama también *espinela*. La décima popular venezolana ha modificado poco su técnica de metro y rima. Originalmente se trata de una estrofa de diez versos que riman: 1.^a con 4.^a y 5.^a, 2.^a con 3.^a, 6.^a con 7.^a y 10.^a, y 8.^a con 9.^a. En la décima popular venezolana se dan diversas combinaciones y a veces se les llama cuartetos. Esto tiene su razón de ser, porque la glosa en Venezuela es una composición poética formada por un cuarteto y cuatro décimas (Folklore y Cultura, de Juan Liscano, Editorial Avila Gráfica S.A., 1950). Los recitadores llaman a cada décima *pie*.

El pie es el verso con que termina forzosamente la décima, y al que tiene que rendirse el recitador o el cantador.

3

En una décima recitada en Barlovento por Edmundo Hernández (colector: Miguel Cardona), el pie es: *señores, llegó el turpial*. Entonces la primera décima de este primer recitador dice:

Este canto de fulía
ya yo lo tengo olvidado,
porque lo tiene ajado
los cantos de fantasía.
Nunca ha tenido teoría,
ni sabe argumentar,
ni se saben expresar,
ni dar una relación;
para más satisfacción:
Señores, llegó el turpial.

Los recitadores tienen que alternar con los demás en orden, por la derecha. En Barlovento, cada decimista recita cuatro pies. Quiere decir que hay cuatro ruedas de cantadores o recitadores, cantando de izquierda a derecha. En un tiempo había improvisadores; hoy casi todos se defienden con décimas que conocen de memoria. Pero hay algunas normas. Todos tienen que continuar con el tema que se ha iniciado. Puede ser *a lo divino*, *o flores* (de amor) o *de repiquete*, llamado *argumento*. Cuando alguien no se acuerda de un pie de décima, se dice que "cayó en el saco". Si al cabo de un minuto aún no se acuerda, continúan los demás.

El que contesta a Edmundo Hernández es Cruz Avila. Este primer pie del segundo recitador dice: *donde canta loro real, no canta cucarachero*, y la décima se sujeta a él:

Cesa, trovador, tu canto,
que te quiero contestar,

aunque acabo de llegar
de los confines del campo.
Yo sé que causas espanto
con tu cantar placentero;
pero probarte yo quiero
que no he tenido rival,
donde canta loro real,
no canta cucarachero.

En cada una de las cuatro décimas que dice, el recitador tendrá que ceñirse al mismo pie de la primera.

4

La forma de *vestir la Cruz* varía de una región a otra. También hay diferencias en la elección de las cruces, en las formas de ofrecer los obsequios, que son particulares de cada lugar, y en el de los juegos. Por ahora vamos a referirnos a la disposición que tienen las cruces de mayo en general, partiendo de una construcción casera de altar en Barlovento. (Colector: Miguel Cardona):

Se coloca una mesa, se añade el segundo piso de un cajón que haga bulto "más arriba", donde se colocan, una vez cubierto todo con un lienzo blanco, tres o más cruces vestidas de papel rizado. Este altar se adorna con flores y hojas tiernas (rosas, trinitarias, cayenas). Se cubren todas las paredes con sábanas o telas de colores, y sobre el altar se coloca un *cielo*, una sábana blanca que rebasa el altar como una visera de un metro. En el mes de mayo se visten generalmente todas las cruces que hay en la casa, aunque no sean para el velorio. Se acostumbra también poner en el altar *santos de cuadro* guindados con cabuyas amarradas en el techo, flanqueando el altar. Si el Velorio se hace en un patio, se construye una *enramada* "como una especie de casa". Las velas se encienden durante el Velorio sobre platos o candelabros esparcidos sobre el altar y tienen que estar prendidas hasta que se quite, aunque el Velorio dure hasta la madrugada, como ocurre casi siempre.

Me decía el cuentista Alfredo Armas Alfonzo que en Clarines (Anzoátegui), de donde es él, y casi toda la costa oriental, la Cruz del Velorio no se pone en un altar, sino que se adereza alguna Cruz de las que existen en las salidas de los pueblos. En Clarines, por ejemplo, la Cruz del Zorro, hacia la carretera nueva; la Cruz de Belén, y la Cruz de Loma del Viento, hacia el río. Hace unos 20 ó 25 años se alternaban los velorios de todas las cruces; hoy se conforman con una sola. Estas cruces no se visten de flores ni de papel; sólo se les cambia el sudario ya viejo que cuelga todo el año por uno nuevo hecho de género blanco, grueso, con esquinas de tira bordada. Después se levantan unos arcos con ramas de taparo y flores (las llamadas *Napoleón*, en Clarines, que son las flores de acacia, o *flamboyán* o *matrimonio* o *Josefina* o *trinitaria*) contruidos con cuatro varas clavadas en los cuatro ángulos en torno a la cruz.

En el Llano, me contaba el historiador y poeta J.A. de Armas Chitty, la Cruz se adorna con flores y ramas de cayena, y frente al altar le hacen una calle sembrando matas de topochos a los lados. En Santa María o en La Pascua o El Sombrero ya no se

prenden velas sino luces. En Zaraza (Guárico), dice F. Gustavo Chacín en su folleto (Tip. Principios, Caracas 1951), que son *capitanes* los que preparan la Cruz y disponen todo lo relativo al Velorio, porque ellos aportan el dinero. La fiesta da comienzo a las 12 del mediodía del día 3 con una detonación. *El sapo*, artillero, ha encendido el trabuco.

5

En Zaraza comienza el Velorio de Cruz con las mujeres que rezan y cantan *salves* y con hombres que celebran las ocurrencias, a veces soeces, de algún asistente. Después de los rezos, las mujeres cubren apresuradamente la Cruz y las imágenes para "no irrespetarlas", y los músicos piden a la gente que formen círculo o *prenda*, para un juego de prendas en que las muchachas las entregan a cambio de recibir un nombre que el cantador secretea a su oído. Entonces el que pedía las prendas, *arrenquín*, dice como un grito:

- ¡Compañero!...
- ¡Aquí estoy, compañero! –contesta otro, y añade:

"Arriba de aquella loma
tengo un palo colorado,
donde pongo mi sombrero
cuando estoy enamorado".

El arrenquín pregunta entonces:

- ¿De quién está enamorado, compañero?...
- De una flor.
- Y ¿cómo se llama la flor, compañero?
- Cundiamor, compañero.

La muchacha al oír su nombre secreto, deja su asiento y en el centro del círculo *se engancha* "con algún galán que se le sonrío más cerca, suspirando los dos".

Después de la "cadena de amor" se celebra "el aguacero de Dios", que consiste en unos versos que canta el arrenquín acompañado de individuos que tocan la guitarra y maracas, y coreados por los presentes, ejecutando lo que dicen los versos, como en el juego de "Doña Ana":

"Aguacero de Dios,
no me vengas a mojar,
nos mandas que zapatiemos
y debemos zapatiar"...
"Nos mandas que demos vueltas
y vueltas debemos dar"...
"Nos mandas que nos agachemos
y nos vamos a agachar"...

En Santa María de Ipire se reza el rosario con mucho respeto y después entran los asistentes, de uno en fondo, hacia la Cruz, como en danza. Después tapan la Cruz con

una cobija o una sábana ("¡Tápame la Cruz!") como un signo de respeto antes de comenzar el baile. En Las Mercedes hay cantos análogos, pero más espaciados y más ricos en figuras. En Clarines se prepara la Cruz y reza el rosario el 2. El 3 ya la gente llega como en romería. En el lugar hay puestos de arepitas y rosquitas fritas, empanadas de carne, y anís y ron. Quienes hacen los preparativos, *dueños* de la fiesta, son los que viven en la casa que está frente a la Cruz y la cuidan durante todo el año. Ellos tienen la responsabilidad de obsequiar el carato (bebida fermentada de maíz) para los hombres, y el amorcito (bebida rosada hecha de azúcar, ron blanco, esencias y *anilina* para darle color) para las mujeres, y también de brindar a los músicos con unos palos (palos de músico, *cochineras*) que son en realidad vasos grandes de ron. Se celebran varios velorios en el curso del mes. Existe la costumbre de que en la sala de la casa que tiene a su cuidado la Cruz y la fiesta pongan una Cruz pequeña adornada con papel rizado.

6

En algunos lugares se distribuyen invitaciones para los velorios de Cruz. Tengo a mano uno del caserío Arismendi (Isla de Margarita) que dice: *Velorio a la Santísima Cruz Aparecida. José Inés Quijada tiene especial gusto en nombrar a usted, en unión de fulano de tal padrinos del velorio que en homenaje a la Santísima Cruz Aparecida tendrá lugar en esta población. Sábado, 27 de mayo próximo. Dios pague a usted su generosa contribución para esta festividad.*

En Caracas, la Cruz de Mayo se celebra en algunos barrios que conservan esta tradición y en algunas asociaciones y en los hogares.

Los elementos folklóricos originales se están perdiendo, y la mayoría de las fiestas se convierten en un baile más. Y después, contados los meses, como dice F. Gustavo Chacín, la gente dice al nacer un niño: *es de mayo, diciembre o abril*, porque son los meses del amor.

El Velorio, que se celebraba por devoción ("ni se tomaba ni se fumaba") o promesa, se celebra ahora casi siempre cuando se quiere fiesta. Se bebe chicha de arroz o de maíz, guarapita; carato hecho de arroz molido o de maíz fermentado, papelón y especias (clavo y canela); *amargos* como anís, berro, canela y capuchino; después se reparte palo, y se sabe que no hay buen velorio si la fiesta no termina con un escándalo gordo.

Hay también Velorio a fin de mayo y la entrada de junio, en el que se celebra la ceremonia en la que "la Cruz la entrega a San Juan" (Ocumare de la Costa), pero el del 2 ó 3 de mayo, que comienza con un rosario piadoso y termina a palos y desmayos de muchachas, es la *Cruz de Mayo* o *Velorio de Mayo* o *Velorio de Santo*, como lo llaman en Barlovento para distinguirlo del *Velorio de Muerto*. Pero si hay alguno, entonces es Velorio de verdad.

Semana Santa en Paracotos

Paracotos es donde está la iglesia. También son Paracotos los caseríos de Maitanita, Poquere, Mapurite, Macagua, El Samán, Palo Negro, Ocampo, Los Mangos, Piedras Azules, Taica, Los Angelinos, Sacua, La Magdalena, El Latón, Los Lirios, El Paraparo, Oripipa, Puerto Escondido y El Hato, que suman para el municipio diecinueve nombres para cuentos y alrededor de 5.000 vecinos para contarlos; pero Paracotos es donde está la iglesia, con su placita de domingo sin estatua y con puestos ambulantes de dulces, sus breves hileras de casas, como montoncitos; sus sombras de árboles para amarrar las bestias; su silencio de aldea; sus gentes sosegadas que no suman por todo más de dos o trescientos. Y para llegar aquí hay que salir del asfalto fácil y tomar un camino de tierra que no va sino a Paracotos.

Paracotos es donde está la iglesia porque este modesto campanario tocado de bóveda llama a misa para todos, aunque vivan en caseríos distantes varias leguas. Y porque aquí están la tradición religiosa con los santos de su devoción, el confesionario y la procesión, y el sacerdote que bautiza al hijo o reza el responso de muerto o casa como manda Dios, y donde, además, se celebran las fiestas patronales, donde se encuentra la gente amiga después de dos meses, donde se habla de siembras, de cosechas y de plagas; donde los jóvenes cambian miradas como semillas, donde los viejos se despiden por última vez.

2

Cuando llego a Paracotos hay música de orquesta. Está tocando el "Pópule Meus". Pero a pedacitos y repitiendo. Es un ensayo. Para ir a Paracotos se baja por una carretera de tierra, y para cuando se llega al pueblecito el sol calienta unos grados más. No sé si es por el calor o porque está escuchando el ensayo, la gente de aquí no hace ruidos, ni ladran los perros; el pueblo entero parece recogido como un anciano tomando el sol. Acaso un poco afectado por la tristeza que puso Angel Lamas en su hermosa música al cincuenta salmo de David.

Es fácil seguir en Paracotos la huella de una risa o un lamento o una voz. Más fácil es dar con una orquesta que está ensayando. Es en la casa cural. Una casita con piso de ladrillo y techo de caña que guarda un pozo de sombra. Allí, casi en la oscuridad, están los músicos. La mayoría son profesionales de la "vieja guardia" con cuartel en la esquina de La Torre. Los contrató en Caracas Francisco J. Oria para miércoles, jueves y viernes de la Semana Mayor. En esta habitación, contigua a la del párroco, duermen y ensayan para las funciones de la iglesia y las procesiones de estos tres días de Semana Santa en Paracotos. Están Fidel Méndez, que toca el violín; Gerardo Borges, el contrabajo; Andrónico Morales, la trompeta; Antonio Erice, el trombón y Antonio Guerra, la batería. Está también con ellos el maestro de capilla Domingo Gallardo, un músico larense que da el tono y canta con voz de iglesia.

Aún en la sombra hace calor. Dan la espalda a la puerta y leen sus partituras como pueden, colocándolas sobre el lavamanos, sobre el catre o aguantándola con la mano, como Gallardo, que tiene una libre. Alguien se acuerda entonces de que hay un atril en la iglesia. Como en todos los pueblos, aquí también hay un muchachito despierto que anda detrás de los forasteros, se inquieta por todo lo que llega de fuera, y terminará viniendo a Caracas y hasta acaso siendo periodista. En cuanto llegué me dijo que se llamaba Luis Blanco, y ahora está curioseando con el trombón de Erice.

– Este, éste nos va a traer el atril...

Y Luis está unos minutos después de vuelta con el único atril de Paracotos.

– Hay que entrar con la voz aquí... Ta...ra...ra-ri...ra...

Y el grupo de los veteranos músicos caraqueños ensaya con el entusiasmo joven de su vocación.

Cuando voy a visitar al párroco, en la puerta contigua, oigo entre compás y compás: "¿Cómo es la voz?"... o "Entramos aquí, después del calderón"... o "¡Entren, pues!"...

3

El presbítero Francisco Troiani estuvo un año en Catia, seis meses en Ocumare del Tuy y llegó a Paracotos dos días después de la pasada Navidad. Lo recibieron bien. Está contento de ser el párroco del pueblo. Antes la iglesia estaba atendida por el Padre González Ecarri, que no podía desplazarse desde Caracas sino una vez por semana, los domingos. Ahora el Padre Troiani celebra misa todos los días, visita los caseríos regularmente y celebra tres misas los domingos: a las 7 y 9 y media en la iglesia de Paracotos y a la una de la tarde en la capilla de El Hato.

– Mis feligreses colaboran muy bien. Ya hemos comprado calvarios nuevos, unos candelabros que nos hacían falta, las cortinas...

Y el buen cura se incluye en el pueblo con una sencillez fácil, sin poses.

– Padre, ¿tocamos las campanas?...

Es un muchachito con su inconfundible cara de monaguillo.

– Sí, el primer toque...

– ¿Cómo han afectado los cambios litúrgicos de la Semana Santa en el área rural?, – le pregunto.

– Pues, muy bien. Creo que bastante mejor que en las ciudades, porque reportan algunas ventajas. En Paracotos hay caseríos distantes tres horas y media de aquí. Antes tenían que madrugar mucho para los oficios de la mañana. En ocasiones, después de llegar muy tarde de los oficios nocturnos de la víspera. Ahora, con la misa de la tarde del Jueves Santo y otras conveniencias, les es más fácil cumplir con sus obligaciones.

El municipio de Paracotos se dedica casi enteramente a la agricultura, y es generoso, como la tierra. Sin embargo hay que recordarle de vez en cuando sus deberes para con su iglesia. La tradición de la Semana Santa es un buen motivo. Al final del programa editado para la ocasión, hay una nota que dice: "Se ruega la generosa cooperación de todos a fin de que resulte muy solemne la Semana Santa. También se les recuerda el mayor orden en las procesiones. Las personas devotas podrán obsequiar cirios para el

monumento, entregando el valor de los cirios directamente al Párroco o en la Casa Parroquial".

4

El segundo toque de la misa vespertina de Jueves Santo sorprende al cura en el confesionario. La iglesia está casi llena. Sobre todo mucho niño. Niños de pecho; niños ya un poco más grandecitos sentados, de pie, en brazos, con su peculiar lenguaje de gracias, lloriqueos, risitas y griticos delgados como de sirena. Los hombres al fondo, a la entrada, medio en el templo, medio en la calle, como su fe. Las mujeres, siseando con gesto apurado, como si se sintiesen responsables de cada impertinencia y de cada lloro de sus hijos. Los primeros bancos, a derecha e izquierda, para dos o tres hileras de Hijas de María, vestidas de blanco, con cintas y fajas azules y velo blanco.

Ya hace un rato que sonó el segundo toque y el párroco sigue confesando una a una a las muchachas. Apenas hay un minuto, o menos, para cada una. Es un confesionario chiquitico. Todos pueden ver al cura inclinando la rejilla con las piernas fuera del confesionario. En una ocasión se levanta y pregunta a alguien que está en los últimos bancos:

– ¿¡Te confesaste!?...

Los niños callan un momento. la gente voltea, para ver, y enterados de que el sujeto ya está confesado, continúan las confesiones de medio minuto o de un minuto, a lo más.

Todas las imágenes, excepto las de la Dolorosa, el Cristo y San Juan, además de los nuevos calvarios colgados de las paredes, están rigurosamente cubiertos de morado, según el ritual. La iglesia tiene un reciente techo de madera (a excepción de la Sacristía, que lo tiene de caña). Aún faltan cosas que acondicionar, pero es una iglesia muy aseada. Desde la sacristía se ve el andamiaje del Monumento. Encima del altar, cuyo sagrario está ahora en la sacristía, se ha colocado otro altar. Desde la entrada semeja un imponente altar catedralicio.

Mientras el cura confiesa a las chicas, hay unos cuantos monaguillos y aspirantes que manejan los objetos de culto con esa desenvoltura fácil y hasta un poco irreverente de los iniciados.

Las anotaciones de las obras de construcción se llevan aquí en las paredes. Hay una nota que dice: "octubre, recibido 25 sacos de cemento". Y una firma. Y "setiembre 24 de 1954, recibí del chofel de Negrón 40 sacos de cal", y la misma constancia de nombre responsable. No hay en la sacristía flores de papel: todas son frescas. Entre monaguillos hay rivalidades inocentes: "Antonio repica mejor que tú". "Pues no, porque a mi me enseñó Aleris". Después me entero que Aleris es un antiguo monaguillo que es autoridad en el repique de campanas.

Ya hay más de quince minutos de retraso en el horario de la misa cuando entra el párroco en la sacristía. Mientras se viste sus ropas recoge la forma de consagrar y hace advertencias: "Cuando la gente se arrodilla no hay que tocar la campana"... "Lleven la matraca a su sitio... ya saben que la única campanilla hoy es la del Gloria, más o menos a un minuto de comenzada la misa; después se toca la matraca"...

En esto llega una señora: "Padre, ¿hace falta el palio hoy?"... ¡Claro que hace falta el palio! Y la señora Alejandrina, que es la que guarda el paño en su casa, "que es muy piadosa y muy buena", acaba de darse cuenta que hay procesión. Y en cuanto la señora Alejandrina sale corriendo a buscar el paño del palio, advierte el Padre:

– ¡Y recuerden que después hay procesión!...

– ¿Entonces a la Gloria se toca la campanilla?...

– Sí, la campanilla, la campanota y todo lo que haya... Pero no me toquen nada al alzar, ¡eh!... Antonio, prende seis velas, "de las más bajas"... ¡vamos, vamos!...

Cuando el Padre se pone la casulla blanca (Eucarística) y sale al altar hay un retraso de 25 minutos. Pero en Paracotos no hay urgencia como en las ciudades. Los niños están un poco ruidosos, eso sí: acaso nerviosos por el calor. Cuando me encamino al coro, tropiezo con dos perros que no quieren alejarse de sus amas a pesar de las amenazas y los puntapiés.

El coro tiene el campanario a un lado. Al Gloria comienza un repique que dura un tiempo largo. La orquesta y el órgano tienen que callarse y esperar que termine. Cuando se muere el repique aún queda por un tiempo un eco agudo tropezando en los techos cerrados de la iglesia.

El "órgano" es del tamaño de una maletica, con dos pedales como chancletas de carro. El maestro de capilla lo ha colocado encima de un pequeño andamio hecho de bancos para poder ver por encima de la baranda al oficiante mientras toca y canta. Tiene que contestar al sacerdote, acompañar a la orquesta, tocar en los intermedios, dar las entradas y sujetar las hojas del libro que le mueve el viento.

6

Toda la ceremonia resulta lucida, hasta el sermón y la compostura de los niños. Para cuando termina la procesión, la iglesia está completamente llena y fuera aguarda gente como para llenar otra iglesia igual.

La conmovedora fe del campesino es simple, tranquila, que a fuerza de sencilla parece a veces irrespetuosa, pero que da la verdadera medida de la buena intención y lo cerca que se encuentra, por su contacto con la tierra, con las cosas de Dios.

El milagro de San Francisco de Tiznados

– Creció un tantico así...

Y el hombre del pueblo separa dos dedos como tres centímetros.

A pesar de ser de madera reseca de cien, doscientos años, el Cristo de poco menos de un metro que se venera en San Francisco de Tiznados ha roto el cristal de la urna en que ha estado colocado "desde siempre", y ahora le rebasan las puntas de los pies.

Las campanadas de "¡mi-la-gro, mi-la-gro!"... han ido sonando de corazón en corazón y de casa en casa y de ruina en ruina en San Francisco, de hato en hato en la sabana, de caserío en caserío y de pueblo en pueblo en el Guárico. Y toda Venezuela se llenó hace pocos meses del prodigio cuando llegó la campanada del nuevo milagro por el periódico.

2

"Este pueblo –dice el Ilmo. Sr. Mariano Martí, en su relación de la Visita General que en la Diócesis de Caracas hizo entre 1771-1784– es de vecinos españoles y gentes de otras castas. Unos habitan dentro de la población y otros en los campos, donde tienen sus sementeras y principalmente hatos de ganado vacuno, de mulas y de caballos".

En aquel entonces, y según la minuciosa relación de Monseñor Martí, había en San Francisco de Tiznados 619 hombres solteros, 266 hombres casados, 441 mujeres solteras, 269 mujeres casadas, 343 párvulos, 302 párvulas y un total grande entre blancos, indios, pardos, negros y esclavos, de 2.240 habitantes. La mayor proporción era de negros, con 1.132; después venían los esclavos, con 345; después los pardos, con uno menos, 344; en penúltimo lugar los blancos, con 283, y por último los indios, con 136 habitantes, de los que sólo 16 hombres casados.

El 28 de abril de 1780, cuando llegó la autoridad eclesiástica a San Francisco, era una población próspera. Las rentas anuales del curato ascendían a 101 pesos, con 110 más de primicias, 265 de ovenciones y "misas cantadas de devoción" y bautismos, casamientos y entierros, 96 pesos al año de derechos de sepultura y velaciones, y 4 pesos al año de limosnas, haciendo un total de 576 pesos.

San Francisco de Asís de Tiznados tenía doble población de la de Ortiz, que sólo contaba en el tiempo de esta visita pastoral de confirmaciones con 1.187 habitantes, con una mayoría de 796 blancos.

3

San Francisco, a orillas del río Tiznados, está hoy, con más casas muertas y menos esperanzas de caminos, a diez leguas de Ortiz.

Una bandera en ruinas encaramada al asta de la jefatura civil dice que aquí también llega Venezuela. Y lo dice también la voz y la cortesía campesina de esta gente que se presenta al visitante con sencillez ceremoniosa:

– Angel María Bolívar, encargado de la jefatura, para servirle...

Le acompañan el señor Henríquez, el que está dirigiendo las obras del nuevo templo, y el alguacil, con su bicicleta en la mano...

– Anda, Jesús, acompaña a estos señores a la iglesia... Déjate esa "bicha" en cualquier sitio. No te la quitan, porque nadie sabe manejarla...

Y la única bicicleta del pueblo, con sus luces, sus cintas y sus chucherías de bazar, queda recostada al muro de baharaque con el aire tristemente inútil en este caserío sin caminos.

– El periódico llega "por tiempos", sí –explica el señor Bolívar con sus venerables mostachos blancos– cuando viene el correo, que llega a caballo o a burro o a pie, como cuadro y esté el tiempo. –Y sus 72 años se resienten al subir la cuesta hacia la iglesia–. Este pueblo lo mató el paludismo. Cuando lo vencieron, ya el pueblo estaba muerto. El remedio llegó un poco tarde. Lo que ahora hace falta es la carretera... Mire, esto era la Calle Real; más alláita quedaba la Calle El Porvenir, y más abajo la Calle Bermúdez... Ahora sólo quedo yo. Los demás murieron o han nacido después de que el pueblo quedó en este caserío arruinado... Y a mí ya me cogió la noche y no puedo salir...

San Francisco de Tiznados está en una ladera de cerro con unas pocas ruinas en pie y mucho monte piadoso cubriendo las que se cayeron. En el altozano que domina las pocas casas que quedan y las huellas de lo que fueron calles trancadas, pisadas de gente, voces de niño, taller de artesano, están las ruinas erguidas de una iglesia como habrá muy pocas en todo el país.

A pesar de las grietas en los arcos, los rotos de ladrillo y mampostería en sus columnas y en sus muros de medio metro; a pesar de tener íntegro su techo tendido muerto en escombros, a pesar de los nichos vacíos, la pila bautismal en posición de entierro, el coro sin voces, la torre sin campanas, el altar vacío de ornamentos, el atrio sin gente, la iglesia de San Francisco, con su extraordinaria armonía de formas y proporciones, el venerable silencio de muerte en que viven sus ruinas infunde un respeto, un recogimiento y un sentido tan profundo de lo ultraterreno, que mueve al visitante a oración.

En el medio de un amplio espacio de plaza, hay una columna con una inscripción que dice: "El Municipio San Francisco al eminente Juan Germán Roscio, 1890". Encima, el busto que el pueblo erigió con orgullo al hijo que tomó parte en la firma del Acta de la Independencia, cargando desde el amanecer hasta la noche el sol a plomo del llano sin más compañía que el monte ocioso y aquella soledad de ruinas y de silencio. Frente al busto del civilista, en torno a la cárcel en ruinas, a la casa donde nació en ruinas, a todo el pueblo cayéndose a pedazos, el único vestigio de voluntad de vivir: la nueva construcción de asbesto y bloques de la nueva iglesia, que parece un gran garage.

Al lado de la construcción a medio hacer o medio parar por falta de medios, dos campanas colgadas de una troza a dos metros de altura. Una fundida en 1861, la otra en 1867. Las dos vocean con timbre de esquila el repique de las fiestas por febrero (el 2 y el

3), cuando bajan las aguas del invierno, y doblan mirando al cielo, como todo auxilio espiritual, cuando conducen al muerto envuelto en un chinchorro.

Y medio en ruinas, pero todavía en pie, la casa cural sin cura, donde han encontrado refugio las imágenes desde hace 12 años y donde el cura, que sube de Ortiz por fiestas a bautizar y casar, celebra su Misa una vez al mes.

4

Lo que era la casa cural son dos piezas de 4 por 5 metros con techo de planchas de acaproy caña, muros de bahareque y piso de ladrillo. De día claro se ve el cielo a través del techo, y cuando llueve debe caer agua también. Las imágenes están cubiertas con paños que ya están sucios de las goteras. La urna de cristal está sobre una mesita cubierta con un mantel de plástico y encuadrado por cuatro jarrones de flores frescas, frente a la puerta de entrada y frente a la única ventana, que da por el muro opuesto a la plaza de Roscio. Delante, un Niño Jesús metido en una cajita con un lado de vidrio y un platillo con plata. La talla de madera del Cristo, de gusto sobrio y de mérito, está rodeada de flores de papel de todos los colores, y una carta que dice con letra no muy torpe:

"Señor Presbítero Juan Bautista Lara Aponte, Cura de Ortiz y de San Francisco de Tiznados. Para el Sr. Cristo. Petición y promesa". Y al dorso: "Reverendo Padre Lara Aponte: dándole las gracias para que tenga la bondad de ponerme esta petición al Santo Cristo en un lugar seguro. Va la firma mía en otro sobre. Todavía no quiero publicarla; más después, cuando él me lo conceda".

Hay un cajón de madera llena de hojas sueltas del libro de bautizos del siglo pasado, comidas por el comején, velas encendidas sobre potes de leche vacíos de marcas que se cantan por la radio con estribillos, hay murciélagos colgados de las cañas que de vez en cuando se mueven muy feo por entre las vigas de acaproy, y todo da una triste sensación de abandono y soledad.

Pero el Cristo está en buena compañía. Están con El, que está colocado en el centro de la habitación puesto sobre una mesa en una urna de cristal con el armazón pintado de azul para las últimas fiestas y rodeado de flores de papel: la Virgen Dolorosa, curiosamente ataviada de blanco; un San Francisco de casi dos metros y cien kilos que regaló el General Crespo a fines de siglo y fue cargado en hombros desde Ortiz con refuerzos de comisiones venidas de toda la región; dos cristos de tamaño natural con paños rojos gemelos en la cintura; una Virgen del Carmen y una Virgen de la Luz de rostros ingenuos cubiertos hasta el cuello con unos paños color morado pálido; un San Francisco "chiquito", la antigua imagen milagrosa que se venera en el pueblo, y otros dos "San Francisquitos" que parecen copiados del mismo modelo. Hay, además, un Santísimo de madera con disco de metal amarrado con una cabuyita, guardado en un nicho de madera, del que cuelgan milagros; un San Juan Bautista con manto rojo y dedo erguido; un Cristo de la Pasión, descansado de cruz, y un ángel con las mejillas sonrosadas de siempre.

La voz del pueblo, que es la voz de Dios, dice que el milagro del crecimiento de la talla de madera del Cristo se venía produciendo desde hace unos cuatro o cinco años, pero el milagro tiene apenas unos pocos meses de edad.

Cuenta Angel María Bolívar, que nació hace 72 años en una Calle Real que ya no existe, que Pancho Carmona, juez del municipio, fallecido recientemente, y Mercedes Avila, trabajador que también se dedica a ensalmos, venían una noche hacia San Francisco cuando divisaron una luz flotando sobre las ruinas de la iglesia. Los dos hombres corrieron al lugar. Estaba todo como de costumbre, solo y a oscuras. Impresionados por la visión, se les ocurrió llegar hasta la vieja casa cural, donde estaban las imágenes, y vieron con sorpresa que el cristal anterior de la urna del Cristo estaba salido sin romperse, a pesar de las pestañas de madera, y las puntas de los pies de la imagen rebasaban la urna, a pesar de estar su cabeza pegada al cristal opuesto. Fue cuando las campanadas de "¡mi-la-gro, mi-la-gro!" sonaron al golpe de voz y de emoción y de recados, y después comenzaron a regresar a pasos de peregrino desde muchos rincones de Venezuela y de comisiones organizadas en Ortiz, en Calabozo. El Padre Peña, que "es de aquí y está ahorita por Cazorla", formó parte de una de estas comisiones y dio fe de que aquella imagen había cabido siempre perfectamente en aquella urna. El Señor Obispo visitó la imagen por fiestas en febrero, en visita pastoral.

Esto tiene, naturalmente, a los 80 habitantes que quedan en el caserío que antes era la población progresista de San Francisco de Asís de Tiznados, esperanzados de que se va a reconstruir la iglesia y se les hará la justicia de construir una carretera desde Ortiz.

Mientras tanto, los 50 muchachos del caserío y los cientos que hay en toda la jurisdicción, carecen de escuela; no saben cuándo podrán terminar la iglesia, que parece un garage, pero tiene techo de asbesto; los hornos de cal y ladrillo seguirán fríos en espera de alguien que quiera encenderlos; el maíz y la menestra que cultivan en sus flacos conucos no podrán competir con los de Ortiz, que tiene población que compre y carreteras que llegan a alguna parte donde vender; el ganado que se vende a San Juan y a Valencia tendrán que bajarlo a pie diez leguas, los hombres seguirán ganando un fuerte y hasta tres bolívares al día y comida, sin esperanza de redención; los vecinos del caserío seguirán dependiendo de una planta de gasoil que se descompone a menudo y deja a oscuras las casas arruinadas del caserío, y seguirán confiando, impotentes, en que el Cristo que creció tres centímetros quiso darles así una demostración de su poder. Y acaso les dé, además, una carretera.

Las cruces blancas de los negros

Librada Monasterio es una negra curiepera que acaba de cumplir sus ochenta con el cuerpo livianito, en los puros huesos.

Es como si se hubiese quemado una vela de cera negra hasta el cabo, y aguantase erguido, hueso de polvo, el chicharrón del pabilo.

O como si su estrecho pellejo de cristiana vieja estuviese atravesado de huesos cuando dice como un lamento:

"La gente antigua sí cree, pero la nueva no".

En lo que cree la gente antigua como ella es en la Soledad de Piedra, una Virgen de madera muy dura, como piedra, que "antes estaba en la capilla del Calvario" y ahora la tiene ella entronizada en una pobre pieza de bahareque con más devoción que en una Catedral.

Ella, que está viviendo sola, no estaría todavía contándose los huesos del costillar, o sintiéndose los codos como alfileres, o abrazándose a sus rodillas como quien se agrarra a una empalizada, si no fuese por su "Compañerita", que entre otras gracias tiene la de que "no hay quien la levante si Ella no quiere".

Alfredo Armas Alfonzo y Luis Felipe Ramón y Rivera, con el espíritu deportivo e irreverente de la gente nueva, probaron que la Virgen de la Soledad de Piedra se dejaba levantar en brazos, aunque apostarían yo que la anciana le estaba rezando para pedirle angustiosamente un milagro.

Fernando Madriz Galindo, curiepero de nacimiento, con su color y todo, miró la prueba como quien ve salir un "encanto" del río Curiepe y como si le sonasen en las sienes los golpes del tambor redondo.

Fue al salir al patio, un patio resguardado y tranquilo que mira todo el pueblo desde la alzada cabeza de un cocotero, cuando Librada Monasterio nos hizo la revelación de que la Soledad de Piedra, que es "antigüísima, de los antepasados", estaba creciendo.

Como está creciendo el Cristo de San Francisco de Tiznados. Allá estaba pidiendo una carretera. ¿Qué pedirá la señal para Curiepe?

La anciana dijo que sí recordaba a la Virgen cuando era más pequeña; pero se escurrió discretamente de la responsabilidad de una mentira que a los ochenta años debe ser un pecado muy gordo, sin fijar ningún tamaño; y me reprochó la insistencia con una mirada antigua y lejana, sin rencor, como repitiendo el comienzo:

"La gente antigua sí cree; la nueva no".

Y me sentí irreverentemente nuevo, como escapado de un hechizo de Librada Monasterio, una piadosa negra curiepera que acaba de cumplir sus ochenta años con el cuerpo livianito, en los puros huesos.

Así es como debe ser muy fácil subir al cielo

2

Fernando Madriz Galindo es un hombre culto. No a la manera como algunos entienden la cultura, artificiosa y llena de citas; sino la de raíz, la que aflora en la actitud del hombre frente a todas las razones y todas las consecuencias de la vida.

Fernando es un fino observador, y un respetuoso intérprete de la vida que le rodea. Penetra, como Juan Pablo Sojo, con profunda emoción en las tradiciones de su pueblo, que es como decir en la entraña misma de su ayer, donde se gestan los dolores de muerte y las risas nuevas de los niños.

Está recogiendo en cuadernos de escuela, con una caligrafía sosegada, como semillas nuevas, pedazos del alma popular que otros están despreciando como sobras. Como si la humanidad pudiera permitirse el lujo de ir perdiendo por el camino, no la plata ni el oro, con los que se dan baños de civilización a los hierros colados de muchas relucientes inculturas, sino las semillas del trigo, del maíz espiritual, simientes del pan humilde que ha alimentado la vida de hombre desde que tiene memoria y tiene imaginación, y de la que no podrá pasarse en la era atómica sin diluirse en un inmenso rebaño de máquinas con dos botones.

Con Fernando Madriz Galindo visitamos silenciosamente a Juan Pablo Sojo tendido entre sus dos viejos, en un cementerio tan lleno de cruces (y de cruces tan blancas en un cementerio de negros) que ya están desbordando el cerro, y han comenzado a pedir para los curieperos mayor espacio donde caer muertos.

3

El güetepereque, que tiene la concha muy dura, está matando los cocos de Barlovento. Es un animalito muy ladino, de sólo unos tres centímetros, que no se anda por las ramas, sino que se mete dentro de la tierra y se come el corazón de la mata, porque como en los hombres, es por donde se mata mejor a los cocoteros.

Primero se caen los cocos; después se van desgajando, una a una, las palmas; luego, el tronco se queda artificialmente de pie, como algunos hombres; así como se mantienen, clavadas, las estacas.

Hay también en Barlovento otros bichos que sin ser el güetepereque se están comiendo la vida misma de Curiepe, y de Barlovento entero.

Cuando todo el valle era unas pocas haciendas, y todos los negros eran una sola familia maldita de esclavos, el negro no tenía derecho a tierras. Luego, ya liberto, que es como decir abandonado a su suerte, sembró el negro sus frutos menores; sus plátanos, su ñame, su maíz, sus caraotas, su frijol. Se los secó despiadadamente el sol, se los pudrió sin piedad el agua del invierno: los dos azotes de Barlovento. Ni un embalse para guardar la lluvia que sobra, ni un triste riego cuando el sol se bebe las raíces de los frutos.

Entonces todavía no había caminos, y había que cruzar, para ir a Caracas, sube y baja, baja y sube, la serranía a pie. Por Capaya, por Guatire, por Petare. Se gastaban tres días, y hasta cuatro cuando los pies estaban viejos. Luego, con la bendición de la

carretera, que tiene los pies ligeritos y llevan en medio día hasta Caracas, llegó la maldición de los güetepereques de corbata, los "tragatierras de por ahí", cambiando dinero, poco dinero, por tierras, anchas tierras, y los ojos blancos del negro descubrieron con pasmo que por donde se compraban las tierras se construían los caminos.

Y miren ustedes cómo a veces los caminos traen desgracias.

Antes, cuando todavía el ferrocarril transportaba las cosechas desde El Guapo hasta Carenero, que era un hermoso puerto que se arruinó, los racimos de cambur se mandaban de madrugada por el río Curiepe, en las canoas, y cuando regresaban al anochecer se repartía la plata tanto para el canoero, tanto para el conuquero, y todo el dinero se quedaba en Curiepe, que es como decir en casa. Ahora uno entrega al camión un racimo de 22 kilos de cambures que llegó a lomo de hombre desde cuatro o cinco kilómetros, le pagan dos bolívares (porque el conuquero está a merced de los camiones que lleguen), y el camión y el racimo se van por la nueva carretera, a Fernando no le importa la velocidad que llevan.

Esto es lo que hay en la región de Curiepe. ¡Ah!, y dos trapiches, esa es toda la industria. Y un olor un poco agrio, pero sabroso, de pequeñas esteras de cacao secándose al sol en los patios, o en las aceras. Y muchos negros, alrededor de 2.500. Y también un cura blanco, un padre italiano con su pobre casa de adobes llena de niños jugando a la adivinanza, mientras él trabaja (bañado en el sudor de Curiepe en pleno mediodía) reparando aparatos de radio y otros artefactos eléctricos.

Con tanto güetepereque encorbatado como ha llegado a Curiepe, se salva, entre otros, el Padre Ernesto, este cura italiano a quien las misas no le rinden ni para sus limosnas, y tiene que dedicarse a reparar los aparatos eléctricos del pueblo para comer.

Y con lo que hay en Curiepe, que entre otras cosas tiene para enterrar a uno cristianamente, hay algunas cosas que faltan.

Si alguien que enferma de gravedad (que está dentro de los posibles) no lo llevan con mucho apuro hasta Caucagua o Río Chico, los únicos lugares donde hay hospital en todas las 300.000 hectáreas que tiene Barlovento, hay que ir pensando en lo que cuesta una urna.

Hay un dispensario, pero sin apenas medicinas.

Antes había para un remedio, algunos brujos ("brujos buenos", "médicos prácticos" o "curiosos", los llama respetuosamente Fernando), como Segundo Berroterán en el caserío La Balsa, o José Flores, que llamaban el "gran curioso", porque es el que "sacaba más de los del oficio en Curiepe".

Ahora parece que no queda ni uno para remedio, porque "están dementes".

Entre las cosas que afortunadamente ya no hay, y es una bendición que falte, está un fotógrafo que Fernando nos dice graciosamente que era "uno de esos que llaman esbirro". Este pájaro hacía las fotografías y luego, si le molestaba algún vecino, mandaba el denuncia a la Seguridad Nacional con ficha fotográfica y todo.

5

Pero todavía quedan en Curiepe, y es importante consignarlo, hombres como Fernando Madriz Galindo, y como el Padre Ernesto, y decimistas capaces de cantar, y niños que conocen ya el daño que hace el güetepereque y miran a la carretera como algo que hay que andar para aprender la manera de eliminarlo, sin por eso dejar de vigilar los huecos de los bonos para la ñapa guindados en la pulpería; porque hasta eso, que es tan poco, es un pedazo del alma del pueblo que hay que salvar para la ilusión de los niños que vienen.

Así va creciendo la ciudad

– Por aquí quedaba el conuco del chino... y más allá estaba el sembrado de Joan, el portugués... Lo vengo a reconocer por esta mata que está aquí...

La señora busca una dirección: avenida número 1, quinta "Coromoto", con un papel en la mano.

– Señora, esa dirección puede valer para cualquier urbanización de Caracas. ¿Está segura de que es aquí?

– Sí, señor, que la familia González vive aquí. Me lo dijeron antier. Yo conozco bien esto, ¿sabe? Esto era "todo vegas y siembra de chinos, italianos y portugueses". Yo vivía ahí mismito, en La Vega, y venía a comprar repollos, coliflores, zanahorias, nabos y lechosas "casa el chino" o "ande el portugués", que tenía el sembrado aquí mismo, junto a esta mata... ¿Está bien distinto!... Y que se fueron los hombres para Santa Teresa y para Ocumare del Tuy...

La mujer del pueblo tenía el aire perplejo de haberse perdido en su propia casa. Abría y cerraba el libro nuevo de su papel de dobleces entre sus azoradas manos y levantaba la vista reparando en las matas, los árboles, como si quisiera ponerlos de testigos de su confusión.

– Dicen que la tierra era demasiado costosa para sembrar legumbres...

Así de tristes se callaron las humildes azadas de mano y llegaron al relevo las palas mecánicas a sembrar casas, que son más caras que los repollos, las zanahorias o los nabos...

1

Los índices del crecimiento caraqueño toman pie en el año 1936, un año crucial para el alma y el cuerpo de Venezuela.

En ese año-base del desarrollo caraqueño el área de vivienda continua estaba encerrada en los límites La Pastora-San Juan y Catedral-Candelaria, para decirlo por parroquias. El área de comercios estaba, naturalmente, reducido a estos límites también. El sector de viviendas aisladas llegaba tímidamente hasta el Paraíso, La Florida y Los Chorros, en zonas separadas de la ciudad. Asomaban dos o tres puntos de ubicación industrial al sur de Santa Teresa, en sus límites con el Paraíso. Lo que son hoy las Colinas de Bello Monte y Las Mercedes; San Bernardino, Altamira y El Bosque; La Floresta, Camplo Claro y Los Cortijos; La Vega, Las Fuentes y Artigas, eran sembrados.

Para 1950, desde Catia hasta Santa Rosa y desde Lídice hasta Los Castaños se había convertido casi en un solo bloque de área habitada con casas pegadas unas a otras, con grandes bloques de vivienda continua en Urdaneta-Nueva Caracas, Tiro al Blanco y Santa Rosa.

Esta expansión del área de asiento caraqueño se alimentó con un flujo de población sin paralelo en la historia del país y seguramente en cualquier ciudad del mundo. Los

163.000 habitantes del censo de 1936 eran 359.000 en 1941, 800.000 en 1950 y hace ya 50 días (que es mucho en el transcurrir caraqueño) que Caracas alcanzó el millón.

Y el comercio se regó con la explosión, alcanzando con sus mostradores de queso de mano y papelón de modesto origen o sus elegantes vidrieras de maniqués hasta los lugares más alejados de la corriente de vida caraqueña, hasta sumar casi 600.000 establecimientos comerciales. La industria, casi inexistente en 1936, ha creado centros importantes en Catia, Las Vegas, San Agustín, San Martín, Artigas, Santa Teresa, Candelaria y Los Cortijos de Lourdes.

2

Esta brusca expansión de Caracas ha creado un cambio radical en el uso de la tierra.

De las 542 hectáreas que ocupaba el área caraqueña en 1936 ha llegado a casi 5.000 hectáreas, que valen aproximadamente 7.000 millones de bolívares. De esa superficie desarrollada actualmente existe un 40 por ciento vacante. La ciudad podrá ocupar en un futuro inmediato hasta unas 7.500 hectáreas, de las que un poco más de la mitad, unas 4.000 hectáreas, están vacías.

La población irregularmente ubicada en esta superficie tiende a una restructuración urbana que encuentre un equilibrio natural. Las aglomeraciones al oeste y centro de la ciudad registran para el año 51 unas densidades medias de 400 habitantes por hectárea, llegando hasta 800 en El Silencio, en contraste con la pobre densidad de la zona urbana del Este, que apenas da de 20 a 100 habitantes por hectárea. Ya la expansión hacia el Este ha adquirido un auge sorprendente.

Se estima que la población saturada del área metropolitana será de 1.200.000 habitantes. Los núcleos satélites que se formarán en las vastas zonas del sur de la ciudad, región de Baruta y El Hatillo, podrán elevar esta población a 1.400.000 habitantes.

Este aumento de población ha requerido una pujante actividad constructora. En el Distrito Federal, de los seis millones de bolívares invertidos en construcción en 1941, alcanzó 10 años después a casi 300 millones anuales, y 144 millones para el Distrito Sucre del Estado Miranda, produciendo un índice económico de 577 bolívares por habitante y año, considerado el más elevado del continente.

3

Y este auge de construcción ha valorizado comercialmente la tierra de una manera también brusca.

En el año 1938, la zona caraqueña que cobraba 900 ó más bolívares el metro era un puntico en la Plaza Bolívar. La tierra que valía 50 bolívares el metro estaba dentro de los límites de La Pastora, parte de San Agustín, Catedral y Candelaria. Ya al este de San Agustín, o El Paraíso, o en Catia, era más barato. Los terrenos del Country Club valdrían entonces alrededor de los 40 bolívares.

Hoy, el valor máximo sigue fiel al centro de la Plaza Bolívar. De 2.000 a 3.000 bolívares el metro vale en una superficie de dos cuadras de lado en su derredor. Ya de 1.500 a 2.000 bolívares el metro son cuatro cuadras de lado. De 900 a 1.500 bolívares el metro vale en una superficie de ocho cuadras. De 600 a 900, en doce cuadras. De 350 a 600 en 25 cuadras. Y 50 bolívares el metro cuadrado de tierra le vale a usted hoy en cualquier rincón de cerro a muchos kilómetros de la Plaza Bolívar.

4

Por esta razón se han tenido que ir los chinos y los portugueses de La Vega a Santa Teresa o para Ocumare del Tuy, porque los nabos o los repollos o las zanahorias se daban muy caras en tierras de urbanización. Rinden más construyendo casas o vendiéndolas a pedacitos a quienes mantienen la ilusión de construir un día una casita por su cuenta.

La tierra se ha llenado de cal, de piedras y ladrillos, y hombres de muchos pueblos manejan los elementos en este entierro de tierra fértil que murió añorando raíces con riegos tibios, abonos sustanciosos, pisadas suaves de hombres encariñados con la tierra, de cascos lentos de las bestias cargadas de frutos. Pisos de cemento y de macadam van cubriendo poco a poco superficies de tierra que no darán una brizna de hierba o una flor silvestre o un humilde gamelote en mucho tiempo. Y encima vendrán mujeres del pueblo, hombres del pueblo que la acariciaron muchas veces, y llegarán con papeles en la mano y buscarán una dirección y se guiarán por tal o cual mata que aún queda de pie y llorarán por dentro, perdidas sobre el asfalto.

Así es en La Vega y por los lados de Bella Vista y por la Urbanización Las Palmas de La Colina, y por Los Chorros y Valle Arriba, y por Santa Mónica y por Bello Monte y La Carlota y por San Bernardino, por todos los costados del crecimiento caraqueño.

5

– *Tuto* esto era pura casa –me decía un *albañile* italiano que llevaba 15 días *parato* en Pagüita. Y me mostraba el altozano despejado de Miraflores.

El italiano que vive de Paraíso a Poleo desde que llegó hace cinco años conoce bien el lugar, porque ha contribuido a hacerlo tal cual se ve ahora.

– Yo conozco bien esto, ¿sabe? Esto era antes "siembra de chinos". Yo vivía ahí mismo, en La Vega...

Y la mujer, que había nacido ahí, andaba con un papel de muchos dobleces en la mano buscando una dirección.

– ¡Está bien distinto! –decía azorada.

Y así, por fuerza de afecto o por prurito económico o por necesidad vital, los brazos nuevos de Caracas son como hijos recientes que hay que conocer cada mes, cada día y cada hora, que en todo tiempo están naciéndole a la ciudad que pasó del millón, rincones nuevos, como hijos, que muchos caraqueños no conocen.

Las flores llegan con el rocío

De noche son puntos de luz, como luciérnagas. Se encienden y se apagan sobre la espalda, después sobre el vientre y luego a los pies del Avila como gusanos de luz. Ahora, que hay luces en el terminal del teleférico, impresionan menos. Pero hasta hace unos meses, cuando el negro macizo del corpachón avileño aparecía aún virgen de huellas, el signo de farol del hombre transportando flores del Galipán a lomo de bestia en noche cerrada para que llegasen frescas como el rocío en la madrugadita alumbraba dulces rincones de ensueño infantil.

El encanto está a punto de perderse, porque las bestias tienen ahora un competidor muy serio: la camioneta.

Vencidas hace tiempo sobre el piso de macadam y cemento de la ciudad, las bestias soñaban todavía con mantener el desafío de la rueda cerro arriba, por veredas y caminos de invierno que ellas conocían tan bien. Guardaban celosamente el privilegio de venir cargadas con los atados de flores frescas de los jardines del Avila. Y salían cerro abajo de noche trancada, presumidas, con las cinchas bien ceñidas, la carga bien pareja, oliendo a nardo y a capullito de alhelí, seguras de cruzar la noche con el rocío y llegar para la madrugada.

Pero hace como un año, una tarde de corte de gladiolas y calas en el jardín de los Brito Carvallo en San Isidro, se presentó una camioneta del valle de Caracas con sus ojos apagados. Era el desafío. El artefacto continuó después su camino hacia Manzanares y San Antonio y San José, mirando al mar, hacia La Guaira.

"Ese bicho feo no pasa por esos caminos de noche", se dijeron las bestias al emprender camino. No habían llegado a la fila cuando les espantó con sus ojos prendidos y su corneta y se les adelantó cargado de gladiolas y claveles de San Antonio.

Desde entonces las bestias viven un poco humilladas, con el aire triste de estar diciendo con las orejas: "¡Qué se le va hacer, son los nuevos tiempos!"...

2

Las flores que llegan a reír y llorar en Caracas son del Galipán. Pero el Galipán es San Isidro, que es la parte más alta, y además Manzanares, San Antonio y San José, bajando de la fila para allá, hacia La Guaira.

En la vertiente del Avila que da al valle de los Caracas no se crían flores. Los jardines del Galipán están todos mirando al mar. Es la tierra y el agua, es el sol y es el aire. El clima que requiere el cultivo de la flor es tan particular que hasta de Valencia, de Barquisimeto y de Puerto Cabello vienen a buscar las del Galipán.

También cultivan algunas zanahorias, repollos, ajoporros y nabos, y recogen duraznos, lechozas, cabellos de ángel, higos, naranjas, cambures, parchitas y fresas que llevan al mercado de Quinta Crespo; pero el cultivo que da nombre a los jardines de

Galipán son las flores. Y recalcan desde hace muchísimos años en la primera esquina con que tropiezan al llegar a Caracas:

– Esta es la esquina de San Luis –me dice Narciso Morales, asomando el rostro entre calas y gladiolas. –Pero ahora que han roto las esquinas para ensanchar la Norte-Sur, ya no es la misma...

3

En los jardines del Galipán se dan toda clase de flores. Algunas especies, como la de gladiolas, se obtienen de semillas holandesas que se consiguen en la cava de El Valle, pero la mayoría nacen de semillas criollas.

Los cultivadores son de la región o llevan mucho tiempo en ella. Tienen, a tan poca distancia de Caracas, sus giros idiomáticos particulares, sus maneras de fumar pipa y calar el sombrero de pelo de guama, su forma de ser montañero, hasta su retraimiento peculiar de campesino.

Magdaleno Díaz, un hombre anguloso y largo, descargaba de su bestia enormes abrazos de ataditos de hortensias, calas, azucenas y lirios frescos, tiesos, como recién cortados, cuando le pregunté:

- ¿Hay algún cultivador extranjero en los jardines?
- "Musiús no, pero isleños sí hay"...

Uno de estos isleños que no es musió es Francisco Brito Carvallo, de Santa Cruz de la Palma:

– "Habemos cinco o seis nada más"... "Un hermano mío se vino primero, le gustó y me llamó. *Este es el sitio*, me dije, y me quedé, me casé y tengo una niñita de ocho meses"... "Aquí la flor es fácil. Tengo tres hectáreas y media de tierra de cultivo. Lo que las flores necesitan es un poco de verano, porque llueve demasiado"...

Y requiere mucho cuidado; ese cariño que él pone al hablar de sus flores y de su trabajo. Después, tienen que ayudarles el tiempo, claro. Ahora, por ejemplo, ya llevan quince días de verano, y pueden cortar flor todos los días.

- ¿A qué hora es mejor?...
- A cualquiera; la flor se puede cortar allá arriba a cualquier hora del día.

Quien parecía más enterado del tiempo y de sus milagros y supersticiones es Narciso Morales, un hombre menudo y locuaz que lleva un tiempo en Caracas y sabe lo que es reportaje. Dice él que hay tres meses de invierno: mayo, junio y julio; después tres meses de verano: agosto, setiembre y octubre; y vuelta a empezar con algunas alternativas. Total, que cambia el "temperamento" cada tres meses. En verano "merma" la flor un poco, pero demasiado invierno tampoco es bueno. Ahora, a fines de febrero, hay lo que llaman "la cañuela", una superstición aplicada a la vida agrícola y a la que se le responsabiliza de que se pudran las flores.

A veces una siembra de flores se da mejor que otras. "Esta azucena se me ha dado muy buena –decía uno a su presunto comprador– Llévesela, que es una flor *muy tentadora* y me la van a quitar".

En los jardines del Galipán no se necesita riego. Hay veces que tardan cuarenta, cuarenta y cinco días, como el año pasado, sin ver más sol que el que les calienta cuando bajan a Caracas. La flor se cultiva allá "a la voluntad de Dios". El abono que usa la mayoría es el de bestia. Recientemente se están probando algunos abonos químicos, pero es una novedad. Angel Brito Carvallo, hermano de Francisco, ha conseguido una azucena "escandalosísima, fenómeno" con la ayuda de un "veneno" (abono químico) muy bueno.

4

Hasta hace alrededor de un año transportaban las flores a paso de bestia solamente. Desde que "acomodaron" un poco el camino ya tienen los amortiguadores de carro a su disposición. Ahorita hay dos camionetas que se dedican a este acarreo.

Poco a poco, el vehículo irá sustituyendo al animal. La bestia se demora algo menos de una hora al bajar y casi tres de regreso. No es mucho, pero tiene algunas desventajas importantes frente al vehículo de motor: 1.º, la flor se estropea más al traqueo de paso de bestia (aunque presen bien el atado) que con el movimiento de la camioneta; 2.º, con la bestia no se puede bajar la flor de día, porque se calienta y estropea, mientras que en carro no sufre daño alguno. Por eso es que antes bajaban las flores sólo de noche y ahora llegan y se venden a cualquier hora del día.

5

Pero a pesar de todo, mediodía es mal calor para exhibir flores. Ya tendrán tiempo de secarse después de vendidas. Para cuando comienzan a llegar las camionetas ya son las cuatro y media o cinco; y las bestias vienen llegando por recuas de dos o tres o cuatro en el curso de toda la noche. Los días de más afluencia de flores son jueves y viernes. Son veinte, treinta, cuarenta vendedores de flores al por mayor con su mercancía de preciosos colores extendida en el suelo, sobre sacos, sobre lonas. Los campesinos se acomodan sin estorbarse, uno al lado del otro, con los colores de las flores casi juntos, combinando preciosas banderas vegetales de paz y de fiesta. Y hay voces de amigo y de compañero que cruzan el aire sobre las flores, sobre las cabezas, sobre las bestias, que también son parte del grupo:

"¡Ah, Pepe, ven acá!"

"¡Ah!; burro!"... "Echale un cuerazo a ese burro, para que se me venga p'acá!"

Martín González va liando grandes paquetes de 60, 70 kilos, por ataditos cortos de ocho, diez flores: "Cuanto más apretada se ponga la flor, menos se estropea"...

Reclama un vuelto a alguien que pasa cerca: "Dame dos bolívares"..."No tengo sencillo"..."Búscalos y quedamos amiguitos y en gracia de Dios"...

Y Martín sigue explicando a su comprador: "... así, las azucenas quedan cubiertas; tienen los claveles debajo y más claveles encima, y quedan tapaítas... Antes le puso 60

docenas de calas en cada bulto; allí iban las gladiolas criollas y los nardos blancos. Y aquí va mi ñapa", le da a la mano unos manojitos de capullitos de alhelí.

"¡Me quedan 400 claveles, Segundo!... Y se siguen con la vista uno a otro, noblemente: "Mira cómo se llevan la azucena de Juan!"..., y se alegran. "La cala de Martín está a peseta"...

Y para las ocho y media o nueve la esquina de San Luis comienza a descongestionarse un poco. Los claveles del rojo vivo hasta el rosadito, las calas blancas, las gladiolas de diversos colores, los lirios "moraditos", *los ámame buena moza* como hijos de margarita, los *nidos de amor*, los nardos blancos, *los botón de oro*, las margaritas, las *espuelas de galán* y los *dragones* multicolores van tomando al azar sus efímeros destinos de perfume y de colores, a llorar un luto o alegrar un bautizo o una boda o a llegar de sopetón en un ramillete con mensajes que nadie puede llevar como una flor, con desenvoltura bien distinta, por cierto, a la humilde intención de las manos campesinas que las cultivaron.

En cuanto se les habla de precios, los vendedores se encogen de hombros y tuercen un poco el gesto. Hay precios "buenos y malos", y quedan taimaditos, como si hubiesen dicho algo. No quieren que los interpreten mal. Ellos son mayoristas. Los revendedores tienen que ganarse su pan también. Además, los precios cambian mucho. Cambian todos los días. Los capullitos de alhelí se venden más o menos a bolívar el paquetico; las azucenas varían hasta de 10 a 40 bolívares el ciento, según calidad y días; el clavel, desde 15 a 50 y hasta 80 bolívares el millar, la cala, de 3 a 4 bolívares la docena; el lirio varía desde un humilde real la docena hasta 12 bolívares en noviembre; el nardo, la flor más fina del Galipán, desde 2 hasta 10 bolívares la docena; el botón de oro y la margarita, de 10 a 15 el millar; la espuela de galán y el nido de amor, a bolívar las doce flores.

Y cuando ya suben de regreso con su luz de farolito en la noche se llevan 200 ó 400 hasta mil bolívares de flores vendidas. Estos son los "totales" que ellos hacen cuando bajan a Caracas. Hay tardes que se reúnen en la esquina de San Luis 50.000 y 60.000 bolívares de flores, y en noviembre alcanzan los cien mil. Regresan con el kerosén, el arroz y el aceite que necesitan sus mujeres en las cocinas, y alguna que otra golosina para sus hijos, porque un viaje a Caracas supone para los niños la fiesta de llegar a la ciudad de los carros, los dulces, las vidrieras y las tantas cosas sencillas que llenan el mundo del ensueño infantil. No los traen más que en solemnidades de comunión, bautizo y alguna fiesta grande porque "es un viaje muy cansado".

6

– Y, ¿cómo han recibido al teleférico allá arriba?...

El campesino del Galipán, como todos los campesinos del mundo, es muy cauto ante la novedad:

– Pues bien...

– Pero ahora el viaje a Caracas es más fácil –insisto.

– Para los que viven en San Isidro, les queda muy cerca, unos 300 metros. Para los de San Antonio, Manzanares y San José les queda muy a desmano; pero claro que es una ventaja...

– ¿Y para el transporte de flores?...

– Bueno, resulta un poco caro, porque hay que contar con llegar hasta el terminal del teleférico, después pagar la carga y por uno mismo, y volver a pagar para venir de Maripérez aquí... Y después el regreso otra vez... –Y el hombre queda con aire tan cansado como si hubiese dado la vuelta al mundo.

El hábito de venir a la esquina de San Luis les impide siquiera pensar que podrían venderse las flores en otro lugar que no sea la tradicional esquina de flores; en Maripérez, por ejemplo.

Por ahora les basta enfrentarse a la novedad de la camioneta, que ya hay dos funcionando. El resto seguirá por un tiempo amarrado aún a sus bestias, subiendo despacio con las luces de sus faroles apagándose y encendiéndose a cada va y ven, como gusanos de luz, para los que miramos de lejos, desde el valle alumbrado, el negro macizo del Avila.

La Bolsa de la música

Desde la "Avelino Venezuelan Boys" del "loco" Avelino, y de "Los Indios del Sur", y de las mocedades del compositor Valeriano Ramos en la esquina de La Torre a las modernas orquestas de "cha-cha-chá", parece haber el puente largo de un pentagrama de siglo lleno de notas sin un solo silencio. Y sin embargo, de sus contemporáneos "Los Continentales" de la primera Radio Caracas, que llamaban Broadcasting Caracas para que sonara a más musiú, a la Caracas ya musiú de hecho de las modernas orquestas de dancings, radio y televisión no van más de 25 años.

Que es lo que va del tranvía al avión, de la pajilla a la cachucha, de las excursiones de dos días a Los Chorros al teleférico, del "bueno" al "Okey", del recato al descotado y de la retreta al cabaret.

2

Pero la tertulia pre-teleférico de los músicos de la "guardia vieja" en la esquina de La Torre no ha muerto.

A pesar del tráfico, desafiando los ríos de gente que transitan por esas aceras, hay un grupo de músicos que siguen amarrados a las orillas y no se dejan llevar por la corriente. "Esos son los nuevos", dicen como una concesión cuando alguien les habla de los demás, y continúan en pie con sus estuches de hule usado, sus forros negros de clarinete, decorando de dignidad el viejo cruce de caminos, como esperando un tranvía para El Valle. Y siempre hay familias que se acuerdan del cuatro de Rafael Valera o del banjo y el contrabajo de Pablo Emilio "Cachapita", hoy del conjunto "Napoleón" y a cualquier hora del mediodía o de siete a nueve pasan en un carro y los llevan para amenizar un cumpleaños o una boda.

Hay algunos de la época de transición que cumplen con la guardia tradicional en la esquina de La Torre y después llegan al "bulevar" del capitolio, frente al "Ayacucho", como por azar. Así vi a Nicolás Salcedo, que comenzó como trompeta con el maestro Bonnet en 1928, y hoy es saxofón y trompeta sin puesto fijo.

"Uno llega a La Torre por costumbre. Después tiene uno que acercarse aquí si quiere trabajar".

Los jóvenes como Lías Guerra, un carupanero a quien quisieron meter a telegrafista y a sus 22 años que cumplió el martes de carnaval es "el trompeta más joven y de mejor sonido" a decir de Mujica Torres, ya vienen derechos a conseguir "un tigrito".

"Un tigre" o "tigrito" o "toque" es un trabajo para una noche o para una tarde. Le llaman así al trabajo por lo bravo que se pone a veces y por lo que hay que hacer para conseguirlo. Y de la suerte depende alguien más que el músico. Estos artistas que parecen tan despreocupados y tan alegres tienen también sus esposas y sus hijos y sus problemas serios. Son trabajadores con problemas familiares, igual que otros. Trabajadores especiales, eso sí.

3

Me lo decía P. Riera, un músico-artista filósofo de camisa negra y opinión generosa:

– El problema nuestro es el fuerte. Pero aquí no hay capitales (sacó el suyo: cinco medios como diez cafecitos; instó a hacer lo mismo a su compañero Carlos Tomás García, saxofón y clarinete, y volcó un bolívar cincuenta). Entre nosotros hay como un cincuenta por ciento que nosotros llamamos metódicos; se ajustan a cualquier grupo que les ofrezca un "tigre, sin preferencias de compañeros ni fiestas ni ambientes; van a su trabajo, tocan exactamente las notas de ritual, cobras sus reales y hasta otro grupo del próximo "toque". Y hay otra mitad, que siempre hay dos mitades por lo menos, que llamamos "bullangueros", que prefieren ganar unos bolívares menos a condición de tocar en los lugares que les agrade o con ciertos compañeros o a ciertas horas; acaso no se ciñan estrictamente a sus papeles, pero ponen lo personal del artista; en la fiesta son más fiesteros que si gozaran de un arrocito al gusto y llenan el ambiente de esa música pimientosa que necesita la gente para divertirse.

Es fácil advertir en los grupos que se forman frente a Radio Continente esta condición un poco ruidosa, comunicativa, cordial, del músico que vive el desorden, la bulla, la despreocupación y la alegría propios del ambiente de fiesta en que se desenvuelve su vida de trabajo. Van inquietos de un grupo a otro, se llaman a voces, se rien como muchachos. Cualquiera diría, al verlos así, o tocando en las fiestas, que estos hombres no tienen problemas.

4

Luis Sanoja, 29 años, caraqueño, tocó por once bolívares en la Sociedad de Auxilio Mutuo con la orquesta de Balbino García hace doce años y hoy tiene orquesta propia, compone, arregla, tiene talento, no toma y conoce bien los problemas de la profesión:

– Tenemos la sede de la Asociación Musical del D.F. y el Estado Miranda, pero es más fácil reunirse en la calle, y como antes nos veíamos por tradición heredada en la esquina de La Torre, desde hace ya unos siete años, cuando se mudó Radio Continente, nos veníamos encontrando como por casualidad aquí, frente al "Ayacucho".

El problema más importante para ellos, como siempre, es el vital. De cuatrocientos a quinientos músicos que habrá en la capital, algo más de un centenar está ocupado con trabajo que podríamos llamar fijo: con contratos más o menos regulares. El resto vive el azar de una fiesta de boda o un baile, la grabación de una cuña o alguna que otra función de los teatros Municipal o Nacional. Y, claro, ésta es la única fuente de ingresos de las familias que dependen de estos trabajadores.

¿Hay alguna solución de ocupar este excedente de músicos? Ellos proponen algunas iniciativas: ofrecer espectáculos intermedios en los cines, como se hace en muchos otros países, pero rompiendo con la tradición de amoralidades o de gusto dudoso que constituyeron algunos ensayos anteriores, y creando el espectáculo artístico, culto, apto para todos los públicos; regular la contratación de orquestas "fantasma" que se forman sin un ensayo para temporadas de más trabajo: fin de año y carnaval.

Una materia importante a que se refirió Sanoja, ya en su campo un poco más limitado del compositor. La circunstancia de que en Venezuela no se cobre derecho de autor está perjudicando mucho a la producción de música en el país y su difusión en el exterior. Dentro de casa: se dejan de cobrar alrededor de 200.000 bolívares por este concepto, restando a los autores este estímulo para producir; la única música impresa que anda circulando en las orquestas y conjuntos es extranjera, porque los autores locales no editan sus trabajos, se ciñen a unas copias manuscritas a lápiz, limitando celosamente sus posibilidades de difusión, porque fuera del país, ninguna pieza venezolana cobra derecho de autor, a falta de reciprocidad en Venezuela con los autores extranjeros.

Existe un problema muy particular en el gremio de los músicos. Fruto de un problema parecido en su país de origen, sin duda, los músicos europeos dedican un tiempo a un oficio compatible con el de músico. Cuando llegan aquí siguen siendo barberos o carpinteros y continúan tocando música, con evidente desventaja para los profesionales nativos, que se dedican enteramente a sus ensayos y a sus actuaciones.

5

El músico trabaja de noche y duerme de día. No mucho, porque se le puede escapar el "tigre". Pero cuando aparecen unos pocos músicos por el "Ayacucho" ya es mediodía. Después ensayan de dos a cuatro y aparecen de nuevo al anochecer. Si no trabajan esa noche, tampoco se acuestan hasta las dos o las tres de la madrugada; es ya pura costumbre.

Los instrumentos más escasos en este mercado son las primera trompetas y los pianistas. Requieren mucho entrenamiento, mucha disciplina y se exige mucho de ellos. Los buenos trompetistas pasan pronto a la Sinfónica o a una orquesta de cámara. Por ellas ha pasado Federico Ayesta, nacido en El Consejo, pero que llegó de cuatro meses a Caracas. Y así es de bueno también Pablo Armitano, un músico de sinfónica por lo menos. Pero muchos trompetistas y pianistas se contratan en el exterior. Como llegan de fuera profesionales que tocan otros instrumentos y conviven aquí en ese ancho abrazo de los verdaderos artistas. Ya lleva años aquí Dimi Víctor, un checo que toca tenor, saxofón, clarinete y violín, y dice que prefiere Caracas a cualquier otra capital en la que ha trabajado. Los más fáciles de encontrar, y no porque se desestime su importancia sino porque el medio musical produce con más facilidad, son el tumbador, el bongocero y el maraquero, los instrumentistas de percusión y ritmo. Hay un cubano que tiene fama de tocar muy bien la batería y refiere con alegría sus "andanzas de negro" en Europa: Teobaldo Borrell.

¿Cuánto ganan? Según la tarifa vieja, que lleva diez años de vigencia, pero ya nadie le hace caso, son 16 bolívares la hora de radio por músico; hoy se cobra hasta 30 bolívares por media hora, porque acaso los músicos no trabajan ocho horas, pero tienen que aguantar 24 completas, como todos. Los pianistas buenos, por ejemplo, llegan a cobrar hasta 150 y 200 bolívares por noche. Normalmente los músicos cobran alrededor

de 80 o un poco más. Depende del mercado, de la escasez o la abundancia de músicos en el momento de la contratación.

Hay cierta libertad de regatear el precio del trabajo aunque se han ido eliminando otras costumbres perjudiciales. Como la del "brincador". – "Brincar" quiere decir saltar de un conjunto a otro sin hacer honor a los compromisos. Hoy el "palabreado" cumple siempre con ellos.

¿Cómo influyó la llegada de la TV en la vida del gremio de músicos? Dicen que al comienzo pareció ofrecer grandes perspectivas, y hubo muchos contratos, pero poco a poco fueron sustituyéndolos con películas musicales y un mayor uso de discos, hasta tal punto que hay músicos y grupos que tocan "hasta de gratis" con la esperanza de obtener alguna publicidad a cambio de su trabajo. La radio, en cambio, sigue siendo fiel al músico y ofrece hoy hasta "el 90 por ciento de las oportunidades" de ocupación.

Siempre tienen más facilidades de trabajar los que tocan varios instrumentos. Hay quien, como Félix Morales, "el niño del cuatro" porque le sigue el nombre desde Cagua, donde nació y comenzó a tocar en un grupo de parranderos siendo un niño aún, toca saxofón, barítono, tenor, alto, clarinete, violín, guitarra pequeña o cuatro y contrabajo. Y otros que tocan uno o dos, pero los tocan bien, como Carlos Tomás García, saxofón y clarinete quien se hace eco de muchos compañeros al decir que la profesión de músico es muy poco estable. Y como Manuel Galíndez, quien lleva "treinta y pico de años" tocando clarinete, saxofón, violín y piano.

Y encima de que uno tiene que tocar tanto pito para tratar de comer, hay veces que ni pagan. Hay lo que los músicos llaman "aparecidos", elementos que contratan a músicos para inaugurar un local que sólo dura por fiesta de Carnaval o fin de año y ya comienzan quebrados.

– ¿Y entonces?...

– Bueno, pues ellos cuentan con nosotros para hacer ruido, y después nadie sabe nada de ellos, ¿no ve que los aparecidos son fantasmas, pues?...

Y mientras en el "bulevar" se habla de aparecidos, riendo con risa de "cha-cha-chá", hay un grupo de músicos que continúan en pie con los estuches de hule usado y unos forros negros de clarinete desafiando los ríos de gente que transitan por las aceras de la esquina de La Torre, con el aire solemne de estar esperando un tranvía para El Valle.

Ya no quedan sino pájaros Musiús

"Aquí no tenemos sino tres... En la Playa de Mercado quedan todavía dos metidos en locales... Allá era mucho mejor... En la Plaza del Venezolano estábamos como en la casa; era donde estaba Antonio Leocadio Guzmán, estábamos junto con él..."

Este vendedor de pájaros que lleva treinta años en el oficio no termina de acostumbrarse al puesto de Quinta Crespo, donde ya lleva dos. Y terminará retirándose antes de tiempo. Es la contribución humana al remozar caraqueño. Cuando caen cuatro viejos muros de tierra se derrumban viejos escenarios, amigables rincones, sombras frescas que no hay tiempo de reponer, porque una sola vida no da para tanto. Esas bellezas y esas bondades de un lugar muerto quedan como una película en colores para añorarlos de por vida; de los malos olores, del polvo, del nacimiento, nadie tiene ya recuerdo. Es una feliz condición humana ésta del olvido.

Lo que era la Playa del Mercado (posiblemente llamada así por que había allí un Bar La Playa) es hoy un frío cerco de ladrillo. Es como si algo que murió quedase aún sin enterrar. Por eso es acaso más doloroso el recuerdo de quienes no han olvidado al Concho, a Enrique Trésbol y a Coralito, ya fallecidos, pero que parecen vivir reclamando el abandono de este solar con cerco de huequitos, como ojos vacíos. Otros que se han retirado del negocio de la venta de pájaros, como Arturito, José Antonio y Martín Rodríguez, vienen a mirar a su través de vez en cuando. Ya no hay fotógrafos de minutería, ni campesinos de Charallave, Curiepe o San Casimiro que retratar, ni reloj de piedra ni otros elementos de medir un tiempo que ya no existe más que en el recuerdo. Y sin embargo sigue habiendo relojes y gentes en esos pueblos que llegan a Caracas y más fotógrafos de a minutos que nunca en la historia de la ciudad. Pero ya no son los mismos, ésta es la verdad.

2

Porque hoy existe el negocio de pájaros igual o más floreciente que antes; pero con nuevas caras de organización que no van con las toscas manos que cuidaban de los pájaros porque los querían.

Ya antes de formarse empresas que se dedican a la importación y cría de pájaros y a la venta de alimentos especiales para aves, el típico negocio de mercado tuvo sus altibajos. En 1945 recibieron los que tenían sus puestos en la Playa del Mercado un orden de ir con sus jaulas a otra parte. Fue una confusión dolorosa, y reclamaron. El gobernador Nucette Sardi los atendió "muy bien", les hizo ver los inconvenientes sanitarios del negocio en aquel lugar y les propuso espacio en el Parque de Los Caobos, que indudablemente era más adecuado. Pero las viejas ramas se agarraron más fuerte al árbol viejo del mercado y aguantaron maliciosamente, hasta que poco a poco los volvieron a dejar. Hasta que cayó el árbol y tuvieron que alzar el vuelo torpemente. Dos de ellos no tuvieron fuerzas de ir más lejos y quedaron a sus pies, en dos localitos a una

cuadra de la plaza; los otros tres en Quinta Crespo, con sus jaulas llenas de pajaritos cogiendo sol.

3

"¡Ya no quedan sino pájaros musiús!".

Es una queja. No porque sean musiús los pajaritos que cantan en jaulas superpuestas, como un montón de cárceles, sino porque resultan más caros y se venden menos. Hay días enteros (de siete de la mañana a una de la tarde) en que no venden un sólo pájaro, y semanas que la venta no pasa de un canario de 20 ó 30 bolívares. Y los vendedores tienen que pagar tres bolívares de permiso y cinco de local cada día, vendan o no vendan pájaros.

– ¿Y cómo aguantan?

– Así, aguantando, por costumbre.

El problema grave para los vendedores de pájaros es que las autoridades han suspendido la venta de pájaros criollos con objeto de preservar la maltrecha avifauna venezolana. Desde luego que como medida proteccionista es inobjetable. Hay especies preciosas que se están extinguiendo, como el cardenalito. Hay otras que están ya muy estropeadas. Esto pide una regulación, algún control que preserve la vida de las 1.300 clases diferentes de pájaros del país, riqueza extraordinaria si se compara con apenas mil clases que tiene Canadá y Estados Unidos juntos, a pesar de que su extensión es veinte veces mayor que la de Venezuela. Los vendedores aducen que podría regularse esta cría de pájaros criollos de alguna manera, no tanto en beneficio de los pocos vendedores que aún quedan, sino de los muchos que quieren cuidar en sus casas un azulejo, un arrendajo, un turpial, un canario de tejado, un tordo carretero, un montañero, un curruñatá criollo, un cardenalito, un tucuso montañero, un loro, un verdín jabao o cabeza de lacre, un pico de plata negro o gollúo o fino, un perico, un tordo real o una perdiz. Porque, dicen ellos, el problema no es sólo de preferencia por el pájaro criollo por ser de aquí, sino de precio. Cuando hace pocos meses se podían vender los pájaros criollos, un azulejo costaba un real, un canario de tejado dos bolívares, un tucuito montañero o un verdín, tres bolívares. Eran pájaros que con jaula y todo salían por un fuerte. Había otros más caros, como el arrendajo, que costaba diez bolívares; el turpial, desde cinco hasta veinte cada uno; el cardenalito y el pico de plata (uno de los mejores pájaros venezolanos de jaula) más o menos al mismo precio; pero la mayoría de ellos estaban al alcance de todos los que querían tener en el patio la alegría de un canto de pájaro.

4

Esta hoja también tiene un reverso, como la moneda o la medalla de méritos. Hay una queja que escuchar, aunque no tenga más voz que un humilde "pío-pío" de pájaro. Los que se dedican a la captura de pájaros usan normalmente trampajaulas con reclamos o

pitás, y goma. Cuando es con trampa, a menudo llega una hembra, o la pareja, que está criando. Esas crías de pájaro mueren, por supuesto. Cuando es con liga o goma, muchos mueren pegados a los árboles, porque los cazadores riegan la goma por muchos lugares y después se olvidan de ella o porque se cansan de esperar por un tiempo y abandonan el puesto. Para cada pájaro que puede guardarse en jaula habrá ocho o diez pajaritos muertos. Y no hay ninguna felicidad garantizada para los que quedan presos. A veces no se tiene con ellos ni las consideraciones más elementales, como la de tenerlos en lugares suficientemente amplios y separados por especies, y se mezclan en las peleas crueles en que se rompen una pata o un ala o se destrozan los picos contra la alambrada. ¿Cómo hacen en los demás países? Puede que haya una forma de regularlo, de hacer compatible la alegría de cuidar un pájaro en casa con la de mantener vivas las preciosas especies que nos cantan su libertad desde todos los rincones del cielo.

– ¿Y estos pájaros que está vendiendo aquí son muy caros?

– Sí son...

Se traen de diversos países en barco y en avión, y salen caros. Un "esqueleto" bueno, o sea, un pájaro que canta muy bien, viene costando hasta 150 y 200 bolívares. Estos precios son los casi topes, claro, aunque por un capricho se han solido pagar pájaros hasta 500 bolívares. Y de cuando en cuando se oye hablar de un precio mayor.

Los degollados, con gargantilla roja y cuerpo veteado, que "cantan, pero demasiado suaves, para ellos mismos", son africanos y cuestan los más baratos de los importados, 10 bolívares con jaula y todo. También son africanos las cebritas, con dos papitos de ocre subido, el pico coloradito y el plumaje gris. Asia está representada por un ruiseñor japonés gris con vetas amarillo y naranja, que canta como una paraulata. Cuba, por pensamientos que tienen "un cantico suavcito, como el tordito criollo"; el nombre le viene bien. España, que en un tiempo viejo de veinte o treinta años enviaba los únicos canarios que cantaban en Caracas, manda ahora alondras con plumaje gris con cabeza y cola negras, papos blancos, pico colorado, que también llaman perico de Java, que tiene un canto cortico, y algunas clases de canarios de buen precio. Australia tiene un periquito verde-gris-negro que "hace bulla". Hay una gallineta del Perú "que no tiene canto". Hay también canarios alemanes, belgas y holandeses amarillos y grises que "cantan mucho, ¡cómo no!"; periquitos brasileros que hacen "chirriar nada más". De estos pájaros importados, los más caros son los boler-alemán, que valen de cien a trescientos bolívares; canarios belgas, llamados brujos, considerados los mejores, que son los que llegan a valer todavía más. Los demás varían de 10 hasta 60 y 100 bolívares.

5

– ¿Aquí no hay criadores de pájaros?

– No, criadores profesionales no hay.

Los hay que son particulares que tienen su afición limitada a unas pajareras más o menos grandes. No obstante, se han conseguido ejemplares muy buenos. Para adiestrarlos se utiliza el mismo procedimiento de disco que en el extranjero: "Se agarra

un pichón y le pegan el disco todo el día". De tanto oír, el pájaro comienza a imitar, y aprende.

Uno que conoce mucho de pájaros es Agustín Carrillo, que fue "cogedor" o cazador de aves desde que era un muchachito en Villa de Cura. Cuando le fracasó el negocio de carbonería que quería poner en Caracas, regresó a lo único que sabía hacer, fabricar jaulas y vender pájaros. Y mal que bien, sigue defendiéndose. Él hace jaulas de madera y alambre desde 2 y 3 bolívares en adelante, hasta 15 ó 20 bolívares, según el tamaño. El pájaro que más le gusta es el azulejo, "porque es muy ordinario, pero canta bonito". Me explica que el negocio de la cría de pájaros no es tan malo, porque el canario puede dar seis "sacadas" al año; saca en esta época y está sacando hasta mayo; la "muda", que viene después de la última saca, comienza en junio y se puede prolongar, según el tiempo, hasta setiembre; pero ya en noviembre está bien emplumado y en condiciones de volverlo a echar. Pero a veces mueren con facilidad. Cuando están mudando tienen fiebre; si no se les preserva de corrientes de aire, mueren.

Un pájaro difícil de criar es el tucusito. Este curioso pajarito del que hay hasta 121 especies en Venezuela, pertenece a la familia de pájaros más pequeños, y como vuelan hacia adelante y hacia atrás, parecen insectos de colores, unos colores preciosos. Pero Carrillo conoce el truco para hacerlo vivir en jaula: se pone un poco de azúcar líquido sobre una flor dentro de la jaula donde se le coloque y media piña colgada al lado; él ha descubierto que el tucusito vive de los mosquitos que se producen en la piña. Y al contarme el secreto tenía Carrillo una malicia risueña en los ojos. Creen que pájaros como el cardenal coriano o copetón mueren porque se ponen rabiosos; pero no es más que falta de alimentación adecuada. El pájaro frutero, como el turpial, la paraulata, el saucelito, la curruñata, el copino, la mariposa y el verdín tiene, por ejemplo, que recibir la primera comida dentro del mismo pico, porque si no, muere por no saber comer; después ya aprende por su cuenta.

6

Uno de los que ha quedado cerca de la Playa del Mercado, porque "me gusta la sombrita", es Pedro Antonio Aguilera.

"OK, may fren", dice a alguien dentro del depósito de gallos, porque dentro del corredor hay jaulas con gallos. Tiene unos bengalíes cachetico azul y pincelito de preciosos colores limpios que sólo se producen "con unos coquitos que se le hacen en los nidos". Tiene azulitos y capuchinos africanos de los que sólo cantan los machos "y no muy duro", a 20 bolívares el casal. Tiene unas alondras que le "ha retratado el Gordo Pérez para darlos en la Televisión". Aguilera está vendiendo pájaros y jaula en 25 bolívares y alguien le pelea el precio: "No..., mi amigo -le dice- eso es cinco fuertes y sin apelación". El y otro vendedor son los que quedan en la feria de pájaros que era antes la Playa del Mercado.

7

Y ya no son tiempos en que se vendían los pájaros a medio y hasta a cuartillo, como cuando comenzó a vender pájaros el más veterano de los que quedan en Quinta Crespo. Es que Caracas ha cambiado mucho.

No se puede volver a los precios ni a las prácticas de hace quince, veinte o treinta años, pero ¿por qué no intentarían tomar la vieja iniciativa de crear un mercado de pájaros en el bosque de Los Caobos?

Con estos vendedores de pájaros pasa un poco lo que ocurre con los que venden las flores de Galipán, que creen que no pueden utilizar el teleférico porque costará mucho llevar las flores después a la esquina de San Luis. ¿Y por qué no crear un mercado de flores bien acondicionado en Maripérez?

Medio Caracas vive en los cerros

A veces era la media noche cuando llegaba, casi agotado, el chorrito de agua.

Lo acechaba en lo oscuro la terrible culebra de lata, que es capaz de beberse un río entero. Cuando se le descolgaba aquel mundo de mujeres y niños para agarrarse a su pedacito de lata, desde lo que llaman Guaicoco, Maca, Bambú y Mosquito, se sacudía la culebra con unos campanazos sordos, como de rabia.

Las Hermanas Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Siena se despertaban entre sus cuatro paredes de cemento recién fraguado y decían:

– ¡Dios mío, qué horas de dar el agua!

Y en la quebrada del Carmen, que es donde atienden un centro escolar y asistencial de "Fe y Alegría" del Barrio Unión, en Petare, y por los caminitos de cabra que trepan sobre el lomo de los cerros cargados de casuchas, comenzaba a transitar una bulla sorda, de mercado, que duraba hasta las dos o las tres de la madrugada; hasta que se consumía el chorrito de agua.

Después, comenzaban a ladrar los perros.

2

Los cerros cargados de casi medio millón de venezolanos que rodean a Caracas, como un cinturón, han recobrado su voz para clamar la parte de los jacarandosos empréstitos al exterior, de los millones de sacos de cemento tragados por las panzas cuadradas de los rascacielos, de los ríos de champaña vaciados en orchilas de muchas partes y de los miles de millones robados escandalosamente en los tristes años de desgobierno.

A los pobres del Barrio Unión les están llegando después del 23 de enero, gracias a la diligencia del nuevo Concejo Municipal de Petare, los tanques de agua gratis; les están construyendo unas escaleras de cemento que no se llevará el invierno, y les han limpiado el cauce seco de la quebrada, que estaba colmado de basuras, antes de que lleguen las aguas; porque aquí, en casa de los pobres, todo: el hambre, la sed, las lluvias, llegan con exceso.

3

Desgraciadamente, el problema no consiste sólo en unas escaleras de cemento ni en una cañería de agua, si faltan piernas sanas para subir por ellas y se carece de agua. Seguramente que no bastarían los enormes recursos financieros del país para acabar con la miseria del casi medio millón de caraqueños encaramados en los escarpados de los cerros. Almacenándolos en unas jaulas de concreto de veinte pisos no se consigue sino cambiar la dirección de la miseria, hacerla vertical, elevarla sobre la superficie del suelo; lo que está bien lejos de alcanzar la felicidad del cielo de una solución.

El Barrio Unión, para reducir el caso a un sector reducido de unas 40.000 personas, tiene unas 4.000 familias de un promedio de 11 personas viviendo en ranchitos de tierra pisada (64%) y lata y cartón (7%), sin patio (100%), sin cocina (100%), con piso de tierra (90%) y con una superficie para cada persona de 0,62 m²; ni un metro cuadrado de espacio por individuo. El promedio que ingresa para mantener esta familia de 11 personas es de 9,50 bolívares; claro, la mayoría no enciende fuego nunca, y hay un alto porcentaje de desnutridos. En lo sanitario, no hay agua en las casas (100%), no hay letrinas ni lavados ni inodoros (100%). En lo moral, la promiscuidad de lechos es de la proporción del 75%. Los hijos corren desde por la mañana hasta por la noche en los basureros en un 70%. Y, finalmente para señalar la consecuencia educacional, hay un 72% de analfabetos.

El problema de incorporar a estos venezolanos a la vida de la salud, de la productividad y de la conciencia del país es principalmente de sanidad, de alimentación, de educación y de una instrucción técnica que los saque de su condición de "toeros" y les ponga en la mano la herramienta de un oficio.

Sin esta elevación moral y material de la persona, no se conseguirá superar la mentalidad del rancho.

4

Pocas veces el cemento venezolano se ha ennoblecido tanto como en este edificio de cuatro pisos que afianza sus pies en la quebrada del Carmen, rodeado de un mar de ranchitos construidos con pedazos de tabla, con lata, cartón, con tierra pisada.

Caben mil niños en dos turnos: 500 varones en la mañana, 500 muchachitas en la tarde. Si las abnegadas monjitas colombianas que bregan las 18 horas del día tuviesen alguna fórmula para pasarse sin dormir, cabrían 500 más; pero aún quedarían fuera casi mil niños más de hasta 13 y 14 años que nunca han visto una escuela, ni han pisado una placa limpia de cemento, ni han comido caliente tres veces al día, que dicen que es tan saludable.

5

Las Hermanas son misioneras; antes de llegar a Venezuela han recorrido otros medios bien miserables; algunas han estado en lejanas selvas del Brasil y en territorios lindantes con los que habitan los motilones. Sin embargo, están impresionadas en el Barrio Unión.

Ellas nos presentan a Pedrito Guacuto, un muchachito de ocho años que no tiene nada que no tenga un hijo nuestro, que ha salido de Mosquito a las cinco de la mañana para llegar a "Fe y Alegría" a las siete. Llega sin desayunar. Lo que trae, envuelta en un papel de periódico, es una arepita fría. Después, a las dos o las tres, si para entonces llega su mamá (que a algunos les sale oscuro y les llega oscuro) "que trabaja en Caracas", comerá un arroz blanco o unas caraotas. Esa es buena hora para que los cinco (porque

Pedrito tiene cuatro hermanos que son menores que él) no molesten en todo el día. Pedrito nos dijo que él no tiene papá. ¿Qué será eso?

Las hermanas nos cuentan que el alto porcentaje de inasistencias a los cinco grados que tienen organizados (el primer grado tiene 8 secciones, los hay de 15 años) se debe a debilidad de los niños y a verdaderas plagas de lechina, sarampión, gripe y fiebre de diferente origen. Las hermanas sueñan con disponer de algunos sacos de caraotas, de arroz, de maíz y de azúcar, algunas latas de manteca y de leche en polvo, para cubrir las necesidades más apremiantes. Porque el desfile de urnitas para el cementerio de Petare es impresionante, y los casos de tuberculosis entre mayores están aumentando peligrosamente. Y por aquellos cerros, con todo y quedarle tan cerca la Universidad, no alcanza a llegar ni un mal veterinario. "Fe y Alegría" está distribuyendo algunas medicinas, y una de las hermanas va a comenzar a sacar algunas muelas; pronto van a montar también un dispensario, con su servicio asistencial.

No hace falta mayores estímulos para que los cerros vecinos vacíen sus hijos en la quebrada del Carmen. El problema consiste en cómo contener en la puerta a la muchedumbre que sobra, porque el saloncito de cine que completan tres clases juntas no tiene capacidad sino para unos mil muchachos, por mucho que se apretujen, y en la placa de cemento de la planta baja (y no hay otro lugar plano y limpio en todo el barrio) apenas hay espacio para que se muevan 40 ó 50, y el desfile de madres pidiendo espacio para que atiendan a sus hijos durante unas horas al día es para las monjitas una tortura constante.

6

El Padre José M. Vélaz S.J., que es el Director General de "Fe y Alegría", tiene muchos planes; algunos ya en la misma puerta de la realidad.

Ya están a punto de levantar junto a este hermoso edificio del Barrio Unión que acaba de nacer otra estructura de capacidad similar.

Así podrán dar cabida a 2.000 niños, y se les cumplirá a las monjitas un sueño: recibir en un internado o un semi-internado a la gran cantidad de muchachas de 12 a 15 y 16 años que están expuestas a todos los abusos y a todos los abandonos, y prepararlas para un trabajo y para su vida de hogar. También comenzarán entonces las clases nocturnas para adultos, con el fin de ayudarles con un oficio.

Todo el barrio está pendiente de algún milagro más.

– Padre –le preguntaba un coro de niños cuando llegábamos– ¿es verdad que van a poner comedor?

Eso tendrán también muy pronto los niños del Barrio Unión, un comedor. Primero con un número limitado de plazas; pero así se empieza, por casi nada.

¿Cómo comenzó "Fe y Alegría" sino con eso, con 80 niños sentados sobre bloquitos de cemento que cabían justamente en un galponcito que regaló Abraham Reyes, un meritorio albañil con siete hijos, en el "18 de Octubre"?

Después, con la fe del Padre Vélaz, con la magnífica ayuda de la Junta Directiva (Gustavo Vollmer, Carlos Rodríguez Landaeta, Oscar Augusto Machado, Tte. Coronel

Rafael Alfonso Ravard, José Giacomini Zárraga, Luis Emilio Gómez Ruiz, Pedro Mendoza Goiticoa, Alfredo Paúl Delfino, Gustavo Reyna Rodríguez, Alejandro Rodríguez Delfino, Celso Serna, Santiago Vera Izquierdo, Bernardo Corral de Arísti y Oscar Palacios Herrera), que colabora con su dinero y con su influencia, hoy atiende a más de mil niños en el Barrio Unión, de Petare; a 500 más en Ciudad Tablitas; a 250 en la Urbanización 23 de Enero: a 125 niños en Loma Colorada; proporciona instrucción a 400 adultos en escuelas nocturnas, y enseña oficios a 200 jóvenes en el Instituto Técnico Laboral mediante la colaboración de la Universidad Católica, que es la que cede las aulas, los laboratorios y el profesorado.

En dos cortos años se ha llegado de la nada a un hermoso total de 2.400 alumnos gratuitos, y los servicios de su dispensario y los centros recreativos.

7

– Eso es –dice el Padre Vélaz– lo que pretende "Fe y Alegría" desde su mismo lema, despertar en el niño, en el joven abandonado a la injusticia de su desamparo y de su menosprecio, la fe en Dios, en Venezuela y en sí mismo para trazar su camino en la vida, y alegría, contento de jugar, de respirar aire limpio, para acopiar fuerzas con que andarlo.

Al interesar en el "movimiento social en favor de la infancia" que es "Fe y Alegría" a los económicamente capaces, a los jóvenes estudiantes que trabajan dando clases, el Padre Vélaz apunta más alto que alcanzar alguna parte de sus bolsillos o de su colaboración personal. El sacerdote aspira a crear en ellos la conciencia social de su tiempo, a imprimir en los futuros profesionales la huella de esta terrible impresión del abandono en que una sociedad injusta y cruel tiene a un sector de la familia humana. Y si no obtuviese ningún otro beneficio, esta sola siembra de conciencia social justificaría todos sus sacrificios.

Pregunté al Padre Vélaz si la gestión oficial no sería capaz de resolver por sí sola este enorme problema del abandono de la infancia. Me opuso dos razones: la gestión oficial no crea la conciencia ciudadana del mal que se combate, y el problema requiere un vuelco de la conciencia social de las gentes; y las iniciativas particulares resultan más económicas.

"Fe y Alegría" calcula, por ejemplo, que necesita 120 bolívares por año para atender a un niño en sus aspectos escolar y recreacional, mientras los mismos servicios oficiales gastan 270, más que el doble. Sí es importante la colaboración oficial, como el primer ciudadano y el primer obligado a atender aspecto tan vital de la sociedad a que se debe; pero no es suficiente.

Además de las colaboraciones individuales, que han sido muchas y desprendidas, "Fe y Alegría" cuenta con iniciativas como ésta de la Fundación Creole de destinarles enteramente los beneficios de las audiciones de la Orquesta Sinfónica de Nueva York durante los días de su actuación en nuestra capital. A la que seguramente seguirán otras similares de las que se beneficiarán los niños de los cerros caraqueños, tan abandonados durante los ostentosos años de la dictadura.

Pero los cerros cargados de venezolanos que rodean a Caracas, como un cinturón de miseria, han recobrado ya su voz para reclamar la parte que les pertenece en justicia.

Cada vez hay más venezolanos que llegan a viejos

Según un estimado, en 1827 Venezuela tenía 659.633 habitantes.

Si la población estimada del país en 1810 era de "800 a 900.000 habitantes", la guerra de independencia venezolana consumió en su fuego alrededor de 200.000 personas.

El primer censo se llevó a cabo el año 1872, y sumó 1.784.194 ciudadanos en el territorio nacional, un aumento de un millón de habitantes en 46 años. La estimación hecha en 1953 sumó 5.615.304, con un crecimiento de casi tres millones y medio en un lapso igual.

2

Claro que la emigración ha contribuido en mucho a este fenómeno de crecimiento de la población de Venezuela durante los últimos años. De 1.043 emigrantes recibidos en el país en 1934 y 460 en 1935, en 1952 llegaron ya 26.375 y 42.000 al año siguiente. No tengo a mano la cifras de estos tres últimos años, pero serán mayores. Lo que permite calcular que durante los años que van de 1934 a fines de 1955, en 21 años, han ingresado al país alrededor de 300.000 personas procedentes de diversos países de los cinco continentes, principalmente de Europa.

Pero al mismo tiempo, el crecimiento de Venezuela en estos mismos 21 años, que va de una población de 3.400.000 habitantes a otra actual de alrededor de 6.000.000, más de dos millones y medio, indica un crecimiento vegetativo de más de dos millones de habitantes.

¿A qué factores se debe, entonces, este fenómeno del crecimiento de población en Venezuela? ¿Qué elementos, al margen del inmigratorio, han intervenido en el país para que el crecimiento de su población se haya mantenido en condiciones tan ventajosas durante los últimos años?

3

Según la ponencia del doctor M. Zúñiga Cisneros en el XIV Congreso Internacional de Historia de la Medicina, a algunas de cuyas cifras nos referimos en este trabajo, hay cuatro factores principales de crecimiento vegetativo de la población.

No se conocen los nombres de los médicos que acompañaron a Colón durante su tercer viaje, que culminó con el descubrimiento de las costas venezolanas. En la expedición realizada en 1499 por Alonso de Ojeda vinieron dos facultativos: un cirujano de nombre Alonso y un boticario de apellido Bernal. Dice el Dr. Ambrosio Perera en su obra *Historia de la Medicina en Venezuela* que puede considerarse a ambos como los primeros profesionales europeos que ejercieron el arte de la medicina en la Gobernación de Venezuela. Después, en 1583, llegó a residenciarse en Caracas el médico castellano

don Miguel Gerónimo, considerado el primero que ejerció la medicina en Caracas, quien llegó a adquirir mucha fama. En territorio de Maracaibo ejerció en el siglo XVI un curioso de nombre Francisco Martín, quien parece aprendió el arte de su profesión en la región, una ciencia de "humos, soplos y lamidos", siguiendo el ejemplo de los profesionales de la medicina aborígen.

Hubo ocasión, como la de 1714, en que por temor a que se propagase a la ciudad la epidemia de vómito negro que diezmaba a Coro, el único médico que ejercía en Caracas con diploma madrileño, Rodríguez Lindo, recomendó al Cabildo que se rezasen por las calles de la ciudad las rogativas de Santa Rosalía. En los siglos XVI y XVII hubo en la Provincia de Venezuela también epidemias de viruela y de sarampión. En la Relación hecha por el gobernador de la Provincia don Juan de Pimentel en 1577 se dice que el sarampión y la viruela causaron la desaparición de la tercera parte de los habitantes de la provincia.

En enero de 1694, el Cabildo comisionó a Don Gerónimo de Pagola para que fuese a La Guaira a examinar unos buques en que venían negros sospechosos de ser portadores de la viruela, pero ya entonces la enfermedad hacía sus estragos en el puerto. La viruela, como la fiebre amarilla, probablemente, como me decía el Dr. Julio de Armas, fue enfermedad importada.

A pesar de los controles sanitarios de los buques que llegaban, la viruela causaba de modo periódico grandes estragos en el país. "No es de extrañarse –dice el Dr. Ambrosio Perera en su obra– que la misma vacunación realizada en las dos últimas décadas del siglo XVIII, años antes del descubrimiento de Janner, mediante el virus atenuado de la enfermedad, hubiera servido para atenuar el temor, si se recuerda que la mortalidad producida por tal procedimiento era muy grande y suficiente para mantener los ánimos justamente predispuestos". La vacunación, que parece que era obligatoria para todos los que visitasen la capital, costaba diez pesos macuquinos. En 1808 cesó por innecesaria la Junta de Vacunación que funcionaba en la capital. Fue en 1817 cuando se creó una Junta Superior de Sanidad, cuyo objeto era "la conservación de la salud pública y la preservación de los males físicos que pueden alterarla".

La medicina se ejercía en aquel entonces con cierta libertad, impuesta por la escasez de médicos. En la provincia, donde no existía el Protomedicato, había que presentar las credenciales en los ayuntamientos. Pero había bastantes personas que ejercían la medicina sin título.

Quien abrió la primera farmacia en Caracas fue Marcos Portero, en 1649. La venta de medicinas por los médicos retardó su apertura. Poco después ejercía el andaluz Juan de Espinoza con éxito las profesiones de barbero, médico, cirujano y boticario, y además enseñaba medicina.

En 1793 se estableció un arancel para médicos, cirujanos, comadronas, parteras y barberos. Por él se sabe que entonces se practicaban en la Provincia: cateterismos, circuncisiones, emasculaciones, punciones, y curas radicales de hidroceles, uretromias, tallas penrineales, extracciones de cálculos de la vejiga, trepanaciones, amputaciones de miembros, traqueotomías y extracciones de cataratas. "Respecto a la práctica de la autopsia –dice el Dr. Ambrosio Perera en su libro– se había creído que la primera practicada había sido realizada en Puerto Cabello a fines del siglo XVIII por el médico

francés Gaspar Juliac en un soldado muerto de fiebre amarilla, pero el eminente historiador médico Dr. P.D. Rodríguez Rivero llegó a comprobar que ya en 1696 el cirujano Francisco Guerra Martínez había practicado la autopsia de una persona que había muerto durante la primera epidemia de vómito negro que azotó a Caracas".

Con la llegada a Caracas del ilustre médico Dr. Lorenzo Campins y Ballester, con un grado de la Universidad Luliana del Reino de Mallorca, y la apertura de la Cátedra en Medicina en la Universidad de Santa Rosa, se cimentaron los estudios médicos en el país. Una fuerte oposición impidió al Dr. José Antonio Anzola crear una clase de anatomía, después de su estudio de la cirugía en el país; sin embargo no pudo lograrse hasta bastante más tarde, cuando lo consiguió el doctor José Vargas. El Libertador sancionó un decreto especial sobre fundación y organización de la Facultad el 25 de junio de 1827, que sustituía al antiguo Protomedicato Venezolano. La Cátedra de Medicina Legal fue inaugurada en 1841. El 28 de febrero de 1853 se dictó una resolución por la que se declaraba "que la Facultad puede examinar y dar títulos de cirujano dentista". La autonomía total de la Cátedra de Obstetricia llegó en 1896, con el Dr. Razetti de profesor.

La creación de nuevas cátedras universitarias a raíz del regreso del Dr. José Gregorio Hernández, fundador de la Medicina Experimental en Venezuela; la creación de las nuevas cátedras de Clínica Médica, de Clínica Quirúrgica y de Clínica Obstétrica y Ginecológica por los doctores Santos Dominici, Pablo Acosta Ortiz y Miguel R. Ruiz respectivamente, fueron factores decisivos para entrar en este siglo con los elementos de organización de estudios médicos que han permitido a Venezuela el adelanto sanitario de que disfruta hoy.

5

A fines de ese siglo se desarrolló el terrible azote del paludismo en las zonas bajas, de gran riqueza agrícola y pecuaria. Poblaciones que llegaron a tener 15.000 habitantes, como Barinas y Guanare, quedaron reducidas para 1935 a 2.000 y 1.000. Al paludismo se le acaba de vencer. El problema ya es mínimo. De 285,12 enfermos por cada diez mil habitantes en 1935, el porcentaje en 1951 sólo llega a 5,48, y sigue bajando después. Hay otras enfermedades que siguen teniendo importancia hoy en el campo médico: gastritis, tuberculosis, disentería, tifoidea, pero que han bajado notablemente. Y también hay algunas que se han vuelto más amenazantes: como el cáncer y las enfermedades del corazón; se está trabajando ahora para combatirlos.

Aunque no propiamente una enfermedad, hay una fuente que va dando un cada vez mayor contingente de muertes violentas: accidentes, sobre todo de tránsito. El porcentaje subió de 23,80 a 56,06; más que doblado.

Pero el porcentaje de muertes en general se ha reducido de 165 por diez mil a 111,8. Ya es mucho.

¿Qué pasa con el clima de Caracas?

¿Sabe usted cuánta agua necesitó el proceso de desarrollo de un kilo de esas papas que usted se va a comer en el almuerzo? Pues, de 200 a 300 litros.

¿Y sabe qué cantidad de agua necesitó la maduración de un kilo de trigo de ese pan que se come usted? Alrededor de los 400 litros. Para obtener una tonelada de pasto forrajero, la naturaleza tiene que contribuir con un millón de litros de agua; parte de esta agua convertida en leche la tomó usted hoy en el desayuno.

Así ocurre que alrededor del 90 por ciento de los alimentos que ingerimos es pura agua. Y si a usted, que es otro producto de la naturaleza y que supongamos que pesa 70 kilos, le exprimen todo el agua que tiene en el cuerpo, se quedaría en... 20 kilos de minerales, gramo más, gramo menos.

Menos mal que el espíritu se salva de la evaporación.

2

¿Qué pasa con esa agua que es más de las tres cuartas partes de nuestra naturaleza?

Hay épocas del año, como el angustioso verano que acabamos de vencer, en las que pasan meses y meses sin caer una gota; hay otras en que el cielo se vacía repentinamente y se lleva casas, hombres y animales, lo que encuentra, a una velocidad tan vertiginosa hacia el mar que parece que estuviese huyendo de la tierra y el hombre, que le son cada vez más hostiles.

¿Por qué el agua, de la que el hombre está tan desesperadamente necesitado se hace esperar tanto durante el verano y luego se escapa tan rápidamente en el invierno?

Parece, en verdad, que el hombre, en lugar de aguzar previsivamente su ingenio y preparar los recipientes adecuados para guardarla cuando llega, actuase como un ignorante tratando de retenerla con sólo abrir las manos. Naturalmente, el agua se le escurre entre los dedos.

Ya conocemos el ciclo del agua.

El agua parte del mar en forma de vapor liviano, invisible (¿quién ve ascender toneladas de agua por segundo cuando observa el mar?), va subiendo hasta zonas donde encuentra corrientes más frías de aire y se condensa, son las nubes; las nubes viajan a impulso del viento que sopla hasta que ciertas condiciones favorables provocan su precipitación en forma de gotas.

Una gota de agua que se evapora en las manos de un venezolano puede caer al cabo de cientos de años sobre la cumbre del Himalaya en forma de nieve, o puede apagar la sed de un gorrión en un bosque de Europa. En la naturaleza no se pierde nada.

Los sabios matemáticos que se entretienen en estas cosas han llegado a calcular la duración del ciclo hidrólico (lo que tarda una gota de agua en regresar a su punto de partida) en 4.000 años. De manera que una gota de agua que fue parte del vinagre que dieron al Cristo agonizante en el Gólgota hace casi 2.000 años puede caerle sobre la

nariz a cualquier sobreviviente de la bomba atómica en quién sabe qué peladero de la costra terrestre por los alrededores del año 4.000 de nuestra era.

Las lluvias se producen con más o menos regularidad, según las latitudes y otras circunstancias geográficas y climáticas locales. Siempre llueve con más frecuencia en las costas marítimas que tierra adentro. Y las lluvias son más regulares en climas templados que en el trópico. Los problemas de escasez de agua son menores en Inglaterra, digamos, que en Nigeria; o en Buenos Aires que en Caracas.

Y como nosotros vivimos en el trópico, pues es bueno que tratemos de ver si ayudándonos, la naturaleza nos ayuda.

3

En el trópico, donde el régimen de lluvias va desde la sequía más angustiosa hasta casi el diluvio, hay además una circunstancia que agrava el problema: el terrible poder de evaporación del sol y de los vientos. (El valle de Caracas tiene la enorme ventaja de que las espaldas del Avila desvían hacia arriba los vientos alisios que vienen del mar, que son los más sedientos). El agua regresa así muy rápidamente a su anterior condición gaseosa sin rendir al hombre los innumerables beneficios que puede.

El problema del agua en el trópico consiste en retenerla durante el mayor tiempo posible, simplemente; y tenemos que corregir lo que la naturaleza no ha regulado favorablemente, haciendo que cuando llueve torrencialmente se eviten las inundaciones y se almacene para el tiempo de las largas sequías.

¡Si las cosas fuesen tan sencillas como decir las, el problema estaba resuelto!

¿Qué podemos hacer para retener el agua cuando cae con tan terrible furia durante el invierno?

Embalses. Desde luego que no uno, ni cinco embalses, sino cientos y cientos de embalses de agua en toda la superficie del país. Aprovechando los accidentes de terreno favorable construyendo diques. Es necesario crear reservas de agua suficientes para regar los campos con regularidad durante el verano (ya hemos dicho cuanta agua es necesaria para la maduración de cualquier fruto de la tierra), suministrar suficiente agua a la creciente industria del país (la producción de un kilo de carbón de piedra en Naricual necesita 3 litros de agua, una tonelada de acero de la Siderúrgica exigirá 20.000 litros de agua, una tonelada de celulosa para el papel que se proyecta fabricar en el país requiere 400.000 litros de agua; si no se consigue más de la que se dispone actualmente no hay posibilidad de desarrollo de la industria nacional); proporcionar a las ciudades la que necesiten para asegurar las más elementales normas de sanidad (si una ciudad necesita distribuir un promedio de 200 litros de agua por persona y día, Caracas, con más de un millón de habitantes, necesita alrededor de 240 millones de litros).

Si en lugar de tomar las medidas adecuadas para retener el agua se nos escapa, llevándose todo lo que se encuentra a su paso, es, para decirlo con un ejemplo, como si alguien que cobra su jornal una vez al año lo derrocha en una semana, quedándose sin un centavo para cubrir las necesidades de las 51 semanas restantes.

Pero los embalses son sólo una parte de la medida para regularizar la marcha del agua al mar.

El hombre hace muy poco con guardar cantidades grandes de agua en depósitos gigantescos si no la utiliza después inteligentemente para cubrir sus necesidades importantes.

Como el respirar, por ejemplo.

4

¿Dónde cree usted que se fabrica el aire que respiramos? No un aire como el que tiene usted en el túnel de El Silencio, porque ése puede envenenarlo en poco tiempo, sino el aire limpio, compuesto de 21 partes de oxígeno, 78 de nitrógeno y una parte hecha de gases como el helio, vapor de agua y hasta unos corpúsculos orgánicos que usted ni se imagina que necesita respirar de 40 a 14 veces por minuto, según la edad. Esa fábrica de aire saludable está en la vegetación. Si sobre la tierra llegase a faltar la planta vegetal, dejaría de renovarse el aire envenenado que expelemos, y moriríamos por asfixia. Las plantas respiran de día lo mismo que nosotros, pero al revés, expeliendo oxígeno, de manera que transforman el óxido de carbono en este componente que necesitan las especies animales para vivir.

Pero como absolutamente ninguna clase de vida es posible sin agua, tampoco escapan a esta necesidad las papas y el trigo que consumimos, y tampoco la vegetación que nos fabrica gratuitamente un aire purísimo y ese ambiente que es propio del hombre, como el agua es para los peces.

5

Dicen, por ejemplo, que en Caracas está subiendo la temperatura. Cualquiera que lleva unos años en Caracas se ha dado cuenta del cambio. Se ha producido sin duda, un aumento de la temperatura en el valle de Caracas, provocado por la deforestación. Hace unos pocos años, el valle de Tacagua era una selva; por los lados de Petare ocurría lo mismo. De manera que las reservas de humedad de los dos accesos al valle influían mucho en su temperatura. Apenas si la niebla desciende ahora más bajo que el cortafuego del Avila cuando antes cubría el valle. Pero no es verdad que la temperatura ha aumentado 10 grados, como aseguran algunos viejos caraqueños. Lo que ocurre es que, más que una diferencia de temperatura medible con termómetro, como me decía el señor Arturo Eichler, un sabio muy sencillo que lleva muchos años dedicado a estudiar estos fenómenos en el país, es la calidad del aire la que ha sufrido; se ha reducido la humedad y se ha alterado el microclima.

Está ocurriendo algo muy grave; está alterándose la composición del aire que respiramos.

El hombre tiene los órganos hechos a un ambiente; cualquier anomalía influye en el desequilibrio de la salud. Nos preocupamos mucho, y con razón, de una alteración

globular, por ejemplo. Una disminución de los glóbulos rojos de nuestra sangre denuncia un trastorno que hay que combatir. ¿Por qué cree usted que no afecta a su naturaleza, a su salud, una alteración en la estructura del aire que respira?

6

Pero se siguen tumbando árboles (en Sebuacán se taló hace días un pequeño bosque para hacer un campo de fútbol, como si no sobrasen peladeros donde acondicionarlos; ¡ni el Avila se está salvando!), se continúan cercenando los cerros para sacar 100 bolívares a cada metro cuadrado, a costa de la salud de la colectividad.

¿Sabe usted cuánto tiempo necesita la naturaleza para fabricar tres centímetros (que es bien poco) de capa vegetal? En Venezuela necesita de 500 a 600 años. En otros lugares, hasta 1.000 años; depende de muchas circunstancias. La capa vegetal es un organismo vivo, que respira y necesita humedad, como un ser humano. Pues llega un tractor cualquiera y se lleva alegremente 3.000 ó 4.000 años de trabajo de la naturaleza.

Así vamos en camino de convertir el ambiente de Caracas en el de un horno de ladrillos.

Los árboles no son unos camellos vegetales, y necesitan agua en todo el año. La naturaleza ha resuelto el problema arbitrando reservas naturales en el subsuelo, hasta donde llegan las raíces para alimentarlos. Caracas tiene un enorme depósito subterráneo de agua por donde en el verano bebe la poca vegetación que queda. ¡Pues ya están perforando pozos y pozos, indiscriminadamente, para sacarle el agua al subsuelo! Si baja más su nivel, vamos hacia una desastrosa desertificación. Ya muchos árboles del hermoso y completamente abandonado parque de Los Caobos se están secando. Para explicarlo de alguna manera, es como si nos estuviésemos suicidando, cortándonos las venas.

Y hasta estos caminos naturales de almacenamiento subterráneo está condenando la despreocupación del hombre, porque las deforestaciones y las impermeabilizaciones hacen que el agua de las lluvias corra apresuradamente al mar, sin tiempo de filtrarse hasta el subsuelo; el agua que no seca el sol o evapora el aire, sin cumplir ningún fin vital, corre al mar arrastrando tierra, animales y hombres como un trofeo de la improvisación.

Así se han secado muchas cabeceras de río, porque han ido talando los bosques que las protegían del sol y del viento, que es el elemento más sediento de la naturaleza.

Al Lago de Valencia, donde se evaporan 20.000 litros de agua por segundo, según cálculos recientes, hace todavía muy pocos años llegaban a verter su caudal veintidos ríos. Cualquiera que haya estudiado la geografía venezolana de hace 20 ó 30 años lo debe recordar todavía. Si ese mismo hombre de hoy hace una excursión alrededor del Lago, verá todavía sus cauces secos. Apenas quedan seis o siete hilos de agua. Claro, el Lago de Valencia está bajando de nivel. Dentro de unos años su lecho será una ciénaga.

Lo mismo ha ocurrido con el Guaire. Es verdad, y no sueño de poeta, que el Guaire traía hace todavía pocos años agua limpia y abundante. Han intervenido también otros factores, como el crecimiento de la ciudad, con todas sus consecuencias; pero nada tuvo

que ver con su caudal. Al río se le ha secado en su fuente, talándole los árboles de su cabecera y parte de su curso.

7

Afortunadamente, hay la esperanza de volver a ver corriendo sus aguas azules y limpias. Para eso el hombre tendrá que emprender desde este mismo momento una labor inteligente para sobrevivir en este valle de Caracas, como dice el naturalista Arturo Eichler.

Pero eso sería comenzar a hablar de los bosques, que son los que retienen el agua, enriquecen la tierra y atraen las lluvias, mucho mejor que los bombardeos artificiales de cubitos de hielo.

Del problema de los bosques hablaremos en otro reportaje, que éste ya ha resultado excesivamente largo.

Nuestra vida comienza en los bosques

Se calcula que cada ser humano consume durante su vida un promedio de 300 árboles adultos.

¿En qué? En calefacción (lo que no gasta un venezolano lo quema un finlandés), en muebles, en ropa (hay muchas fibras textiles que salen de los árboles), en la construcción de viviendas, en la fabricación de miles de productos sintéticos derivados de la madera, en este papel de periódico que está mirando usted ahora. Por mucho que se desarrolle la industria del metal, nunca podrá sustituirla enteramente.

Afortunadamente, porque así tendremos siempre a mano, un pedazo de madera que tocar.

También se calcula que la familia humana realiza el milagro de un aumento vegetativo de 70.000 vidas por día. Eso quiere decir que llegan al mundo diariamente 70.000 cuerpos nuevos que vestir y que alimentar, y que esperamos que habitarán también sus casas, usarán sus cepillos de dientes y leerán sus periódicos.

¿Estaremos sembrando los 21 millones de árboles por día que necesitan?

Antiguamente, pongamos hace dos mil años, alrededor del 80% de la superficie terrestre estaba cubierta de bosques. Hoy se han reducido las zonas forestadas a menos de la mitad.

Acerquémonos un poco en el espacio y en el tiempo. Cuando los descubridores llegaron a Cubagua hace menos de 500 años, la isla estaba cubierta por un espeso bosque. Hoy la isla de Cubagua es un pedregal.

La verdad es que el hombre está convirtiendo la Tierra en un desierto.

2

El hombre tumba un árbol de 100, de 200 años, muy fácilmente; con sólo arrimarle al tronco la hoja circular de una sierra mecánica.

Ninguna ciencia, ninguna técnica, es capaz de crear la portentosa vida de un árbol. Será necesario esperar otros 100 ó 200 largos años para reemplazarlo.

Una casa que se tumba puede ser sustituida por otra con sólo levantar unos muros; una ciudad por otra con sólo construir unas casas nuevas, en cosa de unos pocos meses. Ningún adelanto científico o técnico puede corregir las consecuencias de la destrucción de un bosque.

Si la ciudad inglesa de Coventry o la vasca de Guernica hubiesen sido bosques, las huellas materiales hubiesen sido testigo de la barbarie nazifascista por cientos de años. Esta enorme ciudad de Caracas podría reconstruirse en una plazo de pocos años; dependería de los medios humanos y técnicos disponibles. Un bosque primigenio, como el de Guatopo, del que depende a corto plazo el suministro de agua de Caracas, no podría sustituirse sino en más de un millón de años.

¿En qué consiste la importancia de un bosque así?

3

Destruir un bosque es como exterminar una cultura.

Un bosque de árboles no es sólo una suma de palos. Como me decía el naturalista Arturo Eichler, un bosque es un mundo.

Este fenómeno de la interdependencia natural que va creando la naturaleza es conocido por *biocenosis*. En un bosque natural se ha llegado a un equilibrio tal de ese mundo de vegetación y de fauna, que cualquier alteración lo afecta. El sólo hecho de abrir una pica en un bosque ya origina algunas mutaciones en su estructura. Como se modifican las condiciones de entrada de luz y de viento, la naturaleza reacciona inmediatamente, alterando sus funciones.

Por eso, la idea de crear *bosques puros*, o sea, sembrar plantas de una sola especie con la intención de crear grandes extensiones uniformes de árboles, resulta un error peligroso, porque perjudica a la tierra, se vuelve ácida, y no permite el normal desarrollo de la fauna, elemento tan necesario en la vida naturalmente equilibrada de una selva.

Regresando al ejemplo del bosque con la cultura: es como si una lengua convencional, el Esperanto, por ejemplo pretendiese tener el contenido espiritual de una lengua que han conformado cientos de años lentos sedimentando las experiencias y los pensamientos y los miedos y las esperanzas y las alegrías de un grupo humano buscando laboriosamente las luces de la comunicación.

Nada puede sustituir estos bosques naturales en el mantenimiento del equilibrio natural de nuestro mundo físico, como no pueden las lenguas artificiales en el mundo de la cultura.

Un bosque primigenio de más de un millón de años de formación, como el de Guatopo, o los del Delta Amacuro, o el de Rancho Grande, no pueden ser sustituidos repentinamente por ningún otro bosque sembrado ahora. Aunque se cuidasen técnicamente los detalles más mínimos para favorecer una biocenosis natural, tardaría cientos de años en reproducir otra vez los climas y las circunstancias geológicas transcurridas. Si Guatopo desaparece, no se tendrá, ni en miles de años, otro bosque igual.

¿Y qué hace que los bosques tengan tanta importancia en la creación de las condiciones naturales del hombre?

4

Ya dijimos en nuestro reportaje anterior, que la vida es imposible sin agua, y también que no hay agua posible sin lluvias. Pues los que ordeñan el agua de las nubes son los bosques.

Los bosques más valiosos son los que se llaman *de altura*, o también *selvas nubladas*, porque la zona de condensación favorable varía de mil metros para arriba.

Los árboles, con su humedad, con el aire fresco que producen, crean las condiciones favorables por la condensación. Cuando las nubes entran en su zona, se enfrían y se convierten en lluvia.

Otros bosques también muy importantes son los de *vertiente*, como el del Junquito. Los vientos alisios empujan contra el cerro las nubes creadas con la gran evaporación del mar, y descargan su lluvia en toda esa zona alta próxima a Caracas.

¿Y qué más hacen los bosques para que se les conceda tanta importancia?

5

Al caer la lluvia en un bosque, las gotas chocan contra las hojas, y se rompen, perdiendo miles de kilos de su fuerza, y el agua se dispersa. Después cae sobre otro tupido colchón de musgos, de hierbas y otros tipos de vegetación que evitan que el agua rompa la tierra y se la lleve cerro abajo, como un espeso chocolate fabricado con la capa vegetal que es la capa viva de la corteza. Dicho con otra palabra muy conocida entre nosotros: el bosque evita *la erosión*.

Esta lluvia que cae tan frenada y tan bien esparcida sobre la tierra, encuentra en el bosque una tierra ahuecada por los sistemas de raíces, que mantienen el suelo flojo, por donde el agua se introduce fácilmente. El agua que llega en condiciones tan favorables continua después filtrándose por su propio peso y fluidez, hasta formar los depósitos de agua del subsuelo.

Así, el bosque cumple con dos misiones vitales en beneficio del hombre: absorbe la humedad que necesita para seguir produciendo oxígeno y humedad con su respiración (un árbol grande transpira 40 litros y hasta mucho más de agua por día), y almacena el agua que necesitamos, a la vez que favorece la nutrición de la capa vegetal.

Esta agua que se ha ido filtrando lentamente ha ido disolviendo las rocas y otras sustancias de la tierra, nutriendo y revitalizando la capa vegetal, el organismo vivo que envuelve el planeta que habitamos y permite la vida del hombre.

De esos depósitos subterráneos se alimentarán capilarmente las plantas; de ahí nacerán los ríos como el Guaire y el Orinoco, y los manantiales de agua, cerca de los cuales el hombre ha construido su vivienda desde que tiene inteligencia, porque el camino del agua ha sido siempre el camino del progreso del hombre.

6

No solamente hay necesidad urgente de salvar los bosques ya existentes, sino de sembrar inteligentemente otros nuevos que sean el sustento de muchas generaciones de venezolanos por nacer.

¿Y dónde se pueden sembrar? Según Arturo Eichler, y él sabe de esto, en casi cualquier parte, hasta en el desierto de Sahara. Se puede reforestar la falda del Avila tan bien como se puede convertir en bosque la Península de Paraguaná. Todo consiste en estudiar los terrenos y en elegir los tipos de árboles adecuados a cada uno.

Según él, en la parte baja del Avila se pueden sembrar aguaticillos, cujíes, mantecos, tara-amarillas, robles, cedros dulces, cipreses y eucaliptos. Aunque considera que hay que andar con cuidado en la selección de especies importadas, como estas dos últimas,

hay algunas que pueden aclimatarse con ventajas aprovechables. Considera que junto a estas clases de árboles deberían sembrarse algunas ornamentales, como la guarupa, el bucare, el flamboyán, el apamate, que embellecerían mucho, al mismo tiempo que hay que extirpar los pajonales, foco principal de los incendios forestales.

Las áreas como la de Paraguaná, de clima tropical y de suelo arenoso, recibirán muy bien al cují, al dividide, al indio-desnudo (llamado así porque se le desprende la corteza con facilidad), al olivo, al roble, a la tuna, a la acacia, al limoncillo y al guamacho, por ejemplo.

7

Pero lo más urgente ahora es conservar lo que ya se tiene, lo que es imprescindible para la vida.

Parece ser que en la selva de Guatopo ya se están tomando algunas medidas contra los conuqueros; pero hace todavía un año la estaban destrozando.

Resulta triste que por ignorancia se esté talando y quemando un bosque primigenio, de un millón y medio de años, para sembrarle unas papas o unas caraotas o unos cambures. Ya sabemos lo que hace el conuquero: siembra hasta que el agua se lleva la capa vegetal; entonces abandona el pedazo de hueso pelado que le queda y pasa a otro pedazo; hasta que el agua termina de llevarle toda la sustancia a la tierra. Esta destrucción sistemática de Guatopo es la misma que se observa en los Andes.

Arturo Eichler hace la consideración de que si el gobierno regalase las caraotas y los cambures que recogen estos conuqueros, el país saldría infinitamente beneficiado.

8

Y aparte de estas razones, Guatopo es la única posibilidad futura para abastecer de agua a Caracas. Es la única gran selva que está en sus cercanías, porque las otras de Aragua vierten sus aguas a otra cuenca.

En Guatopo nacen el Lagartijo, en el que se están depositando todas las esperanzas; pero se nutren de su agua, además, el Taguacita y el Taguaza, que alimentan el Tuy. El Tuy, más arriba de estos afluentes, es en verano apenas un regato.

El río Lagartijo puede solucionar temporalmente las necesidades de agua de Caracas, pero esta cuenca, desgraciadamente, está deforestada. Con el tiempo habrá que subir hasta el Taguacita.

Y si desaparece Guatopo, no se está jugando solamente la suerte de la capital de la República, sino de todo Barlovento. Si desaparece el bosque de Guatopo se secarán el Cuirá y el Cúpira y el Guapo, y el cacao y toda la enorme riqueza del valle de Barlovento se lo llevará el agua al mar. Ni para los peces, porque se irá en lodo.

Vamos a dejar de lado la necesidad de los 300 árboles que consumimos cada uno, y cuando pensamos en un bosque, calculemos solamente en la fuente de vida que es, desde

los suministros de agua y oxígeno, hasta toda la producción de nuestros campos, y nos daremos angustiosamente cuenta de que sin bosques no hay vida posible.

¿Qué pasa con los parques nacionales?

¿Usted cree que no ha habido algún norteamericano emprendedor que haya tratado de aprovechar la gigantesca fuerza de las cataratas del Niágara poniéndolas a mover una turbina? Sin embargo continúan despeñándose ociosamente, ofreciendo uno de los espectáculos más hermosos del mundo.

Pero aquí no estamos libres de que cualquier día conviertan el Santo del Angel en una central hidroeléctrica.

¿Qué tiene de malo una central? Nada. Más bien es una prodigiosa amiga del hombre. Pero las turbinas se pueden instalar en el Caroní, como se está haciendo, y en muchos otros ríos de Venezuela, aunque carezcan de majestuosidad y la belleza del salto de agua más alto del mundo.

Hay razones elementales como ésta, de preservar una belleza natural, que son suficientes para decretar un parque nacional.

2

¿Qué es un Parque Nacional?

Un Parque Nacional no es un parque zoológico en grande: no es una zona donde se exhiben los fenómenos naturales y los animales metidos en jaulas; sino áreas a veces muy extensas puestas a salvo de la rapacidad comercial del hombre con objeto de que sirvan de escenario al esparcimiento de todo el pueblo.

Está ocurriendo en todo el mundo un fenómeno de consecuencias cada vez más peligrosas. Los más emprendedores o más astutos se están adueñando de toda la superficie útil de la tierra como si estuviesen repartiendo unas parcelas que les están destinadas desde la creación. La transformación técnica y comercial tiende a destrozar el paisaje natural del hombre para crearnos un nuevo paisaje económico, lleno de chimeneas y horribles cajones de cemento. Aunque el progreso de la técnica impone al hombre ciertas condiciones, debe, sin embargo conservar para su salud física, para su alegría, parte de ese escenario que está perdiendo el hombre para siempre.

Como van las cosas, los más emprendedores o los más audaces o los más desaprensivos se están cogiendo las playas, los cursos de agua y las cabeceras de los ríos y hasta los bosques, que son patrimonio elemental de la humanidad, de forma que el hombre del pueblo que ha llegado a este mundo ajeno a los poderes del papel sellado y los registros judiciales no entiende por qué le prohíben bañarse en el mar.

Los parques nacionales son una limitación indispensable a este espíritu industrial y comercial tan agresivo que pretende reducirlo todo a valor de moneda. Hay razones de belleza natural, de peculiaridad física, de bien colectivo práctico, que deben de estar por encima del poder de la por otra parte valiosa iniciativa privada y entrar dentro de los dominios del patrimonio colectivo.

Este es el objetivo fundamental de los parques nacionales.

3

Los primeros parques nacionales fueron creados en los Estados Unidos. El más antiguo es el de Yellowstone, inaugurado en el año 1872.

Según un informe de la FAO (Food and Agriculture Organization), de los demás países de América figura Chile, con 47 parques nacionales, en primer lugar; después México, con 36; Brasil, con 15; Canadá, con 12; Argentina, con 10; Haití y Uruguay figuran empatados con 7 parques nacionales cada uno.

El número de parques no está forzosamente en relación con las superficies reservadas en cada país. Por ejemplo, Canadá tiene un Parque Nacional de hasta más de 4 millones de hectáreas, casi cuatro veces la superficie del Estado Mérida. Y Argentina uno de casi un millón de hectáreas. Prácticamente toda la superficie de Suiza y Alemania, que están tan industrializadas, son un Parque Nacional.

¿Cuántas áreas rescatadas de la voracidad comercial existen en Venezuela para destinarlas al patrimonio del pueblo?

Cuando en 1955 se obtuvieron estas cifras de la FAO, ya existían dos. Comparando los recursos y la extensión de Venezuela con Haití, un pedacito de isla con siete parques nacionales, realmente es bien poco. Después, hace todavía unos meses, fue creado el tercer Parque Nacional venezolano, el de Guatopo, de cuya importancia vital hablamos en un reportaje reciente.

4

El primer Parque Nacional decretado en el país fue el de Henry Pittier, llamado de Rancho Grande, en 1937. Son 80.000 hectáreas de selva primitiva, de una edad alrededor de un millón de años, depositaria de una riquísima variedad de flora y fauna.

El segundo fue el de Sierra Nevada de Mérida, decretado en 1952, que incluye el Pico Bolívar y tiene una extensión de más o menos 120.000 hectáreas de extraordinarios paisajes de páramo, con su flora típica. Este Parque Nacional alcanza hasta las selvas del pie de monte llanero, abarcando una vegetación que va desde la subtropical hasta la de clima ártico, y contiene 30 lagunas de extraordinaria belleza que están sobre los 3.500 metros, y algunos hasta sobre los 4.500 metros de altitud alimentadas por glaciares. En algunas se pueden sembrar truchas.

El tercer Parque Nacional, el de Guatopo, incluye, además de su extraordinaria fauna y flora, la defensa de los ríos Lagartijo y Taguacita, de los que depende el abastecimiento de agua de todo el valle de Caracas, y los ríos Cuira, Cúpira y Guapo, que riegan el rico valle de Barlovento.

Cada Parque Nacional tiende a ser una unidad la más completa posible en variedad de atractivos para el hombre, porque ha sido creado para salvarlo de su destrucción; pero también para tenerlo completamente abierto para su recreo. Se trata de que cada parque cuente con diferentes accidentes o molduras de terreno, sus ríos y cascadas, sus bosques y a poder ser hasta su playa

5

¿Y qué hay de las demás maravillosas riquezas con que cuenta la geografía de Venezuela?

La Dirección de Urbanismo del MOP, a la que compete la planificación de parques, bosques y reservas nacionales, está estudiando la creación de parques, en los que estarán representadas las áreas diferenciadas, como la de Margarita, las tierras de Paria, del Delta del Orinoco, el Alto Llano, Perijá, la Guayana, el del Amazonas y la Gran Sabana.

De Margarita resulta interesante, por ejemplo, la Península de Macanao, porque reúne simultáneamente característica de tierra insular, de playa y al mismo tiempo de montaña.

El de Guayana incluiría el Salto Angel, el Auyantepuy y todo el conjunto de los maravillosos Tepuy (forma cortada de montaña), incluyendo el Apradatepuy, la mayor elevación del Este de los Andes en Sud-América, con alrededor de 3.000 metros de altitud.

El Parque Nacional del Delta Amacuro comprendería las formaciones de tierras délticas, o sea, de las tierras de capa y vegetal traídas por los ríos, y por eso mismo, riquísimas, aunque tienen la desventaja de estar muy expuestas a las inundaciones; el área de este parque se extendería desde las islas costeras hasta la serranía de Nuria.

Las dunas, los médanos de Coro, de características similares a las del Sahara (sobre todo como monumento natural, como los Morros de San Juan, por ejemplo) con las características configuraciones de playas; hasta se ha pensado en importar camellos para atraer una corriente turística interna y del exterior.

Los raudales del Altures y el Maipure, en el Territorio Amazonas, incluyendo selva, zonas del cerro Sipapo, que tiene una altitud de 1.600 metros.

En el sur del Lago de Maracaibo (hasta la sierra de La Culata, que pertenece a la cadena del norte de los Andes) existe un verdadero museo de vegetación de una exhuberancia increíble, debido a la humedad del Lago y el hecho de que el brusco desnivel desde el cero del Lago hasta los 4.000 metros de La Culata ofrece una asombrosa variedad de climas.

Y así otras áreas, hasta un total de estos 25 que la Dirección de Urbanismo del MOP debe conseguir urgentemente porque todavía se está a tiempo de separar estas porciones de tierra tal como las creó la naturaleza, y ya la valorización de tierras y la destrucción están poniendo en inminente peligro de desaparición.

Muchas de estas bellezas naturales están a punto de extinguirse. Por ejemplo, en la fauna hay especies que están corriendo el riesgo de desaparecer en el mundo, como la danta. Si se permite su extinción, nunca más podremos recuperarlas, tanto por lo que significan para el equilibrio ecológico de nuestro mundo como por su belleza o para el estudio de las especies en sus medios naturales, y pasarán a la lista ya larga de las especies extinguidas.

Hablando de la importancia de estas destrucciones de especies, me explicaba Arturo Eichler que, por ejemplo, entre los reptiles (los que muchos consideran un peligro inútil) si el caimán desapareciese de los ríos, también desaparecerían sus excrementos, de cuyos micro-organismos depende la vida de los peces útiles, y además entonces

crecería peligrosamente la proporción del tan temido pez caribe, que normalmente es destruido por el caimán.

Este es un pequeño ejemplo de la manera encadenada como funciona la naturaleza, y que hace que cualquier desequilibrio tenga consecuencias peligrosas.

El hombre también tiene la responsabilidad de defender los refugios más ricos de la fauna en los ríos, aquí principalmente el Apure y el Orinoco, si se quiere seguir conservando el venado, el jaguar, la puma, el chigüire, la danta y otras especies en peligro de extinción. Otro refugio de la fauna que hay que proteger es el que constituyen las albuferas como la del Unare, la de Adícora en Paraguaná, y también las tierras insulares que son refugio de las aves.

Sobre todo las aves migratorias.

Hasta existe un acuerdo internacional que compromete al país en su conservación, porque su extinción no sólo afectaría a Venezuela sino a todos los países que recorren en sus peculiares ciclos migratorios. Así, la suerte de los flamencos, los corocoros, los patos y las garzas blancas que viven transitoriamente en suelo venezolano interesan también a otros países que visitan.

Las medidas oficiales tienen que ser urgentes y enérgicas, porque los intereses particulares suelen ser poderosos y generalmente mezquinos.

Es, por ejemplo, urgente convertir en parques nacionales los nacimientos de los ríos importantes, de los que depende la salud de muchas áreas urbanas, prohibiendo la explotación maderera en esos bosques, y reforestar urgentemente aquellos que lo necesiten. Como también es urgente rescatar las playas, que no pueden ser enajenadas a ningún precio.

Los parques nacionales no son unos parques zoológicos en grande, ni áreas particulares, sino al contrario, lugares de propiedad común a los que el estudiante y el científico pueden llegar a estudiar la flora y la fauna en sus ambientes naturales, en los que todos los ciudadanos pueden disfrutar de la naturaleza, con todo aquello que se ha conseguido rescatar, como si fuesen museos vivos que no se pueden reproducir.

Y a la vez que una fuente grandiosa de salud y distracción colectiva, los parques nacionales constituyen una valiosa razón económica, porque nadie vendrá desde los Estados Unidos ni de Europa a ver las autopistas o visitar el teleférico o la playa de Macuto, y sí, en cambio, pagará por observar una selva tropical en toda su belleza natural, o visitar los Tepuys en la Guayana o los raudales del territorio Amazonas.

No hay, pues, ni un solo argumento en contra de la urgente creación de los parques nacionales. Y ya se está haciendo tarde.

ORIENTE

El Pericoco de Clarines acaba de morir

Para Alfredo Armas Alfonso.

Cada año por la Semana Santa daba su cosecha de semillas, unos granos de piel roja y lisa, y los muchachos tenían con qué declararse a las muchachas como jugando.

El pericoco estaba plantado al pie del altozano de la antigua iglesia de Clarines, como un hijo. Era un árbol copudo de cuatro brazos con un tronco que parecía destinado a durar lo que todas las generaciones de clarinenses por venir. Pero se enfermó. Como las personas, por un mal aire, por cualquier cosa. Cuando la carcoma le llegó al corazón, el pericoco dio su última cosecha de semillas rojas, como un suspiro, y se secó.

Es ley de Arriba que lo muerto tiene que reposar en la tierra, y nada, ni la era del cemento, lo puede cambiar, y el pericoco amenazó con caerse. Entonces el concejo municipal acordó cortarle respetuosamente los pies y lo tumbaron. Todo el pueblo desfiló ante el pericoco.

Así, echado, parece descansar.

2

Al juego de las semillas le llaman quiminduñe o quiriminduñe. Se trata de esconder algunas en un puño y preguntar con frases de ritual si son pares o nones, para doblar, ganando o perdiendo, la postura. Pero cuando al muchacho le asoma el rubor a los ojos y su compañerita mira más para el suelo que para la mano cuando escucha "me quiere o no", entonces lo que se gana o se pierde es un "sí" con el par y lo que dice por su cuenta el non, lo más terrible que puede ocurrirle a un enamorado.

3

El pueblo es más viejo que el pericoco y todavía vive.

Fue fundado por la tercera misión de religiosos de España con el nombre de San Antonio de Clarines.¹

Los frailes fueron trece. El que dio calor a la empresa fue el padre Yangües, quien en compañía del gobernador don Juan Brabo de Acuña le dio comienzo en 1667, antes de partir para la casa de Cayagua. El motivo fue la paz, que así llamaban entonces al sometimiento de los indios. Esta zona era el corazón del territorio de los indios Palenques y los misioneros necesitaban de protección para defender "los frutos de sus apostólicas tareas". Así, con este santo propósito, llegaron al mismo tiempo desde Píritu

¹ *Historia de la Nueva Andalucía*, de Fray Antonio Caulín (1779).

a este sitio de la rivera del Unare otras gentes trayendo desde Cumaná "algunos cañones y municiones con que hacer más respetable la fortaleza".

No se sabe exactamente cuándo fue fundado, porque los primeros libros de este pueblo, puesto bajo la devoción de San Antonio, al resguardo del fuerte, perecieron en un incendio; pero es seguro que fue antes de 1674, siendo Comisario Apostólico de dichas misiones el M.R.P. Fr. Domingo Bustamante. El fuerte de San Pedro estuvo en pie hasta 1695, en que "pacificada" (léase sometida) la tierra y "reducidas las demás naciones, se destruyó considerándola del todo superflua".

4

Hoy aún asoman a trechos los paredones de argamasa enterrados para cimiento. Pero cualquier camino que construyan, cualquier zanja para tubería que abran, los enterrarán para siempre.

Lo que hoy queda en Clarines como hitos son las cruces de los caminos. Los lugares del pueblo se denominan con sus nombres.

Están en los puntos más prominentes del pueblo, frente a los caminos, "porque lo importante –como dice el pueblo– es que el diablo no entre".

Está la del Zorro, en el viejo camino de Onoto y Zaraza, que hoy es la vía que enlaza con la carretera central o que también llaman "la número cuatro"; la Cruz de Píritu, hacia el viejo camino que comunica con esta población; la Cruz de la Loma del Viento, y la de Pachecho, en el antiguo camino de Las Vegas, y las tres cruces del Calvario, en el viejo camino del río, que va al Valle de Guanape y hacia Uchire.

5

En cuanto a su economía, Clarines no ha ganado últimamente nada que permita suponer que los clarinenses van a perder el miedo al diablo.

Según el último censo agropecuario (1949-1950), el municipio cuenta con 310 unidades de explotación. De estas unidades, 203 están dedicadas a la agricultura, 32 a la ganadería y 75 a ambas cosas.

¿A qué están dedicadas estas tierras? De las 29.486,3 hectáreas, más de 20.000 son bosques inexplorados; después vienen los pastos, cultivados y naturales, con algo más de 3.000 hectáreas cada uno; en tercer lugar los cultivos transitorios o semipermanentes y el barbecho (tierras abandonadas después de usadas o de posible uso futuro) con casi 1.000 hectáreas cada uno, y luego las tierras no aprovechables para fines agrícolas (321,9 hectáreas), las deforestadas (119 hectáreas), los bosques explotados (96 hectáreas) y, por fin llega el turno a las tierras cultivadas permanentemente, la base de una riqueza estable, con sólo 68 hectáreas.

¿Qué producen? No puede ser mucho en estas condiciones de cuidado de las tierras. Está primero el maíz, con 991.581 kilogramos; después el algodón con 144.141 kgs.;

después la producción de leguminosas como caraotas, frijoles (81.260 kgrs.) y el queso (45.849 kgrs.); la caña de azúcar (28.000 kgrs.); y el tabaco (2.832 kgrs.).

Acaso el censo de la distribución o tenencia de estas tierras nos ayude a comprender el fenómeno de las 310 unidades de producción existentes, apenas 27 son propietarios. Los parceleros restantes, a excepción de sólo 1 arrendatario, 22 aparceros (que pagan al propietario con productos) y uno en condiciones mixtas aparceros-ocupante; las demás 259 unidades están en manos de ocupantes que no son dueños ni tienen quien las reclame. ¡Así andarán de agua esas tierras!

6

Máximo Cumache, por ejemplo, que se dedicaba a la agricultura en las vegas que hay hacia Guara, y en los Médanos y luego en la Quebrada del Quisando, salió "de eso" por un tumor que le fue creciendo en una pierna, pero también "porque sin agua no se puede sembrar". Así, a medida que han ido surgiendo otras formas de vida, se ha ido abandonando la tierra sin agua.

Máximo se hizo primero albañil "por épocas, ocasionalmente", y a ratos barbero. Después se dedicó a la barbería a tiempo completo. Donde él aprendió "el arte" fue en casa de un compadre suyo en la calle San Antonio. Después Máximo tumbó la competencia y se fue quedando solo:

- Con sólo no echarme palos -dice- tengo para ser mejor que los demás; un barbero bebido no sirve para nada.

Máximo es un personaje de Clarines. Todavía, con sus 65 años, es el barbero más solicitado del pueblo, por su seriedad en el oficio; tan bien le va que no tiene añoranzas de otros tiempos, y en su cuidada dicción de campesino refinado en barbero dice:

- Cerebralmente no tengo ninguna reminiscencia de esos tiempos pasados, francamente.

Lo que sí recuerda con cariño son las fiestas de San Antonio, el 13 de junio, que antes se celebraban en dos pedazos: uno el 13, para los del pueblo, y otro para "los agricultores y los indígenas", el 14; las dos fiestas muy lujosas, con sus cumacos (que son unos tambores de palo de caro al que ponen un cuero), los cumaqueros pintados de negro, los "esclavos de San Antonio" en la procesión, y música de "cuerda, flauta y tambor" recorriendo desde la calle Bolívar, por la parte baja del pueblo, hasta subir después a la calle Real de San Antonio, echándole cohetes al Santo.

Antes venían las gentes de Caracas, pero ya no; ahora "sólo mandan algo al Santo para ayudarle en sus fiestas".

Y mientras Máximo recuerda todas estas cosas en su barbería de fresco piso de ladrillo, donde tiene colgado un moriche para echarse sus siestas mientras espera a los clientes, con una Virgen del Carmen que le dejó su señora "y que me acompaña todavía", una mesa con un cajón donde guarda todas las navajas que han pasado por sus manos, afeita a un cliente que ha puesto sentado en una silla de cocina que ha encaramado sobre un pedestal de madera para que él, Máximo, no tenga que agacharse.

7

El pueblo que nació antes de 1674, hace casi 300 años, con una de las más hermosas iglesias coloniales del país, que está triste porque la tierra está cada vez más seca y "trabajos de industria" no hay; va a tener pronto su carretera que están construyendo, y por donde acaso llegue la vida que los clarinenses esperan desde hace mucho; pero por ahora están llorando el pericoco que acaban de tumbar, porque se había muerto de pie, como los buenos, pero la tierra exige por ley de Arriba que toda la vida que se seca descansa en su regazo.

Y las nuevas generaciones de jóvenes tendrán que perder su rubor para declararse, porque las semillas que daba el pericoco se acabaron para siempre.

La carretera de "Los Kilómetros"

Pablo Ramón Rondón en Ipuro, un caserío cerca de Maturín, cultiva un conuco que le da maíz, yuca y cambur para vender. Cría, con las sobras, unos cochinos. Y además tiene unas "gallinitas", un diminutivo que usa a menudo el hombre del campo para reducir la importancia de lo que tiene, y que, verdaderamente, "puesto a vender no vale mucho".

Pero aunque sea poco, Pablo Ramón Rondón se pone "entre día" su camisa, pantalón y zapatos de ir a Maturín, y sale a vender su "carguita" para comprar su comida: carne, un poco de pescado y arroz, "lo que uno pueda". Llega temprano en la mañana al mercado de Campo Obrero. Pero antes, cuando apenas amanecida pasa por lo que llaman Boquerón, en el kilómetro 3, entre Maturín y la alcabala de El Crucero (donde se le da al carro opción para viajar a Jusepín o Caripito) Pablo Ramón se detiene un momento en la capillita de la Cruz del Descanso, amarra su burro y prende una vela, que es lo que estaba haciendo cuando pasamos nosotros camino de Caripito.

2

Pablo Ramón Rondón atribuye la construcción de la capilla "hace unos cinco años" al señor Pedro Manuel Figueroa, y dice que el cura de Maturín viene de vez en cuando a recoger las limosnas y administrar algunos bautismos. Queriendo ampliar detalles, pregunté más tarde a gente de la región acerca de la capilla, y no me supieron decir si verdaderamente el Padre venía a bautizar y a celebrar Misa una vez al año, como me informó Pablo Ramón; pero no tengo tampoco razones para poner en duda lo que me dijo, aunque él sabe más de lo que le pasa que de lo que ocurre en su derredor.

Lo que Pablo Ramón quiere y pide al Cristo del Descanso cada vez que pasa frente a la capillita es que le "ayude a trabajar, que los animales no se le mueran, que todo vaya *p'arriba*" (Me decía J.A. de Armas Chitty que en el Llano se dice *p'adelante*", con indudable relación geográfica). Estoy seguro que el Cristo atenderá las sencillas aspiraciones del campesino, y que si por alguna razón que se nos escapa permite que las gallinas se las lleve una peste y que se le empiecen a morir los cochinos y que deje de llover hasta secársele el conuco, le dará fortaleza de ánimo para aguantar el golpe, y nuevas esperanzas para seguir trabajando.

3

Pero no hay miedo de que deje de llover un día en este verde pedazo de Venezuela. Así como escasean las lluvias en Paraguaná hasta casi poder contar con los dedos los días mojados del año, se pueden sumar sin más esfuerzo en esta carretera de "los kilómetros" los días en que va uno desde Maturín hasta Caripito sin recibir unas gotas de agua.

Cuando lo dejamos solo con su Cruz del Descanso vestida de piadosas flores de papel y sus milagros de agradecimiento, con sus dos velas prendidas en medio de un mar revuelto de esperma diluida con Dios sabe cuántos enredos de aspiraciones, miserias y purezas de intención, Pablo Ramón estaba colocando un medio en un vasito donde "en veces dejo hasta un bolívar", que de vez en cuando "llega el Padre a recoger" para decir en la intención de los que temen por sus animales o los males de ojo o la sequía una misa en la iglesia de Maturín.

Y comenzó una garuíta que duró lo que aguanta una nubecita tendida al sol.

La carretera tiene a dos manos unos ricos matices de verde cerrado de maíz, cambur, guarumo (lo que en occidente llaman guarura), guayaba, coco, moriche, mango, y siembras de "vitualas" o verduras como apio, yuca, ocumo, batata, chaco (una batata chiquita, morada). Y como testimonio del hombre, unos ocres de ranchitos no muy viejos.

4

Este trazado de carretera entre Maturín y Caripito apenas tiene unos 15 años. La vieja era más o menos el doble del actual trayecto; quedó con curvas muertas entre el monte. La gente se mudó con sus ranchitos a la orilla de esta nueva vía construida por la Creole, con sus mojones señalando los kilómetros. Y aunque hoy han desaparecido por completo, los parajes han conservado las denominaciones de la circunstancial medida kilométrica.

En esta carretera de "los kilómetros" se recuerda todavía que la curva mala está "en el 16", y que la capillita de la Cruz del Descanso queda en el kilómetro 7. Pero para el viajero que no conoce la historia de la carretera, lo que cuenta bien visible son los hitos de hombre, de mujer, de algún niño vendiendo su mercancía de frutas, como naranjas, limones, aguacates, piñas, cambures, plátanos, patillas, parchas, lechosas; jojotos, o cachapas; o cacería, como lapa, cachicamo, picure o algún ave; o trabajo manual como escobas, cestos y silletas.

A veces alguien como Zonaida Araguayán, que tiene 14 años y una hermanita, Audelina Margarita, de dos años, desnuda, y ya "aprendiendo a vender", y una perrita flaca llamada, no sé por qué ironía, "Condesa", ha construido con ocho palos y unas ancha hojas de cambur un techo para resguardarse del sol y "las lloviznitas" para vender topochos a tres por locha, hasta tres bolívares y medio, si vende toda la mercancía de sol a sol. Nos dice con su seriedad de mujer cuajada en apenas un cuerpecito de niña, que aún le quedan en la casa, un ranchito que se ve al fondo de la vegetación en lo que llaman "manifol 5" (respondiendo otra vez a denominación petrolera: llaman manifol al sistema de distribución de tuberías de un oleoducto) cinco hermanitos más.

5

Los hay, como Antonio Rojas, que por alguna razón oscura para nosotros e insensible y vitalmente natural para él se ha puesto, en este sitio solo de la carretera, a fabricar silletas y venderlas a los viajeros. Hace unas diminutas silleticas para niño con bejuco y madera que tiene a mano, y les pone un asiento ahuecado de paja descubierta con un pedazo de hule, trabajo limpio y muy hábil, todo por cinco reales, y unas escobas hechas con fibra de yagua que sacan de la palmera, sujeta al palo con alambre y unos ingeniosos pedazos de lata cortada de potes de aceite de automóvil que debe recoger en alguna bomba de gasolina, todo a 15 bolívares la docena. Cuando él no está, que estaba "por un caserío cerca, casa de un compadre", la mercancía se la vende Daría Guacuto, que es vecina suya. Daría aprovecha así para sacar algo de lo que le dará Rojas si vende su mercancía mientras ofrece sus "limoncitos", que vende a bolívar la ponchera o a real un plato bien rebosado.

Su taller de techo sin puertas que llegamos a curiosear con Daría es donde tiene su moriche, un machete, un Cristo florido y la imagen de un santo descolorido metido en marco y cristal, un par de cuchillos de filo ancho para trabajar su material, un poco de palo y bejuco tumbado en un rincón, y sobre una mesita, que debe ser de trabajo y de comer, una lámpara de kerosén hecha con una latica de cerveza.

Un poco más adelante, Carlitos Marcián, con sus 14 años y sin su escuela, se pasa el día ofreciendo jojotos y algún que otro cestón que fabrica Pedro Arrieta, su "viejo".

El cestón para guardar ropa que ofrece Carlitos Marcián por 10 bolívares está hecho con "tirite", "unos bichos largos" que da una mata baja que se da mucho en ese lugar. Ellos son cuatro hermanitos y trabajan un conuco que da caña, ocume y el maíz que está vendiendo, a bolívar la docena de jojotos.

6

Y Pablo Ramón Rondón, el conuquero de Ipuro que va "entre día" a prender una vela a la Cruz del Descanso para que preserve sus animales de la peste, y Zonaida Araguayán, con su hermanita Audelina Margarita, que con sus dos años ya está aprendiendo a vender a la orilla de la carretera; Antonio Rojas, que no está, pero que lo representa Daría Guacuto, vendiendo silleticas a cinco reales y sus escobas a 15 bolívares la docena, y Carlitos Marcián vendiendo su derecho a descubrir un mundo de lectura por venderle al viejo, que tampoco sabe leer, sus jojotos a bolívar la docena y su cestón grande para ropa a diez bolívares, son parte de esta carretera de "los kilómetros" que ya perdió, no se sabe ni cómo, sus mojones, pero que para recordarlo guarda estos testimonios de humanidad a la orilla de un camino de máquinas que todavía están ellos lejos de comprender desde su borde indiferente de tierra y árbol.

Margarita es algo más que chivo y perlas

Es una colmena. Una colmena sin zánganos. Son abejas con batas blancas un poco descuidadas. Las dirigen abejas sin más blanco que un babero. Una de estas abejas con babero blanco es el Hermano Ginés. Es un vasco menudo con dos ojos vivos, como ascuas. Agarra la sotana con una mano como para escalar un cerro y aprieta el paso por corredores y pasadizos y desvanes y cuartuchos y aulas bien ventiladas presentándome muchachos que se agachan sobre algo que debe valer la pena agacharse, porque a esa edad de estudiante la atención es cara, lo saben los profesores. Uno jurunga en un frasco, otro hace números chiquiticos, como para que quepan muchos en una cuartilla; otro está boquiabierto, con un ojo metido en el visor de un microscopio; otro cuenta, una a una, las escamas de un pez; otro reproduce cuidadosamente sobre el papel los bigotes de un insecto; otro dibuja parte por parte una garrapata que debe ser muy importante; otro agita una botella; otros tres o cuatro están proyectando una película folklórica sobre una pantallita improvisada en un rincón oscuro; hay quien llega vistiéndose el delantal blanco; hay quien sale corriendo, soltándolo sobre el colgador; quien anda despacio, como recordando algo; quien mira por la ventana para ver de recordar las características de un *Tretioscincus bifasciatus*; hay quien estudia un ejemplar disecado, y quien corre, como el Hermano Ginés, arrastrando, como hilo que no se puede atrapar, un olor a amoníaco, a alcohol y a naftalina.

1

Pero no es enteramente el ambiente, un poco muerto, un poco respetable, un poco aburrido, de los laboratorios y los museos. Es un centro de trabajo dinámico, entusiasta; de muchacho que se maravilla ante lo grande de una vocación. Venezuela no tiene todavía tradición científica que haya alcanzado eco extramuros; pero este nutrido grupo de estudiantes jóvenes que colaboran con la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle trabajando en los incómodos rincones de buhardilla de que disponen son semilla de sabios que darán que hablar. Los dirige este hombre sencillo que es un sabio con babero.

El Hermano Ginés no es propiamente un científico de laboratorio. Dijo hace poco en un discurso obligado que el estudio de los seres vivos en su propio habitat es el único punto de partida que considera apropiado y que es la única manera de escapar del peligro que nos amenaza a cada paso: la especialización. "Gran cosa es un especialista – añadió –, pero siempre en riesgo de caer en una visión parcial de la naturaleza, peligro de trabajar en un laboratorio con una serie de frascos o ejemplares y sentirse de un modo egoísta y burgués a mil leguas de la sinfonía de formas y colores de donde procede lo que se está estudiando". Y veo al Hermano Ginés, con sus ascuas brillándole en los cristales de las gafas, corriendo cerro arriba, como aquella vez que tuvieron que caminar veinte horas más de selva con la esperanza de conseguir una especie diferente de guácharo.

Pero por eso, él y los demás científicos que colaboran en la Sociedad no dejan de trabajar la idea y la realización de un hermoso Museo. Porque de nada valdría un exhaustivo trabajo de campo sin la investigación del laboratorio.

2

Un arqueólogo, por ejemplo, además de descubrir concheros y encontrar piezas, tiene que averiguar su edad, las características de su material, el estilo de trabajo y otros factores que determinan los datos que son útiles después para la interpretación en función histórica o técnica o geológica o artística, o todas a la vez. Un etnógrafo y un folklorista deducirán consecuencias sociológicas, elementos descriptivos de pueblos y sus costumbres. El que se dedica a los mamíferos investiga, clasifica y descubre especies nuevas sobre su mesa de trabajo.

El que se especializa en reptiles y anfibios, el que a peces, el que a moluscos, el que a insectos, el que a parásitos, o a la oceanografía o a la botánica o a la geología tiene que complementar su importante labor de observación directa del hallazgo, con el decisivo trabajo de la bata blanca y el microscopio y el grabador de sonido y la balanza y las reacciones de ácidos.

3

Este equipo de estudiosos, "chalados" por un trabajo que tienen que complementarlo con otro que les dé de comer, están durante estos últimos años dedicados a la isla de Margarita. Están desde el año 52 en el empeño de un trabajo exhaustivo para editar una monografía dentro de año y medio, a lo más.

– ¿Con qué propósito?

– ¿Para qué?... –El hermano Ginés esconde sus dos chispitas de ojo como para descubrir la explicación del por qué están él y sus compañeros haciendo todo este trabajo, tan abstraído como está en el mundo de las realizaciones: –Pues mira, después de que terminamos el estudio del archipiélago de Los Roques y La Orchila, que nos habían dado una visión preliminar sobre la biología de las islas venezolanas, apuntamos a Margarita, la reina de nuestras islas, donde existen condiciones muy buenas para obtener una visión unitaria y aislada de todos los aspectos de la vida. Entre ellos es importante, por ejemplo, obtener datos acerca de la relación biogeográfica de la isla, o sea, determinar más elementos de juicio acerca del origen continental o antillano de la vida de la isla.

– ¿Y qué opinión tienen ustedes ahora?

– Que es continental, desde luego.

4

El material arqueológico colectado hasta ahora esta en estudio. Pero permite hacer ya algunas deducciones generales. Como, por ejemplo, que los idolillos rotos, los fragmentos de bordes de vasijas y los adornos encontrados en el norte de Margarita se parecen a los materiales encontrados en Barrancas, en el Orinoco. Pero no se ha determinado todavía la dirección. Es decir, no se sabe aún con certeza si se trata de restos dejados por gente que se fue de la isla a tierra firme o al revés.

Se han encontrado concheros en Aricagua, Guire-Guire, en Boquerón, en Porlamar y en Pampatar, en el oriente de la isla, y en Macanao. En Macanao, por ejemplo, no hay cerámica. Se han encontrado en cambio, primitivos instrumentos de piedra, percutores (cantos rodados con plano de percusión empleado para romper las conchas y comer los moluscos). Con este material se está llevando a cabo un estudio arqueológico que tendrá mucha importancia.

5

El de las actividades pesqueras. principal ocupación del margariteño, resulta muy instructivo en el campo de la sociología. Del uso de los distintos métodos y de las formas en que se organizan se deducen consecuencias sociológicas de gran interés.

Los métodos principales son el trasmallo, una red fija en la costa, y el chinchorro o mandinga para cardumen visto por vigía. Aunque de menor importancia bajo el punto de vista social y técnico, están los procedimientos de la tarraya, el anzuelo de cordel, la ballestilla, el guaplao (señuelo) y el palambre para pesca grande.

En el primero de los procedimientos principales, el pez (tiburón pequeño, por ejemplo) se enreda; en el método del filete, se ahorca en la malla (el caso de la lisa) y en el de la mandinga, que se usa para cardúmenes, el pescado se arrastra.

6

Pero al contrario de lo que se cree comúnmente, la pesca no es el único recurso del margariteño. Ni la industria de las perlas es la más importante. Hay una hermosa tradición de artesanía que debe ayudarse a fomentar para llenar los espacios vacíos de actividad y medios de subsistencia entre dos épocas o temporadas de pesca.

Es interesantísimo estudiar la forma en que se distribuyen el trabajo artesanal, coordinando las distintas actividades de los pueblos de la isla. En uno hilan el algodón, elaborando el hilo "toporeño"; en otro lo tejen nada más, para que en otro se encarguen de venderlo. Las mujeres tejen la crineja (¡a centavo la brazada!), otras hacen los sombreros y otros de lugar distinto las venden. Cada población tiene una actividad típica relacionada inmediatamente con los demás poblados vecinos, y así, la alpargata, por ejemplo, para cuando está lista para su venta ha pasado por tres poblaciones distintas.

Entre las actividades artesanales más importantes están la de las hamacas (El Norte, Santa Ana), la alfarería (El Cercado y Colonia Fajardo de Porlamar), la cestería (mapires) en Aricagua y principalmente en el valle de Pedro González; sombreros de palma de dátil y peines de carey en San Juan. Cuando se cumpla el plan turístico programado para Margarita se podrá dar aliento nuevo a estas ocupaciones tradicionales del margariteño.

7

El Hermano Ginés tataba una música de diversión con compás de baile que correspondía a una preciosa película en colores que tomó él durante una de las giras.

Se han popularizado unas pocas, como el "Pájaro guarandol" y "El Carite", pero hay muchísimas otras. Todas son como versiones distintas de un mismo motivo principal. Así son "La Iguana", "El Ruiseñor", "El Guayamate" (cardenal, en idioma guaiquerí), "La Dormilona", "El Venado", "El Tiburón", "El Chirigüire", "La Burra", "La Vaca" y otros muchos que ellos están tomando en cine, cinta magnetofónica y anotaciones.

Las diversiones populares se representan en Margarita a fines de año, por Navidad, y los que más se prolongan llegan hasta el día de San Benito, el 21 de enero. No se sabe aún por qué existe la costumbre referida a esta época del año. Puede que algunas prácticas guaiquerías quedasen sin motivo especial unidas a las fechas de alborozo de la Navidad y fin de año. Las innumerables versiones de las diversiones tienen un fondo común. El motivo de la diversión sale bailando al son del furrucú de tapara o barril y algunos instrumentos más, el cazador lo mata, alguien reclama gritando y el curandero lo cura; a veces le sacan huevos, como a la iguana. Intervienen siempre elementos principales que son casi insustituibles en el grupo: el animal simbólico (pájaro guarandol, venado, vaca, tiburón), después el *cazador*, el *curandero*, el *dueño* del conuco y el *diablo*. El *diablo* no falta en ningún grupo bien organizado. Algunas veces hay sustitución de elementos, pero significando lo mismo: en la diversión de "La Burra", por ejemplo, van dos vendedoras de leche en lugar del dueño del conuco en la de los ratones, el cazador lleva una trampa en lugar de la escopeta. A veces introducen modificaciones caprichosas, como la forma de un animal extraño a la región, tal como el que llaman chiriguare, que es un animal parecido al tigre que vieron ellos en una revista ilustrada del extranjero. No existe bibliografía de este magnífico material folklórico. Sólo resta una tradición narrativa y su colección es importante para seguir la pista de su origen.

8

Estos y otros muchos aspectos menos periodísticos por más eruditos constituyen estupendas realizaciones de la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle en la preparación de la monografía completa de la Isla de Margarita.

Margarita, y esto es lo que se quiere decir con la monografía, no es sólo contrabando, o perlas o persecución del chivo o sequía o pescadores. Es también

trapiches, siembras, campesinos, reforestación, diferentes recursos naturales y de trabajo, y gente de extraordinaria generosidad que ha convertido su única cárcel en escuela. La monografía que terminarán estos estudiosos de la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle dirá todo lo que tiene que contar la mayor isla de Venezuela a su pedazo continental.

El Cristo de Hose

Nicolás Alberto Pinedo, un aragüeso de 45 años que vive "desde hace mucho tiempo" en Anzoátegui, ha recuperado el habla después de 21 años largos de mudez. La noticia está en los periódicos.

Cuenta Pinedo que llevaba 21 años sin poder hablar y más de 10.000 bolívares gastados en médicos y boticas cuando hace unos días se arrodilló y rezó frente a la imagen del Cristo de Hose, entre Píritu y Barcelona, y le salió por la boca el nombre de su mujer. Eso, más que en descrédito de farmacias y médicos va en favor del Cristo de Hose. Así lo ha reconocido Nicolás Alberto Pinedo y así lo han entendido los creyentes que van llegando en peregrinación a depositar sus tributos de oración y de velas a los pies de la imagen.

2

La Hacienda de Hose (y no José, como dice la prensa; ni Jóse, como dice el pueblo ahora por el mismo fenómeno de pronunciación que ha convertido *habillo* en el *jabillo* de hoy) fue fundada por los herederos del General Domingo Monagas a medio camino entre Píritu y Barcelona. Era una gran hacienda de ganado, con grandes casas de tejas, que vino a menos con las guerras civiles, la muerte de los viejos y la desidia de los jóvenes. La hacienda recibió el nombre de Hose porque fue establecida en las márgenes de la quebrada llamada de Hose desde hace muchos años, no se sabe por qué. A fines de la primera guerra mundial azotó en la región una peste de ganado tal, que doña Clara Rosa Monagas de Urdaneta, esposa de Rafael Urdaneta, propietario entonces de un rico hato en la hacienda, temió por sus reses y prometió al Cristo levantar una cruz con su imagen si perdonaba su hacienda. Parece que la peste respetó al ganado, y a causa de este primer milagro y otros posteriores que culminan ahora con el que ha dado el habla a Nicolás Alberto Pinedo levantó en el mes de mayo de 1919 una gran cruz de madera con la imagen del Cristo vaciado en cemento.

3

La cruz fue colocada seguramente entre la casa y el camino real, frente a la entrada principal de la hacienda. Alfredo Armas Alfonzo, clarinense que se ha acercado siempre con cariño de hijo a todos los consuelos y cruces de su tierra, la recuerda tal cual la vio desde el camión que lo conducía por primera vez a Barcelona, hace veinte años. La cruz estaba ya sola, con las casas desmoronadas en su derredor, dominando un peladero de cardones, tunas y pichigüeyes, a la orilla del camino de tierra. La cruz, construida por Juan Reyes Alfonzo, carpintero de Píritu, con corazón de palo sano, tenía un pie grande y cuadrado de cemento y cal. La imagen fue vaciada en cemento y polvo de mármol

blanco no se sabe por quién. Es la imagen de un Cristo chato, sin ninguna expresión de sufrimiento ni de ternura, con una textura de gladiador romano.

La cruz adquirió pronto una notable fama de milagrosa. Después, como todas las cruces de camino de gran devoción local, la de Hose fue de la devoción de los camioneros, choferes de carro y viajeros regulares de aquel paso de camino. A su lado, con su inocente aspecto de vender frescos, una casita de tierra donde se hacía el humilde comercio de las velas que los viajeros iban prendiendo a los pies del Cristo, y donde se vende queso de mano de los alrededores. Poco a poco, según fue creciendo el tráfico de la carretera de tierra, fue acrecentándose también la devoción al Cristo, y la fe que comenzó siendo lugareña fue extendiéndose por todos los ámbitos del oriente venezolano.

4

Desde Hose, que ahora, merma-mermando ha quedado reducido a dos casitas de tierra, una con techo de caña y la otra con lujo de zinc, se oye el rumor del mar. A un lado y a otro quedan tierras blancuzcas de piso no muy firme que fue abandonando el agua, viejas salinas ya descuidadas por la vigilancia gubernamental donde llegan de vez en cuando los lugareños pobres a recoger la poca sal que necesitan para su consumo.

Antes pasaba el camino real delante de las casitas, y continuaba derecho bordeando la cruz. Cuando el creciente tránsito de vehículos de la zona llevó a los ingenieros a mejorar la vía hace dos o tres años, buscaron el piso más firme y torcieron la carretera casi en ángulo recto a la altura de las casas, abandonando la cruz a su soledad de cardones, pichigüeyes y tunas. Fuera de la vía, la cruz parecía un objeto que ha perdido el uso, inclinada peligrosamente hacia la derecha. Como quedó también sólo un puentecito hecho de troncos y unos tardíos remiendos de cemento que se hundió, como se hundieron tantas cosas ya sin objeto en Hose.

La Laguna de Unare es muy rica en pescado, y por esta vía hay un fuerte tránsito de camiones de transporte. La carretera entronca con la que va desde Santa María de Ipire, Chaguaramas y el Sombrero hasta Barcelona, construida por las petroleras. A pesar de que ésta ofrece mejor piso (enlaza con la carretera general El Tigre-Barcelona cerca de Naricual), la costumbre y la ventaja de ahorrar unos kilómetros hace que los conductores vayan hacia el mar en Santa Fe, para pasar por Píritu, una población que revive.

5

Y se formó una comisión. No con gente de Hose, que ya no queda en Hose quien cuente para una comisión, sino con gente de Píritu, que es la población que queda más cerca del Cristo y tiene acaso más necesidad de sus milagros. Las obras han estado presididas por la señora Inés López de La Riva, del Valle de Guanape. Y consiguieron trasladar la cruz hasta el recodo de la nueva carretera, cerca de las dos casitas que quedan de la

antño rica Hacienda de Hose. Las obras fueron terminadas en mayo de 1953, y la inauguración se llevó a cabo el 7 de junio. Pintaron la imagen con blanco de cal, le pusieron un techo de cuatro aguas hecho de zinc coarrugado sobre cuatro columnas de tubo y le han cercado el cuadrado de tierra con un pretil de colmena que limita el campo de ofrendas de velas que cada vez se depositan en mayor número, y donde Nicolás Alberto Pinedo prendió seguramente más de una vela pidiendo al Cristo el don de la palabra.

Cuando los peces mueren de sed

"Cada año la laguna se está secando más"...

Celestino Figueroa lleva 21 años pescando en la Laguna de Unare, y observa con la medida de su experiencia que cada año el agua es más escasa:

"O llueve menos en la cabecera, o el sol calienta más, o el agua se escurre más aprisa al mar"...

De la laguna que en invierno desborda, opulenta, hasta bañar los pies azules y blancos de las casitas de Puerto Píritu, apenas queda ya por el Carnaval una lengua de agua espesa de sal y hedionda a pescado muerto. Las mujeres desde la distancia de sus casitas que perdieron la orilla, los hombres desde la orilla que iban a buscar a la distancia, y los niños que se maravillaban del espacio que les iba regalando el agua para jugar, observaban impotentes la lucha de la delgada capa de agua caliente, cuajada de sal, cementerio de pescado gordo de aire, contra el sol que les iba sorbiendo la laguna sin remedio.

¿Por qué no se aprovechará este pescado muerto, al menos para alimento de ganado o de abono, ya que la riqueza de pescado vivo se pierde?

2

Lo que llaman la Laguna de Unare es realmente una albufera, porque el agua que hay es parte de mar y parte de río. Tiene 26 kilómetros de largo en la orilla del mar, le separa una estrecha restinga arenosa, y una anchura de hasta 6 kilómetros en la época de crecida.

La laguna está a un nivel inferior al cauce del río Unare. Así, cuando éste sube en invierno se lanza a la laguna disminuyendo la alta salinidad de sus aguas. Cuando esto ocurre, el pescado del mar pasa a la laguna por las comunicaciones a través de la restinga, atraído por la alimentación que le ofrecen las aguas que riegan los manglares ribereños. Cuando esta agua alcanzan su nivel máximo, su profundidad es de 0,80 a 1 metro.¹

Desde Boca de Uchire, capital del municipio de este nombre en la desembocadura del río Uchire, hasta Puerto Píritu, capital del Distrito Peñalver, la población costanera de la Laguna de Unare vive principalmente de la pesca. Boca de Uchire censó en 1936 una población de 541 habitantes, y en 1950 una de 338, con disminución de 203. En Puerto Píritu, la población que en 1936 era de 3.642 habitantes, en 1950 sumaba apenas 2.143, con una disminución de población de millar y medio de habitantes.

La actividad pesquera viene a reducirse cada día más. ¿Será, como dice Celestino Figueroa, porque llueve menos o el sol seca más o el agua se escurre más aprisa al mar?

¹ *Aspectos Geográficos del Estado Anzoátegui*, de Marco Aurelio Vila.

3

Posiblemente la tierra que ha venido depositando el río en el lecho de la laguna ha reducido su capacidad. Pero el elemento principal del pesimismo que asfixia a las gentes de Puerto Píritu nace de las dificultades de la circunstancia que viven. Estas poblaciones de tradición pesquera están perdiendo terreno ante la competencia de Puerto La Cruz, Barcelona y Guanta, ciudades que están desarrollándose aceleradamente debido a su situación de desahogo natural para la zona petrolera de El Tigre-El Tigríto (según la reciente nomenclatura: San José de Guanipa), ofreciendo mayor estabilidad en el trabajo y mejores sueldos. Y... "la gente se está yendo para Puerto La Cruz"...

Las cifras de producción pesquera para esta zona de la Laguna de Unare siguen igual camino: de 1.648.560 kilogramos de pescado fresco que se registraron en 1948, bajó a 1.100.068 kilogramos en 1950, y de 1.328.200 kilogramos de pescado salado o tratado en 1948 a apenas 202.868 en el mismo año.

No hay duda de que a medida que mejoren las comunicaciones las posibilidades han de ir creciendo, y que este eclipse parcial tiene que superarse, porque esta zona pesquera es de primera importancia. Además de cubrir buena parte del mercado nacional, en 1947 se exportaron por Puerto La Cruz a Colombia 56.100 kilogramos de pescado en conserva, y en 1948 se exportaron a Curazao 16.000 kilogramos de pescado fresco, salado y salpreso.

Pero por ahora me queda de Puerto Píritu la imagen que se nos descubrió a Alfredo Armas Alfonzo (hijo de estas tierras) y a mí en los últimos Carnavales.

4

La pesca en la Laguna de Unare comienza cuando se desborda el Unare con la crecida. Y termina cuando las aguas que llegaron con el invierno se evaporan y su lecho comienza a vestirse de una capa de sal como en un mal cuajo, asfixiando el pescado.

Yo pregunté a los pescadores que veían, impotentes, que se secaban sus aguas, si en lo que toca al extremo de la laguna, en Píritu, tan cerca del mar, no había alguna solución.

– El agua del mar, –me respondió José Manuel Gómez, que estaba salando un lebranche sobre el casco de una curiara volcada en la orilla. –... esto se arreglaría si pudiésemos meter el mar por la boca de la laguna.

Ocurre que como el agua del mar está al nivel, tendrían suficiente con abrir un canal en la restinga en lo que llaman *la boca*, que es el extremo oriental y la parte más estrecha de la restinga, para dejar entrar al agua en la época de sequía como ahora; pero hay una disposición que lo prohíbe por razones prácticas: si se abriera la boca, el pescado iría a desovar fuera.

– ¿No se puede meter el agua con bomba?

– Una vez se intentó –me respondió filosóficamente José Manuel–, pero no se puede; la verdad es que aquí como mejor viene el agua "es natural, porque más puede Dios que el hombre"...

Cuando hay agua bastante se pesca con curiara y canalete, usando la tarraya. Cae lebranche, lisa, mojarra, sábalo, chiquirí, bagre, macabí, jurel, robalo y petota, que se comen. Y "como la tarraya no distingue", pues también atrapa pescaditos como sardina bocona, zapatero, marao y un lenguado chiquito "que no sirven para el consumo".

5

Aquí también, como en otras zonas de producción pesquera sin organizar, los precios del pescado están sujetos a la ley de la oferta y la demanda, que si fuese ley lógica al margen de las especulaciones maliciosas no tendría los inconvenientes que tiene.

El lebranche, por ejemplo "cuando hay bastante" pagan a tres reales el kilo, y "cuando escasea", hasta cuatro, pero más no; la mojarra: cuando hay mucha, a bolívar, y cuando hay poca, a tres reales; la lisa, a real el kilo cuando abunda, y a bolívar cuando son los camiones los que tienen que esperar a que lleguen las piraguas.

La única defensa del pescador aquí contra las fluctuaciones a menudo caprichosas del mercado, es la salazón.

Secan sobre todo la lisa, que es el pescado que más abunda en estos meses. Primero la escalan o cortan, luego la salan, y al día siguiente, cuando ha botado el agua, la extienden al sol durante unas dos horas. No menos, porque se puede echar a perder en pocos días si no está bastante seca, y no más, porque puede quedarse seca como un trozo de coleta. Esta medida ya está en la experiencia de cada quien.

Miguel Labanda Rodríguez tiene mucho cuidado en que su lisa no se pase. El, que se ayuda con dos muletas, escala, sala y tiende el pescado con mucho cuidado. Lo vende a los carros que llegan. Unas veces ofrecen precios a peso y otras por cantidades, por cientos. Como estaba entonces es a cuatro bolívares las cien lisas pescadas, escaladas, saladas, tendidas al sol y recogidas. Que no es ninguna ganga. Los camiones llevan su mercancía hasta Miranda, Guárico, Sucre y, por supuesto, Anzoátegui, donde no hay negocito, por apartado que sea, que no tenga sus lisas secas en venta.

6

– Pesca buena el año 51...

Celestino Figueroa dice que fue "una pesca estupéndola".

En Píritu acostumbran salir a pescar desde media noche, "Aprovechando la noche, porque el pescado no ve la tarraya y se deja coger mejor". Si hay pescado, porque se hacen varios viajes, y si no hay, por eso de que no se quiere regresar sin pescado, la faena dura a veces hasta mediodía. Después "según haya, así se vende", y a veces "después de estar trabajando toda la noche y todo el día nos quedan 8 ó 10 bolívares para mantener al pobre"...

– ¿Y cuando se acaba la pesca en la laguna con el verano?

Entonces Celestino y José Manuel y Miguel y los demás que sí pueden todavía con el mar, "que es más grande y pesa más que la Laguna de Unare", se van a El Hatillo para

pescar en el bajo de Machuelo (que está a seis millas mar adentro) o en otros puntos o ramales. Pescan a lo vivo el carite y la sierra. Pero allí, fuera de casa, la competencia es mayor, porque también van de Cumaná y Margarita con lanchas viveras, y muchas veces regresan a casa hasta 40 y 50 botes sin el sancocho, "porque nosotros no tenemos esa capacidad de las lanchas grandes". Los que no pueden con el mar, pues se quedan esperando el próximo invierno...

Estos son algunos de los problemas que confronta la gente humilde que vive de la pesca en esta región de Venezuela.

- Que se vaya la vida de aquí no es asunto nuestro -decía José Manuel- "son las cosas del Maestro".

Y como si Celestino siguiese el mismo hilo (21 años pescando en la Laguna de Unare, ya por los 65 y la conciencia de que le está llegando la hora de ser temeroso de Dios, aunque "yo he sido parrandero desde mi infancia") dice para que los demás lo oigan y entiendan que él no está para nada en lo que pudiese ser castigo para Puerto Píritu:

"Yo ni con las moscas he tenido un rencor nunca"...

Las vacas tienen nombres de flores

Esa lebruna se llama "Morocota"...

Morocota es el nombre de una vaca. Me la muestra Silvestre desde la tranquera. Y va nombrando a "Navidad", "Guarapiche", "Cinta Negra", "Pelicana", "Lirio Blanco" (que no tiene cuernos), "Chirola", "Guanoco", "Candelita" (tiene sólo un cacho porque el otro se lo reventó peleando), "Puerto Rico", "Lujosa", "Cochano" (por su color), "Neverí", "Recuerdo", "Llamará", "Camacita" y "Corazón", que está con su hijo, un torito que también se llama "Corazón"...

1

Cada vaca, de las 65 que están "entre criollas y finas" en la que será de este hatu monaguense, dando por todo cuatro tambores y medio de leche de a 41 litros, tiene su nombre.

– ¿Cómo se lo ponen?

– Cuando nace el primer becerro, se llama como su madre, "y el becerro ya entiende por su nombre"; cuando la vaca vuelve a parir, hay que buscarle otro. Se inventa... por el color, o porque es mansito, o porque tiene los ojos así, como dulces, o porque nació tal día o porque se parece a otra vaca que se llevaron a Maturín (donde está el matadero) o "a veces le ponemos nombres de flores, porque nos gusta".

A Silvestre, que es un simple peón, le parece lo más natural hacer poesía con las vacas.

2

Pero también hay que hacerlas producir.

Dicen que la ganadería se está muriendo, ¿será verdad? Lo que parece cierto es que algunas haciendas de ganado están desapareciendo del todo. Pero hay otras que nacen, como este pequeño hatu metido en tierras de Monagas.

¿Qué problemas confronta la ganadería hoy? Estoy seguro de que lo que ví y lo que me contó el ganadero de ideas modernas que me habló no son todo el problema, ni mucho menos; pero siempre puede ayudarnos a comprender algunas situaciones y algunos aspectos, que son los que contribuyen a hacer el total del problema tal cual es y no de otra manera.

3

Las vacas no dan leche "mientras no estén paridas".

Mientras les llega el momento de traer un becerro al mundo se les llama vacas horras, y se les tiene en la sabana, sueltas. Comen pasto natural, paja. Se les reúne una vez al mes para fumigarlas.

Los padrotes las cubren por su cuenta, en cualquier momento. "Al año, nacen", me dijo Silvestre; pero su período de gestación es de nueve meses.

Las vacas paridas, que ya dan leche, están recogidas en el potrero. Durante unas horas del día las traen a la quesera para ordeñarlas. Comienza el ordeño a las 12 y terminan a las 3 ó 4 de la tarde; pero van a comenzar a hacerlo temprano en la mañana, como es más corriente. Lo hacemos a mano "porque no son mansos, son bichos patidores a los que hay que agarrar el garrote y la pata izquierda para tenerlos quietos". Y dan en total unos 170 litros. Las vacas finas, como las Holstein, que son las más lecheras, dan de 10 a 12 litros, y las criollas, de 5 a 6. A las vacas que aún están criando becerro no se les "escurre"; hay que dejarles lo que llaman "un cruzado": ordeñar cada día solamente dos de las cuatro tetas de la ubre, alternando, para que el becerro tenga donde comer.

La leche va toda a la pasteurizadora. Siempre que haya una planta en el área, es una obligación. Los criadores la venden a real y medio el litro. Ciento setenta litros a real y medio son 127,5 bolívares. Eso no da para mantener los peones, pagar la tierra y dar de comer al ganado; porque el ganado que está parido en la quesera tiene que comer para convertir su pienso en leche. Ya no es sólo la producción.

4

A las nueve de la mañana traen el ganado desde el potrero hasta la quesera, que es donde se les da de comer; se les ordeña. dan vacarina, cebada y la melaza que consiguen en los trapiches cercanos.

No hay en los alrededores pasto silvestre que sea bueno para el ganado que está criando. Hay el yaraguá, yerba de elefante, capimelao, yerba de guinea; pero se han dejado de usar como pasto porque no son buenas. El pasto bueno, como la pangola y el carrizo que verdea en los alrededores del hato, hay que sembrarlo. Y sembrar pasto cuesta dinero, que se va en semilla, en tierra y en hombres.

En la quesera hay un galpón grande. Los becerros hasta los dos meses están en un cercado vecino que llaman chiquero, donde los alimentan con vacarina.

El ganado requiere, además, otras muchas atenciones. El criollo puro no daba resultado ni como carne ni como productor de leche, y ahora lo están cruzando con Hostel, Jersey Gil, Pardo Suizo y Holstein, sobre todo este último para la producción de leche, y el Gil y el Cebú para engordar y para dar mayor recidumbre al ganado criollo, que, por su aclimatación, es el punto de partida de todos los cruces.

Mediante los experimentos que ha realizado hasta ahora, este criador ha conseguido un notable aumento en resistencia y en peso para su ganado, hasta conseguir un promedio de 6-7 litros diarios por vaca de 3 años, y un peso "al gancho o canal" de 200 kilos.

5

– ¿Cuáles son los mayores problemas para un hato de ganado que está naciendo?

– La quema.

Y no critican el hecho de quemar, como uno puede suponer, sino la prohibición.

– ¿Entonces usted defiende la quema?, –le pregunté.

Y el dueño del hato, hombre joven, culto, que está criando científicamente, eligiendo personalmente sus padrotes y los vientres en los Estados Unidos y Europa: me dijo que sí. Y me dio su explicación: "El gobierno exige que no se queme, porque eso perjudica a la tierra, y esa es una verdad sin discusión; pero para dejar de quemar hay que sustituir el trabajo de tumar árboles y desmontar por un sistema mecánico, y la mecanización todavía es muy costosa en el país, un ganadero que comienza no puede costearla; ni tampoco puede pagarla una gran parte de las haciendas que llevan muchos años trabajando si no cuentan con grandes medios, porque su economía está estructurada de manera que no rinde para pagar en el momento los elementos que requiere el trabajo de las máquinas".

La quema sustituye gratuitamente la costosa mecanización y "además quema alimanañas, el gusano de monte y la garrapata, que son la plaga del ganado, que se pone enfermo y flaco. Y además así se mata la culebra y cuanto bicho pueda hacer daño". La verdad es que se obtiene con la quema el resultado inmediato de eliminar el monte y provocar el retoño de los pastos.

– Pero también mata la tierra, la calcina –me atreví.

– Sí, sí, en eso estamos de acuerdo los ganaderos: pero lo que pedimos es que la transformación de los métodos sea lo suficientemente lenta como para permitir la evolución. Dar permisos restringidos para quemas controladas, en lugar de prohibirlas de una vez, e ir después, poco a poco, a eliminarlas del todo. La mentalidad del campesino está en desequilibrio con la evolución de los medios, con la moderna técnica. En lugar de alejarlo de su profesión, hay que enseñarle; y enseñar toma tiempo.

Otro de los problemas que confronta es el crédito. El pequeño ganadero calcula que los préstamos no deben pagar interés en los tres primeros años, porque se van en pasto, compra de vientres y los experimentos de cría, sin dar un solo centavo. Tratar de cobrarlos en los dos primeros años es matar los becerros en los vientres de las vacas. Lo ideal sería comenzar a pagar los créditos a los cinco años extendiendo los plazos de 20 a 25 años.

Se quejan los ganaderos también de una falta de veterinarios. "Para todo Monagas, que es un Estado ganadero, hay un solo veterinario asistido de un ayudante", me dijo.

6

El mismo ganadero que me habló en Monagas considera que el problema es muy complejo y tiene más de una cara difícil.

Aquí está una, la del ganadero que comienza.

Silvestre, que es un simple peón no tiene ningún problema que contar. También los debe tener, pero ahora sólo se preocupa de poner a sus vacas nombres de estrellas, de ríos, de flores y de simples expresiones diarias que él piensa cuando está escurriendo la ubre sin hacerles daño y cuidando de dejarles un cruzado para que "Recuerdo" y "Camacita" y "Lirio Blanco" y "Cinta Negra" y "Chirola", que son primerizos y se llaman como su madre, tengan un poco de leche de la ubre de sus madres cada mañana.

SUR

La blanda huella del indio

El indio venezolano vive silenciosamente. Su cauteloso paso de hombre huido apenas deja huella en la vida del país. Lo traen en sus busacas los exploradores y los folkloristas (huella de luz en los negativos, voz grabada en cintas) para reproducir curiosidades.

El suyo es un mirar sufrido, distante, quieto. Al margen de los beneficios de la ciencia y de la máquina, vive con una resignación primitiva, sin rebeldías, sin voluntad de futuro. No le alcanza ni una salpicadura del petróleo nativo. Ni él se siente con derecho a reclamar su gota de aceite.

Si el indio pide algo, es tendiendo la mano. Y mirando como el venado que ha perdido la esperanza de huir.

El Concejo Municipal del Territorio Federal Amazonas acordó en estos días crear una Junta Indigenista, integrada por delegados de los sectores representativos, incluidos los partidos políticos.

Los hombres que la integran están dispuestos a exigir lo que la Ley Orgánica de los territorios ya prevé, pero que por lo visto no se cumple: "proteger a los indígenas de su jurisdicción, y fomentar por cuantos medios está a su alcance su cultura y su bienestar", y "evitar que se explote su ignorancia".

1

Esto debe tener alguna relación con el abandono sanitario del indio, puesto que al acuerdo municipal menciona a renglón seguido que "el porcentaje de personas subalimentadas en la región del Guainía y Río Negro es lamentable; el 80 por ciento de las poblaciones de Maroa San Carlos de Río Negro y San Fernando de Atabapo sufren de avitaminosis; en los caseríos de estos departamentos se padece de mucha pelagra;¹ el mañoco² de las indigentes masas indígenas no es un alimento sino un paliativo del hambre; las masas indígenas carecen de medicinas, y mueren por falta de asistencia o por haber perdido la fe en los médicos, que, carentes de medicinas, no pueden hacer milagros; la anquilostomiasis está haciendo estragos".

Y la blanda huella del indio conduce a la silenciosa compañía de la muerte.

Los problemas de la región de San Juan de Manapiare son de asistencia médica, educación para niños y adultos, y una vía de comunicación terrestre con Puerto Ayacucho.

Como dice bien un memorándum que está elaborando la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle para el Ministerio de Agricultura y Cría, la necesidad más apremiante es la de la carretera, porque con ella se ponen ruedas a la asistencia médica y a la escuela.

¹ Enfermedad crónica con manifestaciones cutáneas y nerviosas producidas por defectos en la alimentación, sobre todo de ciertas vitaminas.

² Masa cruda de harina.

Y será también el camino por donde se abastecerá de ganado (hace unos días la prensa publicaba un remitido del T.F. Amazonas pidiendo autorización para adquirir ganado en Colombia) y de frutos de la tierra a Puerto Ayacucho, que depende de lo que llega de fuera.

2

Esta antigua provincia de Guayana tiene una extensión de 175.000 kilómetros cuadrados, con una población de 6.495 habitantes (censo de 1950) en áreas urbanas, 8.921 aborígenes "civilizados" y unos 25.000 "completamente selváticos" (censo de población indígena de 1951), que está establecida en las orillas de los ríos y los caños, y en las altiplanicies y las montañas de la Sierra Parima.

La mayor parte del territorio tiene una capa vegetal de reconocida feracidad. Sus bosques contienen una magnífica variedad de maderas finas, y árboles de caucho. La hoya del Orinoco proporciona fuentes fluviales con raudales, cascadas y saltos capaces de producir poderosa fuerza hidráulica, pero que hasta ahora no son sino dificultades para las deficientes comunicaciones en chalanas, lanchas, curiaras con motor fuera borda y bongos rústicos.

En todo el Territorio Federal Amazonas no existe sino una carretera de 64 kilómetros, la que va desde Puerto Ayacucho hasta Samariapo, construida para salvar los raudales de Atures y Maipures. No hay ninguna otra vía terrestre dentro del Territorio, ni existe tampoco para enlazarlo con el resto de la República. Hay un aeropuerto en Puerto Ayacucho, donde llega un avión dos o tres veces por semana; y otros dos menos importantes en San Fernando de Atabapo y La Esmeralda, donde aterriza eventualmente algún avión. Esta vía aérea y el Servicio semanal de vapores desde Ciudad Bolívar son el único lazo con el resto del país.

Y la región, que ofrece magníficas perspectivas para siembras y pastos para ganado, carece de zonas económicamente accesibles.

La zona de San Juan de Manapiare, que tiene excelentes tierras para conuco y pastos, está unida a Puerto Ayacucho mediante un sistema integrado por los ríos Manapiare, Ventuari y Orinoco, con una longitud aproximada de 478 kilómetros hasta Samariapo, de donde arrancan los 64 kilómetros de carretera; total, 54 kilómetros.

No es solamente lo largo del viaje, sino los obstáculos con que tropiezan las embarcaciones en estas vías de agua. Desde San Juan hasta la Boca de Manapiare hay 51 kilómetros de cauce relativamente ancho, aunque con numerosos meandros; no existen raudales, pero se tropieza con numerosos bancos de arena y restos de árboles sumergidos que dificultan mucho navegación, especialmente en los meses de verano, desde noviembre a mayo. Desde la Boca del Ventuari hay 213 kilómetros difíciles de raudales y piedras, especialmente en el tramo comprendido entre la población de Las Carmelitas y la desembocadura del Ventuari en el Orinoco. Entre esta Boca y Samariapo hay 214 kilómetros del Orinoco con numerosos raudales, especialmente peligrosos en verano, tales como los de Santa Bárbara, en la misma Boca del Ventuari, los de San Francisco, el Muerto y Caracol.

Este camino de agua se recorre en curiara o falcas con motor fuera de borda en siete u ocho días en invierno, y en nueve o diez días en verano. En algunos raudales hay que descargar completamente las embarcaciones para salvar los tramos peligrosos.

El costo del transporte depende de estas dificultades. Se puede calcular un gasto no menor de 10 bolívares diarios invertidos en combustible y manutención. Sin contar con la amortización, ya hay un costo de 80 a 100 bolívares por carga. A esto hay que añadir lo que cuesta el flete terrestre hasta Puerto Ayacucho, que es de 80 bolívares el viaje. El transporte de una carga desde San Juan de Manapiare a Puerto Ayacucho cuesta, pues, alrededor de 200 bolívares. Sin contar con posibles desperfectos en las embarcaciones y los motores fuera de borda.

Así resulta más barato traer ganado de Colombia.

Por falta de medios de subsistencia, las poblaciones de San Juan de Manapiare emigran río abajo, que es más fácil. Y los que se quedan, porque no tienen fuerzas ni para dejarse llevar por el río o porque carecen de decisión, o porque quieren a sus sabanas, a sus altiplanicies o a sus selvas, están sin médicos, sin medicinas y sin escuelas.

Y así, como la serpiente del cuento, enrollándose sobre sí misma, mordiéndose la cola.

3

Sin embargo es un círculo que podría romper fácilmente la carretera.

Hay un proyecto de vía terrestre entre San Juan y Puerto Ayacucho para aprovechar las posibilidades agropecuarias que ofrece el valle del Manapiare. Quien lo ha elaborado es el señor Melecio Pérez, fundador de San Juan de Manapiare.

La vía tendría aproximadamente 200 kilómetros, casi la tercera parte, habría una sola carga y descarga, y en vehículo se andaría fácilmente en un día. Saldría de San Juan, cerca de la confluencia del Manapiare con el caño Parucito, tomando rumbo Noroeste hasta Caño Santo, afluente del Caño Guaviarito. De Caño Santo, manteniendo el rumbo, pasaría por la Sabana del Mono y cruzaría al Este el curso del río Cuao; atravesaría el Valle del Cuao hasta llegar donde el río al Sur; seguiría por la divisoria entre el valle del Cuao y el de Cataniapa, cruzaría este río y seguiría en dirección Oeste-Este hasta alcanzar la actual carretera, a unos 10 kilómetros de Sanariapo.

Esto es sobre el papel, que no cuesta más dinero que la iniciativa del señor Melecio Pérez de abrir una pica, como quien dice trazar una raya. Después, la carretera tendría que saltar los ríos con puentes de no más de 10 metros, y cruzar algunas zonas boscosas, porque no se podrían eludir todas. Pero según los cálculos del fundador de San Juan, abrir una pica de ocho metros de ancho, con sus puentes y los emparrillados que necesite, costaría alrededor de millón y medio de bolívares, con un costo promedio de 7.500 bolívares por kilómetro y una duración de obras de 18 meses.

En el valle se han logrado resultados satisfactorios con la siembra de maíz, caña, yuca, plátanos y arroz; se han hecho también algunas pruebas de cultivo de café que han dado resultado positivo. A tan poco costo, se rescataría una importante área productiva para el país y proporcionaría los medios de subsistencia que necesita Puerto Ayacucho.

Por este camino llegarían también las posibilidades de trabajo para los indígenas que se han incorporado a la vida nacional, y les alcanzaría con más facilidad la atención médica y la escuela.

Y ya el indio de estas regiones tendría una mirada más risueña, y la huella de sus pies sería más firme calzado con alpargatas, y rendiría algo más que las curiosidades que traen de sus viajes los exploradores y los folkloristas, quienes sin duda hacen también labor meritoria al darlo a conocer a quienes no sienten sobre las espaldas de ciudadano motorizado la huella blanda del indio venezolano.

El lenguaje de los Maquiritares

¿Qué importancia cultural tiene la lengua?

Una lengua es el conjunto de palabras y modos de hablar de un pueblo o de una nación. Se caracterizan unas de otras por su sistema fonético, su sistema morfológico y su vocabulario.

El proceso de adquisición del habla en el hombre es totalmente distinto al de aprender a caminar, por ejemplo.

"El caminar –dice Edward Sapir¹ es una función orgánica instintiva" que se cumple naturalmente en un ser aislado, porque la misma formación de los músculos y el sistema nervioso están adaptados desde un principio para cumplir esta función. Pero el ser humano no aprende a comunicar ideas mediante el uso de los sonidos articulados sino por un proceso cultural a través de la sociedad que le transmite sus tradiciones.

La comprensión de este mecanismo es fundamental para medir la importancia de las lenguas en el proceso formativo de los pueblos, y su relación entre sí.

Las lenguas constituyen una huellas de extraordinario interés que la humanidad ha ido dejando a través de los elementos más trascendentales de su cultura, y de ahí la altísima utilidad del trabajo de los filólogos que siguen las pistas de estos trasiegos de los elementos lingüísticos (palabras, formas gramaticales, pronunciación) que corresponden a contactos a veces inverosímiles ocurridos en la vida de la familia humana.

De los miles de lenguas que habla la humanidad en nuestros días, muchas han sido ya genéticamente relacionadas, formando lo que se llama una "familia lingüística". ¿Será posible probar algún día que todas las lenguas habladas por el hombre proceden de un tronco común?

Edward Sapir opina que en cuanto a institución o facultad humana, es posible que el lenguaje haya surgido una vez en las historias de la raza humana, y que toda la compleja trayectoria del habla sea un acontecimiento cultural único.

Por eso que las lenguas vivas tienen, además de su valor cultural y afectivo, una gran importancia para estudiar la historia de la humanidad, aunque frecuentemente se les mida solamente por su trascendencia comercial o extensión cultural, despreciando aquéllas que por su escasa difusión no han alcanzado las grandes corrientes del pensamiento.

La lengua makiritare, por ejemplo.

¿El makiritare es una lengua? ¿Y es venezolana?

Ciertamente que es ambas cosas. Sólo que no lo hablan sino 5.000 indios del sureste del país. Pero aparte de que es fundamental para este mundo indígena, es muy importante para el estudio de la historia pre-colombina de Venezuela.

¹ *El lenguaje*, Edward Sapir, Breviario del Fondo de Cultura Económica (96).

Damián de Escoriaza,* un cura-obrero del Padre Foucauld, ha ido a estudiarlo. Forma parte de esa magnífica y callada empresa que realiza la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle, alentada y dirigida por el Hermano Ginés, otro vasco como él.

Sus conclusiones han sido publicadas en el número 6 del Boletín de la Sociedad.

Después de la introducción de Henry Osborn: "Singular-Plural in Warao Verbs", el trabajo del Padre Escoriaza se subdivide en capítulos dedicados a la fonética, la ortografía, el nombre, los adjetivos, los pronombres, el verbo, y un extenso e interesantísimo capítulo de conversación castellano-makiritare dedicada a: "saludos y despedidas", "llegada de un viajero", "de viaje", "en la orilla del río", "en el rancho", "por la mañana", "en el camino", "en la escuela", "en el conuco", "en la enfermedad" y "en los caseríos". Según dice el Padre Escoriaza, la mayor parte de estos temas han sido tomados, en su texto castellano, del apéndice I de la obra "Gramática y diccionario de la lengua Pemón", de R. Cesáreo de Armellada (Caracas, 1943). Termina el valiosísimo trabajo con un vocabulario de alrededor de 2.000 palabras, número que más o menos se emplea en lenguaje coloquial de cualquier lengua culta, como el español o el inglés.

Damián de Escoriaza, que es un cultísimo antropólogo que ha hecho estudios similares en Africa y Asia, hace observaciones interesantísimas.

Makiritare es un nombre "arawak" que significa "hombre del río". Su lengua pertenece a la familia lingüística caribe. Su denominación autónoma es "Dekuana o Yekuana". Son alrededor de 5.000 individuos que viven en las cuencas fluviales del Ventuari, el Cunucunuma, el Padamo y el Caura, afluentes todos de la orilla derecha del Orinoco en su curso alto y medio.

La lengua makiritare carece de las consonantes castellanas: b, ch, f, j, l, ll, p, r, v, x, z. Su alfabeto consta de 26 signos: nueve vocales (a, e, oe, E, i, I, o, u, U) y diecisiete consonantes (d, dy, fh, g, h, m, n, ny, s, sy, t, ty, w, y, z).

"El makiritare –dice el Padre Escoriaza– carece de palabras de significación abstracta; todo se concreta. Los nombres propios personales son de signo íntimo y secreto; decir su propio nombre indígena es desnudarlo psicológicamente".

Ocurre que el nombre propio que le pusieron sus padres al nacer (nombre de árbol, de algo relacionado con su nacimiento, tal como un defecto físico, etc.) no lo conoce ni el mismo interesado, porque se ha ido olvidando. Entre ellos los makiritares usan los términos de parentesco.

Los nombres propios geográficos corresponden a nombres de árbol, términos de pesca o de caza, o a nombres de algún pájaro que abunda en la región, añadiendo en general el sufijo: "-nnya" para los poblados; "-hldl" a las montañas y las cordilleras; "-di" o "-ni" para los ríos; "-kudú" o "-ku" para los sitios de agua.

Por ejemplo: Ku-diada (curiara)

Oená-ku (lágrima), o agua de ojo.

Dinnya-ku (Orinoco)

sú-ku (orina).

manátedi-kudu (leche o agua de pecho).

El diminutivo de los nombres se forma con los sufijos: "-kE" y "-nyedikE".

Por ejemplo: inyédi (hijo), inyédike (hijito).

* Seudónimo de Daniel de Barandiarán.

wamédi (gallina), wámmedinnyedikE (pollito).

La distinción del género se hace posponiendo al nombre común la palabra "yaumnua" (macho) para el masculino y "wodi" (hembra) para el femenino.

El plural gramatical casi no existe. El uso del plural en los nombres es rarísimo. Todas las funciones del nombre en la oración se expresan por mediación de posposiciones, y por el modo de ordenar las palabras. Los adjetivos derivados de nombre se forman con el sufijo "-hano" y "-ahto" principalmente, dando un sentido positivo de cualidad.

Los adjetivos numerales 1. toni, 2. ákoe, 3. aduáwe, 4. aketyma, 5. hatodéma, no pasan de cinco; los makiritares recurren después, como otros indígenas, a los dedos de la mano y del pie. Así, para decir 6, regresan al 1 (toni), y dicen: toniamoháto, o sea: uno más una mano; y cuando llegan a 10: amoháde (las dos manos). Pero la mayor parte de las veces: hóhe (muchos). Apunta el Padre Escoriaza que si alguien se empeña en hacerles decir 26, por ejemplo, recurren a la expresión: "toni-sóto" (los veinte dedos de las manos y los pies). Para decir 30, dirán: un hombre más diez dedos; y para 40 dos hombres, etc.

Este interesantísimo estudio del Padre Damián de Escoriaza es una meritoria contribución a la comprensión de la psicología makiritare, una familia indígena venezolana que está en el mayor abandono cultural y económico; como si realmente no existiese.

Cristo en Guayuco

Este sacerdote no usa sotana, ni viste de negro, ni siquiera lleva tonsura. Se cubre con la dignísima humildad de un trabajador cualquiera.

Apenas le distingue una pequeña cruz en la solapa, sobre su camisa kaki. Que eso, en los tiempos en que tanto farsante exhibe medallones en su pechera, no constituye una señal en que repare la gente.

El Padre Daniel de Barandiarán pertenece al grupo de las Fraternidades del brillante oficial y explorador francés Carlos Foucauld, un ateo que se convirtió al Cristianismo en sus contactos con el mundo del Islam.

La vida de las Fraternidades del Padre Foucauld se sitúa en el corazón mismo del mundo obrero, siendo pobres con los pobres, encarcelados con los prisioneros, despreciados con los miserables, errantes en las selvas africanas, y conviviendo con los pigmeos y los indios en las inmensas espesuras americanas.

Su vida consiste en vivir la de los pobres, con ellos, como ellos, entre ellos... sin hacerse notar, sin ruido. Vida de contemplativos en el corazón de las masas, sin guardaespaldas y sin los muros de cartujas o de trapas que los protejan.

La vida de las Fraternidades de Foucauld es la respuesta práctica, sencilla, sin sermones, al gigantesco interrogante histórico del mundo de la pobreza, del mundo obrero, más necesitado de la facultad de amar que de la de odiar.

El Padre Daniel "fue" doctor en Filosofía y Letras. Halló a Cristo y al pobre a través del contacto con las obras de León Blois y de Dostoyewski, y a través de su venerado maestro, el filósofo Jacques Maritain.

Este sacerdote inmerso ahora en la vida de la guayana venezolana es vasco.

Con unos años de sólidas experiencias entre los pueblos africanos y del Medio Oriente, el Padre Daniel vino, junto con dos compañeros más, con el objeto de adentrarse en el mundo indígena venezolano. Están y actúan, dependiendo directamente de su venerado Arzobispo de la Guayana, Monseñor Bernal. Su vida entre los indígenas del Alto Caura es de simple presencia de contemplación de Dios y de trabajo en común con el indio, subordinados a los caciques indígenas.

Después de vestir y comer como los indios caureños durante largos meses, que es casi lo mismo que ayunar desnudos, publicó recientemente en los cuadernos de "Antropológica" de la Sociedad de Ciencias Naturales de La Salle, un primer esbozo de gramática y de diccionario makiritares, titulado: "Datos lingüísticos de la Lengua Makiritare".¹

Ahora regresa de una segunda y más larga convivencia con aquella familia indígena a fin de no perder contacto y el pulso de Caracas y del mundo.

Como fruto de estos diez últimos meses de aislamiento total en el área geográfica de las cabeceras del Alto Caura trae consigo el borrador de "Cristo en Guayuco": unos ensayos filosófico-antropológicos acerca de los indígenas venezolanos.

¹ *Antropológica*, Sociedad de Ciencias Naturales, La Salle, N° 6, 31 de enero de 1959.

El título de "Cristo en Guayuco" de esos ensayos sintetiza el espíritu humano y cristiano que está guiando a estos hombres al penetrar en el corazón mismo del mundo indígena venezolano.

1

Como sacerdote, al Padre Daniel le preocupa el problema de la evangelización y del adentramiento sincero y total en el corazón del indio.

¿Qué entiende él por una buena evangelización

Como en muchas otras experiencias desagradables, resulta más explicativo señalar los errores.

Refiere el Padre Daniel que a raíz de la visita de una autoridad venezolana a una tribu indígena en 1958, decía dando unas palmadas paternales sobre el hombro de un noble jefe indio:

"¡Cuándo aprenderá esta gente a hablar!"...

El padre Daniel se indigna contra lo que expresa esta actitud de quienes se acercan al mundo indígena con la sola preocupación de "adaptarlos" a una manera de entender la vida, con reflejos condicionados de pensar, actuar y rezar de acuerdo con sus propias pautas, o bien la intención clara de someterlos a ostentosos programas educacionales preparados por educadores sin "educación".

Ese venerable jefe indígena no sabía hablar porque no articulaba las palabras del castellano que aquella autoridad oficial había aprendido desde la cuna. Y era éste quien, desconociendo la lengua de aquel pueblo cuyo acercamiento le estaba encomendado, estaba en contradicción más abierta con las normas más elementales del humanismo y de respeto de un ser a otro.

Es curioso constatar que mientras se siguen lamentando los abusos contra las poblaciones indígenas durante la Conquista, porque se trata de fácil expediente de enjuiciar las faltas en el plano teórico y sentimental, se continúan cometiendo estos abusos en nuestros días de "avanzada civilización".

En febrero de 1959 se enterraban en las orillas del río Santa Ana de Zulía, en dos fosos comunes, a más de veinte indios motilones desposeídos de sus tierras, incendiadas sus casas y bárbaramente asesinados. Otra masacre similar de indios ha tenido lugar en diciembre pasado. Los dos graves sucesos no son sino un simple accidente más.

En el Apure se siguen también asesinando a los indígenas, y comerciando con la virginidad india a trueque de un simple trozo de panela. Más de ochenta indios han servido de blanco mortal en estos cinco últimos años a los rifles autorizados y desautorizados de la región araucana de Elorza.

El terrible despertar de los pueblos de Asia y Africa señala la hora de un renacer a la conciencia de sus dignidades personales, nacionales y culturales ante un trato paternalista injusto que trató de imponer, a veces criminalmente, una civilización cuyo monopolio tenían los hombres de piel blanca, o los que hablaban tal o cual lengua; porque la discriminación por intolerancia no solamente se ha producido a causa de purezas de sangre, de coloraciones de piel o por el tamaño de los pueblos.

Resulta, pues, natural la hostilidad de algunos grupos indígenas venezolanos que no son lo suficientemente fuertes para oponer resistencia ofensiva, pero sí lo bastante dignos como para defenderse hasta ir muriendo en las peleas.

"España deambula todavía en América con la carga muerta del siglo XVI sobre sus espaldas –dice el Padre Daniel refiriéndose a la trasnochada posición y al orgullo ostentoso o agazapado que aún persiste–, porque con la excusa ignorante de querer imponer una misma lengua y una misma religión, se muestran incapaces para adentrarse en el alma de los pueblos indígenas americanos".

Las excusas han sido muchas veces el señuelo de llevar a estos sufridos indígenas la luz de la civilización cristiana.

"Y el Cristianismo no es –como dice el Padre Barandiarán– el monopolio de una forma particular de civilización. El Cristianismo se adapta a todas las civilizaciones, las purifica a todas, les da la perfección de su carácter propio, y las orienta en el más pleno y sano humanismo integral".

Pero antes del antropólogo y el mismo sacerdote está el hombre que hay en él, porque Dios primero hizo al Hombre responsable de sus actos. Como el acto de fe es el acto supremo del hombre, respeta primero la decisión libre del ser humano, su libre albedrío, y reclama una terrible responsabilidad al fanatismo intransigente cuando dice:

"Es imposible testimoniar de Cristo Resucitado sin despojarnos de toda intolerancia".

Y, ¿qué es el indio en el sentido puramente humano?

El indio también es hombre.

"Ñña mahasottoi" –dice. "Nosotros también somos hombres". Y he aquí el sencillo punto de partida de la comprensión y la tolerancia necesarias para enfrentarnos a los problemas del indio: el indio también es hombre.

No basta con llevarle semillas y tractores, y construirle escuelas para sus hijos, y ayudarle a construir su vivienda. Es necesario llegar a él con la total comprensión de su mundo afectivo, de sus creencias, y prestarle ayuda sin estar cobrándole el precio de la renuncia al mundo de sus valores espirituales.

Señala muy acertadamente el Padre Daniel que todos los pueblos que han sufrido el yugo del paternalismo y de la tutela militar, económica o cultural, truncando por la fuerza impositiva el desarrollo de su vida espiritual, se han sentido de pronto desnudos y frustrados en su continuidad psíquica; apátridas en su propia patria.

Hay muchas tribus venezolanas que por este camino están perdiendo el ánimo de vivir.

"Esta íntima desesperación –dice– sería el motivo principal de la extinción rápida de las grandes familias indias, como la Yabarana y la Macos, del Manapiare y el Ventuari Medio. Varias tribus más, como la de los Yaruros de Capanaparo, están también en igual proceso de extinción".

Aparte de estas consideraciones fundamentales de humanidad, el fomento de estas diversidades lingüísticas y culturales no hacen sino enriquecer en lo político la vida nacional.

El hombre no pierde nada con la diversidad y la tolerancia de lo que es variado en la expresión, si coincide en ese sentimiento de la convivencia como expresión de la

verdadera cultura. Mientras se sigan fomentando las supremacías culturales y políticas por la fuerza, se irán creando resistencias dispuestas a combatirlas.

Porque el hombre aspira a la libertad.

El Padre Daniel habla de un Cristo en guayuco para sintetizar así una civilización cristiana india, adaptada a su idiosincrasia, como un programa de orientar al misionero y al indiferente según las normas elementales de acción misionera y de todo actuar humano en el corazón indígena.

Indice

En busca de una patria en libertad

I. BAJO ESTOS TECHOS

Prólogo
Su casa natal
La casa de Gradillas
Cuadra Bolívar
El ingenio de San Mateo
Balcón de la Grita
La casa de la guerra a muerte
Santa Ana del Norte
Casa de San Isidro
Casa del Congreso de Angostura
Encuentro de Bolívar y Morillo en Santa Ana
La casa de la Blanquera
Maracaibo
Casa de Mitare
Casa de los Senior
Quinta Anauco
San Pedro Alejandrino
El panteón nacional

II. CUANDO LOS PECES MUEREN DE SED

Dos palabras
La cara de los inmigrantes

OCCIDENTE

San Rafael de Mucuchíes
El Trapiche
Chachopo
El pequeño mundo de anime
La capilla de las Veras
Las fieras del ferry
Cuando Cabimas era sólo un pedazo de tierra
Lo que da la leche de cabra
"Jornada", un diario de provincia
El otro Amuay
Moruy ya tiene cine

CENTRO

El Diablo es un hombre bueno
"Santísima Cruz de Mayo"
Semana Santa en Paracotos
El milagro de San Francisco de Tiznados
Las cruces blancas de los negros
Así va creciendo la ciudad
Las flores llegan con el rocío
La Bolsa de la música
Ya no quedan sino pájaros Musiús
Medio Caracas vive en los cerros
Cada vez hay más venezolanos que llegan a viejos
¿Qué pasa con el clima de Caracas?
Nuestra vida comienza en los bosques
¿Qué pasa con los parques nacionales?

ORIENTE

El Pericoco de Clarines acaba de morir
La carretera de "Los Kilómetros"
Margarita es algo más que chivo y perlas
El Cristo de Hose
Cuando los peces mueren de sed
Las vacas tienen nombres de flores

SUR

La blanda huella del indio
El lenguaje de los Maquiritares
Cristo en Guayuco